

ANTIDISTOPÍA

RUBÉN MUÑOZ MARTÍNEZ

ANTIDISTOPÍA

Rubén Muñoz Martínez

rubmuma@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Ciudad de México: diciembre de 2020

ISBN-13: 979-8-5835-0792-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la incorporación total o parcial a un sistema informático sin el permiso previo y por escrito del autor. Cualquier tipo de reproducción parcial o total del libro debe citar al autor y la fuente completa de la publicación.

Antidistopía nos habla de un mundo pospandémico en el cual el capitalismo y el Estado han llegado a su fin en Axarquía. Un virus, seguido de una extraña alergia a las formas de propiedad privada y del Estado, empujó a la población a otro mundo en el cual recuperó aquellas experiencias libertarias que ya conocía para crear un nuevo modo de vida. En Axarquía no existen guerras, no hay cabida para la explotación y la ayuda mutua y la solidaridad se han convertido en los ejes que vertebran sus relaciones sociales. Desde una ciudad dormitorio del antiguo Madrid, cuarenta años después de la pandemia, la novela nos traslada a varios mundos conocidos y por conocer a través del relato de Huang, un antropólogo enviado por el gobierno de otra región del planeta con un misterioso objetivo. En su relato habitan las voces de tres generaciones de axarquistas que conducen al lector al pasado, presente y futuro de esta sociedad antidistópica, de tipo anarquista, que coexiste con los dos únicos países del planeta que sobrevivieron a la alergia: el comunismo de Libertats y el capitalismo de la isla Barbaria. El autor nos invita a un emergente movimiento creativo que denomina como antidistópico, en el cual se alienta a la narra-acción utópica a partir de la crítica al imaginario distópico que orienta y construye los futuros posibles.

Rubén Muñoz es doctor en antropología social y cultural y profesor-investigador en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en la Ciudad de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Ha llevado a cabo investigaciones sociales relacionadas con la salud y con la educación autónoma en pueblos indígenas de América Latina y con la salud en población migrante. Investiga actualmente sobre los cambios socioculturales de la atención médica desde la llegada del Covid-19. Ha escrito diversos artículos y libros de antropología sobre estas temáticas. Desde años atrás, se dedica a la creación literaria en sus ratos libres. *Antidistopía* es su primera novela publicada.

*Las ruinas no nos dan miedo. Sabemos que
no vamos a heredar nada más que ruinas,
porque la burguesía tratará de arruinar el
mundo en la última fase de su historia.
Pero —le repito— a nosotros no nos dan
miedo las ruinas, porque llevamos un
mundo nuevo en nuestros corazones.
Ese mundo está creciendo en este
instante.*

BUENAVENTURA DURRUTI

(5 DE AGOSTO DE 1936 ENTREVISTA DE PIERRE VAN PASSEN)

Índice

Jornada I	
Los ancianos cuentan cómo llegaron a Axarquía	2
Capítulo 1	
Otro mundo es posible.....	5
Capítulo 2	
Otros mundos son posibles	47
Capítulo 3	
Otro fin del mundo es posible.....	106
Jornada II	
Los jóvenes cuentan cómo es Axarquía	166
Jornada III	
Los niños cuentan cómo será Axarquía.....	226

JORNADA I

LOS ANCIANOS CUENTAN CÓMO LLEGARON A AXARQUÍA

—Aquí empezó todo... bueno, no todo... empezó todo para nuestra historia, la historia que hoy voy a contaros. En el lugar en el que nos encontramos, cuando yo era joven, la gente se reunía a beber y comer mientras charlaban o veían un partido de fútbol, después del trabajo. Algo parecido a lo que hacemos ahora.

Los jóvenes le miran expectantes, un grupo de unos veinte chicos, chicas y chipes, un tercer género existente en Axarquía. Al lado del narrador, varios adultos se preparan algunas bebidas. Yo estoy sentado junto a la puerta de entrada, con la mochila a mis pies y el diario de campo, abierto, en mis manos. Tomo nota con atención de lo que veo y escucho.

—Si se me pide contaros cómo llegamos a vivir en la sociedad en la que actualmente vivimos, os daré mi punto de vista, una ventana a mi memoria y por muy solemne que pueda parecer, no es otra cosa que una mezcla de mis temores y de mi empeño por ser convincente. Desde ellos, trataré de reconstruir y transmitir algunos de los hechos que nos llevaron a estar donde ahora estamos. Pero no os hablaré de otra cosa que de este barrio y aun así, para hacerlo, sería imposible no referirme al mundo, al menos al que yo viví. Al fin y al cabo, vosotros nacisteis en Axarquía.

Un joven, de pelo corto y amplia sonrisa, levanta la mano y habla.

—¿Qué diferencia hay entre lo que nos vas a contar y lo que se puede encontrar en los libros?

—Ninguna y mucha —dijo Andrés—. Tú y yo somos parte de los libros, los escribimos, los contamos, los compartimos y también los leemos, desde

hace tiempo dejaron de ser el privilegio de unos pocos... y esto—extendió sus brazos a ambos costados de su cuerpo señalando a las paredes—, como bien sabes, también es un libro. Si observáis con atención el relato que os contaré, quizás podréis encontrar inspiraciones de libros escritos y por escribir, imágenes de películas hechas palabra, pinturas de museos o aquellas que en lugar de ser transformadas en retablos son embadurnadas en el cuerpo, como hacen nuestros hermanos navajos en el Norte de América, y no pueden transformarse en cuadros ya que su existencia enmarcada condena a la ceguera. Os invito a que escuchéis, pero también a que podáis oler y palpar las palabras. La vista y el oído, como bien sabéis, dejaron de gozar de privilegios en nuestro mundo. Un mundo sin jerarquías no puede expresarse jerarquizando los sentidos. Además, yo creo que los libros y los relatos orales son siempre algo vivo y en transformación, siempre sometido a discusión.

Uno de los ancianos sentados junto a Andrés levanta la mano e interviene.

—Andrés, no empieces con tus soliloquios preciosistas. Los jóvenes contarán mañana cómo es este mundo. Tú dices que, para eso nos has convocado... creo yo, nos contarás cómo llegamos aquí. Además... ¡Esta es una historia de terror, como mucho de lo que nos precedió, así que absténganse las almas sensibles!

Soltó una carcajada, que resonó en el silencio de aquella estancia, el bar El pescador, por sus columnas de mármol separadas por grandes espejos, un descolorido mapa del mundo aferrado a una pared y debajo de él, como si hubiese escapado, una antigua y rota red de pesca; y por la barra plateada, con un reposapiés de metal, las tapas de comida protegidas por una vitrina de cristal y la caja registradora convertida en un objeto ornamental. A lo lejos, a través de la puerta abierta y del ventanal por el que resbalaba el sol de aquella tarde de junio, se escuchaban las voces de los niños que jugaban disfrazados de seres fantásticos en un bosque aledaño de antiguos olivos. Un grupo de ellos se acercó al bar y permaneció un rato observando la reunión, algunos regresaron al bosque.

—Es cierto Nikolai, es una historia que tiene algo de aterrador, de violento, una violencia que durante muchos años se creyó era algo inherente a la naturaleza humana y su organización social. La capacidad de dominar y de poseer era considerada tan natural y necesaria que los Estados se organizaban para engrandecer esta naturaleza, haciendo como que trataban de escapar de ella. Y aunque el ser humano era la medida de todo, dejó de importar en su mundo cómo las personas y sus relatos influían sobre su forma de ver y de hacer esa sociedad—Andrés observó tímidamente a Nikolai, este le lanzó una

mirada que denotaba aburrimiento y se echó la mano a la frente con pesadumbre, algunos de los asistentes comenzaron a sonreír—. Pero cuando menos lo esperaban, la naturaleza, esa cosa que creían dominada y ajena, los sobrepasó y provocó el “virus”, seguida poco después de “la alergia” que desembocó en el “fin del Estado y del capitalismo”. A lo mejor no fueron etapas con comienzos y finales tan claros, ya en cada una había aspectos de las otras, sin embargo, los relatos tienen la trágica cualidad de deber ser más realistas que la propia realidad, poco fiel a sí misma. Aunque la realidad de los relatos y los relatos de la realidad a veces se encuentran, con más frecuencia de lo que pensamos. Voy a ello:

CAPÍTULO 1

OTRO MUNDO ES POSIBLE

Siempre pasaron cosas extrañas en el mundo, tanto que lo extraño se convirtió en algo común y lo normal no era más que una sensación pasajera a la que algunos trataban de aferrarse. Sin embargo, lo extraño también tiene una edad... y si como yo veía el mundo a medida que crecía era algo extraño, no os podéis imaginar lo que vino después. Los acontecimientos extraños fueron el preludio del fin de una sociedad que se aferraba a la racionalidad de sus actos, por muy extraños que pareciesen, pero no de sus consecuencias, casi siempre caóticas.

Yo tendría cinco años, era un día de junio de principios de los años ochenta del siglo pasado. En el barrio en el que vivía, este, se podía escuchar el silbido de un tren. En realidad, en todos los lugares en los que viví escuchaba el sonido de un tren, que a decir verdad era el claxon de un camión y casi nunca la bocina de un barco. Este silbido, por lo general apacible, se escuchaba a lo lejos, como un susurro, cuando mi madre se iba a trabajar y me llevaba semidormido en sus brazos de la cama al coche, y del coche a la escuela en la que muchos niños entraban semidormidos perseguidos por el olor a colonia, galletas mojadas en leche y polvos de talco. Aquella noche fue la primera vez en la que tuve el sueño, un sueño que me acompañó a lo largo de mi vida y cobraría distintas formas hasta desaparecer, cuando llegó “la alergia”. Durante el día no había pasado nada distinto a lo extraordinario. Como cada día, mis amigos y yo, en la escuela, habíamos contribuido a una

causa común. A la hora del recreo acudíamos a un lugar junto a un gran pino que prácticamente no se veía desde donde nos vigilaban los profesores. Nuestro objetivo era desenterrar una piedra con forma de lápida que para nosotros no era otra cosa que una tumba que conducía a un cementerio enterrado sobre el que se asentaba el colegio. El mundo de aquel entonces estaba repleto de pasadizos que conectaban lugares y a algunas personas. La tarea era inagotable, al día siguiente, la lápida volvía a esta intacta a pesar de nuestros esfuerzos. Me acosté a las nueve y cuarto, tras regatear unos minutos a mi madre, que leía *El apoyo mutuo. Un factor de evolución* en el sofá, mientras yo jugaba en el suelo a construir carreteras y obstáculos con otros libros por los que se deslizaban los coches en miniatura. En aquellas noches de junio el sol se resistía a apagarse. Miré a través de la ventana, la noche amenazaba con inundar el crepúsculo de farolas a media luz, y sumergirlo como un juguete. Mientras otras luces preñaban los edificios con enjambres de ventanas, en la calle, en un callejón, el sueño de aquellos que nunca vivieron en los descampados afilaba sus deseos donde todavía la ciudad era una sombra de sí misma y no se podía distinguir de la naturaleza suburbial. Y esa fue la primera vez que lo soñé.

A veces tengo una ruleta en la que coloco los sueños posibles de la noche, la giro y puedo hacer que se pare en uno de ellos. No lo logré entonces. Es un sueño que se repite, como un lugar del que no puedo escapar pero al que tampoco puedo acudir. Simplemente llega, como un oscuro bodegón agazapado bajo la cama a medianoche. Cuando era joven se repetía con frecuencia. Era de madrugada, yo era otro, o si era yo no era el que caminaba hasta llegar a la escuela. La puerta principal estaba abierta y había un coche de lujo aparcado. Unos señores de pelo cano, uno de ellos con aire alemán y gesto de autoridad moral transpirenaica, sacaban unas palas y unos cubos con arena y entraban a la escuela dirigiéndose con determinación a la lápida. Desde la esquina de un edificio podía ver sus siluetas vaciando de arriba abajo las palas cargadas de arena. Y de repente la esquina del edificio a media luz se transformaba en la calle de un pueblo. Había un ambiente festivo, la gente parecía alegre, distendida. Tenía la sensación de estar en medio de una fiesta que iba a comenzar. En algún momento del sueño algo cambiaba en el ambiente. Aquella primera vez no supe muy bien qué era, pero conocería pronto, y durante muchos años, lo que implicaba este cambio: los habían soltado, y daba igual que corriera, que gritase o que quisiese despertar, tarde

o temprano me iban a alcanzar. Era tan solo cuestión de minutos o segundos, aparecerían sus imponentes siluetas negras bufando al final de la calle y dispuestas a masacrar a quien tuvieran a su alcance. La gente ya había guardado los mejores sitios para resguardarse... en instantes el pueblo se había convertido en una pequeña fortaleza protegida de sí misma: ventanas enrejadas a las que encaramarse, muros, las vallas que daban un nuevo sentido al antiguo trazo de la calle. No quedaba nada que no hubiese sido utilizado para observar el festejo. Pero aunque la gente por lo general sonreía, parapetados en la precaria esquina de la cornisa de una fachada, otros iban a ser devastados, despedazados por la manada de toros enfurecidos. Con desesperación tenía que encontrar un sitio en el que resguardarme antes de que llegasen. Como en la mayoría de los sueños posteriores, era imposible salir del circuito del encierro, o bien porque las vallas estaban saturadas de personas que actuaban como una doble valla humana, o bien porque no había nada más allá... las calles aledañas eran otra parte del circuito y así sucesivamente. Cuando ya se escuchaban los gritos de los cuerpos pisoteados logré entrar a una tienda cuya puerta estaba atravesada por dos tablones. En la tienda había una niña de mi edad que me miraba con curiosidad y me preguntaba la hora, en algún momento debía salir y yo tenía mucho miedo. Si trataba de permanecer en la tienda comenzaba a sonar un pasaje de la ópera de *Carmen* y la niña se transformaba en una señora con una amenazante máscara plateada. En sueños futuros lograba encaramarme a lugares inverosímiles, demasiado cerca de las astas, y trataba de no llamar la atención de los toros mientras arremetían enfurecidos debajo de mis piernas. En otras ocasiones el terror se convertía en fascinación, la brutal realidad a la que remitía su amenaza se volvía irrisoria, inocua como un fragmento de tormenta deshilachado por un apacible risco. En ese momento, caminar se convertía en un acto heroico y el futuro en un recuerdo glorioso. Los ancianos desvalidos, los niños, los amigos, la niña de la tienda... todos podían ser salvados de los toros que arremetían contra aquello que se cruzaba en su camino. Y yo era el salvador. La habilidad consistía en saltarlos o en volar sobre sus lomos despistándolos para que sus víctimas pudiesen correr. En ese instante, sentía que el sueño era un retrato grotesco de otro mundo, el emblema de un reinado que todos recrean, pero en el que ya nadie cree. Y yo participaba de esa farsa, como un mártir que anhela sobrevivir a sí mismo para contarlo. Sin embargo, la mayoría de las veces este sueño albergaba un

sustrato hiperreal, la capacidad de multiplicarse y colonizar otras geografías, otros tiempos. Si soñaba que era mayor y vivía en otra ciudad y caminando al atardecer decidía sentarme en el banco de un parque, allí estaba su sigilosa presencia. Lo cotidiano, dormitando entre las hojas del césped u observando desde la enardecida esquina de una azotea, me advertía de la necesidad de no olvidar las formas que los otros habían atesorado para mí. En un lugar aledaño, los relojes en las plazas públicas invitaban a creer que en un futuro mis amigos, mi familia y yo estaríamos lejos del monstruo. Pero por ahora, nadie podía escapar.

En mi barrio me encontré una vez con el hombre de aspecto alemán y sus amigos de blanco cabello. Por aquel entonces corría la voz de que había coches de lujo que atravesaban nuestros descampados, que años después serían parques o centros comerciales, y sacaban fotos a los niños que jugábamos haciendo pequeñas plazas de toros para las hormigas o carreras de chapas. Todos habíamos escuchado testimonios de alguien que alguna vez vio uno de estos coches detenerse, bajar su ventanilla y de ella asomar un hombre de piel negra con una cámara fotográfica. Esto se volvió frecuente y poco después se comenzaron a escuchar algunos casos de cómo en estos coches trataron de llevarse a un niño cuando regresaba del colegio. Recuerdo que a mí me pasó, o le pasó a alguien que me contó o quizá lo inventé. Fuera como fuese, lo recuerdo de una forma muy real. Aquel día habíamos ido de excursión un poco más lejos que de costumbre. Más allá del descampado frente a mi casa el mundo era impredecible, arriesgado. Las ventanas de mis vecinos, como tentáculos compuestos por mil ojos, nos vigilaban y nos cuidaban. Mi madre decía siempre que ese fue un momento feliz porque en nuestra comunidad de vecinos los niños eran hijos de todos. “Al hijo que mejor se educa, es al hijo del vecino...” solía decir, y también que “nadie nace con el título de madre o de padre, esto se gana, se encuentra en la vida, y lo mejor que le puede pasar a alguien es encontrar varios padres, varias madres, en lugar de uno”. Al llegar del colegio nos esperaban varias casas, con varias meriendas que llegaban a provocar insospechados dolores de estómago. Eran habituales las fiestas de disfraces o las chocolatadas con churros en las que los niños éramos el eje comunitario de aquel edificio. La política, las pasiones y los desencantos de la convivencia adulta parecían minimizarse con nuestra presencia. Cuando fuimos creciendo aquello se perdió en el olvido... hasta que llegó el “virus” y recuperó lo que conocíamos

para adentrarnos en lo imprevisto. Pero entonces, como una invisible membrana, sostenida por la luz de un faro marino, la presencia de las ventanas de los edificios aseguraba los límites del descampado. Las amenazas eran muchas, las tentaciones por lo desconocido también y la medida de cuándo romper la membrana y explorar los alrededores la daban los toldos en las terrazas, como velas de un barco anclado al mundo por los rayos del sol. Nunca supimos por qué pero funcionaba. Al atardecer, momentos antes de que las primeras terrazas comenzasen a arriar sus velas, con el característico chirrido producido por una larga manivela metálica oxidada, podíamos acercarnos a los confines del descampado y de allí echar a correr por una calle protegidos por el lateral de un edificio abandonado, a medio construir, cascarón fantasma en aquel puerto tierra adentro. Sobre el muro que rodeaba al edificio que nos encubría había pintadas con motivos fantásticos y frases como “Viva Cristo Rey”. Del suelo, mientras corríamos, brotaban algunos racimos de espigas doradas alternadas por amapolas, dientes de león y jeringuillas con sangre. Aquellas tardes el mundo era tan inexplicable como familiar y extraño.

Fuimos al “hoyo”. El “hoyo”, así lo llamábamos, era un gigantesco rectángulo de tierra, excavado entre dos lomas, que podría ser el lecho de uno de los grandes edificios monocromos del paisaje de aquella ciudad dormitorio. El hoyo solía tener abundante agua en invierno y pequeñas charcas en verano. Allí habían crecido juncos, arbustos, matojos y otras vegetaciones. Algunas asomaban entre los montones de escombros cercanos a las paredes, y otras oscilaban en el centro rodeadas por las impenetrables aguas. Las primeras lluvias de la primavera despertaban la vida anfibia de aquel pantanal. El objetivo de nuestra excursión era conseguir tablas de refuerzo para la cabaña que estábamos construyendo, detrás de nuestro edificio —por aquel entonces definíamos las cosas y a las personas con pronombres y adjetivos posesivos—, junto al muro del edificio abandonado. Una pequeña construcción, pegada a la construcción, que siempre habitábamos al atardecer. Cuando llegamos, había un grupo de chicos mayores que jugaban a tomar carrerilla y saltar a una isla de tambores de detergente, alguna lavadora, bolsas de escombros, ladrillo y yeso. Mi amiga Paula, su hermano Javier y yo, nos pusimos manos a la obra. Cuando ya habíamos recogido media puerta de madera y algunos cartones, escuchamos el sonido de un coche. Los mayores ya se habían marchado y en su lugar,

junto a la rampa por la cual debíamos salir del hoyo, vimos un Mercedes con los cristales de las ventanillas oscurecidas. Como una pesadilla que esconde su naturaleza onírica hasta convertirla en polvo, una de las puertas traseras del coche se abrió y de ella salió el hombre de aspecto alemán y pelo plateado. Avisé a mis amigos y pese a que todavía no veíamos al hombre negro, un escalofrío me subió por la espalda. Junto al hombre de aspecto alemán se colocó un señor alto, fornido y de pelo largo recogido en una coleta, que comenzó a señalar a Paula y a afirmar con la cabeza. El alemán pareció discutir con él, el de la coleta nos miró y saludó alegremente alzando un brazo. Subieron de nuevo al coche y emprendieron su partida.

Paula era una niña alegre, valiente y muy imaginativa. Cuando entrábamos a la cabaña, junto al edificio abandonado, y estábamos solos se abalanzaba sobre mí y me besaba, ante mi placentera perplejidad. Un año atrás construimos un pequeño *pinball* con un contrachapado, clavos, unas pinzas de tender la ropa y unas gomas de paquete de huevo. Para probarlo, subimos a la azotea de nuestro edificio aprovechando la apertura de la reja debido a unos trabajos de reparación de la tela asfáltica. El *pinball* nunca funcionó, pero aquella experiencia nos unió para siempre. Ella iba, como de costumbre, delante. Me gustaba observar una trenza en su pelo atada con un lazo de colores en el cual había letras orientales dibujadas. Siempre olía a espigas, pinos y algodón dulce. El olor de los descansillos en las escaleras era de detergente, insecticida y tortilla de patata. La luz ambarina que rebotaba contra el edificio al atardecer se filtraba como un pequeño reptil por los ventanucos, recortados por la sombra de una caja de herramientas, que conectaban la escalera con las terrazas de los vecinos. Al llegar al cuarto de los ascensores, un pequeño, pero invaluable cuadrado que daba la azotea, tenía la sensación de estar en la guarida del animal, respirando por su garganta de cables con una cadente exhalación que duraba varios segundos, de piso a piso, transportando a nuestros padres y vecinos desconocedores de la naturaleza de su destino. Nadie sabía que estábamos allí, en la guarida del ascensor, parapetados en los rollos de tela asfáltica apilados junto a la puerta entornada de la azotea, ante un cielo anaranjado horizontal, libre de paredes. Como equilibristas sobre un cable de teléfono al atardecer, nos sentíamos desamparadamente protegidos, juntos, salimos a la azotea. En ella había más rollos de tela asfáltica, erguidos con su brillo gris metálico, formando pequeños grupos cerca de la cornisa. Paula se acercó dando saltos a uno de

los lados de la cornisa y comenzó a observar alrededor para luego detener su mirada en el edificio de enfrente. Imitando unos binoculares con las manos se concentró en la azotea y repentinamente comenzó a hacer aspavientos celebrando algo. Reunió saliva y agarrando impulso con un brinco escupió, observó la trayectoria y se agachó.

—¡Nooo! ¡Creo que le di al perro!

—¿Qué perro?

—A Franqui, el perro del Paco.

Me acerqué a la cornisa, observé y efectivamente en el descampado del lateral de nuestro edificio estaba Paco paseando a Franqui, pero ninguno de los dos parecía inmutarse. Paco era un señor elegante que vivía en un bloque junto al nuestro rodeado por una valla con un alto seto verde y un conserje. Parecía que Paco, con su pantalón de pana, su camisa de franela y su *jersey* anudado al cuello, y su perro Franqui, un braco de borbón, estaban siempre preparados para ir de montería. En el barrio muchos venados no había, pero el perro permanecía alerta a los grandes lagartos y ratas que salían repentinamente de algún agujero del descampado.

—¿Por qué le escupiste a Franqui?

—No le escupí a Franqui sino a Paco... bueno, a los dos. Manuel, el hijo de Paco, siempre dice que tienen piscina en la azotea de su edificio... y es mentira. ¡Mira! —señaló sonriendo— es un techo como este, no hay nada..., solo unas plantas y el suelo gris. También dice que tiene una maquinita con los juegos de los bares y que su padre conoce a Ángel Cristo, un famoso domador de leones de la época.

—Bueno... lo de Ángel Cristo es verdad —dije— por eso le falta el dedo pequeño a Manuel, además su primo era Paquirri, yo lo vi en el barrio una vez—. En realidad, no tenía ni idea de quién era Paquirri, un famoso torero de la época.

—A mí me dijo que lo del dedo fue un león en el “safari par”, porque bajó del coche pensando que estaban dormidos...

Estábamos discutiendo sobre la inevitable relación de Paco, Manuel y Franqui con los leones y Paquirri, cuando escuchamos ruidos en la guarida del ascensor. Echamos a correr detrás de unos rollos de tela asfáltica y nos escondimos. Entraron a la azotea unos señores vestidos con un traje azul. Miraron a los lados y se fueron cerrando antes con llave la puerta de la azotea, la reja de las escaleras rechinó. Yo miré a Paula con cara de terror y ella

empezó a reír sin parar. Mi terror iba en aumento cuando observé que la noche gravitaba sobre nuestras cabezas haciendo temblar, oscuramente, el bosque de antenas de televisión. Me estaban dando ganas de llorar. —Bueno, nos quedamos encerrados, pero por suerte tenemos nuestro *pinball*—, dijo Paula con incommensurable tranquilidad. En las terrazas del edificio de Paco el color verde de algunos toldos ardía débilmente a la luz de las farolas. Se observaban siluetas de torso desnudo delatadas por el trasfondo de una televisión encendida o por el punto rojo de la lumbre de un cigarrillo, quedo, pausado, como un minúsculo ojo en llamas a las puertas de la noche. En la calle, la oscuridad comenzaba a amplificar las pisadas de los zapatos sobre la arenilla, esparcida sobre el asfalto, con un crujido familiar que me recordaba a las burbujas de los refrescos. No era difícil adivinar la huella conocida. Los tacones repicaban primero para después pasar a la brevedad del zapato. Las de mi madre eran inconfundibles, decididas, sin temor alguno. Desde la azotea veíamos a los vecinos y a nuestros padres en el bar. Una vecina, desde la terraza, entonó un característico silbido cuyo objetivo era llamar a su marido para que fuese a la casa. Algunos telefonillos utilizados de manera inversa por las madres comenzaban a llamar a los niños, a nuestros amigos, a nosotros que deberíamos estar en la calle jugando, para subir a cenar. Pero estábamos arriba y no sabíamos cómo bajar. Gritar no era una opción. Todo el barrio se enteraría, la vergüenza sería grande y el regaño también. Debíamos tratar de bajar a la calle o podríamos quedarnos a dormir allí y esperar a que llegasen los señores de azul para abrirnos la puerta. Al fin y al cabo, el trozo de suelo sobre el que estábamos correspondía con el techo de mi habitación. Unos metros más abajo estaban mis pósteres de Iron Maiden colgados en la pared, adentro, rodeados por un calor afectivo que paraba el mundo, amansándolo contra el suelo de la azotea, para luego reconstruirlo. Pero estábamos del otro lado, en ese suelo de la azotea, sobre la tela asfáltica. Decidí cerrar los ojos, pensando que ese mundo se pararía y el miedo no sería ya real, en un pacto mutuo con el viento, podríamos sobrevolar la fachada, entrar por la ventana y despertar en mi habitación. Con frecuencia hablaba con el viento, y me ayudaba a desplazarme cuando me sentía solo o tenía problemas. Escuché el sonido de la copa de un chopo zarandeándose, cuando Paula sacudió mis hombros.

—¡Andrés! ¡Tenemos que hacer algo! ¿Te estás quedando dormido?

—¡No!, ¡no!, estaba pensando.

Fuimos hacia la cornisa opuesta de la azotea. Allí podíamos ver el edificio abandonado, cuyo techo estaba a pocos metros de nuestra azotea y junto a la valla la cabaña que habíamos construido. En su interior no había nadie, nuestros amigos ya se habían ido a sus casas. En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron dos sombras que se deslizaron por una esquina de nuestro edificio, caminaron junto a los coches aparcados y se dirigieron a la valla del edificio fantasma. Ayudándose, se encaramaron y saltaron del otro lado. Llevaban una linterna. Eran una chica y un chico. Casi todas las noches solíamos ver a chicos mayores muy delgados saltando la valla de este edificio. A nosotros nos tenían prohibido hacerlo ya que era un lugar muy peligroso.

—¿Y si saltamos a la azotea del edificio fantasma y bajamos? Llegaríamos a la calle —preguntó Paula.

Yo observaba con aterrada fascinación sus oscuras entrañas de cuatro plantas. Como una siniestra casa de muñecas, su superficie, devorada por la intemperie, renacía imponente al llegar la noche. Sus habitantes, sombras en el día, alimentaban sus cimientos con la luz de los mecheros al anochecer. La chica y el chico de la linterna alumbraron hacia la azotea. Parecía que nos habían visto, nos agachamos. Unos meses atrás sacaron a un chico muerto de allí. Llegó la policía, una ambulancia, abrieron el gran portón de la entrada y nos alejaron del lugar. No sería el único, cada cierto tiempo ocurría, en ese edificio o en la piscina de un polideportivo abandonado. Velas, colchones raídos, cucharas y jeringuillas con sangre. Los chicos mayores de nuestro barrio les tenían miedo. Escondían el dinero en el calcetín del que más corría, mientras, en alguna casa, un hermano mayor tiritaba bajo una manta, en un sofá. Los niños lo veíamos todo. —¡Eh!, ¿estáis allí? — gritaron. Nos miramos asustados, corrimos del otro lado de la azotea, todavía estábamos a tiempo de gritar hacia el bar. Algunos hombres fumaban un cigarro afuera, alguien nos escucharía. —¡Os hemos visto! Salid de ahí —. La linterna de la chica y del chico ascendía por las plantas del edificio abandonado hasta llegar a su azotea. —¿A qué estáis jugando? ¿no os escondáis! —. Nos ocultamos tras los cilindros de tela asfáltica. Estaban a pocos metros de nosotros, un pequeño salto y nos podrían atrapar. Nos llevarían al edificio abandonado, nos raptarían, nos pincharían con sus jeringuillas, apareceríamos muertos entre las espigas a la mañana siguiente o sepultados en el obscuro hueco inacabado del ascensor. Nos agarramos de la mano, cuando de repente la

puerta de la azotea se abrió y aparecieron nuestros padres, madres y algunos vecinos. Mi padre se acercó a nosotros, con las manos hacia el cielo y la mirada perdida en algún lugar del bosque de antenas, y preguntó —¿pero vosotros sois gilipollas? — no contestamos, nos abrazaron, el drama era intenso. Dieron las gracias al chico y a la chica de la linterna y nos llevaron a nuestras casas.

No sé si le podría llamar amor a lo que sentía por Paula, pero de lo que no tenía duda era que en aquellas tardes de mi infancia siempre quería estar a su lado. Al mes de nuestra excursión al hoyo, Paula desapareció. Al principio me pareció una broma, le pregunté a mis padres que buscáramos en la azotea, en el edificio abandonado, en el hoyo... allí nos esperaría con su cinta en el pelo y su tierna sonrisa. Pero no estaba, parecía como si se la hubiese tragado la tierra. A los niños nos apartaron del trágico suceso, solo un señor de mirada apacible y un poco triste, que vino con la policía, nos preguntó si habíamos visto algo extraño mientras tomaba notas en un pequeño cuaderno. Supimos después que salió de sus clases de kárate y se dirigió a una tienda de dulces frente al gimnasio. No llegó a entrar. Los padres de Paula estaban devastados. Eran muy amigos de mis padres y, como mucha gente del barrio, no se llevaban bien con la policía. Unos años atrás cuando yo jugaba en la terraza de mi casa entraron unos policías con metralletas y máscaras y se llevaron a mi padre y al padre de Paula. Mi madre, aterrorizada, les gritó que yo estaba en la terraza y que no me hiciesen nada. A las horas regresaron a casa asustados. Raúl, un vecino policía, que antes había sido sindicalista y conservaba marcas indelebles de dos porrazos en su espalda, intercedió por ellos. Mi padre y el de Paula tenían un compañero de trabajo, ambos trabajaban en la misma fábrica, que resultó ser líder de un grupo considerado terrorista el cual se dedicaba a asaltar bancos y a hacer atentados contra miembros de la policía y del ejército. En su agenda, cuando lo detuvieron, tenía la dirección y los teléfonos de mi padre y del padre de Paula, en alguna ocasión fueron a comer juntos. Raúl, el vecino, les dijo a sus compañeros policías que ellos eran unos señores normales y no pertenecían a una banda armada. Cuando contó esta historia en el bar El pescador, —el lugar en el que ahora estamos— hizo una broma “me faltó decir, y si pertenecen a un grupo terrorista lo disimulan muy bien. Revoltosos son, pero matapolicias no. Todavía recuerdo cuando iban a la huelga de su fábrica y nos encontramos una mañana en el portal, junto al ascensor. Nos saludamos y

nos preguntamos a dónde íbamos, como de costumbre. Yo les dije que a la oficina y ellos que harían de piquetes en la huelga de su fábrica. Me enviaron, desafortunadamente, a la huelga de su fábrica y cuando me vieron con el uniforme de antidisturbios, sin casco y con la porra, se acercaron y señalando a la porra dijo Martín —el padre de Paula— ¡hombre Raúl!, ¿cómo estás?, ¡qué alegría verte!, así que ibas a las oficina... ¡si este es el lapicero que te han prestado...!, ¡no quiero ver la goma de borrar!, se miraron y se fueron descojonándose. Qué cabrones. Pero así es la vida, uno tiene que ganarse el pan para sus hijos. Por suerte ahora nos destinan a ciudades lejanas, para evitar estas cosas”.

Los años ochenta eran tiempos en los que no faltaba una invitación a tomar un café y a cargarte a un coronel franquista. Mi madre contó, en una ocasión, una anécdota de unos compañeros de su fábrica que entraron pistola en mano festejando que habían matado a un policía y que tenían que hacer la revolución. Añadió que si uno quería hacer la revolución la mayoría de estos grupos eran poco fiables, estaban con frecuencia infiltrados o dirigidos por policías. El padre de Paula vinculó, de una forma que nunca quiso o supo contar, el suceso de su detención a la desaparición de su hija. Él, su mujer y el hermano de Paula, Javier, se mudaron de ciudad y se aislaron de nuestro mundo. No los volví a ver hasta el periodo del “virus”. A Paula la encontré doce años después. Estaba muy cambiada, incluso su nombre era distinto. Teníamos recuerdos de la infancia compartidos... su mirada y su sonrisa eran las mismas y pese a haber vivido en otra zona de Madrid, en otro país y tener otros padres, algo en mí insistía en pensar que era ella. Aunque en realidad se trataba de otra persona.

La primera vez que la encontré fue una noche, con un amigo, a los dieciocho años. La ciudad dormitorio en la que vivíamos había cambiado desde mi infancia. Estábamos en un parque tumbados en el césped, bebiendo cerveza y fumando un porro. Santi, así se llama, me estaba contando una historia extraña acerca de un amigo suyo escritor que vivía en Madrid. De mirada siempre reflexiva, hablaba de forma pausada, profunda y sencilla utilizando con propiedad cada palabra, cada gesto de sus manos, lo cual algunos consideraban un poco altivo. Lo conocí unos años atrás en una casa okupa, acababa de llegar de México. Tenía cuatro años más que yo. Era carpintero y le habían robado la camioneta con la que trabajaba. Cobró el seguro y compró un billete al país de Emiliano Zapata. Santi era uno de los amigos

con los que más a gusto me sentía. Me causaba fascinación escuchar sus historias y personajes de la gran urbe desde aquella ciudad dormitorio. Despertaba en mí inquietudes vitales difíciles de compartir con otras personas.

—Pedro es un gran tipo, honesto y poco dado a las teorías conspiranoicas, pero cuando lo cuenta lo toman por loco. Resulta que él siempre escribió. Tiene una librería, en la que ha incorporado una tienda de ropa de segunda mano que trae de Londres. En el tejado de su casa de Puerta de Toledo ha construido una plataforma, como en la película *Delicatessen*, a la que sale a escribir. Estuvo muchos años escribiendo una novela. Puso gran parte de su tiempo, energía y dinero en ella. Cuando la terminó decidió enviarla a una editorial, y se la rechazaron. Probó con otra editorial, y también se la rechazaron. Y así en varias ocasiones. Pensó en autopublicarla y cuando se dispuso a ello, descubrió que ya estaba publicada. No solo el autor era otro, también el título y el sentido de la novela, aunque el contenido de base era el mismo. Su novela trataba de un mundo utópico en el que había triunfado una revolución anarquista y lo que encontró publicado fue una distopía en la que la revolución anarquista fue utilizada por poderes oscuros capitalistas para hacer del mundo un lugar aterrador. Al final, como en *1984* de George Orwell o en *El agente secreto* de Joseph Conrad, el escritor, en este caso plagiador, se hizo famoso por su afinada capacidad para anunciar un futuro posible y denunciar los posibles abusos de la modernidad y del presente. Pedro quedó destrozado, no solo por el robo de su libro, sino porque, según él, estas distopías, invertidas a partir de su material utópico, no eran otra cosa que un manual de instrucciones proporcionado por la imaginación. Bajo la apariencia de la crítica, ofrecían una complaciente ventana abierta para el aprendiz de opresor. Pero no termina en eso la cosa, Santi le dio una calada al porro, —joder, está cargadito—, se rio. Nos quedamos observando a tres chicos que pasaron cerca de nosotros. Dos de ellos llevaban el pelo rapado y nos miraron.

—¿Son calvos? —le pregunté.

—Sí, de los trasteros, creo que el de en medio es el Víctor —dijo.

—¿El que dicen que lleva un cinturón con una esvástica y una navaja de doce pulgadas? —pregunté. Santi afirmó mirando hacia un gran árbol frondoso que se encontraba frente a nosotros. —Dicen que casi mata a un

chaval africano hace poco, es una gentuza—, continué. Santi miró hacia el césped, agarró un palito y comenzó a girarlo entre sus dedos.

—Va de malote, pero creo que ya se le han quitado las ganas de llevar la esvástica y dar palizas. Lo agarró el Nirvana hace poco en una cacería —se refería a las excursiones nocturnas antifascistas— y suplicó que lo dejara tranquilo. Son muy valientes en grupo y contra uno. Pero uno contra uno se cagan de miedo—. Santi no era muy dado a salir a los bares, pero aquella noche había quedado en el Parklife con una amiga que venía de Madrid y esta amiga, luego supe, vendría con Paula. Yo ya me sentía bastante pedo y no me gustaba meterme entre tanta gente después de haber fumado hachís.

—¿Y qué pasó con este amigo escritor? —pregunté.

—¡Ah!, —exclamó Santi— el caso es que decidí investigar al autor y a la editorial y encontré algo interesante. Una noche acudí a una presentación de su libro haciéndose pasar por un fan y en un descuido del “autor” (Andrés hizo las comillas con los dedos) le quitó un cuaderno que llevaba en un maletín. En este cuaderno aparecía un inventario destinado a “la compañía”. Esto le llevó a lugares de reunión, algunos certámenes y premios literarios a los que siempre asistía un grupo de personas. No figuraban como jurados ni como receptores de los premios. Tenían un papel, en apariencia, secundario. En ocasiones eran las personas que se encargaban de la logística, el electricista, el informático, los recepcionistas o los del cáterin. Otras veces, las menos, se trataba de un representante de una editorial, de un escritor o de un patrocinador. Nunca coincidían más de dos o tres, pero siempre eran los mismos. Daba igual si se trataba de un certamen literario en Móstoles o del gran premio nacional Satélite, allí estaban algunos de los operadores de “la compañía”. Y una de las cosas más curiosas que vió fue que cuando llegaban grandes personalidades como el rey, un expresidente, un líder de un gran sindicato o un cardenal, a los primeros a los que saludaban, con gran deferencia, eran a ellos. ¿Qué hacía un expresidente del gobierno o el rey saltándose todos los protocolos para correr a saludar al tipo encargado de mantenimiento en el chiringuito? Después de varios meses de investigación descubrió que España era uno de los países del mundo en los que existían más plagios y que una gran parte estaban operados por “la compañía”.

—No me animas mucho a seguir escribiendo Santi. —Le dije sonriendo, pero con aire de preocupación, siempre me había gustado escribir relatos cortos y soñaba con escribir una novela algún día.

—“La compañía” —continuó— es un grupo de la delincuencia organizada que opera a nivel internacional y se divide por comunidades lingüísticas y por facciones nacionales y regionales. Lo hacen muy sutilmente, cuentan con mercenarios de las letras, ladrones de sílabas, espías de estrofas y secuestradores de versos y se adueñan de las experiencias ajenas para convertirlas en libros, en dinero y en historia. Sin embargo, nadie sabe de los otros y cada facción trabaja como una célula autónoma. No parecen reunirse en ningún lado, ni tienen boletines clandestinos. Su forma de comunicación es a partir de ciertas noticias en los suplementos culturales de los periódicos, de algunas revistas y libros de sociedad y, sé que puede sonar extraño, en la sección de necrológicas de la prensa. Como una comunidad cerrada, pero en constante transformación, no necesitan identificarse, saben quiénes son sus pares. Por perseverancia, y algunas casualidades del destino, Pedro logró identificar un lugar al que acuden varios de sus miembros una vez al mes. Es un bar del barrio Salamanca de Madrid, adornado con algunos motivos taurinos, una bandera de España y fotos de un pueblo de Cáceres llamado Las minas del carnero. En la tasca unos apacibles ancianos juegan al dominó los domingos por la tarde mientras toman un vino, fuman un puro y discuten sobre la figura de Paquirri y la sección de necrológicas del periódico. No hay nadie más.

—Espera Santi. ¿Me vas a decir que unos entrañables viejitos, nostálgicos de Paquirri, son los líderes de la compañía?, —le pregunté con cara de incredulidad—, creo que te está pegando el porro tío —los dos comenzamos a soltar carcajadas.

—Yo te cuento lo que Juan me ha contado. Ya lo conocerás.

En ese momento se nos acercaron un grupo de chicas y chicos y les saludamos. Eran amigos de la casa okupa.

—¿Santi, entonces quedamos el sábado a las nueve en la parada del autobús? Yo llevo la tienda de campaña. Vamos de acampada a La Pedriza. ¿Te unes Andrés? —Me preguntó uno de los chicos llamado Miguel —. ¡Ehh!, bueno, pues... estaría muy bien —contesté titubeando—, me descolocaba encontrar situaciones imprevistas sobre las que decidir estando fumado. Recapacitaba después sobre si la respuesta había sido la correcta o si el interlocutor no se sintió ofendido.

—Pues ya estamos todos. Bueno, nos vamos a la Lechuza —un parque, que había tomado el nombre de un bar— estaremos un rato por allí, por si queréis

pasar —afirmó—. Nos despedimos y se fueron. Miguel llevaba rastas y una camiseta con una esvástica y el símbolo *stop*. En aquel entonces, la estética para mí denotaba la naturaleza de su portador, en este caso un compañero progre antifascista. La apariencia era también un acto político, nos hermanaba, marcaba el territorio poniendo límites a los enemigos, aunque no siempre correspondiese con el contenido de aquello que intentaba representar. Santi vestía de forma sencilla, con estética *hippie*, pero nunca llevaba camisetas con emblemas. La coherencia era su emblema.

—¿Qué hora es? —me preguntó Santi.

—No tengo ni idea —le contesté.

Aquella noche Móstoles olía a papel quemado y a croquetas. Ante las ventanas de los edificios las farolas parecían los fósforos que incendiasen los cuadrados de carbón anaranjado entre calle y calle, rodeando el borde de los antiguos descampados que ahora eran parques. En verano las cenas en las casas se orquestaban hacia las copas de los árboles, las ventanas abiertas contribuían a una sinfonía de olores que recorría calles y portales, bordeando los escaparates de las tiendas enrejadas, para trepar por las ropas tendidas y reposar sobre los geranios, las jaulas de canarios y las barandillas de las terrazas. El parque en el que estábamos fue construido sobre un antiguo cuartel militar. La reciente no obligatoriedad del servicio militar había vaciado los cuarteles. Santi se declaró insumiso y, pese a que lo citaron en los juzgados, no fue a parar a la cárcel gracias a esta nueva ley que el Estado se vio obligado a impulsar debido a la presión ejercida por este movimiento antimilitarista. España fue, con Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, el único país occidental en el que el movimiento insumiso fue tan importante. La culpa de ello la tuvo el anarquismo.

Santi se levantó y fue a preguntarle la hora a una pareja que retozaba en la hierba, a pocos metros de un estanque cuyo chorro, mecido por el aire, amenazaba con mojarlos. Del otro lado del estanque, unos ancianos discutían acaloradamente mientras jugaban a la petanca.

—Creo que deberíamos ir al Parklife, he quedado hace una hora —dijo al regresar. —¡Qué puntualidad! —exclamé y reímos. No tenía muchas ganas de ir, ya me veía en un rincón de la discoteca, observando el festejo desconectado del mundo. Si de por sí era bastante tímido, el hachís no me provocaba una especial extroversión. Además, se incrementaban mis angustias, en especial la aprobación de los otros y mi incapacidad para

interactuar de manera natural, me sentía por encima o a un lado de mi cabeza observando a un personaje que, siguiendo la naturaleza de los hábitos, debía actuar por sí mismo pero al que habían dejado solo, en un cuerpo sin gestos.

Hubo una época, unos años atrás, en la que descubrí la extraña racionalidad del mundo en el que vivía. Había causas y efectos en las acciones y en las palabras. Se podrían realizar inferencias, a partir de lo observado, de acciones que luego se repetirían a cambio de que la gente, y en especial los desconocidos, aparentasen no reconocer tu mundo interior cuando ibas en el autobús a su lado, pero sí tu ropa y tu aspecto. Lo extraño era que yo sí percibía esos mundos, en una versión probablemente imaginada, y me sentía profundamente frustrado por la falta de reciprocidad. La vida estaba llena de malentendidos. Si conversabas con alguien y no te referías a algo ya referido por esa persona se enfadaba, se sentía atacado, era un insulto no poder comprobar que había sido escuchado, como si existiese un hilo aparente de la conversación, y pese a no existir había que aparentar que allí estaba, que se cumplían las expectativas y se reconocían los lugares de uno y de otro en el mundo. Escuchar las palabras era lo de menos.

El segundo inconveniente de estar fumado consistía en las ganas de descansar, de dormir después de comer algo dulce y en el sentimiento persecutorio que desarrollaba cuando caminaba solo, por lugares no acostumbrados, en modalidad “fumado”. Estaba pensando en esto y le quería decir a Santi que mejor me iba a mi casa, pero la calle vacía de regreso me pareció infinita. Valoré la ropa que llevaba, pantalones anchos de colores, mis imaginadas ojeras y mis posibilidades de éxito conversatorio con las amigas de Santi. Para llegar al Parklife teníamos que caminar hacia el hospital y pasar por los trasteros y por un bar en el que solían estar los amigos del Víctor, pero estábamos los dos. Si me iba a casa debía caminar en la otra dirección y cruzar primero por Estoril, muy cerca de La Lechuza, y luego por el parque Toledo. En el parque estaba otro grupo de fachas que por lo general, y sabiendo quiénes eran algunos de mis amigos, me respetaban, pero uno de ellos llamado Adolfo se había obsesionado conmigo y, desde que le dije a una exnovia suya lo que opinaba de él y de un amigo suyo nacido en Guinea Ecuatorial que llevaba una camisa con el lema “perdóname dios por ser negro”, pensaba que yo siempre le estaba mirando. —¿Qué miras? — me repetía cada vez que me veía amenazándome con los ojos desorbitados bajo su frente de bola billar. Era mejor no cruzar por allí en estas condiciones.

Eran nazis porosos los de Móstoles. Cuando había algún altercado y un grupo de encapuchados con bates de beisbol, o el Nirvana dando un paseo, les preguntaban si eran nazis, —¿nazís?— decían, casi como desconociendo el significado, —¡no! Nosotros solo escuchamos bacalao. ¡Somos bacalaeros!—, la música electrónica de aquella época, — pasamos de rollos políticos—. En esos tiempos, no era muy seguro pasearse por Móstoles con una bandera de España, y menos aún con la gallina franquista o con una esvástica, por mucho que ante una inminente “cacería” te explicasen, puño de acero escondido en el bolsillo, que se trataba del bondadoso culto a un símbolo muy arraigado en la espiritualidad oriental. Luego se les veía en Madrid con grupos ultras acompañados de señores de polo y *jersey* atado al cuello, pero al llegar a Móstoles:

—“¡Namaste. Qué la paz sea contigo!”.

No eran los únicos, algún redskin del barrio se ponía la hoz y el martillo o la esvástica en función de la línea de autobús que tomaba. Eran tiempos complejos aquellos, pero nada comparado con lo que vendría después. Y después del parque Toledo llegaba al parque de mi casa, era pronto, las vecinas estarían sentadas comiendo pipas en sus sillas plegables observando atentamente el escaso trasiego de la calle... había que vigilar los pasos en aquel tramo. Y adentro del edificio, todavía no había descanso... a pesar de su espejo el portal era pequeño, mis ojos grandes y enroquecidos y el ascensor lento. Estaba pensando en el Adolfo, el Víctor, el Nirvana y en mis vecinas cuando Santi me preguntó —¿Entonces te animas?—. Me levanté del césped lentamente, cogí mi mochila y nos pusimos en camino atravesando el parque, doblando la esquina de una calle en cuya pared habían pintado “otro mundo es posible”.

El Parklife era una discoteca de música alternativa ubicada junto a unos soportales en los cuales había una cantidad enorme de bares de muy distinto tipo. Fuimos muchos niños y ahora eramos adolescentes. Santi y yo hablábamos de la universidad y el autodidactismo. Yo le decía que la universidad era un instrumento burgués para doblar el pensamiento libre y que no tenía ninguna intención de ir, no caería en la trampa. Cuando llegamos la amiga de Santi, Marta, estaba sentada con Laura en un pequeño parque frente al Parklife. Laura no paraba de reír, nos saludamos, Santi me presentó y Marta dijo que le acababan de contar un chiste muy bueno.

—Fue a un amigo al que le operaron de una hernia en la ingle. Cuando termina la operación le pregunta al cirujano: —Doctor... ¿y cuando me quiten la venda voy a poder tocar el piano? —y contesta un poco confundido: —por supuesto, sin ningún problema, no está relacionado...—, y entonces mi amigo responde: —...joder pues no sabes la ilusión que me hace porque no tengo ni puta idea...—, Marta seguía riendo sin parar.

—Pero ¿y cuál es el chiste? —dijo Santi con un tono solemne.

Yo añadí algo, que no recuerdo muy bien, y todos empezaron a reír —muy bueno— afirmó Laura. Por aquel entonces tenía una extraña virtud. Hablada bajo, por timidez, y algunas de mis palabras, por lo general anodinas, eran confundidas con otras muy ocurentes y graciosas. No podía provocarlo de forma intencional pero cuando ocurría era gratamente reconocido. Cuando veía que estaba inspirado seguía el juego de la confusión, afinando el impreciso acorde del lugar entre el silencio y la palabra, mientras alguien o algo estaba construyendo mi imagen a expensas de mi.

Al parque fueron llegando más conocidos... de cuatro, pasamos a seis y de seis a doce. Unos skaters amigos de Santi, unos amigos míos punkis que solían salir por esta zona, otros que no conocíamos y se acoplaron, y cada vez veía más complicado hablar con Laura. Pero la noche era larga y yo me sentía extrañamente extrovertido, como si hubiese encontrado una razón para sobrevivir a la madrugada. Entonces su parecido con Paula fue un pensamiento fugaz. Las idas y venidas al Parklife, un tipo que vendía hachis, una intensa discusión sobre el nacionalismo en una esquina del grupo, la policía pidiendo identificaciones, buscando a los que quemaron dos cajeros de un banco, y de repente Laura y yo estábamos solos, bajo un fresno protegidos por el suave balanceo de las sámaras. En un bar cercano sonaba “Killing in the name” de Rage Against the Machine. Laura había nacido en Madrid, en un barrio llamado Arturo Soria. Su padre era comerciante de oro y viajaba con frecuencia a África por negocios y para participar en cacerías de grandes animales. Vivió en Suiza de pequeña, hasta los doce años. Después se mudaron a Villaviciosa. La madre de su madre había sido aristócrata y su abuela heredó una casa en el Pardo, y un piso en la calle Goya. La casa del Pardo la vendieron y se compraron su casa actual en Sampodón, por aquel entonces una de las urbanizaciones de lujo más caras de España, a no muchos kilómetros de Móstoles. Los hermanos de su madre y sus hijos hicieron un pacto con ella. Sabían que había sido hija ilegítima,

su abuela tuvo una relación extramarital con el jardinero, y el pacto fue quedarse con las dos casas y con su reputación social a cambio de renunciar al título nobiliario.

Cuando ella era muy pequeña, no lo recordaba pero se lo contaron, tenían una empleada doméstica de Guinea Ecuatorial cuya madre también había trabajado con su abuela. Sus padres tuvieron una discusión con ella porque decían que robó joyas de su madre y la despidieron. Al poco tiempo su madre cayó gravemente enferma. Estuvo en coma durante varios meses hasta que su padre encontró debajo de su cama un muñeco vudú aseteado con agujas y en su interior trozos de pelo largo y uñas pintadas. Su madre se recuperó completamente pero quedó tan asustada que decidieron cambiar de aires. Tenían familia en Suiza y se mudaron a Friburgo una temporada. Me hablaba de Friburgo, su ciudad baja medieval a la que había que llegar en teleférico o por unas sinuosas e infinitas escaleras, y yo imaginaba a Hans Christian Andersen, a Friedrich Nietzsche y a Hermann Hesse juntos, a la luz de un farolillo envuelto por la neblina, tomando allí una cerveza en una tarde lluviosa. Las frases, las palabras pronunciadas en ese entorno estaban dotadas de una sabiduría especial propia de gente prudente y avanzada. El sol del sur era amigo natural de las pasiones y enemigo de la sabiduría. En el norte el campo seco se llenaba de agua, la tierra resquebrajada cicatrizaba con la nieve y el amarillo de la incertidumbre daba paso al verdor de la experiencia.

Laura me contaba de las alarmas nucleares que se activaban dos o tres veces al año en toda la ciudad y de los trasteros de los edificios y casas, búnkeres en los que había que guardar viveres de supervivencia para no ser multado. Me hablaba de los jóvenes militares con el pelo largo y *piercings*, que hacían el servicio militar durante toda su vida, dos semanas al año como si de unas vacaciones se tratase.

De repente pasaron unos tipos en dos coches tocando el claxon y cantando. Llevaban bufandas del Atlético de Madrid. Los miré con animosidad, en estos coches futboleros a veces viajaban fachas, venían de Madrid al “más allá”, como llamaban a las ciudades dormitorio. Era un rito iniciático, bajaban del coche frente a la casa okupa o los bares alternativos y levantaban envalentonados el brazo derecho cantando el cara sol para salir huyendo. A veces aprovechaban y le daban una paliza a un chico solitario de aspecto *hippie* que regresaba a casa y en una ocasión dejaron un paquete bomba que incendió la puerta de entrada de la casa okupa. Los más valientes, y aquellos

que querían escalar de posición en el grupo ultra, lo hacían en el País Vasco. Nunca les detenían, varios tenían órdenes de busca y captura por asesinato y llegaban a los partidos de fútbol saludando a los antidisturbios de la entrada. Pensaba en todo ello cuando de repente vi a mi madre paseando. ¡Eran las doce de la noche! ¿Qué hacía mi madre allí? Miraba de forma casual a las personas en el césped, me vió y se hizo la despistada, por fortuna para mi reputación en el barrio. No era la primera vez que nos encontrábamos, casualmente, cuando yo salía de marcha. Con el tiempo supe que hacía rondas maternas. La ciudad era grande, las calles oscuras y las viejas espigas cuchillas bajo el asfalto.

Aquel encuentro con Laura era atípico. No era tan frecuente encontrarse a alguien de las zonas pijas de Madrid en Móstoles, aunque para los de Villaviciosa estaba más cerca, y más raro aún me parecía que hablase de su vida pija con aquella naturalidad, en la zona de bares alternativos, con un tipo con el pelo largo, pantalones anchos de colores y una camiseta de los Sonic Youth. Pero no lo hacía con orgullo ni con rencor, tampoco parecía quererle dar un baño de pueblo, más bien pretendía diseccionar su entorno sociológico para explicar quien y contra qué era. De una manera u otra todos intentábamos entenderlo. Sin embargo, había algo inquietante en su relato. Hablaba de ella como si se tratase de otra persona. Se refería a sus experiencias como si contase algo que le habían contado desde un lugar que acaba de encontrar. Yo estaba, no obstante, fascinado y en un momento de la noche le pregunté: —¿sueles salir por Móstoles?—, me contestó: —sí, desde hace unos años, vengo de vez en cuando, me gusta mucho, sobre todo salgo por esta zona y a veces voy a Estoril II.

Tenía el pelo corto y llevaba una pequeña trenza con un lazo atado en la punta, se podía ver algo dibujado. —Muy chulo el lazo— dije casi sin darme cuenta, —me recuerda al de una amiga de la infancia— y me arrepentí de mis palabras. Una amiga de la infancia era un comentario un poco estúpido, ¿la estaba llamando niña?, ¿le quería decir que desde mi infancia no tenía otras amigas? Ella esbozó una tierna sonrisa y dijo:

—La infancia es un lugar que se mueve, su tiempo es abierto, parece circular por nuestra vida tratando de recordarnos algo. Cuando era pequeña me ponía siempre una trenza y un lazo así. Tengo en casa una foto. Recuerdo poco de los primeros años de mi vida... como todo el mundo, supongo.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Te vi hace unos meses por aquí. Estabas en el Parklife con unas chicas —continuó Laura.

—Ah, vengo mucho también. Cuando nos presentaron también me pareció que te había visto antes —no era verdad, o era una verdad a medias si me refería a trece años atrás, pero no sabía qué contestar.

Miramos hacia el grupo, ahora fragmentado, de compañeros en el parque. La policía continuaba, a lo lejos, su redada. Los que habían empezado a discutir sobre nacionalismo comenzaron a dar gritos. Dos se levantaron y amenazaron con dejar el lugar. Era tarde y de un coche cercano aparcado llegaba “Black old sun” de Soundgarden. No era sencillo hablar de ciertos temas en grupos abiertos como aquel. Así eran los parques, con grupos pero sin puertas. Aquella tarde hubo un atentado a un general en el centro de Madrid. Un ciclista se había acercado a la puerta de su casa y le disparó en la cabeza. La semana pasada fue un coche bomba frente a una comisaria.

—¡Esas ideas son de etarras! —dijo uno de los chicos que se había levantado y no conocíamos, pero se había unido al grupo.

—¿Qué pasa? ¿que ya nadie puede criticar el nacionalismo porque es etarra y separatista? Tampoco podemos preguntarnos ¿a quién benefician los atentados terroristas? —dijo un amigo de Santi.

—Lo que pasa es que ha costado mucho construir lo que somos. Un país, una nación. Vivir en democracia. Vosotros pensáis que todos los nacionalistas somos fachas. ¡Pues no!

—No. Estos también son nacionalistas —señaló a dos punkis que dormitaban sobre el césped.

—¡Mira! a mi padre lo amenazaron de muerte y nos tuvimos que mudar de casa. Todas las mañanas inspecciona atemorizado los bajos de su coche. Él es policía pero ha pertenecido siempre al sindicato, y ha sido muy crítico con el trabajo sucio de sus compañeros. Un día encontraron una lista de objetivos de ETA y allí estaba él. —Algunos miraron con suspicacia, un orgulloso hijo de un policía a esas horas, tan tarde y con el porro en la mano...

—Lo siento, no debió ser fácil vivir algo así. Pero a lo mejor hay que preguntarse quiénes hicieron esa lista —intervino Santi con un tono conciliador pero sarcástico.

—¡Iros a la mierda! —él y el otro que estaba de pie se fueron.

—Y ahora nos llenan las casas okupas de policías, con lo del terrorismo. Si ves el telediario todos los que estamos aquí llevamos una bomba oculta en la

mochila —le dije a Laura—. Ella miró y dijo unas palabras que me parecieron extrañas pero que unos años después comprendería. —Con el nuevo gobierno vamos a ver más atentados y estoy segura de que las calles se llenarán de cocaína. El que se sentó antes con nosotros, quería venderme speed y coca. Creo que será el fin de los duendes. —sonrió mientras decía esto último. Para mí la heroína era una droga dura, que nunca había visto más que en películas y en personas del barrio. La cocaína era otra sustancia remota que evocaba adicción.

—Serán otros tiempos, con otras necesidades, al final las drogas son una continuidad de la política del Estado, por otros medios —continúo. Para hacerme el interesante le hablé de una cita de *La condición humana* de André Malraux, lo había conseguido en la biblioteca de mis padres. Como decía un escritor —me reservé el nombre para no resultar pedante— todos tenemos una droga en esta vida, lo difícil es encontrarla. Y muchos se pierden en el camino—. Ella se quedó pensativa y añadió —sí, Malraux, en su viaje a China... también luchó aquí contra el fascismo—. Permanecí callado. Desde nuestro Fresno se podía ver la luna en cuarto creciente junto a la chimenea plateada de un edificio. Cada vez quedaba menos gente en el parque. Laura me observaba, yo miraba hacia el cielo, se acercó a mí y puso su mano sobre mi pierna. Me asusté, no supe qué hacer ni qué decir. Miré hacia mi mochila apostada entre mis piernas. —¿Qué llevas en la mochila? —me preguntó, —¿una bomba? —y comenzó a reír con una risa tan natural como sincera, igual a la de Paula. Siempre llevaba la mochila a todas partes. A mis amigos del barrio, cuando me molestaban mucho con esta pregunta les contestaba que llevaba condones, muchos. A ella no le podía decir esto. Además no llevaba condones, solo una libreta, un bolígrafo, el libro de *Más allá del bien y del mal*, la cartera, las llaves y una pequeña pipa de resina.

—No mucho, pero lo indispensable... uno nunca sabe cuándo tendrá que partir— le contesté.

—Dicen que para viajar feliz hay que viajar ligero— añadió y movió su mano por mi rodilla con una ligera caricia —¿nos vamos de aquí? —preguntó.

—¿Vale, a dónde? —contesté algo perdido.

—¿Cogemos el coche... y donde nos lleve?

Llegaron Santi y Marta —¿cómo estamos?, ¿con vidilla?— dijo Santi, Marta nos ofreció el tramo final de un porro —¿chusta?— y yo contesté

como requería la fórmula de cortesía —no disgusta— cogiéndolo y dándole una calada, pero sí disgustaba y mucho, no quería fumar ni beber más, había que tratar de estar a la altura en las prometedoras horas venideras. Marta le hizo un gesto a Laura que yo pude percibir por el rabillo del ojo, sonrió, y Santi dijo —¿nos movemos en algún momento de la vida de aquí...? o ¿acampamos?— y comenzó a reír. Yo acerqué mi mano a la de Laura, apoyada en el césped, de forma casual, nuestros dedos se rozaron.

—Nosotros nos quedamos un poquito más por aquí, ¿no?, —dijo ella y me miró.

—Sí, un rato más. La noche está agradable—. Marta y Santi se fueron al parque de la Lechuza, y Laura y yo a su coche.

Como un papel huérfano de tierra y conchas de mar que, arrancado de la playa por el viento, sobrevuela el océano a escasos centímetros de ser agua o cielo, la madrugada, antesala de sí misma, contenía un mapa de lugares y personas liminares, difíciles de traducir a otro lenguaje. Las últimas calles de Móstoles estaban vacías, una ciudad sumergida en el contenido líquido del silencio mientras los edificios se transformaban en polígonos industriales, tierras de cultivo y bosques de encinas desdibujados por la oscuridad. Sonaba “Riders on the storm”, en el casete del coche de Laura. En aquel momento tuve un *déjà vu*. Algo importante, que no alcanzaba a entender, estaba en juego. Hace muchos años, me quedé a solas con Paula en la cabaña, los niños habíamos hecho espiritismo con una tabla *ouija* que regalaban en la revista *Más allá de la ciencia*, uno de los múltiples tesoros del quiosco de la esquina, yo todavía tenía miedo, ella me dio un beso, tomó mi mano y la llevó a su pecho. Desde los telefonillos nos llamaban para cenar. Detrás de nuestro edificio, un vecino con una larga cuerda coronada por una piedra en un extremo había salido a cazar murciélagos. El zumbido de la cuerda hacía vibrar levemente la camisa de Paula. —Nos veremos más tarde—. Me dijo al despedirse, me dio otro beso y salió de la cabaña. Y aquella noche mientras dormía, custodiado por mis pósteres de Iron Maiden solemnes como bosques de fresnos en la oscuridad de la carretera, iba en este coche con Laura. Era otro que pensaba que soñaba y que al soñar podía ser él mismo. La fuerza del recuerdo de un impreciso porvenir logró que escapara de los toros. Como en otras noches, los señores de pelo plateado invocaron al acerado lomo de un toro bañado por la luz de neón, mientras las calles de un pueblo se protegían de sí mismas. Los soltaron, todos estaban acorazados en sus casas, tras las

vallas, encaramados a las farolas observaban la prosperidad de la sangre venidera. Pero aquella vez fue un juego de niños. Podía volar, esquivar las cornadas y sentía que con suerte, en aquel momento con Laura lo supe, el peso de la historia. Laura me esperaba a las afueras del festejo. Iríamos lejos, en un viaje cuyo destino, años después, sobrevivía gracias a su implacable pacto con el olvido. Existir para no olvidar que algunas elecciones ya estaban hechas, aunque todavía no fuesen presente. Al establecer momentáneamente aquella conexión en la que el tiempo era todo menos un hecho lineal, me sobresalté.

—¿Vamos a mi casa? —me preguntó Laura.

—Vale, no conozco muchos bares por esta zona —contesté. Afuera, el reflejo de la luz de las estrellas sobre las lomas oscuras del campo. A lo lejos las luces ahogadas de la ciudad, como un cuadro olvidado a la orilla de un río. El coche iluminó el letrero “Villaviciosa”.

Estas cosas no solían pasar, y menos tan rápido. Por lo general, era al segundo o tercer encuentro, pero los hombres debían tener la iniciativa. Los chicos como yo, sin mucha iniciativa, aunque fuésemos considerados atractivos por las mujeres no teníamos demasiado éxito. O eso pensaba yo, aunque algunos amigos decían lo contrario porque, para ellos, tenía muchas amigas. Pero la experiencia sexual era escasa, las mujeres poderosamente atractivas, y aquel mundo aterrador. Si los hombres debíamos tener siempre la iniciativa, esta era violenta, reducía a la mujer a un objeto de conquista, pelear por la supremacía del alfa a tres galaxias de Venus. Dos tetas y un culo. Alejar la sexualización de la interacción era la mejor forma de cuidarlas, de protegerme, de dignificarnos. Como hombre, yo no tenía un modelo con el que actuar, tenía un modelo contra el que actuar. Y las mujeres, mi madre especialmente, me proporcionaban una escala de valores feministas distinta a la que durante décadas había dominado. Mi padre se había alejado todo lo posible del deseo sexual. Él no pensaba en mujeres, no las observaba, no las buscaba ni siquiera ahora que estaba separado de mi madre. Los libros, los periódicos y el alcohol eran su trinchera para la supervivencia. El cuerpo como un lugar insólito del que nadie escapaba siempre te recordaba que tú eras su pasado. Los colegios de curas fueron las fábricas perfectas, la pastoral del trauma. Una versátil e impune maquinaria para plegar deseos y oportunidades. Los niños empobrecidos por la dictadura pagaban con su

cuerpo y con su futuro el acceso a la educación formal. Y lo mejor de todo, nadie hablaba de esto. Pocos fueron la excepción.

El sexo para mí era glorioso, pero solo había una forma de no llegar hasta él a través de la conquista, del histórico ecosistema del macho, de la muda violencia del capital al fin y al cabo. No tener la iniciativa, tratar de desexualizarme, y esperar que la tuviesen las mujeres. Y una vez que esta llegaba era difícil no considerarla algo impuesto por nuestra educación, la genitalización del cuidado, la expresión del amor por la que siempre serían juzgadas. Tampoco creía en el amor romántico. Era la versión complementaria del bazar de los deseos. El amor libre era el único mapa para un mundo todavía sin territorio. Y mientras tanto me enamoraba, mi necesidad sexual era un hecho, y las mujeres deseantes solían pensar que era un tipo extraño.

“Bienvenidos a Sampodón”. Dos guardias de seguridad detuvieron el coche y al ver a Laura saludaron amablemente y subieron la barrera. Atravesábamos vallas altas de piedra con setos, cuyas entradas estaban iluminadas por faroles. Llegamos a su casa. Abrió el portón, entramos y me preguntó si me daban miedo los perros, observé con cara de terror a dos grandes dóberman negros y me pidió que esperase un momento en el coche. Regresó. Ya los encerré. Aunque parecen bravos son muy cariñosos. Dentro de la casa tenemos a Philip un San Bernardo que no se lleva muy bien con estos. Él cuida la casa durante el día.

Apresuré mi paso detrás de ella mirando hacia los lados. La casa principal tenía tres plantas y en frente había una gran piscina. A un lado estaba otra construcción más pequeña que parecía ser un garaje con habitaciones en su primera planta. Detrás de la piscina se observaba una zona arbolada con pinos y detrás probablemente estaba la valla, aunque no se alcanzaba a ver. Los dóberman ladraban desde un cobertizo construido en la parte posterior de la casa principal. Un par de ladridos quedos nos dieron la bienvenida al entrar a la casa. —¡Hola Philip! ¿Cómo estás? — se acercó me olió y se fue de nuevo a su cama.

La penumbra del salón dibujaba una estancia amplia dividida por dos secciones, en una de ellas había varios sofás en torno a una chimenea. Encima de la chimenea estaba colgada la enorme cabeza disecada de un rinoceronte. A los lados, desde todas las paredes de la estancia, nos observaban las cabezas de venados de grandes cornamentas y a un lateral, junto a una de las

ventanas, la de un oso. —La truculenta afición de mi padre por los trofeos de caza. Me encabrona—. Sobre la chimenea pude ver las fotos de unos señores, supuse que el repetido era su padre, escopeta en mano y trofeo a los pies. Me llamó la atención una de las fotos en la que su padre llevaba un gran sombrero mexicano y le pasaba fraternalmente el brazo por el hombro a otro señor de pelo rapado que parecía no tener un trozo de oreja. Subimos unas escaleras mientras yo miraba, distraído, a las cornamentas de menor tamaño unidas a un pequeño cráneo, colgadas en aquellas paredes. Entramos a la habitación de Laura, las paredes eran de madera y parecían las de una cabaña en el bosque. Tenía un póster de Kurt Cobain, una litografía de *El enigma de Hitler* de Salvador Dalí, una bandera negra y roja con el lema “Tierra y libertad” y un mapa del mundo. Todo parecía estar muy ordenado, con una precisión que me parecía ajena.

Nos quedamos de pie observándonos y me dijo —siéntate si quieres— señaló hacia la cama, me senté y ella se colocó a mi lado. Yo miraba la litografía de *El enigma de Hitler*. —Me gusta mucho Dalí. Este me pareció siempre un cuadro inquietante —le dije. — Es un pintor inquietante. Dibujaba muy bien. —¿Quieres que te enseñe algo extraño? — preguntó. La noche ya me parecía extraña en ese momento, y no quería añadirle más extrañezas, pero no pude contestar otra cosa —¡claro!, ¿qué es? —, — Ven conmigo—. Me cogió de la mano y me llevó a una terraza a la que daba su habitación, que conectaba a su vez con la habitación de su hermano. Entramos y al encender la luz lo primero que vi fue un crucifijo en la cabecera de su cama y un póster de los Hombres G. En otra de las paredes un espejo, una bandera de España y unos guantes de *full contact* colgados de un gancho. En la cuarta pared había un armario. —¡Mi hermano es un flipado, mira! —, dijo Laura. Señaló hacia el armario, ella corrió la puerta, unas camisas, y me invitó a que me acercara. Pensé que si el objetivo de la excursión era enseñarme un armario iba a dejar de fumar hachís para siempre. Desde esa posición podía ver el voluptuoso cuerpo de Laura. Su pantalón ceñido dejaba ver unas caderas y glúteos pronunciados sobre los que caía su camisa de colores caleidoscópicos con una flor en el centro de su espalda. Sus piernas eran robustas, sus tobillos y pies morenos. En una de las esquinas del fondo del armario había una palanca que abría una puerta oculta en la pared. Entró, encendió una luz y me invitó a pasar. Era una estancia sin ventanas, sombría, llena de aparatos para hacer deporte. En las paredes había un pequeño museo

con fotos de Franco. En una de ellas estaba el dictador con unos señores de montería.

—Este que está aquí en medio con la escopeta de caza era mi abuelo, el de al lado es Juan March. El traficante de tabaco y armas que se convirtió en el banquero de Franco.

—Sí, lo conozco. Además de por su fundación filantrópica porque un tío de mi padre salió con una de sus hijas antes de la Guerra civil—dije.

—¡Cuéntame!, ¡cuéntame! —exclamó entusiasmada. Me sentí orgulloso por tener una anécdota interesante.

—Bueno, no hay mucho que contar. Gabriel, así se llamaba, era actor de teatro y bastante galán. Las hijas de este señor iban a verlo con frecuencia y una de ella se enamoró y comenzaron a salir. Dos años antes del alzamiento fascista ellas le dijeron que su padre y sus amigos estaban preparando un golpe de Estado. Él era anarquista. Le rogaron que considerase huir con ellas a Mallorca. Se negó, se quedó en la defensa de Madrid y murió asesinado por los franquistas.

—Joder, sí, este tipo financió el golpe de Estado... igual que mi abuelo. No solo dio apoyo económico también hizo una intensa labor de propaganda para que en España y en el extranjero pensasen que los republicanos se comían a los niños y a los curas. Era también, como Franco, muy amigo de los alemanes—. En el museo fotográfico había una cruz celta en una de las paredes y la foto de un pueblo de Extremadura llamado Las minas del carnero. En ese momento traté de recordar lo que Santi me contó al inicio de la noche sobre un pueblo de nombre parecido, cuando Laura dijo:

—Bueno, lo más extraño de este lugar no es que mi hermano sea un macarra trasnochado que le rinde culto a sus abdominales y a Franco, al mismo tiempo. Esta habitación fue el lugar en el que, según mis padres, la empleada africana de mi madre, ¿recuerdas lo que te conté?, tenía un altar vudú. O eso le parecieron a mi madre un par de velas y una antigua foto de un pueblo de África que aquí encontró.

—¡Qué fuerte! —dije sin saber que más añadir.

—Como puedes ver, tengo una familia que está como una cabra.

Los dóberman comenzaron a ladrar. Se escuchaba el sonido de un coche aparcando.

—Ostia, no esperaba a mi madre, pensé que se había quedado en Madrid.

—Comenzó a reír.

—¡Ven! ¡Corre! Me tomó de nuevo de la mano y me llevó a la habitación cerrando antes la doble puerta del armario. Se asomó a la terraza y me dijo: —quédate aquí, apaga la luz y tumbate en la cama. Luego vengo—. Y así hice, no sin antes observar unos botes de pomada en una mesilla junto a la cama. —Son medicamentos de mi hermano. Tiene una extraña alergia en las manos que reaparece cada cierto tiempo. Dice que fue culpa del vudú—. Me besó y se fue. Llegó su madre, habló con ella y se desearon dulces sueños. Mientras, yo observaba la bandera de España y los guantes de *full contact* iluminados por la luz de la habitación de Laura rebotando en la terraza. ¿Me duermo? ¿Me los pongo por si viene su hermano? ¿Y Franco y Juan March se quedarían en el armario? Todo eran incógnitas. Me quedé dormido, saboreando su beso de buenas noches.

LA PEDRIZA-LAS MINAS DEL CARNERO

—El mundo capitalista es un *complot* de exmarxistas que quieren cambiar las cosas desde dentro —dijo Santi mientras llegábamos en el autobús a Manzanares del Real.

—Eso dicen, que el setenta por ciento de los tiburones de Wall Street son antiguos marxistas —señaló Marta.

—La universidad esta... ¿cómo se llama? La London School of Economics fue fundada por marxistas... ¡y allí estudió mi padre! —dijo Laura y se echó a reír.

Cogimos las mochilas del autobús, fuimos a una tienda a comprar algunas cosas de comida que se nos olvidaron y, pasando el puente de la Cañada Real, emprendimos el camino, Marta, Laura, Santi y yo. Pedro, el amigo escritor de Santi, y algunos de los compañeros de la casa okupa estarían ya en la zona de acampada. Decidieron salir un día antes aprovechando el viernes festivo. No era muy temprano, pese a nuestra tentativa madrugadora. El sol comenzaba a golpear el camino de la senda de “quebrantaherraduras”, junto al río Manzanares que nos acompañaba, entre olor a pino y a jara, en nuestra ruta a la llamada Pedriza Anterior.

La Pedriza es la sierra de granito del mundo más meridional y una de las más grandes. Por aquel entonces algunos de sus habitantes creían en las propiedades terapéuticas de la energía emanada por el granito, mientras otros

decían que afectaba negativamente a sus huesos. Seguimos dirección a Canto Cochino, bordeando las pozas de agua verde en la que algunos bañistas ya se habían zambullido.

—Entonces, parece que al final el sistema se sostiene gracias a los antisistema —dije.

—Lo que pasa es que el sistema capitalista es profundamente antisistema. Funciona a través del caos y la destrucción, incluso de sí mismo. Pero necesita imaginar a un otro para ocultar su naturaleza y hacerse imprescindible: el anarquismo, los comunistas, los iluminati... quién sabe. —Explicó Santi con una sonrisa irónica.

—El capitalismo, pero también el comunismo. Sus formas de opresión son similares. Con capacidad de crear complicidad, miedo y control sobre el deseo tienes el poder. ¿Y quién mejor que el Estado o la religión? —añadió Marta.

—Sí, pero el poder no se tiene. Se ejerce, si no se ejerce no hay poder —respondió Laura.

—Bueno, pero todos lo ejercemos... de alguna forma. Y sin cambiar nuestro mundo interior da igual que hagamos una o mil revoluciones —dijo Santi.

—Pero el mundo interior no depende también de las condiciones exteriores en las que vivimos? —pregunté.

—Sin duda —contestó Santi— sin embargo, esas se han tratado de cambiar en varias ocasiones sin modificar la forma de actuar de las personas. El problema es que no es automático, cambias las condiciones materiales y en un abrir y cerrar de ojos no se transforman las personas. Mira los rusos. Decía Rosa Luxemburgo que había que cambiar el modelo de familia burgués y las desigualdades entre géneros, y sus camaradas siempre aludían a un mañana, cuando estuviese consolidada la revolución y el enemigo vencido. Y ese mañana nunca llegó. No solo Wall Street está lleno de excomunistas, las filas comunistas tienen una gran cantidad de ex anarquistas derrotados. Es más sencillo culpar a la economía o a los iluminati de tus males.

—De todas formas, se acaba cumpliendo aquello de que “si no vives como piensas acabas pensando como vives” — dije, — pero ¿y cómo podemos cambiar un mundo que solo está formado por individuos que se transforman a sí mismos y votan afablemente a sus representantes?

—Ese era el panfleto de Margaret Thatcher hace unos años. La sociedad no existe, solo los individuos. Para ella la idea de sociedad, como la del bien común, es un *complot* de los comunistas —dijo Laura.

—Entonces, ¿no quedará otro remedio que analizar el mundo desde la conspiración para desenmascarar a los antisistema que alimentan al sistema capitalista? —preguntó Marta. Hubo unos segundos de silencio. La respuesta no era sencilla y el camino para llegar a la zona de acampada largo.

—Dalí encontró una solución para este tipo de análisis. El método paranoico crítico. Analizar sistemáticamente la realidad de forma crítica y espontánea a partir de conectar objetos, cosas o personas que solo pueden asociarse desde ideas consideradas como delirantes, —contestó Laura—. Desde este punto de vista lo delirante podría también ser reconstruido a partir de una sólida racionalidad, hasta convertirlo en un planeta habitable.

En lo alto de un risco, rodeado de canchales de granito, había un gran carnero que parecía darnos la bienvenida a un pedestre rito satánico, alegrado por la algarabía de los niños junto al río y por el balanceo de las cuerdas de escalar y los pies de gato en las mochilas de los senderistas con los que nos cruzábamos. Atravesamos algunas praderas verdes, el *parking* de Cantocochino y, observados por el Yelmo y por el Cancho de los Muertos, todavía nos quedaban unas horas de subida hasta la zona de acampada. Mi participación en la conversación fue decayendo, la revolución podía esperar.

Estaba anocheciendo. Las tiendas de campaña descansaban armadas en la amplia pradera de la zona de acampada salpicada de islas de luz. Un iglú en el que dormiríamos los cuatro y en el que todavía cabían una o dos personas más estaba iluminado por un lumo-gas. Atrás, un frondoso bosque de pinos, y a los lados y en frente, la silueta del cuarzo, del feldespató y de la mica magnificada por un cielo estrellado que nos observaba desde el cretácico. Laura y yo nos veíamos por segunda vez. La noche en su casa fue más bien mañana, con despertar junto a la mesita de las pomadas, desayuno materno y acompañamiento familiar a la parada del autobús.

Aquella noche habíamos formado un círculo, éramos diez o doce personas. De un radiocasete sonaba Pearl Jam. A mi lado estaba Pedro, uno de los epicentros de aquel ecosistema a media luz. Pedro no solía preguntar mucho, hablaba. Contaba mil y una anécdotas y parecía aún más motivado por la presencia de Laura, sentada a su lado.

—Te lo juro. Esta señora, Juana, estuvo saliendo con ese tío durante ocho años. ¡Ocho años! Bueno, pues ella le puso una cantina y todo. El tipo y sus dos hijos de quince y dieciséis iban todos los días a la cantina. Los chicos le ayudaban y ella pasaba a visitarlos cuando salía de su trabajo. Un día descubrió que estaba hablando por teléfono con una mujer el precio de algo. Ella le preguntó si era un encargo de la cantina y él dijo que no, tonterías de una prima suya. ¿Tonterías? Comenzó a prestar más atención a algunos de sus movimientos, cambiando sus rutinas de forma repentina y, finalmente, se enteró de que llevaba una vida secreta. El tío, de cincuenta y seis años, mirada apacible, cuerpo rechoncho y entradas pronunciadas... ¡era gigoló! Tenía toda una cadena de clientas a las que iba a visitar en las mañanas, dejando a sus hijos encargados de la cantina. Y en la tarde, era ese bondadoso e inofensivo cincuentón.

—¿Pero le iba mal con la cantina? ¿Le faltaba dinero?, —preguntó Laura.

—¡No! Eso es lo más cachondo de la historia.

—¿Y qué pasó?

—Cuando Juana se enteró, frecuentaba a doce clientas, se lo dijo. Era de noche y él estaba viendo el televisor, sus hijos acostados, no contestó. Permaneció mudo, como si la voz de Juana formase parte de la película, al otro lado de la pantalla. Al día siguiente, cuando Juana despertó él y sus hijos no estaban. Fue a buscarlos a la cantina, nada. Regresó a la casa y se dio cuenta de que se habían llevado sus objetos personales y varias maletas. Nunca los volvió a ver.

—¿Y estará con otra y en otra cantina? —preguntó Laura.

—Es posible. Encontró la llave del deseo y la llave se convirtió en su casa —contestó Pedro.

—Todos necesitamos cariño... pero, lo que no entiendo es por qué la gente se complica tanto la existencia —dijo Sonia, una chica que estaba sentada a mi lado y que acababa de conocer. — Si tienes un negocio así, o no puedes aguantarte las ganas de tirarte a otras... ¿por qué no lo dices?

—Todos tememos a la libertad ajena. —Dijo Pedro con gesto de Erich Fromm.

—Ya, claro... pero hay muchas personas que viven felices en relaciones abiertas. Sin fidelidad, pero con lealtad. —Apuntó Laura.

—Lo que ocurre con frecuencia es que las mujeres en ese tipo de relaciones tienen las de perder —dijo Marta, desde el otro lado del círculo—, no es el

caso que contabas Pedro, pero muchas mujeres con hijos, en un esquema de familia burgués, no tienen tiempo para buscarse a otros. En ellas recae el cuidado.

—Al final tener hijos, en este sistema, es la decisión más insolidaria que alguien puede tomar. La división social del cuidado y del trabajo, te hace prescindir de otras formas de cuidados y de solidaridad... para sobrevivir como familia — aludió Laura.

—Eso depende de cada uno. La gente que no ha estado en formas colectivas de solidaridad o que no están interesados no lo van a hacer por tener hijos. Y a veces los hijos se vuelven el pretexto para formas de solidaridad nuevas — dijo Sonia.

—Sí, pero bajo el esquema dominante de la familia, comunidad, vecindad capitalista burguesa —sentenció Laura—, y estoy de acuerdo con que el amor libre se vuelve un privilegio de tiempo y energía para ejercerlo, sin embargo, os puedo contar otros ejemplos en los que nosotras tenemos el privilegio. Y al final... si una relación fracasa da igual que sea de dos o de seis.

—¿Qué ejemplos? —pregunté.

—Te cuento el caso de una amiga. Ella es una tía bonita, pero nada del otro mundo...

—¡Como yo! —interrumpió Marta, alzó la barbilla y empezó a balancear su melena rizada de uno a otro lado mientras reíamos.

—... Esta amiga tiene una relación abierta con un chico desde hace años. El chico es atractivo, un tipo simpático y con chispa. Él se queja. Le dice que es una relación desigual.

—¿Por qué? —insistí.

—Él dice, y yo doy fe, que cuando van a un bar o a una discoteca y ella quiere ligar, chasquea los dedos y tiene a diez tipos detrás de ella. Él chasquea los dedos y no llega ni el camarero.

—¿Pero eso tendrá que ver con las diferencias de potenciales eróticos? ¿No? —preguntó Sonia.

—No necesariamente —intervino Pedro—, a una mujer le resulta mucho más fácil, y rápido, tener sexo que a un hombre.

—Bueno, eso si tenemos en cuenta que compartiesen los mismos deseos y necesidades —dijo Sonia.

—¿Me vas a decir que nosotras no tenemos necesidad de follar? —inquirió Marta.

—No, pero cargamos con el yugo sentimental. Follar tiene que estar vinculado a un mundo de sentimientos y si no lo está te conviertes en una puta. O puta o monja —contestó Sonia.

—Los hombres, algunos, también lo relacionan con los sentimientos —afirmé. Se hizo un silencio.

—¡Oooh que tierno! —dijo Pedro y todos se echaron a reír menos yo. No me hizo gracia su broma.

—No es igual para los hombres. Nadie os juzga por tener sexo... a nosotras sí...aunque a mí me importa un pepino que lo hagan —señaló Laura y continuaron las risas.

—¿Entonces será la revolución sexual la que cambie el mundo? —pregunté yo tratando de resarcir mi dignidad.

—Yo creo que sí —contestó Laura— como decía Wilhelm Reich, el alumno preferido y rebelde de Freud, la revolución, como la cura, se ejerce en los cuerpos. La charloterapia sirve de poco, y las mentes no son otra cosa que cuerpos imaginados por la ideología dominante.

—¡Qué fuerte! —dije.

—Este tío —continuó—, el calimocho y el hachís la inspiraban, y a mí también... pero para escuchar —decía hace sesenta años, que la única forma de estar sano era a través de la energía sexual que existía en el espacio y las personas y sociedades tenían que liberar en sus cuerpos... a través del orgasmo. Y para ello no debían aceptar acríticamente el principio de realidad como una mansa adaptación a la sociedad, siguiendo el rollo de Sigmund Freud... sino transformarlo. Claro, la revolución sexual implica también el fin de la sociedad de clases, y del acatamiento a la autoridad...

—La solución reformista sería tener habitaciones para que los jóvenes pudiesen follar, pero se hundiría la industria del automóvil —dijo Pedro y algunos rieron— ¿Y qué fue de él? Leí su historia hace tiempo, pero no me acuerdo... —añadió.

—Le persiguieron los nazis, lo expulsaron los comunistas y murió en una cárcel gringa acusado de fraude —le dio una palmadita cariñosa en la espalda a Pedro.

Era la primera vez que escuchaba a Pedro preguntar algo. Parecía que Pedro y Laura se llevaban muy bien, aunque acabasen de conocerse. Era un hombre de mundo, con refinamiento en su atuendo *grunge*, escritor, habitante del corazón de Madrid. A estas alturas de la noche, ¿acaso debía preguntarme si

la invitación a casa de Laura y su beso significaron algo más que un breve entretenimiento con un chico de la periferia? ¿En qué podría ser yo más atractivo que Pedro? La virilidad del mundo obrero, la pasión de los barrios bajos, la despierta lujuria que palpita en la ciudad dormitorio, todo esto, fascinante para las señoritas, no podía ser para mí otra cosa que una implacable venganza de placer. Si la revolución debía ser sexual, aboliríamos a la clase dirigente conquistando a sus mujeres. Nuestros cuerpos, nuestras pollas, magnificadas por el exotismo de la oligarquía, serían el arma fatal. Pero para ello, con cada estrella fugaz capturada como una luciérnaga por el lumo-gas, aquella noche, con cada palabra, a cada risa, en ese instante, recordaba que nadie escapaba de su lugar en el mundo.

Laura, Sonia y otros del grupo decidieron hacer una pequeña excursión nocturna al bosque de pinos. Laura me preguntó si quería ir y yo, algo molesto con la vida, le dije que prefería quedarme. En un pequeño coro Santi hablaba de su experiencia en México. Contaba cómo era la tierra que imaginó a Carlos Castaneda. Hablaba del peyote, de un lugar llamado Real de Catorce y de Chiapas y los zapatistas. Narró cómo se tuvo que disfrazar de mujer indígena, con un poncho y un pañuelo en el pelo, para que los militares le dejaran pasar en un retén, estaban masacrando a los indígenas rebeldes y detenían a todos los extranjeros acusándolos de apoyo a la subversión. En ese momento llegó un tipo con un poncho *hippie* con capucha y pantalón militar preguntándonos si teníamos papel de fumar. Le dimos unos cuantos y nos preguntó si se podía sentar con nosotros porque sus amigos ya estaban muy apalancados. En una tienda detrás de la nuestra sus amigos, tumbados en el prado, observaban el infinito. Se hizo un par de porros y los circuló. Desde hacía un rato Pedro había estado imbuido en la historia del plagio de su libro, y al llegar a los honorables ancianos del bar del barrio Salamanca le pregunté:

—¿Y cómo se llama ese bar?

—Los compañeros.

—¿Y acompañaban? —preguntó Marta.

—Solo estuve dos veces. Un bar de mierda, no tenía nada especial. Los viejitos, algún jamón colgado, una bandera de España, las típicas botellas de anís y jerez, la máquina de café y una foto de un pueblo llamado Las minas del carnero.

—Me suena de algo ese nombre, Las minas del carnero —dijo Marta— ¿o son las del rey salomón? —empezó a reír.

El tipo del poncho hizo un gesto extraño, golpeó un cartón de vino abierto, lo levantó con agilidad, se puso la capucha e intervino con expresión huraña.

—¿Conocen ese pueblo?

—La verdad no, ni puta idea —dijo Pedro. Los demás observábamos con cara de circunstancia.

—Yo estuve una vez allí, Las minas del carnero. Salí vivo de milagro —se quedó en silencio observando nuestra reacción, continuó—. Aunque ahora me dedico a otras cosas, antes escribía. Fui a un certamen de literatura, el XXXI Certamen de Literatura de Las minas del carnero. —De nuevo guardó unos segundos de silencio, escuchábamos con atención.

—Vaya ¿Y qué tal fue el certamen? —preguntó Pedro haciéndose el enconradizo.

—Bueno, jodido. Conocía a un tipo cuyo padre era de allí y me propuso ir unos días de vacaciones y presentar algo en el certamen. Nada más llegar nos recibieron con entusiasmo. La gente era muy amable. Nos llevaron de fiesta. Fuimos de excursión a unas grutas cercanas. Me gustaba que la gente me preguntase todo el tiempo sobre mis experiencias, mi vida, mi forma de escribir, mis cuentos. Por un momento, me sentí famoso. Y en realidad solo había publicado una poesía en una revista de mi antiguo colegio. Uno de los requisitos para participar en el certamen era llevar todo el material contigo. Todo lo que hubieses escrito, daba igual si estaba o no publicado. Cuando ganabas el premio se hacía un homenaje a los escritos no publicados, al material de base del escritor. Yo llevaba una mochila con mis cuadernos, mis apuntes e incluso la revista de mi colegio, el único ejemplar. Todo muy bonito hasta que llegó la hora del certamen. Fue una ceremonia sobria, modesta pero bien organizada. No resulté ganador del premio de cuento, tampoco quedé finalista, ni siquiera se me nombró como asistente, pero al fin y al cabo lo importante es participar... y de paso salir del barrio. —Eché una mirada un poco desconfiada a los oyentes sentados alrededor del lumo-gas—. Fue todo muy extraño. De repente mi amigo con el que viajaba, en realidad no lo conocía mucho pero habíamos coincidido alguna vez en el barrio, empezó a meterse en problemas. Primero fue una pelea con el portero de una discoteca. Recuerdo que él no dijo nada y el portero le tiró un cubata que se estaba bebiendo a la cabeza. Se liaron a hostias. Después, estábamos sentados

en una terraza con unos amigos suyos y un tío de melena me preguntó que por qué llevaba tantos anillos, le contesté que me gustaban y me preguntó que por qué no soltaba mi mochila ni un momento, e hizo un gesto para que mirase por debajo de la mesa. Miré y tenía dos puñales largos y afilados, y otro amigo suyo a su lado, al que llamaban Tostao, calvo y con barba, portaba una navaja mariposa. El de melena le dijo al Tostao que mejor me iban a apuñalar con los que él tenía. Comencé a asustarme, miré a mi amigo, bebía y hablaba y parecía no enterarse de nada. Aproveché un momento en el que fue a pedir una cerveza, me levanté con él y le conté lo de los puñales. Se echó a reír y dijo: estos son unos cachondos, ni caso. Por un momento pensé que estaban compinchados y me fui. Aquí empezó la pesadilla. Me senté en un parque junto a una estatua y me entraron ganas de mear. Me fui a un rincón de una tapia en la que había una esvástica pintada, no vi a nadie, meé y pasaron unos niños tirando globos de agua y le dieron a la estatua. Regresé al banco saqué una de mis libretas y llegaron unas señoras gritando que era una vergüenza que me hubiese meado en la estatua del fundador del pueblo. Pasó una familia con unos niños e hicieron el mismo comentario. Los niños me dieron un globazo en la cabeza. Me levanté, me cagué en dios y llegaron los padres y sus tíos y me dijeron que no iban a consentir mis blasfemias y menos delante de los niños. Añadieron, “no se te vaya a cumplir el lema”, señalando a mi camisa y riendo.

—¿Qué camisa era? —preguntó Santi.

—Llevaba una camisa del Che Guevara en la que decía “Prefiero morir de pie que vivir arrodillado”. Decidí salir de allí, pero no tenía coche y escuché que el autobús y el tren salían al día siguiente. Pregunté en un par de hoteles si tenían habitación y en todos me dijeron que estaban completos. Por aquel entonces fumaba tabaco de liar. Me hice un cigarro y fui a un bar a pedir algo de comer. Encontré a unos apacibles ancianos, hablando de Paquirri, que habían estado en el certamen de literatura y les pregunté si sabían de un lugar para dormir y me dijeron que hacía una noche muy buena y que algunos *hippies* que llegaban al certamen solían ir a la pradera junto a una cueva, pasando el cuartel de la Guardia Civil. Dijeron que me recomendaban que dejase la mochila con ellos, este pueblo es un lugar seguro pero a veces hay borrachos y si se duerme al aire libre uno nunca sabe. Por un momento sentí que me estaban convenciendo, la dejé en una silla y me sobresaltó la mirada de uno de ellos a la mochila, una mirada intensa, perversa, codiciosa. El

dueño del bar, un tío corpulento, puso la música alta, se acercó a la puerta, salió y les dijo a unos tipos que pasaban, “ya está aquí”. Cogí mi mochila y me fui.

—Las minas del carnero... ¿no era en esa zona donde hubo campos de exterminio de Franco? —preguntó Marta.

—Creo que sí —contestó Santi—. Los tiraban a las famosas minas, debe de haber todavía miles de cuerpos sepultados.

—Resumo para no daros el coñazo. Al verme salir del bar, el corpulento me preguntó si tenía fuego, señalando a mi cigarro. Le dije que no y mientras me iba escuché cómo les dijo a los tipos que se le acercaron que yo era un yonki, que estaba perdido y que lo mejor es que hicieran su trabajo. Entonces decidí hacerme el tonto. Pensé que si ellos llegaban a saber que yo descubría sus razones para asesinarme no saldría nunca vivo de aquel lugar. Pero no tenía ni puta idea de cuáles eran. Pasé por el cuartel de la Guardia Civil y en la puerta había un tío de pelo plateado y pinta de holandés o alemán, con un traje de ejecutivo, que hablaba con dos picoletos. Me vieron, pero comencé a caminar como si estuviese borracho y me senté entre unos coches... el ejecutivo les dijo a los picoletos que si no soltaba la mochila no podían tener más muertos en ese pueblo, debían tratar de que me fuera del pueblo y hacerlo a las afueras. Con la crisis, añadió, han venido ajustadores de todas partes, no saldrá caro. Uno de los picoletos le preguntó: ¿por qué no le entregamos “a los señoritos”? seguro que se lo iban a pasar muy bien, aunque luego hubiese que recogerlo con una pala... y el otro le chistó para que se callara. Se acercaron a mí y me preguntaron si estaba bien. Le contesté que sí, que un poco mareado y uno preguntó si había tomado alguna droga... “porque a veces, ya se sabe, el ambiente bohemio de la escritura...”. Le dije que estaba un poco borracho. Me preguntaron a qué se dedicaba mi padre, les respondí: es empresario, aunque es albañil, y se fueron. Caminé de nuevo hacia el parque y escuché a lo lejos el sonido de un tren. Decidí ir corriendo hacia la estación y en ese momento, de la nada, aparecieron dos chicas que me preguntaron si tenía donde dormir y me invitaron a su casa, una bonita hacienda a las afueras. Les dije que no, gracias. Me preguntaron si era marica y salí corriendo a la estación. Antes de llegar, en una callejuela, me encontré con un señor, anciano, que estaba en la puerta de su casa con su perro observando nervioso de uno a otro lado. Me llamó y me dijo en voz baja: cuando llegues a la estación deja la mochila en la banca del andén. No

podemos hacer mucho por ti, somos pocos, y se metió rápido a la casa. Cuando llegué a la estación había una ambulancia aparcada y un coche cuatro por cuatro, de él salieron el portero de la discoteca, el dueño del bar y el Tostao, se acercaron a la entrada del andén. Dejé la mochila en la banca y me acerqué a la vía despacio, sonrieron, asintieron con la cabeza y se sentaron junto a mi mochila. Subí al tren y aquí estoy.

Hubo medio minuto de silencio. Permanecíamos pensativos, otros se habían dormido.

—¡Qué fuerte! —dije sin saber qué opinar.

—¿Y retomaste la escritura? —preguntó Marta.

—No, ahora vendo droga. —Algunos, él no, empezamos a reír.

—Es un ligero cambio de perspectiva, —afirmó Santi.

—Bueno, es otra forma de alterar la consciencia —dijo y se unió a las risas—. Además, ahora conozco a una buena cantidad de matones y comisarios de policía, y eso siempre ayuda. Es un curro más seguro y reconocido que el de escritor.

—Visto así, no cabe duda de que tiene más futuro. Si alguna vez necesitamos algo, te preguntamos —dijo Marta sonriendo.

—No lo dudes. —Sacó una gran piedra de hachís, cortó un trozo y con ceremoniosidad nos invitó a que nos hiciéramos un porro cada uno de los presentes—. Si quieren coca o speed también tengo.

Se hizo un silencio alrededor del lumo-gas. Pedro estaba pálido, hierático, con los ojos cerrados parecía canturrear algo.

—¿Pedro, estás bien? —le pregunté. Abrió los ojos y miró hacia la silueta de las montañas de granito que, acuchilladas por una luna creciente, se divisaban en el horizonte. Tardó medio minuto en contestar— tengo que ir a ese puto pueblo.

Sonia, Laura y los otros llegaron unas horas después. Santi, Marta y yo ya estábamos adentro de la tienda, dormitando. Laura y Sonia entraron riendo y me dijeron que se habían encontrado a un duende junto a una gruta. Yo me senté y les pregunté que cómo era. Sonia dijo que verde y que llevaba un gorro y un bastón. Les pregunté si se habían comido algo y me contestaron que en el camino vinieron con Panoramix. O estaban pedas, o me estaban vacilando o las dos cosas. Sonia era una chica pelirroja de caderas pronunciadas, sonrisa maliciosa y olor a madrugada. Me tumbé de nuevo con mi fumado ensimismamiento. Sonia se colocó a mis pies y Laura junto a mi

cabeza. Las observé fugazmente atribulado. Laura comenzó a acariciar mi pelo, a masajear mis sienes, Sonia trataba de palpar mis dedos a través del saco de dormir. Laura bajó sus manos hasta mi pecho y de forma coordinada con Sonia comenzaron a llamar “toc, toc”. —¿Se puede? —, “toc toc”, — ehh, ¿cómo? —, “toc”, “toc”, —bueno, si insistís... pasad, pasad—, y Laura bajó la cremallera de mi saco de dormir. Lo primero que me preocupó fue mi súbita erección, como si fuese el vulgar intruso de un universo desgenitalizado, y acto seguido me preocupó que al atenuarla no respondiese en su momento, si es que había un momento. Después traté de calcular la distribución hombre-mujer o mujer-mujer u hombre-hombre que en este grupo, en aquel momento, parecía no existir. ¿Alguien saldría herido? ¿Se enturbiarían las amistades? ¿El espíritu de la coherencia regresaría impoluto a casa? ¿Y el hachís... que opinaba de esto? A nadie le importaba un pimiento, y en ese instante recordé la foto de Las minas del carnero que tenía el hermano de Laura en el gimnasio empotrado de Franco. No era el momento de indagar, traté de concentrarme en otra cosa y adiós clímax y erección. De repente Laura empezó a hacerme cosquillas en los costados y Sonia en mis pies. Di un brinco, y me abalancé sobre Laura regresándole el tormento, Sonia se puso detrás de mí, Laura, sin parar de reír, me empujó... caí de espalda sobre Sonia y ella sobre Santi.

—Joder, hostia... ¿cerraron la montaña afuera? —Dijo medio dormido.

Comenzamos a reír sin parar, Sonia me tenía todavía entrelazado con sus piernas, como en una llave de Jiu Jitsu. Logré girarme y el universo se reacomodó en nuestras ingles, invitado por aquella postura, sintiendo su caricia, casi arañazo, en mi espalda. Laura propuso que hiciésemos nuestra tienda de campaña con los sacos de dormir y un doble techo que sobró entre los árboles, en la profundidad del bosque de pinos, junto al duende verde. Y así hicimos. Era hermoso el lugar, con duende y todo, el cual, con su amigo Panoramix, planeaban jodernos la fiesta. ¿Estarían de tripi? ¿Querrían un trío? ¿Sería ético follar en estas desiguales condiciones? Construimos nuestra tienda improvisada y, arrullados por el viento enmarañado en las ramas de los árboles, nos quedamos dormidos acariciándonos, contando historias de seres mágicos que, poco a poco, nos invitaban a un lugar tenebroso y sagrado, sin tiempo y sin poder.

Al día siguiente, Pedro, Santi y yo debíamos regresar a la ciudad. Laura, Sonia y Marta decidieron quedarse un día más. Querían llegar al refugio

Giner de los Ríos y desde allí hacer una ruta. Antes de despedirnos le pregunté a Laura sobre la foto del pueblo que tenía su hermano, me dijo que no sabía, pero seguro era “otra chifladura familiar”. Nos reímos del enfado de Santi y su “¿han cerrado la montaña afuera?” y nos despedimos prometiendo volver a vernos.

Mientras regresábamos a Manzanares el Real desde la zona de acampada, organizamos Santi, Pedro y yo una expedición a Las minas del carnero. Iríamos de forma separada y nos haríamos pasar por turistas aprovechando la XXXIII edición del Certamen literario. Uno de nosotros participaría y llevaría cuadernos en blanco simulando que era su material de trabajo. Además, Pedro escondería en su bolsillo un bolígrafo que se convertía en puñal, por si era necesario. El certamen sería un viernes, cuatro semanas después, teníamos que apoyar a Pedro y comprobar si era cierto lo que nos relató aquel tipo la noche anterior. Esperamos con ansiedad el momento, yo contaba los días, las horas, los minutos que quedaban para el día del viaje. Llegó el jueves y Santi me llamó a mi casa.

—Santi, ¿cómo estás?

—Bien Andrés, ¿y tú?

—Aquí vamos, tirando. ¿Ya estás listo para mañana?

—¿Mañana? No te imaginas la movida que se ha organizado

—¿Qué movida? —pregunté sobresaltado.

—Parece que han cancelado el Certamen literario, y no solo eso... —se quedó callado.

—Pero ¿por qué?, ¿qué ha pasado?

—Han acordonado el pueblo y sus alrededores. Hay una emergencia sanitaria.

—¿Cómo?

—Parece que hay un brote de algo extraño, una histeria colectiva, que ha afectado a todos sus habitantes, pero ¿tú no has visto las noticias hoy?

—No, no suelo verlas, ya me manipulo yo mismo.

—Yo tampoco, pero mi padre sí y acabo de pasar por el salón. Salieron unos tíos de un pueblo de al lado diciendo que la gente empezó a tener urticaria en las manos hasta el punto de que se les paralizaban y no podían coger objetos, se les caían.

—¡Qué fuerte...! —añadí.

—Así es —suspiró y agregó con su habitual tono contenido— lo llaman brote de histeria colectiva, nadie puede entrar ni salir. Tendremos que cancelar nuestra expedición.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿vamos al bar de los abuelos?

—No es mala idea. Le voy a preguntar a Pedro.

Al día siguiente nos preparamos. Pedro nos aconsejó llevar algún objeto ornamental: una porra, un mosquetón de escalada y su pluma convertible. Le pregunté a Santi si era para defendernos de los abuelos y dijo que nunca se sabe, además por esa zona había algunos bares frecuentados por *skinhead*. Lo que solíamos temer más era encontrar a un grupo de ultras del fútbol. Era difícil defenderse contra veinte y armados, atacaban como hienas. Llegamos a la zona en metro, nos acercamos al bar Los compañeros y estaba cerrado. Tenía un letrero que decía “cerrado por vacaciones”. Tratamos de asomarnos por las ventanas tras las rejas y no se veía nada, estaban tapadas con papel de periódico. Fuimos a un quiosco cercano y le preguntamos al quiosquero, tras unos segundos de silencio y una mirada circunspecta a nuestra ropa dijo no tener ni idea. Un chico estaba sentado en un banco, con un perro a sus pies, a pocos metros. Caminamos hacia él, se levantó nervioso y se fue en la dirección contraria. Nos sentamos en el banco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Santi.

—Ni idea —dijo Pedro.

—¿Y si intentamos entrar? —pregunté, por decir algo útil.

—Pero ¿por dónde? —preguntó Santi con gesto de incredulidad. Nos giramos hacia el quiosco y vimos como el quiosquero tenía abierta la revista *Muy interesante* frente a su cara y, parapetado en ella, nos hacía fotos.

—¿Es una cámara lo que tiene ese tío? —dijo Pedro.

—Parece que sí —contestó Santi— ¡qué hijo de...! lo mejor es que nos vayamos de aquí.

La noticia de la “histeria colectiva” era en realidad lo que llamarían, muchos años después, el “sarampión atípico”. Entonces no pasó de un día, nadie volvió a hablar más de Las minas del carnero, y el brote quedó relegado en un aséptico pasado hasta que llegó el “virus”, una forma masiva de “sarampión atípico”. No había sido el único lugar del mundo en el que hubo brotes aquellos días. Un mes después, en la Italia rural anunciaron que se trataba de una forma de tarantismo, aquella enfermedad pagana convulsiva que sobrevivía al catolicismo en el Sur del país y era atribuida al veneno de

una araña, no venenosa. En la Francia urbana, a los dos meses, hablaron de una reacción colectiva provocada por una intoxicación culinaria. Nadie pudo establecer conexiones en aquel entonces.

Durante las semanas posteriores a nuestra visita al bar Los compañeros nuestros padres estuvieron recibiendo extrañas llamadas de teléfono. A mi madre le preguntaron si yo había salido de la ciudad, y se identificaron como policías. En otra ocasión, le dijeron que tuviese cuidado en lo que me metía y que era mejor reflexionar, cambiar de rumbos y perder unos segundos de la vida que la vida en unos segundos. Pedro fue atacado por unos matones. Regresaba a su casa en la noche y vio como unos tipos sacaban algo de un cubo de basura, se metieron en un coche y cuando iba a entrar a su portal se abalanzaron sobre él con palos y cadenas. Pasó dos meses en cuidados intensivos, sobrevivió de milagro. Le quedaron secuelas en el habla y en la movilidad. En las noticias mencionaron su afiliación anarquista y cómo probablemente se trataba de una pelea entre tribus urbanas. No encontraron culpables. Al fin y al cabo, la linealidad de la historia no es más que la fábula de una tribu llamada Occidente. Con otros pasos, en otros tiempos, la bestia seguía su camino.

CAPÍTULO 2

OTROS MUNDOS SON POSIBLES

Había llegado a Chiapas atraído por el movimiento zapatista, pero era demasiado tarde para la revolución, ya estaba hecha y no me necesitaba. Por momentos me imaginé con la pipa en la boca y la boina del Che, curtido en hazañas y travesías, hasta que me di cuenta de que era uno más entre otros muchos turistas revolucionarios. Europeo, ONG, movimiento zapatista. El movimiento zapatista dejó de aceptar la participación de voluntarios en 2008. Con algunas excepciones como los médicos, los observadores de derechos humanos, algunos periodistas y los encuentros que organizaban alrededor de la educación, los extranjeros éramos turistas revolucionarios de foto solidaria, en un lugar en el que la cámara robaba el alma. Sin embargo, el zapatismo había sido un movimiento eminentemente internacionalista, acompañado por la teología de la liberación y acorjado por miles de activistas de México y del mundo que utilizaron las noventeras tecnologías de la información. Gracias a estas alianzas, se contuvo la feroz represión del Estado que en 1994 envió tanques contra palos con forma de escopeta. Pero la contrainsurgencia no cesó, al paramilitarismo local se le unieron las bases del ejército y las políticas sociales que trataron de dismantelar su tejido social comprando votos. ¿Tanto miedo le tenían a tres indígenas con pasamontañas? Parecía que sí. La ola de activistas que desde aquel año fueron llegando para participar en diversas labores en las comunidades zapatistas tuvo su punto de

inflexión en 2008 cuando estas decidieron cerrar el flujo de colaboradores debido, en gran parte, a los infiltrados del Estado que con barba y mochila al hombro enviaban información a la agencia de inteligencia mexicana llamada CISEN. Llegaban a hacerlo incluso a tiempo real, desde sus teléfonos celulares, por WhatsApp, informaban de los movimientos de la organización.

—Para mí es un héroe Lázaro Cárdenas. Salvó la vida de miles de republicanos. Sin él estarían sepultados en una cuneta española, o exterminados en un campo de concentración francés—. Habían pasado más de diez años desde aquella excursión a La Pedriza, estaba comiendo con una amiga mexicana en una fonda de San Cristóbal de las Casas. Yo defendía la labor de Cárdenas y colocaba mi posición en el mundo, ese mundo, ante la historia del país y su relación con España. Ya había recibido algunas bromas sobre Hernán Cortés. Al principio me parecieron casi graciosas y luego llegaron a ofenderme. Cortés era un fascista y toda mi familia había sido antifascista, además me cagaba siempre que podía en el nacionalismo español, pero eso en México no tenía mucho sentido. Era español, blanco, europeo y su país había sido masacrado por el mío. Sin embargo, nunca escuché estas bromas de la boca de un indígena, y conocí a muchos. Pero todavía no había entendido qué era México. Me llevaría varios años aprender algo del país del eterno Otro. Donde los gringos malos huían hacia el Sur, la España derrotada era abrazada, Carlos Castañeda hacía su tesis como aprendiz de brujo y las utopías todavía eran posibles.

—A veces tenemos una visión un poco ingenua de Cárdenas. Si ves la historia del exilio en México, todos eran blancos. Argentinos, chilenos, españoles... y alemanes, porque se colaron varios nazis. El exilio fue una herramienta para conseguir recursos humanos con formación y de paso blanquear México —, dijo Sara, una amiga chiapaneca que vivía en la Ciudad de México y estaba de visita académica en San Cristóbal de las Casas.

—Visto así... es cierto que los Estados siempre utilizan la violencia, de una u otra forma —dije yo, sin saber qué más añadir.

—Cárdenas fue un tipo listo. Hizo muchas cosas buenas por México, pero nunca dejó de ser un hombre de Estado, con todo lo que eso implica.

Continuamos la conversación en aquel restaurante del centro de la ciudad. Era un lugar emblemático para el “turismo guerrillero” por su compromiso con los zapatistas y su iconografía y cooperativas alrededor de las mesas, como habitaciones rodeando un gran espacio con un patio techado con

grandes lámparas de mimbre. Los camareros eran chicos y chicas indígenas que habían perdido a su familia por la represión militar y el asedio de los paramilitares. Sara era una mujer con mucha experiencia en la vida y también en las insurgencias mexicanas. Cuando hablaba, con cada gesto, desprendía energía. Su mirada era franca, directa, lectora, nunca hablaba mirando hacia otro lado que no fuesen los ojos de sus interlocutores, lo cual causaba cierta intimidación. Le gustaba hablar, no hacía alarde de sopesar las palabras, lo que decía ya había sido reflexionado previamente o lo sería después. Y a pesar de su locuacidad, se detenía, preguntaba y con cada nueva palabra se dibujaba una sutil prudencia que invitaba al interlocutor a anhelar otra ocasión para conocer aquello que era mejor no decir, por ahora. Esta forma de ser, según decía, muy distinta a la feminidad mexicana dominante, le generaba no pocos problemas en el amor, pero gratas sorpresas en la amistad. Sabía quiénes eran sus amigos y sus amigos quién era ella. Sara había venido a participar en un congreso de antropología, a la tierra en la que se fundó la antropología aplicada de los estadounidenses. San Cristóbal era un lugar peculiar, con cientos de ONG, un buen número de centros de investigación y de espacios para el retiro o la sanación espiritual. En pocos pueblos del mundo, al fin y al cabo era un pueblo, se daba una mezcla tan particular. La semana anterior a la llegada de Sara, Antonio, un amigo del trabajo, había asistido a una sesión de ayahuasca organizada por un chamán de la amazonia brasileña, en la que participaron, entre otros, un monje budista zen y un cura franciscano en un centro de yoga vipassana, al lado de una mezquita frecuentada por fieles indígenas mayas que había sido fundada por exmarxistas españoles.

Sonaba Manu Chao.

—¡Pinche Manu Chao! Pongan otra música ya chingaos —dijo con un cómico aspaviento y nos echamos a reír. Yo solía comer casi a diario en este lugar, con Manu Chao.

—A la gente le gusta —. En la mesa contigua, un grupo de señores alemanes movían tímidamente sus cabezas algodónadas mientras comían. Llevaban sandalias, pantalones cortos y camisetas. Sobre el tejado transparente de cristal, tapados algunos paneles con papel, repicaba la incesante lluvia. Afuera, la temperatura sería de doce o trece grados. Algunos tosían, acababan de llegar, salieron en su excursión a las seis de la mañana con uno o dos grados de temperatura, rumbo al yacimiento maya de Palenque. Enfrente

nuestra, había un colorido mural en la pared con la frase “un mundo donde quepan muchos mundos”.

—Cuando los reyes católicos preguntaron a los primeros conquistadores cómo eran las tierras mayas y aztecas —dijo Sara e hizo una pausa y señaló discretamente a los pantalones cortos de los alemanes— agarraron algo parecido a un papel, lo arrugaron y le dijeron... así es.

—Las cálidas selvas del trópico —dije sonriendo— les pasa igual en España, cuando van en navidad. Incluso algunos mexicanos de la Ciudad de México, cuando les digo que vivo en Chiapas, me han preguntado si vivo en la selva, en una casa sobre un árbol rodeado de monos aulladores. No se imaginan esto.

—Así es... la gran Tenochtitlan, no tienes más que ver cómo está organizado el museo de antropología de la Ciudad de México para darte cuenta de cómo ha sido y es pensado México, la sala azteca es su eje central... la Ciudad llega hasta Panamá, casi, y lo de antes de los aztecas es prehistoria. Bueno, sigo con lo que te estaba platicando... la culpa de que las indígenas de chamula —un grupo étnico de la región— se convirtieran al islam la tienen tus paisanos. Llegaron de Granada durante el levantamiento zapatista en 1994. Eran, son, antiguos marxistas que se convirtieron al islam cuando este era considerado antiimperialista y muchos marxistas tomaron ese rumbo.

—Como Muhammad Alí —, dije.

—Así es. En su caso, fue un escocés, amigo de los Beatles, que llegó a Granada. El chiste es que cuando fue el levantamiento del EZLN se les ocurrió la maravillosa idea de sumarse a la lucha desde su trinchera. Le propusieron al Subcomandante Marcos la lucha islámica como una vía anticapitalista a partir, entre otras cosas, de la creación de una moneda que penetraría en las comunidades indígenas, y en la sociedad mexicana en general, y destruiría este sistema. Le escribieron una carta con su propuesta... y nunca tuvo una contestación. Entonces ya estaban en San Cris y comenzaron a ver que sus prédicas tenían muy buena aceptación en la comunidad de desplazados de chamula que vive a las afueras de la ciudad, una comunidad acostumbrada a transitar entre religiones, abierta a la novedad. Funcionó y ahora puedes ver a las mujeres con sus vestidos tradicionales chamula y sus hiyabs.

—Incluso parece que hay varias mezquitas ya...

—Sí, ya son tres. Lo que sucedió es que en el grupo hubo algunas disputas y decidieron fundar otros grupos. Esto es muy común entre la población Chamula, y más aún en aquellos que han sido desplazados por conflictos religiosos o de otro tipo, como los que viven en esta zona de la ciudad. Cuentan también que los españoles no les trataron muy bien.

—No sería la primera vez... —dije con pesar.

—No, pero no solo han sido los fachos... también ha pasado con algunos marxistas europeos. Solo hay que recordar los escritos racistas de Marx sobre México, o su apoyo a la colonización inglesa para acabar con el sistema de castas en India. Pues estos españoles les decían a los indígenas que no comiesen tortilla, que eso era una porquería y que hablasen en español y no en su lengua natal.

—Un clásico, desgraciadamente. La visión eurocéntrica, evolucionista y tecnocrática de estos marxismos.

—Los zapatistas son otra cosa muy distinta, afortunadamente...

—Un amigo de aquí dice que los zapatistas son también racistas —dije con un tono algo provocador, pero en voz baja observando a los camareros, algunos de ellos amigos.

— Al principio querían hacer la revolución en todo México y tomar el poder, pero luego decidieron replegarse en comunidades autónomas que son solo indígenas. Él dice que esto es racista porque excluye a los demás... ¿cómo lo ves tú?

—Bueno, otros piensan, muchos de los *coletos*—, aquellos que nacen en San Cristóbal—, que son terroristas y vandalizaron Chiapas robando y comiéndose casi a los niños. Y sí, en aquella época era fácil disfrazarse de zapatista en medio de la confusión. Este punto de vista del racismo zapatista la tienen los que desean que hagan la revolución por ellos. Además, muchos los odian porque no quieren saber nada del Estado o porque les quitaron las tierras a los caciques y a sus familias, primos-hermanos, pero ningún mestizo quiere ir a vivir al frío y neblinoso monte, o a las agrestes profundidades de la selva, en las humildes comunidades indígenas. Los zapatistas han mejorado muchas cosas en sus comunidades... salud, educación, derecho a la tierra, dignidad. Yo les invito a estos antizapatistas, y a algunos que también se cuelgan la bandera zapatista, a que vivan allí y no en la casona de su rancho o del centro de la ciudad.

—Pero en un principio el levantamiento iba a tener un carácter nacional, ¿no? Por aquí dicen que hubo mucha gente cansada del histórico saqueo del país esperándoles en las ciudades, y lo que les faltó no fueron apoyos... sino armas.

—Esa es una de las hipótesis de su giro hacia algo más libertario y autogestionado, la imposibilidad de tomar el poder del Estado, o tratar de evitar sus resultados catastróficos. Aunque no hay que olvidar que el zapatismo tiene una mezcla muy peculiar entre un ejército con jerarquías, como en el comunismo de Estado, y la práctica política y social del anarquismo—. Seguimos arreglando el mundo durante un rato con la inestimable compañía de Manu Chao y salimos del Tierra Adentro para dirigirnos a nuestra excursión de aquella tarde.

Sara me invitó a conocer una universidad muy distinta a las que conocía hasta entonces. Era un centro educativo a las afueras de San Cristóbal, rumbo a la comunidad de San Juan Chamula, conocido por su vinculación con el zapatismo y con las comunidades indígenas más marginadas de los Altos de Chiapas. Me iba a presentar a su coordinador, un cura de pelo cano y barba larga que pertenecía a la teología de la liberación. Yo escuché de aquel lugar, pero nunca había ido. Nos abrió la puerta una chica joven y sonriente, con pantalones vaqueros y camiseta negra, que hablaba con un chico en tsotsil, o eso me pareció. Preguntamos por don Nicolás, el amigo de Sara, y el chico nos llevó a una casa de una planta no muy lejos de la entrada. Llamamos a la puerta, y allí estaba. Tendría unos setenta años, de gestos tranquilos y mesurados su tono de voz me recordaba al de mi amigo Santi, pero con acento mexicano. Midiendo las palabras, sin artificiosidad, con la conciencia de las repercusiones que estas tienen en el mundo. La estancia en la que nos recibió estaba decorada de manera sencilla, con varias pinturas enmarcadas, un crucifijo y una inmensa biblioteca repleta de libros de filosofía y, entre otros que alcancé a ver, de antropología.

Saludó con un abrazo a Sara y a mí con un apretón de manos. Me preguntó a qué me dedicaba y esbozó una sonrisa de aprobación cuando le mencioné que trabajaba en una ONG que, todo el mundo lo sabía, era simpatizante del zapatismo. Nos propuso hacer un *tour* por el centro para que pudiese conocerlo. La universidad estaba formada por varias estancias conectadas por caminos rodeados de árboles y de huertos orgánicos. Había una granja con conejos, gallinas y otros animales de corral, composta natural y un

criadero de gusanos. Una de las estancias era un taller de mecánica, otra de textiles, en una amplia nave había una biblioteca formada por diversas salas, con mesas y sillas, en las que sonaba la música de Vivaldi. En ellas, nos explicó, se celebraban reuniones o seminarios y cualquiera podía pedir las prestadas. Don Nicolás nos enseñó las edificaciones en las que dormían los y las estudiantes, separados por géneros, y una gran sala en la que todas las tardes se oficiaba misa en las lenguas indígenas mayoritarias en la región. Conversamos un rato con don Nicolás, nos decía que allí apoyaban a jóvenes de comunidades zapatistas y no zapatistas y que si no estuviesen al lado de ellos los zapatistas serían masacrados por el Estado y por los caciques locales, y nos acompañó amablemente a la salida invitándome a que regresara.

Si la idea que tenía de la iglesia católica era su gran compromiso con el poder y su colaboración con el fascismo español, esto cambió cuando fui conociendo a algunos de los miembros de la teología de la liberación en Chiapas. El obispo Samuel Ruiz, ordenado por Juan XXIII en 1960, fue odiado por el Vaticano, por el gobierno mexicano y por la élite local por su cercanía con los indígenas más desfavorecidos. Su pastoral popular vinculaba, en varias lenguas indígenas, la pobreza y la exclusión histórica de muchos con la riqueza de unos pocos, mientras recorría a pie las comunidades de la selva y de la montaña, lo cual le valió el apodo del Caminante. Acusado de ser el artífice del levantamiento de los zapatistas, dos atentados contra su vida de unos paramilitares y los intentos de expulsión por parte del Vaticano no lograron frenar su labor y popularidad. Pensaba en todo esto cuando regresábamos en combi al centro de San Cristóbal y le dije a Sara:

—Nada que ver con los obispos españoles. Esta gente se juega la vida por estar del lado de los oprimidos.

—Es un personaje don Nicolás. Dicen que es el artífice de los discursos del rock star, pero quién sabe. La gente por chismear es capaz de acusarlo de, como dicen en tu país, la muerte de Manolete —ambos reímos, continuó—. Es un referente para muchos, él y otros curas como don Pedro, un cura vasco que llegó cuando era joven, ahora tiene ochenta años y todavía va a impartir misas a pie a las comunidades más alejadas de Los Altos. Cuentan que, en una ocasión, unas monjas lo sacaron enrollado en una moqueta. —Hizo una pausa y se detuvo, observó a nuestros escasos acompañantes en la combi, bajó la voz—. Es una historia conocida. Estaba en un hospital gestionado por

monjas cercanas a la teología al que suelen acudir los zapatistas, cuando llegó un grupo de diez o quince matones con metralletas enviados por un terrateniente del lugar. Un amigo tuvo que ir a mediar con este cacique y me contó que cuando llegó el tipo estaba completamente borracho y drogado gritando que iban a “violar y a matar a todas esas putas monjas zapatistas”. Al final consiguió convencerle, pero antes ya habían sacado a don Pedro moqueta al hombro cantando el ave maría —comenzó a reír—, si se enteran de que está ahí no lo cuenta.

—No me voy a hacer católico, pero sin duda esta iglesia es más inspiradora que la que conozco.

—Bueno, no es oro todo lo que reluce —hizo de nuevo otra pausa observadora—. Es importante su labor, pero también hay personas en las comunidades, por ejemplo algunos jóvenes, que ya están un poco cansados del acompañamiento pastoral. Ellos tienen otras ideas, otras inquietudes y aunque estén comprometidos con el zapatismo no comparten algunos de los valores de los curas.

—¿Por ejemplo?

—Desde que les digan cómo tienen que vivir, en comunidades cristianas de base y ese rollo, hasta en temas relacionados con la sexualidad. Para eso los curas, por muy revolucionarios que sean, no han cambiado nada... no quieren saber de diversidad sexual, del condón, del SIDA... en fin. Por ejemplo, en la escuela que acabamos de visitar, sin ir más lejos, tienen que ir a misa todas las tardes.

La montaña del trópico espiritualiza, te hace virtuoso con la altura, en la montaña reside la huella de un hombre no corrompido por las pasiones. El ángel caído es el habitante de esa montaña olvidado por la modernidad, incluido en el proceso civilizatorio como un reservorio del alma. La costa, por el contrario, es el hábitat de las pasiones, el lugar en el que la selva se convierte en agua, la puerta arbolada a la Otredad en un territorio demasiado cerca del mar, corrompido por la cercanía con el colonizador, por las largas noches sin tierra, por la inevitable humedad de los cuerpos.

—¿Tú no trabajas en un proyecto sobre el SIDA en las personas indígenas? Recuerdo que me contaste algo de eso hace tiempo...

—Sí, es un tema que a nadie le importa mucho. Solo a mí y a dos o tres locos más. Siempre te preguntan si existe eso entre los indígenas, como si

fuesen seres asexuados, que no tienen que comprar comida o que pagar los gastos del hospital. Y mientras tanto... cada vez mueren más de SIDA.

—¿Pero es por la migración? ¿Regresan con la enfermedad cuando van a Estados Unidos o a Cancún?

—Muchos sí, en otros casos se infectan en las comunidades. Por ejemplo, las jóvenes indígenas, casi niñas, que aquí se prostituyen en las bases militares. Desde el levantamiento zapatista instalaron decenas de bases por todas partes—. Recordé lo común que era ver las tanquetas del ejército de uno a otro lado por las carreteras. En una ocasión incluso pararon el autobús en el que viajaba y nos revisaron las maletas.

Llegamos al Zócalo. Ya era tarde, nos despedimos y me dirigí a mi casa.

Mientras regresaba a casa por el andador del Carmen, o también llamado eclesiástico, observando las terrazas repletas de lugareños, me encontré con Ramón, un amigo coeto, y otros amigos suyos. Ramón me invitó a salir con ellos, esto era lo formidable de los pueblos, nadie escapaba al jolgorio ajeno, cuando había parranda o cuando el “pueblo chico” terminaba siendo un “infierno grande”. Fuimos a *Kinoki*, era uno de mis lugares preferidos, con sus pequeñas salas de cine a la carta, el catálogo infinito de películas, la cineteca con su programación semanal zapatista en su azotea y la terraza dando la bienvenida a los tejados de la ciudad. Frecuentado especialmente por los turistas, Ramón y sus amigos habían ido allí porque Cintia, su novia, había salido con una amiga, del norte del país, pero residente en la Ciudad de México, que estaba de visita y a pesar de que ella era poco o nada zapatista, decidieron ver una película que anunciaban sobre el EZLN. La hospitalidad mexicana podía, incluso, diluir estas fronteras. Mientras las esperábamos cenamos y tomamos algo. Esa noche en la que el destino se cruzó por el andador que llevaba a mi solitaria casa, conocería a Perla. Una pasión que comenzó con cautela, sostenida por la música de suspense y terminó como La Matanza de Texas.

La velada trascurrió por temáticas en las que se tiene en cuenta que hay un intruso, no muchas críticas a los indígenas ni a los zapatistas, hasta que el vino y algún mezcal fueron abriendo los corazones, especialmente el de un amigo de Ramón al que llamaban el Gordo, a pesar de su delgadez.

—Claro, es la estrategia del cuco, llegan aquí alentando la revolución, pero luego tienen sus casas en la Ciudad de México, o en el extranjero. Incendio

el monte y me voy a mi casa de la playa —. Dijo el Gordo, Ramón sonreía mientras me miraba con cara compungida.

—A mí me encantaría que hubiese un montón de mexicanos en las calles de Madrid, luchando por nuestros derechos, por los derechos del mundo, al fin y al cabo.

—Sí pero aquí las cosas no son iguales. En México la gente es muy inculta para una revolución y además... aquí te matan —dijo y no supe si sonó a crítica social o a amenaza, ¿o a ambas?

—Y en España utilizan el sicariato económico o el periodístico, te difaman o te ponen una multa millonaria... te hunden moral o económicamente. Hay penas de cárcel a personas por su opinión en los medios de comunicación, en pleno siglo XXI. España, después de Camboya, es el país con más fosas comunes del mundo, casi ciento cincuenta mil personas enterradas en las cunetas... como perros—. No sé por qué le explicaba esto al Gordo, por joder un poco quizás, mi interlocutor abrió los ojos de par en par. No se esperaba ese tipo de competencia violentológica, al final España y Europa cumplían su *performance* de faro civilizador para el Sur Global.

—Llevas poco tiempo aquí. Ya lo irás entendiendo. —Sentenció el Gordo.

Y tenía razón. Lo fui entendiendo. Todos los días aparecían noticias de ahorcados en los puentes. Cabezas amontonadas en las plazas de los pueblos. Bolsas con trozos de cuerpos desmembrados. Cientos de huesos sin nombre, sepultados. Desaparecidos, secuestros, violaciones, torturas, narcomantas, ejecuciones por comandos, bidones de ácido para disolver cuerpos, sicarios preadolescentes, narcocorridos alabando a los héroes del holocausto, ciento cincuenta mil asesinados en siete años, más de cuarenta mil desaparecidos. Vivíamos en un campo de exterminio con bandera e himno nacional, y eso daba miedo, mucho. Sin embargo, fui entendiendo dos cosas, la primera es que este miedo no era nuevo en el país, pero sí más visible. Y la segunda, que la mayor parte de los crímenes no eran enfrentamientos armados. Un coche sin rastro de violencia, con las puertas abiertas y sus ocupantes desaparecidos, para siempre. Un levantón a pocos metros de un retén del ejército. Una detención de la policía que acabó en una maleta con la cabeza deshollada del detenido, o sin rastro alguno. Pero no era una, eran miles. Y todo esto no podría ocurrir sin la intervención del Estado. En cambio, el relato oficial era otro. El Estado fallido, la ausencia del Estado, la seguridad nacional amenazada, la versión mexicana del 11 de septiembre yanqui.

Cuando llegué a México, la llamada guerra contra el narco y el plan Mérida estaban en su máximo apogeo. “México, tan lejos de dios y tan cerca de Estados Unidos”, decían con el humor de la desesperación, pero ¿y dónde estaba dios en todo esto? En cuanto había un grupo que, ante esta brutalidad, levantaba la voz o la piedra, allí estaba el Estado masacrándolos o convirtiéndolos en una célula más del narco. Sin el Estado, esto lo habría resuelto el pueblo con rapidez. Pero el país se estaba desangrando y la magnitud de la tragedia todavía no podía ser ni siquiera imaginada. Era una guerra sin guerra. Una guerra civil encubierta, una guerra mundial con narcodolares, narcodivisas y narcomineras en la que los únicos en apretar el gatillo eran los mexicanos contra sus hermanos. Y para ello necesitaban armas, muchas, que llegaban desde Estados Unidos cada día, en una de las fronteras, del Sur al Norte, mejor custodiadas del mundo.

Y mientras tanto, el sol del atardecer sobre los tejados de las casas de colores de aquella ciudad colonial, rodeada de montañas verdes, espesas, que cosechaban el agua de mar amontonado, como algodón, contra las copas de los pinos, se despedía de una siempre tensa y acogedora ciudad cuyas certezas se derretían ante la implacable noche global. Estábamos en la terraza del Kinoki, la puesta de sol apoteósica, el andador abajo repleto de turistas revolucionarios, agroecologistas, neorurales, antropólogos, *hippies* jubilados, hijos de empresarios del Norte de México arrasado por la violencia, hijas de opulentas familias chiapanecas buscando a sus pares extranjeros, buscadores de oportunidades, chismosos, pintores, activistas, estudiantes, nómadas terapéuticos, antiguos guerrilleros, monjas, espías, matones locales, mujeres y niños indígenas vendiendo artesanías, futuros chamanes y entonces... llegó Perla.

—Hola chicos —dijo Cintia, la novia de Ramón. Me presentó a su amiga, Perla.

—¿Qué tal fue la película? —dijo el Gordo con sorna.

—Muy buena —contestó Perla con una desenfadada naturalidad— me gustó, y el cine en la azotea es superchido.

—¿Había mucha gente? —preguntó Ramón.

—No éramos muchos, luego hubo un debate, pero nos fuimos —dijo Cintia.

Tanto ella como Ramón eran dos buenos amigos. A diferencia de sus padres, de valores muy conservadores y que pocas veces entablaron comunicación con un foráneo más allá de su negocio de casas de alquiler,

ellos eran el reflejo de los cambios que estaba experimentando la ciudad. Con un pie en su familia y amigos, estos, que seguían considerando a los alóctonos como una amenaza o como un negocio, a los indígenas como la razón del atraso de México y a sus familias como descendientes de una noble estirpe española que civilizó el país; tenían también otro pie en lo nuevo, en lo diferente, querían cambiar las cosas y pensaban que el zapatismo, si bien amenazante, había logrado que México, y San Cristóbal, abriese los ojos ante el maltrato histórico y silenciado a los pueblos indígenas. No era una época tan lejana cuando los indígenas no podían entrar al centro de la ciudad, custodiado por las iglesias que presidían los andadores, o debían bajarse de la acera para ceder el paso a un mestizo. El Gordo, era de una familia de caciques coletos, Los Pedrazas, descendientes de migrantes españoles en el siglo XIX que llegaron con el auge del café y el deslinde de tierras de la iglesia católica promovido por Benito Juárez, que se habían enriquecido alcoholizando y asesinando, con alcohol adulterado o a punta de pistola, a los indígenas de aquella región. Ahora eran hombres respetables y hechos así mismos que poseían la mitad de las propiedades del centro histórico de la ciudad, restaurantes, hoteles, gasolineras y el control local del estupro del líquido negro de la petrolera estatal.

Varios cohetes estallaron a lo lejos, sobre el barrio del Cerrillo, a la par que algunas campanas repicaron recorriendo las calles empedradas hasta perderse en el bullicio de los andadores. Pasó una chica con vestido de novia a la que algunos fotógrafos retrataban en poses originales, mientras, a su lado, dos rastas sentados en la acera tocaban el *djembe*.

—¡Quiero ver la de *Balún Canán*, la ponen mañana! —dijo Perla con sus ojos negros rasgados como almendras al atardecer.

—¡Pero si te vas mañana! —exclamó sonriendo Cintia.

—Bueno, pero en la noche, la ponen a las dos —hizo un gesto triste y coqueto enarcando las cejas.

—El libro es muy bueno. Rosario Castellanos es una de mis escritoras preferidas, lástima que sea tan infravalorada en México —. Dije, tratando de hacerme el interesante.

—¡Pero si incluso hay un premio de literatura, o algo así, con su nombre! —replicó el Gordo— lo que pasa es que en México hay muy buenos escritores... también.

Cada vez nos caíamos mejor el Gordo y yo, la noche prometía. Pagamos la cuenta y nos fuimos al Revolución, un clásico de la oferta nocturna del centro de la ciudad. Nos sentamos en una mesa del primer piso, lejos del epicentro acústico del concierto, y el azar o nuestras rápidas reacciones lograron que Perla y yo nos pudiésemos sentar juntos en aquella mesa alargada, bajo las vigas de madera que atravesaban el techo como si fuese un desván. Al principio hubo algunas sonrisitas incómodas a nuestro creciente ensimismamiento, el Gordo quiso aguar-me la fiesta con comentarios sobre sus propiedades y Hernán Cortés, Perla lejos de impresionarse, salió en mi defensa.

—¿Y no te dicen eso de que los españoles llegan aquí a llevarse el oro y dejar los espejitos, como Hernán Cortés? —me preguntó el Gordo.

—Bueno, algunas veces sí... como ahora —le contesté.

Perla, que se había nacionalizado española con la Ley de la Memoria histórica por su abuelo asturiano, asilado por Cárdenas, dijo:

—A mí me fastidia mucho eso de Cortés en cuanto ven un español. Yo más bien haría la pregunta al revés, al fin y al cabo, Andrés viene de España y los que colonizaron México hace quinientos años se quedaron aquí.

El Gordo no volvió a intervenir. Yo no podía dejar de observarla con la boca abierta.

Las dos horas siguientes nos olvidamos de lo que nos rodeaba, reíamos, hablábamos, nuestras sillas se fueron acercando y el contenido de nuestros vasos se evaporaba casi sin querer. Me contó que decidió irse hace unos años de su tierra natal norteña para estudiar comunicación en la Ciudad de México, en una universidad privada, muy cara. Pensé que sería una chica de familia rica, pero no. Su abuelo había sido empresario, pero sus hijos dilapidaron su fortuna en fiestas, borracheras y algún viaje a Las Vegas. Sus padres eran migrantes en Los Ángeles y ella se había criado principalmente con su abuela y con una hermana de su madre. Éramos muy distintos, pero todavía no lo sabíamos. Trabaja para una Secretaría del gobierno. Vivía en la Roma, la colonia de moda de la gran metrópoli, sola en un departamento, en lo alto de un edificio desde el que se podían ver los aviones dirigirse al aeropuerto. Me habló de su abuelo, de su granja de vacas en Asturias y de la persecución de Franco por tener un librito con la constitución en su casa y no querer tirarlo. Me comentó también de los rusos y brasileños que le compraban casas a la agencia en la que trabajaba su madre en Los Ángeles. De las dificultades de

la migración y de la carrera de su hermana pequeña como fotógrafa, me enseñó algunas de sus fotos de retratos. Y a cada rato, reíamos y reíamos. El mundo era tan serio cuando dejaba de mirarla que a su lado solo podía aflorar la imaginación. Se hacía tarde. Salimos del Revolución. En un momento de paseo por el andador de Santo Domingo, me quedé caminando solo y se acercó el Gordo.

—¿Cómo vas carnal? —me dio dos fuertes palmadas en la espalda mientras caminábamos. Estaba bastante pedo.

—Bien, bien... ¿y tú? —le miré, a él y a su mano golpeadora, con cara de pocos amigos.

—Me alegra. ¿Te gusta esta morra?

—Es linda... —dije entrecortado.

—Seguro que sí. A mí también, y ya tiene dueño.

—Ah, vaya, no le vi la marca de hierro...

—Que no la veas, no significa que no la tenga... —dijo ofendido.

—¿Estáis saliendo? —pregunté.

—Mira wei. Eres amigo del Ramón y yo al Ramón, aunque no le veo mucho, le estimo. Pero tú y yo nos acabamos de conocer, y uno nunca sabe dónde puede encontrar amigos... —se quedó callado con una sonrisa sardónica.

—¿Y ella qué dice? ¿Le has preguntado? ¿O eso no importa?...

—Algo hubo... pero tú síguele carnal, síguele... —dijo asintiendo con la cabeza, me dio otra palmada y se reunió con el grupo.

Y eso hice, seguí. Fui a buscarla, se estaban despidiendo y ella se iba a casa de Cintia. Le di mi número de teléfono por si quería ver *Balún Canán* al día siguiente. No fue posible, pero nos volvimos a ver antes de que se fuese a la Ciudad de México. Cintia, Ramón y yo comimos, nos tomamos uno de los mejores cafés del mundo, en los soportales del zócalo, y la acompañamos a la parada del autobús que la llevaría al aeropuerto. Mi teléfono celular era casi de juguete, nos escribiríamos por correo.

Un mes después viajé a Chihuahua, la tierra natal de Perla, para un asunto de trabajo. Decidí escribirle. Hasta entonces había cruzado solo un par de correos, “un gusto conocerte, ojalá nos veamos pronto, etcétera”, y su respuesta “igualmente, lindo conocerte, avísame si vienes a la Ciudad de México, estamos en contacto, etcétera”. Le conté que me quedaría cerca de su pueblo casi dos semanas. Le pregunté si me recomendaba visitar algo

interesante y le enviaba un abrazo, un correcto lugar, en la cautela de los saludos mexicanos, entre el frío saludo y el íntimo beso. Me contestó con un “¡No manches! Yo también estaré allí en esas fechas. Voy a la boda de una prima, pero me quedo dos fines de semana. Avísame si tienes tiempo y hacemos algo...”. Le propuse hacer algo el segundo fin de semana suyo y me contestó que le parecía muy bien, que me podría llevar a las Barrancas del Cobre, me iba a llamar para confirmarme porque tenía que arreglar un compromiso familiar. Estaba feliz de volver a verla y más aún en su tierra natal, sin embargo, la respuesta de la confirmación me dejó dubitativo. En México eran mal vistas las negativas, nadie, o casi nadie, te decía “no, no puedo” y menos “no, no quiero”. Por lo general la respuesta era un “sí, sí... claro, cómo no” o un “sí, sí... te llamo para confirmar de todas formas”. Uno, o al menos yo, nunca sabía si el era el “sí, sí” del no o el “sí, sí” del tal vez. Confié en el destino, y este nos unió para siempre en la tragedia.

Llegué a Chihuahua en la tarde. La cafetería del hotel estaba cerrada. Decidí dar una vuelta pese a que me habían recomendado que no lo hiciera ya que la situación, con el crimen organizado, era muy peligrosa. Varias discotecas y restaurantes de los alrededores habían cerrado. Fui a parar a un restaurante del cual salía una música muy animada, luego supe que eran narcocorridos. La entrada estaba cerrada con una cadena y era custodiada por un señor con uniforme, todos lo portaban en esa fiesta. Le pregunté si podía entrar ya que alguien me había dicho que se comían muy buenos filetes allí, aunque en realidad era el único lugar abierto de la calle. El señor me miró con una expresión nerviosa y le dijo a otro —quiere entrar a comer— el cual alzó los hombros con una mezcla de despreocupada incertidumbre, miró a otro que alzó las cejas con aire comprometido y, como el que acepta con resignación a un turista perdido dijo —bueno, está bien—. Entré y había un jardín y una carpa. La música salía de una puerta que daba al interior de una gran casa. Me senté en una de las mesas del jardín y pedí un filete con patatas. No tardaron mucho en traerlo. De la casa entraban y salían hombres y mujeres con el uniforme que tenía un logotipo de una empresa. Estaba terminando mi succulento filete cuando escuché unas risas estrepitosas a mi espalda. Seguí comiendo, se repitieron y me giré con disimulo. Había unos seis o siete hombres sentados de espaldas contra la pared en una larga banca, uno al lado de otro. Llevaban sombrero ranchero, como en las antiguas películas del Oeste, camisas estampadas, collares de oro con algún crucifijo, pantalones

vaqueros ceñidos y botas de punta. Reían y reían sin parar bebiendo cerveza. Uno de ellos me hizo un gesto con la mano y yo simulé no haberlo visto. — ¡Eh! ¡tú! —gritó. Miré de nuevo y me invitó a que fuera con ellos. Le iba a agradecer y a decirle que ya me tenía que ir cuando vi que llevaba una pequeña metralleta colgada del hombro.

—Ven pa'ca carnal.

Y sí, me levanté, fui y saludé amablemente.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés.

—¿De dónde eres?

—De España.

—¿Y qué haces aquí?

—Vine por mi trabajo —todos sus amigos excepto uno, que estaba del otro extremo de la banca, me observaban. Al igual que él, llevaban armas colgadas del hombro, a un costado, o en la cintura, semiocultas por sus brazos.

—¡Aquí tenemos a un gachupín! —gritó con tono borracho mirando hacia el otro lado de la banca. Observé que el único que no me prestaba atención hablaba con un apuesto señor sentado en una silla, con un traje de Armani, corbata, gemelos de oro en forma de herradura en las mangas de su chaqueta, pelo blanco y engominado hacia atrás, bigote y patillas finas. Parecía que le faltaba un trozo de oreja. —¡Es medio paisano tuyo! — se dirigía a este hombre el cual miró un segundo en nuestra dirección y con un gesto de no querer perder la concentración continuó hablando con el del sombrero. —El patrón va mucho a España—. El del sombrero se disculpó con un gesto, se giró hacia nosotros y dijo con tono suave —deja de decir pendejadas y acaba ya tu chingadera—. Mi anfitrión me miró, alzó los hombros y dijo: —bueno carnal, ve con cuidado— y señaló hacia mi mesa. Saludé, pagué mi cuenta y me fui. De camino al hotel no podía parar de pensar en el tipo de traje. Lo conocía de algún lugar, pero no lograba recordar de dónde. Cuando llegué al hotel le pregunté al conserje el porqué de los bares y restaurantes cerrados y con un gesto incómodo me dijo que algunos por vacaciones y otros por problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Bueno, la semana pasada entraron a uno de los que están por aquí, y mataron a veinte personas, con metralletas.

—Joder... ¿por qué?

—Quién sabe, a veces no pagan la cuota al narco, otras hacen la competencia a otro empresario, o por deudas. Ahora todo parece que es el narco, pero ya nadie sabe...

Ya en mi habitación, cuando estaba a punto de dormirme tuve una súbita asociación de ideas, comencé a pensar en Laura, hacía mucho tiempo que no sabía de ella, y de repente recordé que al tipo del traje sin media oreja le había visto en una fotografía en su salón, con su padre, debajo de la cabeza de rinoceronte disecada. Saqué mi ordenador portátil y decidí escribirle un correo: “Querida Laura. ¿Cómo estás? Hace mucho que no sé de ti. Espero que estés bien...”. En el correo le comenté que estaba en México y como de costumbre me llevó más de una hora redactarlo, mis amigos siempre se reían de mi lentitud al escribir correos, y logré preguntarle sobre el tipo de la foto sin que sonase muy extraño. Tardó en contestar unos días “¡Andrés! ¡Qué alegría leerte! ¿Y en México estás?”, me decía que le iba bien, estaba viviendo en Bruselas estudiando su doctorado en la ULB, una universidad masona cuya biblioteca tenía forma de escuadra y la rectoría de cartabón, y todos los profesores tenían que ser masones y se llamaban hermanos. Me contaba que los estudiantes se dividían en logias y hacían ritos salvajes de iniciación a los jóvenes de provincia delante de todo el mundo, según la norma, en pleno campus o en la Grand Place, donde Marx había escrito el *Manifiesto comunista*. También me habló de la falsa impresión que la gente tenía de Bruselas, como si solo fuese la sede de la Unión Europea, aunque esto sin duda estaba presente en la vida de la ciudad, por ejemplo, era la ciudad del mundo, junto con Nueva York, que tenía el mayor número de espías internacionales. Algunos se metían a hacer prácticas, como aplicados aprendices de funcionario en la Comisión Europea, y extraían información. Estaba contenta con su vida en aquella ciudad: cervezas, chocolates y me invitaba a visitarla. Al final del correo mencionó mi extraña pregunta, y dijo que ese señor era un antiguo amigo mexicano de mi padre, un tal Alejandro Figuera de los Montes. Me enviaba besos y decía que me echaba de menos y que no me metiese en líos.

En las siguientes horas ese correo fue fuente de erectas ensoñaciones, de un renovado vigor por la vida, como si la antigua energía libidinal, el orgón descubierto por Wilhem Reich, tratase de ser corroborada por medio de un cable de cobre cubierto de plástico. Ya estaba en Bélgica, embadurnándonos

de chocolate mientras escuchábamos la lluvia detrás de la ventana. Además del reencuentro astral-telemático-genital busqué al tal Alejandro Figuera de los Montes y lo encontré. Era un empresario minero cuyo abuelo español había ido a México a hacer fortuna a principios del siglo XX. Él se casó con la hija de un importante político y ahora era uno de los directivos de un grupo minero del país. Recordé que había leído en algún lugar que ciertas familias españolas, todavía en la pasada centuria, para encontrar buenas casamenteras en tierras mexicanas se reinventaban sus apellidos con ecos aristocráticos. A la mañana siguiente, recibí una llamada de Perla. En un par de días, vendría a buscarme en el coche de su hermana e iríamos a las Barrancas del Cobre. Reservaríamos un hotel en un pueblo cercano, no era conveniente regresar en la tarde y menos por la noche.

El viaje fue irrepetible. Chihuahua no solo era otro mundo respecto a Chiapas, sino otra galaxia. Con un trazado muy parecido al de las ciudades de Estados Unidos, Perla me contó que los coyotes que llevaban a los migrantes centroamericanos al país vecino los dejaban en la ciudad y les decían que ya estaban del “otro lado del río grande”. Cuando se daban cuenta, habían pagado miles de dólares, atravesado mil y un peligros desde Chiapas, para estar a cuatrocientos kilómetros de Ciudad Juárez y de la frontera.

Antes de salir hicimos un rápido recorrido por la estatua del indio apache Bedulat, al que sus enemigos llamaron Victorio, un niño mestizo que vivía en una hacienda, quedó huérfano tras una batalla con un grupo apache y lo adoptaron. Perla me contó que se convirtió en un temible líder apache el cual, con el célebre jefe Cochise y el guerrero Jerónimo, traían de cabeza al ejército mexicano y al gringo cruzando de un lado a otro de la frontera. Los apaches, al igual que otros grupos nómadas de Norteamérica, se rebelaron contra el sistema hacendatario de los colonizadores y algunos como Bedulat contra las reservas que en Estados Unidos les fueron destinadas para vivir como prisioneros en su tierra. Los indios nómadas como Bedulat eran considerados bárbaros, a diferencia de los indígenas sedentarios asimilados al sistema político y económico de la colonización. Finalmente fue otro indígena, rarámuri, quien desde las filas del ejército mexicano le asesinó de un disparo. Los niños y las mujeres apaches que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos. Cuatro años después, el asesino de Bedulat moriría a manos del ejército mexicano, confundido con un apache.

Pasamos también por el museo de Pancho Villa, el cual conservaba aún el coche con los agujeros de las balas que lo acribillaron, en aquellas tierras convulsas, y partimos rumbo a la Sierra Madre Occidental.

El paisaje de las barrancas, o también llamada Sierra Tarahumara, era extraordinario. Montañas áridas con grandes cactus, cuevas que eran casas, frondosos bosques de pinos, cascadas infinitas, en una cadena montañosa formada por siete barrancas que atravesaba el estado de Chihuahua y se dirigía hacia el mar en Sinaloa. Desde Sinaloa un tren llamado Chihuahua-Pacífico, el Chepe, atraviesa la Sierra Tarahumara, cuatro veces más extensa y el doble de profunda que el Gran Cañón en Estados Unidos, a pesar de ser menos famosa, con destino final en Chihuahua. Fuimos al Divisadero, una de las paradas obligatorias del Chepe. Desde allí tomamos un “teleférico que atravesaba el inmenso cañón” y comimos en un hotel cuya terraza tenía el suelo transparente dejando ver las profundidades de la montaña, varios cientos de metros abajo, mientras los colibrís bebían agua con miel de unos farolillos en el techo. Llegó el Chepe, fuimos a verlo. Era un antiguo tren verde y amarillo, el último de los trenes de pasajeros en México. Antes de que los pasajeros descendiesen, salieron cuatro tipos enormes con pasamontañas, chalecos antibalas y Ak-47. Dos de ellos fueron a lo alto de una loma y los otros se quedaron a ambos costados del tren vigilando. Le pregunté a Perla si eran los acomodadores y me dijo, con su contagiosa sonrisa, que eran unos tipos disfrazados que le querían gastar una broma al conductor.

Ese viaje fue el comienzo de nuestra relación. De una punta a otra del país, de Chihuahua a Chiapas, fue una relación intensa y de extremos. Perla era mi primera relación en México. Había estado saliendo con una chica durante varios años pero el idilio finalizó al llegar a Chiapas, dos años atrás. Desde entonces, no había querido comenzar otro y Perla me dio la bienvenida. Ella era no solo mi familia en México, era México. Nuestra relación condensaba para mí la bienvenida al país, cómo México me aceptaba y yo aceptaba a México. Pero ella no era solo México, era el norte de México, y el centro, donde ella vivía, y Chiapas, cuando vino a vivir conmigo, en medio del caos y la destrucción sentimental. El sentimiento antagonista que me provocaba Laura, orientado por la trágica historia de mi país natal y por el fascismo, no lo tenía con Perla. Daba igual que su familia fuese o no de clase acomodada y yo obrero, podría ser la bisnieta del emperador Maximiliano, no importaba,

era mexicana y nuestras dialécticas de clase no cruzaban mis sentimientos. No sentía que me estuviese vendiendo a la oligarquía ibérica y a su infame pasado.

Perla, además, era nieta de un exiliado republicano y eso la colocaba en un lugar muy concreto de la sociedad mexicana, que todavía yo no era capaz de identificar. Ella no había tenido muchas relaciones largas, presionada por un mundo invisible, a pesar de vivir a miles de kilómetros de su familia, en el infatigable entorno cosmopolita y liberal de la Roma, había tenido la posibilidad de experimentar y tomar un camino distinto al de sus hermanos que se casaron jóvenes, tuvieron hijos y vivieron alrededor del territorio familiar. Pero vivía con cierta tristeza las dificultades de entablar una relación, más allá de los encuentros esporádicos con posibles pretendientes. Y no adolecía precisamente de falta de pretendientes. Sin embargo, o la querían encadenar o algo no acababa de cuajar en el último momento y esto, al mismo tiempo, era la excusa social que le permitía vivir de otra forma, tratando de rebelarse frente a unas expectativas que no terminaba de compartir. Lo cual formaba parte de un esquema cultural que comenzaban a cuestionar algunas de las jóvenes mexicanas, el clásico “o puta o monja”. Pero si ella lo criticaba, y no era más bien una proyección de mi imaginación, fue muy tarde cuando le escuché hacerlo, con una ambivalencia entre la dicha y el dolor. Y nuestra forma de aproximarnos fue similar a mis tentativas pasadas de amistad o de ligue. En cambio, estaba en un mundo en el que un hombre y una mujer no podían ser amigos, si salían juntos era porque potencialmente existía la posibilidad de que acabasen siendo pareja. Y si querían ser pareja, el hombre debía insistir. En alguna ocasión había cultivado amistades que, cuando descubrieron que mi interés no era otra cosa, dejaron de hablarme para siempre. En otros momentos, yo tenía la iniciativa e invitaba a salir con propósitos de ligue y me daban una negativa. Insistía, pocas veces, en una segunda ocasión y de nuevo un no. Me desentendía para siempre, nunca llegaban sus iniciativas, y al cabo del tiempo terminaba sabiendo que ella estuvo esperando otra invitación, ¿la tercera o la cuarta o la quinta? entusiasmada.

Otras veces me pedían prometer amor, hijos y fidelidad eterna, y yo huía despavorido. Aunque algunas de estas experiencias ya las había vivido en España, en México no entendía nada, me sentí perdido durante un largo periodo y esto al mismo tiempo que me ayudaba, al igual que a Perla, a

liberarme de algunos fantasmas pequeñoburgueses, comenzó poco a poco a provocarme aflicción. Y llegó Perla. Mi manera de iniciar la relación no pudo ser más brutalista para ella y dignificante para mí. Vivíamos a setecientos cuarenta y nueve kilómetros en línea recta, novecientos trece kilómetros por carretera, y esta era siempre una buena excusa para plantear las cosas de otra manera. Le propuse que comenzásemos con calma, sin precipitarnos, jugando con las mismas cartas y colocando la lealtad por encima de todo. Lo primero que ella escuchó, según me diría después, fue: “estamos viviendo a la distancia y si te enrollas con alguien a mí no me importa. Hay que satisfacer las necesidades corporales si se tienen. Lo que importa es que seamos claros en nuestra relación”. A medida que pasaban las semanas, mi segunda aproximación al tema fue: “siempre se insiste en este asunto de la fidelidad, como si fuese lo más importante del mundo, pero las relaciones se pueden renegociar, dependiendo de las situaciones y hay relaciones de muchos tipos”. Lo que ella escuchó: “líate con quien quieras que yo voy a hacer lo mismo”. Mi tercera aproximación fue: “si pasa una o dos veces, no hay problema. Pero si se convierte en una relación tendríamos que discutir si nuestra relación es monógama o poliamorosa o anarquista relacional”. Lo que ella entendió fue: “Si pasa una o dos veces no hay problema. Pero si lo hablamos nuestra relación se va a la mierda”.

Ella venía a San Cristóbal y se quedaba unas semanas conmigo, para regresar a la Ciudad de México. Hablábamos de muchas cosas, reíamos, follábamos y la intensidad de nuestros encuentros era del tamaño de la amenaza de un fin inminente, con prematuras despedidas. En una de sus primeras visitas me quiso decir algo que yo no acerté a interpretar o lo hice a mi manera. Había conocido a John, un chico viajero de Estados Unidos con quien se llevaba muy bien. Salieron juntos, era muy lindo. Yo pensé que podía ser un amigo más entre otros que tenía y que quizá se había liado con él una o dos noches. El chico estaba de paso por la Ciudad —¿había algo de malo en ello?—. Pasaron unos meses y no me volvió a hablar de él, yo no preguntaba, incluso me olvidé, hasta que un día me dijo que iba a quedarse unos días en su casa, pues estaba de visita. Lo dijo de manera casual, pero empecé a notar que su comportamiento era algo extraño. Si la llamaban por teléfono, se iba o no contestaba, cortaba las conversaciones cuando yo aparecía, pensé que era normal. Empecé a recordar que, en otras ocasiones, era yo el que la llamaba y parecía estar con alguien más, pero decía estar sola.

Ya me había pasado con alguna amiga, llamaban sus novios y decían que estaban con su abuelita y la abuelita era yo. Pero no me imaginaba que ella lo haría conmigo. ¿Qué más me daba que estuviese con un amigo en su casa? Todo se fue complicando y cuando me quise dar cuenta ella tenía una relación paralela con John mientras me juraba por jesucito, la virgen y los arcángeles que yo era el único y que no podía pensar en nadie más que en mí.

En realidad, la relación paralela para el otro era yo, un tipo con quien competir; se veían más, se hablaban más y, como ella decía, estaba solo y desamparado en su deambular por México. Al mismo tiempo, sus celos habituales, que yo al comienzo percibía con desconfianza y aprendí a aceptar, se fueron incrementando. Si le decía, por Skype, que había ido a tomar un café con una amiga, la indagatoria era intensa. Cuando ya era evidente su amor por John, y tampoco hacía mucho por ocultarlo, le dije que había dos soluciones. La primera es que me contase qué estaba pasando con sinceridad y que si tenía otra relación lo admitiese y podíamos seguir juntos de otra forma, el mundo estaba lleno de posibilidades. La segunda es que si no era sincera esto se terminaba en aquel instante. Optó por la segunda, pero no se terminó, ni mucho menos, se convirtió en una obsesión. Yo, Andrés, que había tenido mis relaciones previas de forma abierta y en las que la confianza mutua era el principio regidor y ahora, acosado por el tío Sam, me había transformado en el tipo más celoso del planeta. Yo, Andrés, que me consideraba una persona racional capaz de entender y valorar mis emociones, me transformé en un analfabeto sentimental en un instante. Yo, Andrés, que me asumía libertario para el amor era nada menos que el protagonista de una telenovela. El vecino del norte dejó de tener interés por ella cuando me retiré del juego, o eso supe después, pero mientras tanto no había certezas y sí algo perturbador en mí que me impulsaba a luchar. Me había convertido en un zombi sin cuerpo y sin territorio. No dormía, comía poco, no podía pensar en otra cosa. Hablé con Sara, le conté todo esto y me notó tan jodido que tomó un vuelo el fin de semana siguiente y decidió hacerme una visita. Ella era mi hermana mayor mexicana, como así la llamaba. Fuimos de excursión a las Grutas del Mamut. Un bello lugar no muy concurrido de turistas a las afueras de San Cristóbal.

—No solo has llegado a México, México está llegando a ti. Este es un país con una naturaleza extrema y muy cambiante. Hay huracanes, sequías, terremotos, brisas apacibles y las relaciones son iguales.

Paseamos por el prado verde que formaba la vereda de un río, a la entrada de las grutas. Unos chicos jugaban con un perro lanzándole un disco volador.

—Vivimos en un mundo extraño Andrés. La gente se separa porque le ponen el cuerno, pero no porque se odiaron o nunca se quisieron... al final el cuerno, su existencia o no, se vuelve el vehículo comunicativo más importante de una relación.

—Es todo tan extraño. ¿Tanto le costaba decirme que le estaba gustando otro tipo?, ¿era tan difícil?, ¿por qué la gente es tan cabrona Sara?

—Ella esperaba que tú le jurases por Jesús de Veracruz que serías fiel... aunque luego hicieses lo que te diese la gana.

—Pero esas cosas no se juran, se hacen o no se hacen. Como decía Moliere “todas las personas son iguales por lo que dicen, lo que las diferencia son sus hechos no sus palabras”. Yo no soy un santo, ni mucho menos, pero si me hubiese colgado por otra mujer se lo hubiese dicho o, al menos no habría continuado con el juego.... jurando fidelidad y acosando al otro con mis celos, ¡encima!

—Aquí pocos se fían de la palabra de los otros Andrés. “Te lo juro”, no es garantía de nada cuando te presionan para casarte, tener hijos, aguantar las infidelidades de tu pareja sintiéndote honorada de que no te abandone. Cuando en tu despedida de soltera te dicen que no te preocupes si tu marido tiene a otras, ellas son las capillitas de la iglesia pero tú eres la nave central.

—Ya veo, ya... y como los hombres son todos malos, saco el kalashnikov y les declaro la guerra preventiva... por si acaso—, caminaba con la mirada cabizbaja mientras hablaba con Sara. Parecía estar en una nube, hacía varios días que no dormía. No podía pensar en otra cosa, tenía que saber más... los detalles, los encuentros que se me escapaban, las promesas. Incluso lo que pensaban sus amigas, a algunas de las cuales les había presentado al tal John, como un entrañable amiguito de la infancia. ¿La tendría grande John? ¿Sería buena en la cama? “Era tan lindo, tan buena onda” como decía Perla ¿Pensarían lo mismo sus amigas? El mundo era un vertedero de mierda pintado de hogar.

Al cabo de los días Sara se fue. Como una música fantasma que compone la melodía de una biografía ajena, comenzaron a asaltarme canciones de profunda nostalgia que siempre había considerado irrisorias por su marcado dramatismo. Antes, en un impreciso antes, había protegido a ciertas canciones de la vida, tratando de que no se impregnasen de asociaciones

emocionales indeseadas, ahora era la vida la que había que proteger de las canciones. Esperaban en el trayecto de un taxi, en la tienda de abarrotes, en el restaurante o en la tranquilidad de tu casa repentinamente asaltada por el espíritu comunicativo del vecino. Las canciones de banda del Comander, los Bee Gees, Mecano o hasta mi amigo Radiohead afilaban sus sierras mecánicas en una composición de cámara que, dejando de lado sus onerosas diferencias, trituraba cualquier recuerdo protector que no fuese Perla. Me acerqué a Cintia y a Ramón. Trataba de salir con ellos, me mostraba como era, frágil y convaleciente. Ella era su amiga y una posible fuente de información, y sus ojos en Chiapas, y mi purgatorio una forma subrogada de venganza si es que aún le quedaba tiempo de sentir culpa cuando estaba o no estaba John. Pero Cintia no soltaba prenda. No sabía nada, no había oído nada y casi no hablaba con Perla. Los pactos de género, mi larga soltería y tener más amigas que amigos me estaban pasando factura en la aldea global. Algunos amigos, como ella y Ramón, se quedaron impresionados por el nuevo Andrés, les parecía más humano, menos cerebral, más vulnerable y cercano. A mí me importaba un carajo esa percepción, estaba bien jodido y quien convivía con eso no era otro más que yo. Y sin embargo, sacaba un oscuro placer del regodeo, si nunca había hablado de mis sentimientos por una mujer, ahora no sabía vivir de otra forma.

Al poco tiempo de la visita de Sara, vi un nuevo correo de Laura en el que me contaba que había ido a Madrid a visitar a la familia y que se encontró de casualidad con Pedro, en el barrio de Malasaña. Todavía tenía problemas para caminar, fruto de la paliza que recibió, pero hablaba bastante mejor. Me decía que hacía mucho que no sabía nada de Santi y que Sonia había ido a visitarla a Bruselas, hacía un año. Estuvieron recordando su aventura en el bosque de La Pedriza. Después mencionaba que su hermano iría a vivir un tiempo a México y me preguntaba si le podía dar mi correo para que tuviese un contacto allí.

Al hermano lo conocí dos semanas después. Vino unos días a San Cristóbal de las Casas y se quedó en un hotel cerca de mi calle, en el barrio Santa Lucía. Por alguna razón que desconozco, declinó la oferta que a pesar mía y por Laura, le hice de quedarse en mi casa. En aquellos tiempos aciagos no me venían mal las visitas, aunque fuesen de un trasnochado adorador de Juan March. Yo vivía en una casa de estilo colonial restaurada en el barrio de Santa Lucía, muy cerca del andador turístico.

Esperaba un *skinhead* maquillado de niño yupi, prejuicioso y arrogante, una versión pija del “hispanodonte”, como llamaba Sara a la actitud de algunos españoles en México, y lo que me encontré fue algo diferente. El “hispanodonte”, no está de más aclarar, era una denominación de origen de un espécimen superviviente del pleistoceno, que dejaba sus huellas fósiles a su paso. Tenía múltiples manifestaciones transoceánicas. Su versión mesoamericana más común era el de alguien que venía de España a trabajar unos meses o años a México, bien porque no encontraba trabajo o porque realizaba un periodo formativo o formador empresarial, en empresas por lo general españolas, y que al llegar a Mesoamérica veía su estatus socioeconómico mejorado, lo cual afectaba de manera enigmática a sus conexiones neuronales. Eso, si ya de por sí no estaban afectadas. Y ocurría por varias razones. En muchos casos, pero no en todos, ganar más dinero y que tu dinero, español o mexicano, se multiplicase debido al relativo abaratamiento de la vida en México. Con frecuencia, aunque gastasen igual o más, al vivir en Polanco, en la Condesa o en la Roma, sin privarse de lujos, el cambio de estatus percibido se reflejaba en sus anomalías neuronales impregnadas de razones históricas. En primer lugar, se sentían blancos, su pelo se volvía rubio, sus ojos se clareaban y todos sus rasgos eran redibujados en el lienzo de su pasaporte. En segundo lugar, algunos creían poseer, por estos repentinos rasgos germánicos, un sexapil particular en el mercado erótico-mercantil de valores racistas heredados de la colonización.

Además, ser clase media, o en algún caso media-alta, en México era pertenecer a una minoría acomodada, ya no se era uno más entre el montón. Si a eso se le suma que el hispanodonte era “yo, más no mis circunstancias”, ese “yo” no entendía muy bien las diferencias culturales y pensaba que España era semejante al faro de Alejandría que iluminaba al anochecer las costas colonizadas de América. En realidad, los españoles eramos una exótica y no menos chistosa minoría lingüística y cultural en el mundo hispanohablante, aunque hubiese algunos referentes compartidos. Sin embargo, el hispanodonte no estaba solo en Mesoamérica. Se solía juntar con un espécimen local, llamado el mexicanodonte, el cual apreciaba los daños neuronales del espécimen ibérico y despreciaba profundamente a los indígenas y a los sectores populares, que para él acaban siendo primos-hermanos, mientras apelaba con todas sus fuerzas al folclore étnico-patriótico y a la voluntad fundacional del pueblo. Cuando Sara me contó esto,

pensé que lo más inquietante era que ningún español en Mesoamérica estábamos exentos de albergar a un hispanodonte en nuestro interior.

Gerardo, así se llamaba el hermano de Laura, era un tipo sencillo, culto, en apariencia modesto e interesado por otras culturas, simpatizante del partido socialista y con amigos en las juventudes del PRI. Vestía como uno de los cientos de mochileros que poblaban el centro de la ciudad, con algunos atuendos de marca pero sin ostentación. En su mirada habitaba una mezcla de intrepidez y despreocupación, como solo tienen las personas que se sienten protegidas por una fuerza mayor. En un momento de nuestra primera conversación, le llevé al Tierra Adentro, mencionó, desconozco por qué, lo fácil que era dejarse llevar por malas influencias cuando uno es joven y caer en extremismos. Había vivido un tiempo en Singapur y en Sudáfrica. Relataba con entrega, y sin la arrogancia del hombre de mundo, algunos de los choques culturales que tuvo en Singapur. Me contó que era una ciudad-país que luchaba constantemente por ganarle territorio al mar. Parecía una ciudad futurista, con sus altos rascacielos entre los cuales sobrevivían antiguos templos budistas. Algunas discotecas y bares eran un elogio a la imaginación; una de ellas, consistía en un hospital en el que te atendían enfermeras *sexys* y colocaban en la mesa un suero alcoholizado que podías succionar. El ochenta por ciento de las casas eran públicas y su sistema de salud también, y uno de los mejores de Asia. Convivían tres orígenes culturales: los malayos, los indios y los chinos. En los soportales de los barrios habitacionales hacían fiestas interculturales en las que intercambian juegos y tradiciones para la diversión y aprendizaje de los niños. Sin embargo, no todo era tan idílico, según me contó. Los singapurenses de origen chino ocupaban el estrato más alto de la sociedad, con los puestos económicos y políticos privilegiados; y el Estado aplicaba penas de muerte a quienes encontrasen con cualquier cantidad de droga en su bolsillo.

Me comentó, además, que en una ocasión, él y unos amigos se fumaron un porro de marihuana que alguien llevó a su casa, y tuvieron que poner toallas húmedas en las rendijas de las puertas y las ventanas, y, después, cocinar con especias intensas. No había policía, cada vecino vigilaba a los otros. Estaba terminantemente prohibido comer chicle o no tirar de la cadena del váter, bajo multa de mil dólares. Para otras penas más graves, te ponían a cuatro patas en la plaza central y te fustigaban públicamente en las nalgas. Le pasó al hijo de un importante empresario de Estados Unidos que se le ocurrió la

maravillosa idea de hacer un grafiti en una pared, debajo de un puente. Al mismo tiempo que era uno de los países cuyo Estado intervenía más en el ámbito social y en el político, y con la tercera renta per cápita más alta del mundo, su economía era de libre mercado, con grandes incentivos a la inversión de consorcios extranjeros, lo que lo convertía en uno de los principales centros financieros de Asia. Parecía, según Gerardo, una distopía China proyectada puertas afuera. Un mundo fascinante, y complejo, que le costó abandonar cuando tuvo que regresar a España.

Le conté que en México, aunque había sus problemas, esto de fumarte un porro o comer chicle era más tranquilo. Llevaba pocas semanas en el país y se quedaría medio año. Trabajaba en el sector financiero o en algo que se le parecía mucho. “Su empresa”, así la llamaba aunque él era, según decía, “un simple trabajador”, analizaba algunos de los problemas que tenían los bancos y que ellos “no podían” resolver. Hacía algo parecido, si no entendí mal, a una auditoría proporcionando insumos técnicos. Al principio su explicación fue algo muy general, pero a medida que pasaron las horas, era joven y estaba convencido de su honorable trabajo, me reveló que estaban tratando de resolver algunos problemas relacionados con las recientes acusaciones, aparecidas en la prensa, de lavado de dinero procedente del narcotráfico. El banco para el que trabajaban, español, tenía su mercado principal en América Latina y, especialmente, en México. Los bancos, decía, no eran unos santos, pero cuando la droga se convierte en transacciones monetarias es muy difícil averiguar su origen. Muchas veces se trataba, según su explicación, y como sucede en tantas otras cosas de la vida, de “terrorismo empresarial” cuyo fin era mostrar información difamatoria y no comprobada para perjudicar a la competencia. Los bancos, por su parte, trataban de limitar el ingreso en efectivo de sus clientes en ventanilla, esto ya era una ley, pero aún había grandes retos que afrontar. Y él y su empresa les ayudaban a afrontarlos.

Me preguntó por mi trabajo y le conté que estaba en una ONG mexicana que tenía diversos programas y yo trabajaba en uno de educación, con escuelas dirigidas a niños indígenas desescolarizados, cuyas familias habían migrado a la ciudad por motivos económicos o fueron desplazadas por la violencia. Mi trabajo era acompañar varios procesos de las escuelas, la formación en español y captar fondos diseñando y postulando proyectos a posibles financiadores. Le dije que era una ONG pequeña y todos participábamos un poco en todo. En mis ratos libres, los fines de semana, colaboraba en algunas

comunidades simpatizantes del zapatismo, pero esto no se lo conté. Me hizo muchas preguntas sobre México y tuve la habitual sensación de no saber qué contestar, como cuando hablaba por Skype con mis amigos de Madrid y trataba de explicarles todas las cosas que en México me pasaban en un día. Algunas, por mucho que le explicase a Gerardo, en ese momento, no las iba a entender. Había llegado a un punto de mi estancia en México en que mi fascinación por lo nuevo y diferente se tornaba casi intacta, pero mi expresión indignada por ciertas injusticias se había moderado. Por ejemplo, con la violencia que estaba devastando el país. Cuando llegué, en mis llamadas por Skype, sacaba el tema como quien trata de concientizar a su interlocutor invitándole a pensar en las implicaciones que el sistema capitalista tenía en ello. Me indignaba el silencio de los periódicos españoles y del mundo. Pero si los hechos no convencían a las personas, mucho menos las palabras. Por otro lado, estaba cansado de dar una imagen desoladora del país en el que vivía y que me recibió con tanto afecto. Ser complaciente, negando la tragedia, tampoco era la solución, no me podía comportar como un ferviente converso que dibuja un idílico panorama sin decenas de miles de desaparecidos. Además, desde lo de Perla, mis ansias reivindicativas de lo mexicano se habían apagado más. Sentía una suerte de traición regional norteamericana. Un oscuro pacto libidinal entre el Sur y el Norte global del continente, en mi contra. Y, además, Gerardo era afable y empático, pero todavía un desconocido para mí. Traté de cumplir mi labor hospitalaria con prudencia.

Como Gerardo se iba a quedar poco tiempo en Chiapas me propuso hacer una excursión por el yacimiento maya de Palenque. Quedamos para el domingo siguiente. No hablamos de su hermana Laura, a pesar de mi curiosidad algo en él evitaba las conversaciones sobre su familia.

Una mañana soleada de un sábado, Cintia decidió hablar. Yo estaba en un lugar impreciso entre el cansancio y la desesperación. Incluso me habían dado ganas de acercarme al Gordo para tratar de recabar más información. No lo hice, afortunadamente. Cintia era la emisaria de Perla. Perla escribía correos y mensajes de teléfono y yo me había mantenido en un silencio ultrajado. Cintia me dijo que los dos éramos sus amigos y que por esa razón había preferido mantenerse al margen. Ya tuvo alguna fatídica experiencia similar del tipo “mata al emisario”. Si en una situación así una opinaba,

acababa perdiendo a los dos. Se reconciliaban contra uno y a pesar de ello, cayó en la trampa. El único mensaje que ella me iba a dar versaba así:

—“Perla me pide que te cuente lo siguiente” —sacó un papel doblado de su bolsillo— “sigo enamorada de ti. Me ha roto el corazón perderte. Me equivoqué, lo único que buscaba era llamar tu atención. Me creó mucha inseguridad tu forma de comenzar la relación, dejaste la puerta abierta y me encontré con John. Al principio era un amigo, sin más. Pero poco a poco fuimos viéndonos más y cuando me quise dar cuenta el tipo me había movido el tapete. Pero nada pasó entre nosotros. Nunca nos enrollamos. Siempre le dejé en claro que tú eras mi novio y que esto no iba a cambiar. No lo he vuelto a ver. Lo único que quiero es estar contigo. Si tú quieres, mañana me voy a vivir a San Cris...”.

¿Por qué me enviaba por medio de Cintia el mismo mensaje que me escribió varias veces por correo electrónico? ¡Qué intensidades! Pensé.

—Andrés, me da un poco de pena todo esto. Supongo que este mensaje ya lo has leído en tu correo, pero Perla me pidió que interviniera y los dos sois mis amigos.

—Gracias, Cintia.

Una de las primeras cosas que aprendí en México era a dar las gracias, aunque el acto no lo mereciese. España era un país ingrato. —Pero... ¿a qué chingaos se refiere con dejar la puerta abierta? —, ya utilizaba algunas expresiones locales —la puerta no se cierra nunca. Además... ¡no hay puerta! —me quedé pensativo, con aire apocado. Traté de ocultar mi enfado con expresión doliente de cordero degollado.

—No sé, supongo que se refiere a que si una pareja no se promete fidelidad y amor surgen dudas y no se cierran otras posibilidades. ¿No?

—Pero... a ver. ¿Y la gente que promete, jura y rejure y luego tiene dobles y triples vidas? ¿De qué puerta estamos hablando? —Mientras decía esto me estaba acordando de la película española *Tigres de papel*. Los hippies libertarios acaban siendo mucho más monógamos que los burgueses franquistas ultracatólicos, con su “casa chica” para la amante y su jovencita en el burdel.

—Eso puede pasar, creo que no depende solo de jurar fidelidad. Pero si no se dice, crea inseguridades.

—Pero Cintia, ¿cuántas personas conocemos que se ponen el cuerno? ¡Un montón! Y esta es la regla no la excepción. Pero si eso es lo que quieren o lo

que van a hacer... ¿por qué no negociar la relación de otra forma? No hace falta irte a la discoteca a conocer a John, las personas lo hacen cuando van a comprar el pan.

—Déjame que te pregunte algo Andrés y te pido antes que nada una disculpa si me meto en lo que no me llaman, aunque ya sea un poco tarde. Al decirle que la infidelidad no importaba... ¿estabas tratando de probarla?

—Para nada, aunque a veces las pruebas, a pesar de uno, vienen solas. Yo siempre empiezo mis relaciones poco a poco, por los hechos, no por las palabras—. Mi frase trataba de ser una epifanía, en el sentido de Joyce. Era la guerra de las posturas y solo me faltaba música celestial, heroica, aleccionadora.

—¿Y tú cómo estás?, ¿cómo te sientes?

—Pues jodido, muy jodido. Creo que nunca me había sentido tan jodido en mi vida por una relación. —Era cierto, más allá del postureo.

Estábamos desayunando en una crepería cerca del parque de los Arcos. Me gustaba mucho ese lugar. Con sus largos sillones rojos, el olor a crepas, a azúcar quemado y a chocolate derretido, mientras observaba la concurrida calle ensordecida tras sus paredes de cristal. Los comensales solían ser familias locales y algunos turistas que se colaban en una mesa. Había un ambiente tranquilo, con música suave. En un momento de la conversación con Cintia vi entrar a tres hombres y a una mujer y sentarse en una mesa a nuestro lado. Permanecieron un rato callados atentos a nuestra conversación y cuando llegó el camarero parecieron reaccionar con sorpresa. En algunos lugares de México, ya me había acostumbrado a ser el exótico por mi forma de hablar, especialmente al no “sesear”. Sin embargo, San Cristóbal no era precisamente un lugar en el que esto llamase la atención. Uno podía salir en pijama a la calle y, como extranjero, estaba en el circuito turístico de las irreverencias, aunque para un local fuese un despropósito que podría acabar con su reputación.

—Oye Cintia. Te voy a preguntar algo como amigo. Sé que ya te lo he insinuado en alguna ocasión, pero es muy importante para mí que me ayudes en este momento de mi vida...

—Dime.

—¿Llevaba Perla mucho tiempo saliendo con el tal John? Ya sé que ella dice que amiguitos y demás...

—No sabría decirte Andrés. Ella y yo no hablamos de forma tan cotidiana. Somos amigas, pero no íntimas... o sea, no estamos todo el día contándonos nuestros chismes. Nos escribimos de vez en cuando.

Me imaginaba una respuesta parecida. Además, las mujeres solían ser muy discretas para estas cosas, aunque pudiesen pavonearse frente a sus amigas de un nuevo amiguito, mantenían totalmente en secreto si había algo o no, hasta el momento final. Les iba, como poco, la reputación en ello. Y sin duda, Cintia y Perla eran completamente diferentes. Compartían ciertos valores, pero sus vidas en la Roma y en San Cris eran galaxias remotas. Terminamos de desayunar y al marcharnos del lugar los tres hombres y la mujer de la mesa de al lado se quedaron observándonos. No fue la última vez que los vi aquel fin de semana.

En la tarde, Antonio, un compañero y amigo del trabajo con quien de vez en cuando arreglaba el mundo, me propuso tomar unas chelas e ir a una fiesta de cumpleaños de una amiga suya que trabajaba en otra ONG. Aquella noche fue reveladora. Yo no tenía muchas ganas de conversaciones trascendentes, solo de un poco de compañía y algo de alcohol. Antonio me revelaría un secreto que en un principio consideré una de sus ideas psicodélicas, fruto de sus noches de ayahuasca. Pero uno trata de hacerse el desentendido, “no me suena, conmigo no va, no entiendo este idioma”, y cuando te quieres dar cuenta, aquella conversación casual en alianza con un irresponsable instante de olvido, ya se ha instalado en tu cotidianeidad y te abandona en un planeta ignoto del que nadie puede escapar.

—Pero ¿cómo es esa historia de que los cárteles del narcotráfico no existen? Todos los días vemos lo que hacen. Y desde la llamada guerra contra el narco de este presidente, parece que todavía más.

—Claro que existen, pero no como quieren que pensemos que existen... — Se quedó callado observando la ventana, la calle empedrada pulida por la luz de las farolas, pasaron unos *hippies* con un *didgeridoo* al hombro.

—Con la pobreza y la desigualdad que hay en este país no me extraña que tengan tanta fuerza esos grupos, sean lo que sean. —Dije con un aire de análisis profundo.

—¿Pobreza? Sí, en México hay mucha, pero el crimen organizado, o el desorganizado, no se explica por la pobreza... ¡y menos el narcotráfico! —dijo sonriendo.

—¿Y por qué no? —No entendía nada. ¿No salían acaso los sicarios de los barrios pobres de las ciudades?, ¿de las comunidades rurales marginadas?

—La pobreza es un lugar común para estas explicaciones. Es el gran negocio del capitalismo en el tercer mundo. Se gestiona, se compra, se vota, se invierte y se hace dinero con ella. Pero el narco no se origina entre los pobres. El narco violento, los chicos de la favela o del barrio con pistolas y metralletas son la versión pobrista del narco, los que trabajan en una escala visible de la producción-distribución..., los exóticos, los gandallas. Pero ni siquiera a ellos la pobreza les proporciona las metralletas. Sin el Estado y sin la idea del hombre de éxito hecho a sí mismo no estarían allí. Ellos son la escala visible de la acumulación de dinero a corto plazo, los reemplazables, los que nunca saldrán del gueto.

—Pero... Entonces, ¿no es la pobreza también?

—¡Nooo! —Se echó las manos a la cabeza— Ellos nunca llegan al lugar en el que te dejan de preguntar cómo conseguiste el dinero mientras te dan palmadas en la espalda... aunque sueñen con ello. Siguen ese espíritu, pero este los devora antes. Su dinero tiene todavía los rastros visibles de la sangre.

—¡Qué fuerte! —Dije pensativo, le di otro trago amargo a la michelada. De nuevo me había confundido y pensé que me iban a traer cerveza con limón y no esa mezcla de chile, salsa inglesa y no sé qué más.

—Te voy a contar algo que te puede sonar extraño. No mucha gente conoce esta historia. Te pido discreción... por tu bien y por el de todos. La culpa de esto la tienen las tiendas de disfraces. —Hizo una pausa. Me quedé ojiplático. ¿Me estaba tomando el pelo? Hasta ese momento pensaba que era un hombre sensato.

—Fue hace mucho tiempo, —continuó— en la época de Nixon comenzó a operarse un cambio en las políticas de cultivo y tráfico de droga. Nixon hacía como que luchaba contra la droga y en realidad organizaba el consejo de administración que financiaría la lucha contra los gobiernos de izquierdas en América Latina... desde Estados Unidos, América Central, Colombia y ahora México. Y en México, todo se gestó desde Jalisco, Guadalajara. El Estado distribuyó el paso de la droga a partir de organizaciones, los futuros cárteles, que estarían a lo largo de la frontera México-Estados Unidos. Esta historia es conocida, por ejemplo, en *El poder del perro* de Don Winslow. Pero lo que no se conoce tanto es el papel de las tiendas de disfraces. En aquella época había una gran cadena de tiendas de disfraces en Estados

Unidos. Se llamaba La escopeta de agua. En México había una pequeña cadena de tiendas de disfraces llamada El niño feliz. Los acuerdos económicos entre ambos países llevaron a que La escopeta de agua se adueñase del niño feliz, dando lugar a La escopeta feliz. El plan fue el siguiente: para que pareciese que el Estado, las empresas y los bancos no tenían nada que ver en este asunto, las nuevas tiendas de disfraces, La escopeta feliz, en acuerdo con las autoridades mexicanas, distribuirían disfraces a ciertos grupos del Estado en la frontera.

Se trata, básicamente, de disfraces de ropa conocida por los mexicanos del norte: camisa de cuadros, collares de oro y crucifijo, pantalones de mezclilla, botas de punta. En un principio eran solo ellos, policías o militares disfrazados de ranchero, que se paseaban con pistolas y metralletas de plástico mientras otros hacían el trabajo sucio. Al comienzo era un asunto que poco tenía que ver con la gente de a pie. Era un asunto del Estado central. A medida que el negocio daba más dinero, y el Estado fue descentralizando su poder en las regiones y en partidos políticos que antes no podían gobernar, había más personas que querían participar y los que no eran obligados a la fuerza. Por ejemplo, si un antiguo grupo guerrillero quería sobrevivir debía trabajar para el Estado en uno de estos cárteles. Los grandes problemas surgieron cuando el Estado central se tomó de nuevo en serio su trabajo, quiso recuperar el poder en las regiones, condicionó la entrega de disfraces y hubo más demanda de ellos que oferta. Ante la escasez y las nuevas condiciones amenazantes, la gente empezó a pelearse por uno y como ya eran tantos los que iban disfrazados no se sabía muy bien quién era enemigo o amigo. En un abrir y cerrar de ojos, las pistolas y metralletas de plástico se fueron transformando en armas de gran calibre traficadas en la frontera, y las disensiones, los desamores y las disputas entraron en el implacable territorio del ajuste de cuentas. Mientras tanto, todo era frontera con el tío Sam y el Estado y el libre mercado vivían su antiguo e idílico romance. La militarización del país, en coordinación con el vecino del Norte, cumplió su objetivo: afianzar la dependencia de los mexicanos al Estado y al país vecino del Norte, y fomentar la producción y el tránsito de droga y, claro, la compra de armas.

—¿Y cómo es esto?

—Es muy fácil. México y Estados Unidos hacen como que luchan contra la droga y ambos la fomentan e intercambian por necesidades compartidas, el

mercado. Yo no veo mis armas ni tu droga y tu no ves mis decisiones políticas y económicas. Así funciona la rapiña organizada llamada capitalismo. Si hay necesidades siempre hay respuestas. Y si no hay necesidades, siempre se pueden crear. Y mientras tanto simulamos que el mercado negro es demasiado grande para el control de los Estados. Después del misterioso 11 de septiembre fue todo mucho más fácil. Solo se puede gestionar la amenaza, el mal menor... y toda esa mierda. Cuando es al revés, no hay ninguna amenaza para el Estado. Sin este último, y sin los bancos y las grandes empresas a las que favorece ningún grupo criminal en el mundo prosperaría. Al menos a gran escala. El crimen organizado es la base fundacional del capitalismo.

—¡Qué fuerte! ¿Y las tiendas de disfraces?

—Bueno, a alguien hay que echarle la culpa, ¿no? Además, para tener un mercado externo en el cual expandirte debes colonizar primero tu propio territorio. Así empezaron todas las naciones, asesinando a sus ancestros. Pero aquí hemos tenido menos tiempo para ocultar nuestros crímenes y comprar el olvido de nuestros descendientes.

Mientras escuchaba a Antonio, pensaba que me había costado un tiempo darme cuenta de que la culpa del denominado subdesarrollo en México no la tenía exclusivamente Estados Unidos o España. Como muchos europeos atraídos por las revoluciones del sur, llegábamos a México indignados por nuestra historia, culpando al colonialismo del Norte Global. Se nos olvidaban los mexicanos. Incluso en el antiimperialismo éramos imperialistas.

Para ese entonces, el bar había comenzado a llenarse. Hablamos un poco de nuestro trabajo. Antonio era chilango y uno de los cofundadores de la ONG. La asociación estaba financiada por socios de distintos países del mundo, especialmente de Europa. Si bien yo me dedicaba al tema de la educación, uno de los programas más grandes, del que él era el coordinador, estaba enfocado a los derechos humanos. Me contó que la semana siguiente tenía que cubrir un desplazamiento de una comunidad chol por un conflicto con otra comunidad que había sido provocado por una minera. Habían asesinado a diez personas y cerca de setenta familias huyeron del lugar aterrorizadas. Decidimos dejar de hablar de desgracias aquella noche, sin resultado.

Salimos del bar y nos dirigimos a la fiesta de su amiga. La casa estaba a las afueras de San Cristóbal, en un barrio llamado la Quinta de San Nicolás en el que existían cabañas, un *camping* y varias casas en la falda de una

montaña, rodeadas de un tupido bosque. Mientras esperábamos que pasase un taxi, Antonio me contaba cómo percibían la ciudad muchos europeos que llegaban a trabajar a la ONG. Para ellos, en su opinión, pasar unos años en Chiapas era un movimiento iniciático en su carrera en el mundo de la cooperación. Sin embargo, si se quedaban más años de los planeados en San Cris comenzaban a justificarse sobre su estancia prolongada, como si hubiesen caído en un hoyo del cual era difícil de escapar. Lo normal aquí es el movimiento. Pero también hay infatigables enamorados de la ciudad. Otros, de reciente llegada, algunos españoles, son nómadas precarios que, a ratos, tratan de eufemizar el desempleo y la crisis económica que los expulsó de sus países, con un espíritu aventurero. Y a ratos hablan de un exilio económico contemporáneo encubierto por las llamadas nuevas búsquedas de formación. Los del Norte son llamados expatriados, los del Sur somos migrantes. Llegó el taxi, y pese a que dejamos de hablar en el camino, el taxista decidió añadir su punto de vista sobre el zapatismo y las ONG en San Cristóbal.

—Los zapatistas, aunque crearon un conflicto, también lograron cambiar como trataban a los indígenas en la ciudad. No tienen más que ver el centro ahora. Lleno de chamulas vendiendo, paseando, pidiendo dinero, no se puede ni caminar. No me quiero meter en lo que no me llaman, pero ¿ustedes trabajan en una ONG?

—No, en absoluto —contestó Antonio—, le gustaba simular para provocar este tipo de situaciones.

—¿Y viven aquí hace mucho?

—Somos turistas, acabamos de llegar hace unos días. —Antonio llevaba veinte años en San Cristóbal, yo dos.

—Bueno, lo que pasa es que el zapatismo trajo mucho dinero a Chiapas. Ni se pueden imaginar. El estado de Chiapas no es pobre. Cuenta con muchos recursos... gas, minerales, la selva más grande de México, y tiene indígenas y zapatistas. Yo no sé de estas cosas, no he ido a la universidad, pero una vez me contó un señor al que llevé al aeropuerto que si se compara la lana que han recibido todos los estados de nuestro país, Chiapas ha sido el que más. Cientos de millones de pesos, y... ¿a dónde han ido a parar?

—Ni idea, díganoslo usted —contestó Antonio.

—Es muy sencillo, a los de las ONG. Este señor que les conté me decía que San Cristóbal es probablemente una de las ciudades con más ONG del mundo

comparándolo con su población. Hay más de doscientas... y no llegamos a los doscientos mil habitantes —hizo una pausa, saludó a un taxista que venía en dirección contraria a su coche—. Y los de las ONG llegaron a San Cristóbal cuando fue el levantamiento zapatista con una mochila al hombro y poco más. Ahora tienen grandes casas, la mitad de los cerros y ranchos de la zona son suyos. ¿Cómo hicieron ese dinero?

Antonio suspiró y le preguntó —¿y no sería que tenían dinero de antes? No sé, ¿ahorros, o herencias de sus familias?

—¡Quien sabe!, todo es posible en esta vida. Pero supongo que ese dinero de sus familias lo habrían tenido también antes... ¿no? Cuando llegaron vivían de manera muy austera, los he visto desde hace treinta años. Iban en combi, rentaban cuartos compartidos... y ahora tienen sus casas y carros enormes. En fin... misterios de Chiapas.

—¿Y no han hecho nada bueno los de las ONG? —preguntó Antonio.

—Pues los indios siguen jodidos, no hay más que verlos. Si han hecho algo, yo no lo veo.

Habíamos llegado al rancho San Nicolás, el taxi iba por un camino de tierra y piedras rodeado de árboles y casas. —¿Y no tendría que ser el Estado el que se encargue de esto también? ¿O son solo las ONG? —replicó Antonio.

—¡También, también! Pero ya saben cómo son los gobernantes aquí... es una robadera interminable. ¿Dónde es?, ¿pasando el *camping*? —. Llegamos a la casa. Antonio salió enojado del taxi.

—Estos taxistas reaccionarios y racistas. No saben de lo que hablan y además se creen la ley y el orden de la ciudad. Igual te extorsionan si tienes un problema con ellos, llegan veinte en un segundo, que, según ellos, ayudan a resolver un robo.

—¿Te ayudan si te roban? —pregunté.

—¿Te acuerdas de la banda de secuestradores que hubo por tu barrio?

—¡Sí Claro!, vivían al lado de mi casa y un día llegó el ejército y la policía federal. Algunos se escaparon por los tejados porque cuentan que los policías locales les avisaron antes.

—Pues según los taxistas vieron cosas extrañas en esa casa y avisaron a la policía. Dicen que sin ellos esta ciudad sería un caos.

—Vaya, iré más en taxi.

En la fiesta había muy pocas caras conocidas, pero solo era una la que debía conocer. El destino, y el taxi, me llevaron a Jessica. Era de Estados Unidos,

como John. Estaba pasando un periodo como voluntaria en una ONG. Era rubia, de ojos claros y pecas, como John. Si alguien podía recomponer el equilibrio de fuerzas en el conflicto bélico-libidinal-internacional, España contra Estados Unidos y México como doble aliado, esa era Jessica. Era una mujer viajera, imaginativa, sensual, orgullosa de sus orígenes irlandeses-vascos-apaches. A diferencia de gran parte de los que estábamos en esta fiesta, su jovialidad e iniciativa no parecían estar ligadas al alcohol. Bebía, pero ni se inmutaba. Me dijo que de pequeña se había caído en una marmita de *whisky*, como Obelix, y que ya no le afectaba. Se acercó y no nos soltamos en toda la noche. Cualquier excusa, voy al baño, a por una cerveza, era para reencontrarnos y retomar nuestra conversación. Estaba enamorada de México, había vivido varios años en una pequeña comunidad de Oaxaca. Parecía como si nos conociésemos desde pequeños y lo mejor de todo era que sabía escuchar. Sentí que teníamos grandes cosas que compartir, seríamos un buen equipo, con Perla y John. Después Jessica podría encontrar a un ruso y John a una japonesa y Perla sentiría una irrefrenable atracción por Japón y yo por las habitantes del Cáucaso. Incluso, en la búsqueda, yo podría dedicar mi vida a la contemplación del bisonte europeo y Perla volverse maestra de aikido. Y así sucesivamente. La venganza era el motor del eros, un magnético y silencioso territorio cuya brújula estaba diseñada por el nacionalismo.

La noche fue larga, la acompañé hasta el hostel en el que se estaba hospedando. En el camino hablamos de cocodrilos, leyendas apaches y casas encantadas. Por la mañana quería ir de excursión al yacimiento maya de Palenque con una amiga, yo iría con Gerardo, quizá nos veíamos allí. Nos despedimos con un beso en la mejilla y un tierno abrazo. Al regresar a casa, en la solitaria y húmeda noche empedrada, me sentí como un casual *iberic lover* que promocionaba los encantos de San Cristóbal a las vecinas del norte. Si ese era el nuevo Andrés, debía pedir una comisión a la secretaría de turismo. Y mientras tanto, buscar las películas franquistas de Pajares y Esteso que inventaron el mito del macho ibérico con aquello de “las suecas se dejan las bragas en los Pirineos”, y otras leyendas de antaño. El Norte buscaba en el Sur el remanente libidinal de su opulencia, y el Sur buscaba en el Norte su soberanía a golpes de cintura imaginarios. Pero... y, ¿sería igual para los nortes de los sures y los sures de los nortes?, ¿y qué pensarían El Fary y Ava Gardner? Poco importaba, ya había en San Cristóbal algunos *latin lovers* a

tiempo completo, y Jessica era de un Sur, de varios, y si no lo era, caminaba hacia el Sur, y además me gustaba mucho.

Gerardo y yo quedamos el domingo temprano. Apenas había dormido tres horas, pero me sentía recargado de energía. Yo observaba con impaciencia los alrededores de la central de autobuses del ADO, esperando ver la rubia cabellera de Jessica. Aquel lunes era fiesta y los encuentros en San Cristóbal efímeros. Todos estaban de paso, hasta los locales, reaccionando así a la dificultad de establecer vínculos permanentes con los foráneos en una ciudad en constante movimiento. No apareció.

Me pasé el viaje dormitando. Hicimos una parada, como era costumbre, en Ocosingo. El paisaje, entre sueños, cambiaba muy rápido. Del bosque de pinos característicos de los Altos de Chiapas a la vegetación selvática a medida que nos acercábamos a Palenque. El descenso del camino era fabuloso. Grandes y profundos valles recortados por montañas pronunciadas que se perdían en la bruma azul del bosque, a lo lejos. Decenas de curvas, cientos de topes que detenían el autobús al pasar por las humildes casas con techo de lámina situadas a ambos lados de la carretera. En los topes, una mujer o unos niños vendiendo fruta. Chiapas era tan hermoso como pobre y saqueado por el pillaje que comenzó quinientos años atrás. Llegamos al “lugar de muchas aguas”, a Bakal-ha, o también conocido por Palenque. La antigua ciudad maya surgía de la selva alta y sus ceibas, cedros, chicozapotes y hules. Los monos aulladores daban la bienvenida a su territorio disfrazando su bramido de jaguar. Gerardo se sentía como un Indiana Jones que quería trepar por cada piedra y observar cada recoveco, yo me hacía el occiso y caminaba a varias decenas de metros alejado de él. En el templo de las Inscripciones, la cámara de Pakal estaba sellada desde hacía unos años. La incesante afluencia de turistas sudorosos dañaba su interior. En el templo XIII, al lado, se halla la cámara de la reina roja con el psicoducto en la tumba que permitía al alma del difunto escapar y llegar al Xibalba, o al inframundo maya. Esto continuaba realizándose en los velorios actuales de las personas lacandonas. Su descubrimiento fue en 1994, el mismo año del levantamiento zapatista. Un poco más lejos, el río Otolum atraviesa la ciudad de Palenque imperturbable al tiempo. A cada nuevo grupo de turistas de cabello amarillo que entraba, yo trataba de observar si entre ellos estaba Jessica, la reina de la madrugada. Pero no.

A nuestro regreso a San Cristóbal llegó la verdadera aventura. Comimos algo y nos entretuvimos charlando con unas chicas mexicanas que estaban alojadas en el Panchán, unas cabañas con bares y ambiente *hippie* al interior de la selva, muy cerca de la entrada al yacimiento. Eran muy lindas, yo estaba algo ausente y Gerardo no paraba de hablar. ¿Dónde estaba Jessica? ¿Y Perla?... el mundo seguía su curso y el atardecer se aproximaba. No debíamos tardar mucho en regresar, la carretera se vuelve peligrosa al caer la noche. Nos dimos los correos, Montserrat y Erika, y nos despedimos. Cuando caminamos hacia la estación de autobuses me percaté de que una camioneta Lobo con las lunas tintadas nos seguía. Avanzaba y se paraba, y así sucesivamente a medida que caminábamos. Aparcó a un lateral de la estación de autobuses. Gerardo iba hablando tan tranquilo. Me contaba que había leído sobre la misteriosa desaparición de la cultura maya, los extraterrestres, el ecocidio, una posible glaciación o la costumbre de los mayas de abandonar, cada cierto tiempo, las grandes ciudades. Yo le decía que los mayas no habían desaparecido, los mayas eran nuestros vecinos. Subimos al autobús, se puso en marcha y cuando íbamos a llegar a la altura de la Cascadas de Agua Azul el autobús se detuvo repentinamente. Habían cortado la carretera con grandes piedras. El conductor trató de dar marcha atrás, pero unos golpes en la puerta le hicieron desistir. Miramos por la ventana y había unos tipos con pasamontañas y machetes. Le decían al conductor que abriese la puerta. Los pasajeros comenzaron a esconder sus objetos valiosos debajo de los asientos, los teléfonos móviles, la cartera.

—Nos van a asaltar —nos dijo una señora— guarden sus cosas antes de que suban.

Gerardo tenía una expresión de sorpresa pero no se le veía asustado, contestó un par de mensajes que le acababan de enviar y me miró alzando los hombros.

—¿Qué hago con esto?

—No sé tío, lo mismo que todo el mundo, ponlo entre los asientos, y tu cartera y tu pasaporte.

—Bueno —contestó con indiferencia.

De repente los tipos de los machetes y los pasamontañas comenzaron a gritar, alzaron las manos y se retiraron a un lado de la carretera. Dos hombres, vestidos con pantalón vaquero y camisa de cuadros, roja y verde clara respectivamente, se acercaron a la puerta y llamaron al conductor.

—Abre compadre.

Subieron y se dirigieron a nosotros. El de verde, que yo había visto en otro lado, preguntó: —¿Gerardo?

—Sí, hola, ¿qué tal? —contestó.

Yo los miraba perplejo. —¿Vamos? —preguntó.

Gerardo me miró y dijo: —vale.

—Lleven sus mochilas y acompáñenos por favor...— Los pasajeros nos observaban con una expresión entre asustada y de resignación. La señora que nos aconsejó esconder las pertenencias nos miraba y negaba con la cabeza. Un chico sacó su teléfono móvil y cuando lo iba a alzar para, supongo, hacer una foto, el tipo de la camisa roja que se había quedado en la puerta levantó la mano y agitó el dedo, indicándole que lo guardase. Bajamos del autobús y nos dirigimos a la camioneta Lobo roja, de lunas tintadas, que estaba a unos metros detrás del autobús. Había otro hombre, con sombrero, gafas de sol y camisa negra, con el maletero abierto. Yo estaba aterrorizado y Gerardo caminaba tranquilamente. Sabía cómo solían acabar estas situaciones. Un secuestro, una petición de recompensa acompañada de envíos a domicilio a nuestros allegados: primero una oreja, luego un dedo, después un ojo, y tras el rescate acabarían nuestros cuerpos despedazados en una maleta, en el fondo de cualquier barranco. Los grupos del crimen organizado que operaban por esta zona y en el Golfo de México, agrupados en un nuevo cártel, no respetaban ningún código. Sus años en la Escuela de las Américas de Panamá, cuando eran un cuerpo de élite del ejército mexicano, entrenados por los servicios secretos de Israel, Estados Unidos y Francia en tácticas de contrainsurgencia, les habían proporcionado unos instrumentos inigualables para sembrar dolor y destrucción. Después de formar parte de otro cártel, se independizaron. Ahora no estaban vinculados a un territorio concreto ni trataban de ganarse la confianza de la población local construyendo hospitales o escuelas, como ocurría con otros cárteles. Ellos eran respetados únicamente por su capacidad de provocar terror. No vi que los dos que nos acompañaban y el del maletero portasen armas visibles, con nerviosismo pensé que si entrábamos en ese coche estábamos perdidos. Una posibilidad era soltar un empujón al que estaba al lado mío y salir corriendo... pero ¿qué hacía con Gerardo? Gerardo me miró sonriéndome y dijo:

—Tranqui, todo irá bien.

“¿Tranqui?” pensé, “este tío es gilipollas... ojalá su padre tenga contactos que nos saquen de esta vivos”. El tipo del maletero lo cerró, avanzó hacia las piedras que bloqueaban la carretera y apartó varias. Regresó, y nos abrió la puerta de atrás de la camioneta. No dejaba de mirar en la dirección en la que aparecieron los asaltantes con los machetes y los pasamontañas, ya esfumados en la densidad de la vegetación. Entramos todos en la camioneta, una mujer de camisa blanca conducía.

—¿Cómo está Gerardo? —preguntó la mujer. La había visto, al igual que a los tres hombres, el sábado por la mañana cuando desayunaba con Cintia.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —respondió.

—Nos pidió don Alejandro que estuviésemos al pendiente. —Hablabá por teléfono mientras conducía.

—Sí, eso me dijo mi padre... y Alejandro me escribió. Menos mal que estabais cerca.

Yo escuchaba la conversión con cara de pánfilo. ¿Se conocían? ¿Qué era todo esto?

—Don Alejandro está en su rancho de Ocosingo, no muy lejos de aquí, de camino a San Cristóbal. Me acaba de pedir que les pregunte si quieren ir a cenar con él. Luego los llevaríamos a San Cristóbal.

Gerardo se giró y me miró —Alejandro es un buen amigo de mi padre. ¿Te apetece que vayamos?

Antes de contestar miré a nuestros acompañantes, observaban por las ventanillas en apariencia ausentes a nuestra conversación. No era el tipo de personas con los que me apetecía compartir una cena, pero tampoco estaba en condiciones de negarme. Además, nos habían salvado de un buen problema. —Sí, claro, gracias —contesté.

—Muy bien —dijo Gerardo.

—Tardaremos una hora y media aproximadamente —mencionó la conductora—, yo soy Ester... David, Elías y Abraham —señaló a nuestros tres acompañantes y nos saludaron con un breve movimiento de cabeza— nombres bíblicos todos.

—Un gusto conocerlos —dijo Gerardo— ¿quiénes eran estos tíos con los pasamontañas y los cuchillos?

Ester pensó unos momentos su respuesta observando a su copiloto, el tipo del sombrero y las gafas de sol. —Son unos indios muertos de hambre que no tienen otra cosa que hacer que asaltar carros y autobuses en esta zona...

—Pero..., ¿viven por aquí cerca? —preguntó Gerardo.

—Sí, tienen sus comunidades en el bosque. Se han habituado a hacer esto.

—Contestó Ester.

—Y la policía... ¿no se mete? —preguntó Gerardo.

El tipo del sombrero y las gafas de sol, David, comenzó a reír. —La policía no llega a estos lugares, y si llegan prefieren no meterse... por la cuenta que les trae. —Dijo Ester y ella se sumó a la risa de David.

Gerardo preguntó —¿Y el ejército? Hemos visto algún convoy cuando viajábamos a Palenque.

—No, esos tampoco —apuntó Ester de forma cortante, frunciendo el ceño en el retrovisor.

El resto del viaje fue silencioso, cuando llegamos era casi de noche. Nos abrió la puerta un señor de avanzada edad, mirada apacible y movimientos enérgicos.

—Gracias don Pablo —dijo la conductora— él es el capataz. Vive todo el año en el rancho.

Seguimos un camino empedrado. A ambos laterales se podía observar una amplia pradera que se encontraba con unas ondulantes colinas y un bosque. Había una gran piscina a un lateral de la casona a lo que nos aproximábamos. Se podían ver otras construcciones aledañas, una de ellas con portales de estilo colonial, caballerizas y una capilla. La gran casa con la piscina era de estilo colonial restaurado, con grandes ventanales de cristal y tejado rojo con aleros de madera, sus paredes de adobe y su suelo exterior de granito con baldosas de cerámica.

Don Alejandro nos estaba esperando a la entrada de la casa. En un principio no lo reconocí. Era un hombre alto y delgado, de unos sesenta y tantos años, vestido con un pantalón corto y una camisa tipo guayabera. Nos presentamos y caí en la cuenta de quién era. Aunque llevaba el pelo cano peinado hacia atrás, ligeramente encimado a sus orejas, pude observar que le faltaba un trozo de una de ellas. En ese momento, me recorrió un escalofrío por la espalda, como cuando conoces un oscuro secreto de alguien que trata de mostrar su cara más amable en el primer encuentro, pero él no pareció recordar mi fugaz aparición en el restaurante de Chihuahua. Entramos a la casa, el suelo y los muebles eran de maderas nobles. Don Alejandro nos preguntó que cómo nos sentíamos, si nos habíamos asustado mucho y se excusaba por la situación en la que se encontraba el país y la región, como

una fórmula de cortesía que se suele ofrecer a los foráneos, pero en la que me pareció subyacía una disculpa real. Nos consultó si queríamos beber algo antes de cenar en una sección del gran salón, adornado con un monumental jaguar disecado, y unos coloridos telares, con diseños de Zinacantán, colgados de la pared. Señaló al jaguar y nos explicó que el pobre había sufrido un accidente en la carretera y que esa era una forma de conservar su espíritu. Nos habló de lo mucho que hacía por conservar la selva que estaba siendo depredada y no les dejaba otra opción a estos grandes mamíferos que encontrarse peligrosamente con los coches. Le preguntó a Gerardo por su padre, hacía un tiempo, señaló, que no se veían. Eran viejos amigos. Le estaba convenciendo para que fuese de visita a México, por lo general se encontraban en Madrid o en otros lugares de Europa.

—Me gusta mucho Madrid. Es una ciudad muy bonita y tranquila. Ahora te dan el visado de oro por comprar una propiedad en España, soltando una cierta lana, o por hacer una inversión y se van todos los políticos nacos y ladrones para allá... pero yo soy español por mi padre. Él era asturiano y migró hace muchos años aquí. ¡Qué aventuras con tu padre Gerardo! Recuerdo cuando fuimos juntos a la ruta del Quijote, o cuando nos hicimos el safari en Sudáfrica, pocas veces lo he pasado tan bien. Hará cinco o seis años que no viene a México. Qué bien hizo en ampliar el negocio aquí tu padre Gerardo. Ahora lo puede manejar desde allí y yo, la verdad, me paso la mayor parte del año en Europa. Es un gran país España, con mucha historia, la puerta espiritual de Europa. ¿De qué parte de Madrid vienes Andrés?

—De... una zona de la periferia de Madrid, se llama Móstoles, no está muy lejos de Villaviciosa.

—¡Móstoles!, ¡claro!, ¡cómo no! Una vez pasé por allí con tu padre Gerardo. Hay una iglesia que está construida sobre una antigua mezquita, con un ábside y una torre mudéjar del siglo X o algo así... ¡como en Toledo! ¿Y qué te trae por Chiapas Andrés?

—Bueno, trabajo en una ONG, con cosas de educación.

—Qué maravilla. Tan necesaria que es la educación en este país. ¿Quieren que hagamos un recorrido por la casa?

Ester, David, Elías y Abraham estaban afuera en el porche fumando. Atravesamos el salón, un largo pasillo y nos llevó a una amplia habitación con techo abovedado de cristal. Antes de entrar dijo.

—Les voy a presentar a unos amigos.

Llamó a la puerta, en su centro había un mandala y al lado una figura similar a un corazón con cuadrados al interior y dos picos con una base y una cabeza que le daban una forma similar a las veletas. Golpeó dos veces, esperó unos segundos y abrió. En el centro de la sala, estaban una chica de unos veinte años, de tez morena y ojos negros grandes y rasgados, llevaba un pantalón corto y una camiseta de tirantes que dejaba ver sus rasgos esbeltos y sus voluptuosas caderas. A su lado un señor de unos setenta años, de pelo largo cano y una túnica blanca, le pasaba humo de sus pies a cabeza y recitaba unas palabras que no llegué a comprender.

—Le está haciendo una limpia. No podemos molestarlos. Ella es Rosa, la hija de don Pablo, el capataz, y él don Sebastián, un curandero muy conocido.

En uno de los laterales de la sala rectangular se podía ver una gran maqueta de México con relieves y figuras, similares a los dioramas. Resultaba semejante al juego de mesa denominado Risk, con equipos de distintos colores agrupados por regiones. Era tal la definición que se observaba incluso la Sierra Madre Occidental que daba vida a las Barrancas del Cobre en Chihuahua. Detrás de la maqueta observé una gran figura de la santa muerte con velas a ambos lados.

—Sigamos.

Cerró cuidadosamente la puerta. Bajamos unas escaleras.

—Está guapa Rosa, ¿no? —nos preguntó.

—¡Muy guapa! —dijo Gerardo— ¿tiene novio?

—Aún no. Luego te la presento para que platiquéis.

Nos llevó a una gran biblioteca y después a la bodega donde guardaba cientos de botellas de vino, mezcal, tequila y pox, una bebida regional.

—En realidad yo me quiero jubilar ya. Bueno, desde hace años. Esta hacienda y la que tengo en el Soconusco serán mis lugares para envejecer. Este fin de semana vine por azar. Cómo me alegra que puedas conocer el rancho Gerardo. ¡Qué casualidades!, por suerte no pasó nada. Están las cosas muy mal. Antes había pactos con grupos que controlaban a otros y había algo más de orden... sin embargo ahora esto es un desmadre total. Así es... ¡pero que no decaiga el ánimo!, ¡hay que ver lo bueno de la vida siempre! Este rancho lo compré hace muchos años. Era una propiedad de la familia de mi primera esposa y lo fuimos ampliando y remodelando. Después llegaron los pinches zapatistas y se hizo un relajo. Disculpa Andrés, yo sé que también

han hecho cosas buenas los zapatistas y que muchos extranjeros llegan a Chiapas por ellos. Pero también robaron y saquearon las casas y los ranchos de Ocosingo. Y ahora son los propietarios de grandes y extensas haciendas... ¿y tú crees que les sacan partido? Están totalmente desaprovechadas, no saben ni plantar café. Como les decía, yo me quiero jubilar. Ya he trabajado en muchas cosas y la vida te pasa factura. Les voy a enseñar una de mis últimas adquisiciones. En realidad, es como un pasatiempo, nada del otro mundo, pero apoyo a la economía local.

Salimos de la casa y nos dirigimos a un edificio anexo entre esta y las caballerizas. Se trataba de un tipo de cobertizo cerrado. Encendió la luz y pude ver que tenía una planta superior a la que se accedía por una escalera. Abajo había muchas máquinas de coser separadas en pequeñas mesitas. Sobre cada una de ellas una lámpara. Subimos.

—¡Miren qué maravilla!

Nos enseñó varias filas de disfraces colgados de unos ganchos sobre unos railes en una plataforma de metal pegada a las paredes. Cada fila tenía un nombre en una lengua que no supe identificar, pero que se parecía al tseltal.

—Desde hace años quería invertir en algo original, que no fuesen mis actividades de siempre y aprovechando la ocasión me metí en esto... Andrés, seguro que has oído hablar de la tienda La escopeta feliz. Pues esto es una forma de producir algunos empleos en esta región tan abandonada de la mano de dios. Aquí solo hay antropólogos y curas revolucionarios, pero..., ¿y quién crea trabajo? Nadie. Yo además de dar trabajo a treinta familias que se encargan de este rancho y sus cultivos de café, los caballos, las vacas... y otras actividades, ahora empleo a veinte mujeres en este pequeño taller de diseño de disfraces. La mayor parte de la producción de estas cosas se encuentra en las maquilas del norte, pero el sur está muy abandonado.

—Pero, Alejandro...tu principal negocio sigue siendo la minería, ¿no? —preguntó Gerardo.

—¡Cómo no!, claro Gerardo. Sin embargo, es un sector muy focalizado. Allí empleamos en mi compañía a varios miles de gentes, con chambas directas e indirectas. Casi todo está en el centro y en el norte del país. En Chiapas quisimos abrir explotaciones de minerales no metálicos y se complicó. Esta es una región muy rica, tan rica como compleja. Y con frecuencia es la propia gente a la que intentas beneficiar la que arruina su porvenir. Así es esto. Sigo mostrándoles el pequeño *business* de los disfraces.

Esta de la izquierda es la fila de los trajes oficiales: hay del ejército de tierra, de marine, de policía estatal y federal, de policía ministerial, de poli local, de agente de migración.... Los de la derecha son disfraces de... narco. Son chistosos... los pantalones de mezclilla, la típica camisa de cuadros o estampada, las botas de punta, el sombrero y las cadenas. Aquí hacemos todo y le damos una onda local, además recibimos una buena subvención del Estado por promover el empleo entre, como les dicen, sectores vulnerables. A la gente les encanta esta madre, aunque se parece mucho a la ropa que han llevado siempre los del campo, pero con un estilo ahora más especial... como el Cochiloco de *El infierno*, o los de *Salvar al soldado Pérez*, dos películas que les recomiendo si no las vieron ya. Y en esta tercera fila están los disfraces de zapatista. Con el pasamontañas y su bordado del EZLN en la frente, los ponchos indígenas, las camisetas del Subcomandante Marcos y toda la onda...

—¿Y quienes compran estos disfraces? —preguntó Gerardo.

—Más bien... ¿quiénes no los compran? Gerardo. Todo tipo de gente. ¿Quién no quiere ser otro o uno mismo desde otro punto de vista?

En ese momento de la noche mi impresión inicial estaba pasando a ser estupor. ¿Sería verdad lo que me contó Antonio la noche anterior? ¿Tendrían tanto éxito estos disfraces que habían fomentado la tragedia que vivía México actualmente? Preferí no preguntar en aquel momento. Aunque quizá Alejandro ya se había dado cuenta de nuestro encuentro anterior y simplemente se hacía el desentendido. Fuimos a cenar. Nos sirvieron sopa de chipilín, enchiladas de mole y de postre pan dulce. Le agradecemos a Alejandro todas las atenciones y nos fuimos con Ester, David, Elías y Abraham.

En el transcurso de la hora y treinta de viaje, Gerardo sacó una pomada y se la untó en el dorso de sus manos, estragadas por varias marcas, y en los brazos. —Un problema de piel que tengo—. Me explicó. Ester nos preguntó si nos importaba que pusiera música, le dijimos que no, y así a lo largo del trayecto nos acompañó también Juan Gabriel. Sobrellevando el estupor de aquella tarde y para parecer una persona normal traté de entablar una conversación casual con Gerardo.

—¿Y qué sabes de tu hermana Laura?, ¿cómo le va? Me contó que estaba viviendo en Bruselas.

—No hablo mucho con ella últimamente, pero creo que está bien. Siempre ha sido muy buena para los estudios.

—Seguro que sí. Pero sí os lleváis bien... ¿no?

—Sí, sí... sobre todo cuando éramos más pequeños. Pero luego fuimos creciendo y cada vez teníamos menos cosas en común.

La conversación dejó de ser tan casual —¿y cómo era ella de pequeña? — pregunté con cierta intención. Laura, no era mi amiga de la infancia Paula, eso era un hecho, pero por preguntar que no quede.

—Pues nos sacamos cuatro años de diferencia. Cuando yo tenía tres, ella siete. Vivíamos en Suiza por aquel entonces, yo nací allí. Jugábamos juntos y todo eso. Cuando nos hicimos adolescentes nos fuimos distanciando. Vamos, lo típico entre los hermanos. — ¿Sabría Gerardo que me quedé a dormir en su cama con una entrañable erección pensando en su hermana?, ¿y que profanamos el santuario secreto de su armario? Y los cuatro jinetes del apocalipsis que nos escoltaban..., ¿estarían enterados?

—Ella tuvo un periodo en el que le fascinaban los videojuegos —Gerardo se soltó, era hablador, pero por lo general evitaba los temas personales— y a mí también, aunque no tanto como a ella. Ese fue otro momento de convivencia jugando con el ordenador Amiga 500 y con la Nintendo. En ese entonces, al inicio de mi adolescencia, tenía una extraña sensación. Era como si jugando con ella me pudiese comunicar con otro yo en el futuro —miró a nuestros acompañantes, parecían totalmente ausentes a nuestra conversación, escuchando la música o escribiendo en sus teléfonos móviles— pero ese yo futuro —continuó bajando la voz— debía regresar su mirada hacia el pasado para poder sobrevivir... sé que puede sonar raro, pero eso hice. Antes de ir a vivir a Singapur me volví adicto a los videojuegos... o eso decían los psicólogos. Yo sentía que estaba tratando de sacar a un niño de un lugar ajeno, atrapado en el camino correcto de sus estudios, su novia, el trabajo con su padre... para tomar las riendas de mi vida, saboteándola —no solo se soltó a hablar de sí mismo, estaba desatado, ¿le habría inspirado la sopa de chipilín? —. Pero ¿qué son las riendas de la vida sino una lucha feroz por el recuerdo de los otros? Los videojuegos eran una precaria escalera hacia un lugar conocido. La voluntad de cambiar el mundo parándolo. Fueron momentos de paz, incluso esta alergia que tengo en las manos desapareció. Pero el mundo no paraba... —Se quedó súbitamente en silencio.

—¡Qué fuerte! —contesté— ¿y ya no juegas?

—Pasé por varias etapas, juegos solitarios, juegos en red, me tiraba semanas sin salir de casa como el hikikomori de los japoneses. Y bueno, ahora estoy aquí, gracias a la ayuda de mi padre.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Paró su mundo, se tomó unas pequeñas vacaciones y se puso a jugar conmigo... en las primeras partidas era muy malo, hasta que fue aprendiendo y ganó... luego las cosas se fueron poniendo en su lugar y me fui a Singapur.

—Me alegra que mejorase todo —quizá mejorar no era la palabra más adecuada, pero no sabía que más decir—. Dile a Laura que se anime a visitarnos a México —dije con un tono entusiasta, medio estúpido.

Él se encogió de hombros y dijo —Sí, claro—. Nos quedamos callados el resto del camino.

Pensaba en Alejandro, en su taller de disfraces, en la fiesta del restaurante en Chihuahua y en Perla. Arribamos a San Cris, Ester se despidió de nosotros. —Nos veremos por aquí. Si necesitan algo avisen, igual tú Andrés. Estos son tiempos difíciles y nunca se sabe.

—Gracias Ester —dijo Gerardo—, le dimos la mano. Me despedí de Gerardo, intentaríamos tomar un café antes de que se fuera la semana próxima. Necesitaba un respiro.

Con Perla todo fue muy rápido. Mensajes dramáticos de ida y vuelta, alguna llamada fugaz y cuando me quise dar cuenta fui a buscarla a la parada del ADO de San Cristóbal con sus maletas de mudanza. Se quedaría en mi casa en lo que buscaba alojamiento. Mi única petición de partida fue que ya no estábamos en una relación y que veríamos si se podía hacer algo. Ella aceptó. Las primeras semanas no salíamos de la cama. Éramos una bacanal de imaginación e incontinencia. Tuvo que venir el carpintero dos veces. La cama, la mesa, dos sillas y el calentador de agua casi nos explota en las nalgas. El sexo era una condensación de la desdicha humana, convertida en placer. Dábamos lo mejor de nosotros mismos, como si el apocalipsis estuviese esperándonos en el cajón de los calzones. Nuestro afán era ganar poder sobre el otro. Controlar su voluntad, marcar sus designios, ser el agrimensor del deseo, delimitando territorios invisibles, fantasías no declaradas y derechos de propiedad. Ese mundo, nuestro mundo, estaba condenado a un caos y a una destrucción armoniosa e interdependiente. Y, a fin de cuentas, la culpa de todo la tuvo el denominado “entrelazamiento cuántico” y aquello enunciado por Niels Bohr de que al hablar de los átomos

el lenguaje solo puede ser utilizado como la poesía. Puesto que daba igual que te separases físicamente, la interacción cuántica a distancia podía existir siempre, entonces era mucho más conveniente darse una mano amorosamente y sostener con la otra la motosierra, hasta la eternidad. Y todo ello dependía además del observador. El principio de observación exhaustiva de un fenómeno no solo lo modificaba, sino que acababa por destruirlo. Como decía George Devereux, a partir de los postulados de Bohr, el orgasmo observado detenidamente dejaba de ser un velo de la conciencia y se convertía en un ruin espasmo fisiológico, que desembocaba en la eyaculación. Y así era. La pesada y grasienta motosierra se convertía en un liviano ramo de flores y el ramo de flores en la conciencia velada por el orgasmo ajeno. Y cuanto más enamorado estaba de Perla, más pensaba en Jessica. Y Perla, cuanto más cerca estaba de mí, más deseaba estar con John. La monogamia era un sótano oscuro y maloliente en la fastuosa casa del amor.

Yo me había vuelto un tipo obsesionado, como nunca me sucedió. La obsesión de Perla alimentaba a la mía, y mi obsesión apaciguaba sus ganas de acabar con aquella pesadilla. Era, al fin y al cabo, una prueba de amor. Si antes había convivido afablemente con las parejas de mis parejas o con sus amigos con derecho a roce ahora todo era John y ella y Niels Bohr, amenazando cuánticamente con dejar de observarnos en detalle.

Uno de aquellos días me encontré al Gordo. Paseaba con Perla por el andador del Carmen, llegamos al zócalo y decidimos sentarnos. Perla se levantó a saludar a una conocida que estaba junto al quiosco. Yo fui con ella, le pregunté cómo le iba y le contestó a Perla. Me preguntó que cómo estaba yo, mirando a Perla, le dije que bien, pero ella miraba a Perla, esto era algo que me ocurría a menudo cuando iba con una mujer, para otras mujeres mi presencia desaparecía, yo era solo una voz que emanaba de la boca de mi acompañante, ¿algo cultural?, quién sabe. Me fui de nuevo al banco, mientras ellas y yo hablábamos, y entonces apareció el Gordo.

—¿Que hubo carnal?, ¿aquí solito?

—Hola, ¿qué tal? —contesté con desgana.

—¿Y tu tortolita?

—¿Cómo? No te entiendo.

—Perlita, ¿no está por aquí?

—Claro, allí está.

—¡Qué felices les veo juntos! —dijo con sorna.

—Gracias. Sí, lo somos.

—Al final te la trajiste a Chiapas. Con insistencia, ¿no? por eso los llamaron los conquistadores.

—No, vino sola.

—A mí me lo puso más difícil. Pero nunca es tarde y ahora está más cerca —esbozó una extraña sonrisa.

Alcé los hombros y miré hacia donde estaba ella.

—Eres un buen chavo. Lástima que no escuches y esto tenga que terminar así. —Y se fue, no antes sin saludar a Perla. Le estaban esperando dos tipos, uno bajito con bigote y mirada esquiva y otro grande, fornido, de cabeza rapada y cara de muy pocos amigos. Le dijo algo al chaparro, este se quedó observándome cinco segundos, asintió y se marcharon.

Fuimos a cenar a una pizzería llamada Napoli. Nos encantaba ese lugar, con pocas mesas y la mejor pasta casera de la ciudad. Quería saber si podía contar con Perla, buscaba una puerta sin pomo para entrar al averno, pero ella no soltaba prenda. John y yo amiguitos, nada más. Estaba desesperado, sin salida, y entonces me hice experto en Facebook, mucho antes de abrir una cuenta. Un favor, una cuenta prestada, una pista: “qué guapo John, el amor entra por los ojos”, Perla, en el nuevo perfil de John en Atlanta. John o no era muy listo o era un verdadero exhibicionista, tenía cientos de *post* en modo público. Otra pista: “Felicidades John, siempre tan lindo”, “Gracias Perli” ¿Perli?, ¿qué mierda era eso?, y seguido una bandera de Estados Unidos vs una bandera española. “Perli” contestaba con un signo de interrogación y una foto de Pau Gasol haciendo un mate con su camiseta de Los Ángeles Lakers. Pero ese *post* era de dos meses atrás, en plena crisis. Los anuncios de publicidad, vinculados a las búsquedas y mensajes, también ayudaron. John vivía ahora en Atlanta, Perla utilizaba con frecuencia mi computadora, le robaron la suya en un viaje en autobús, y como todo hijo de vecino en guerra ambos borrábamos meticulosamente las búsquedas en nuestro historial de navegación. Sin embargo, el historial había pasado de ser un pequeño icono en una esquina de la pantalla a impregnarse en tu computadora, en tu casa, en tu vecindad, en ti. Tu historial era tu futuro en cada ventanita emergente, en cada mensaje publicitario, en cada sugerencia del autocorrector y allí estaba Atlanta. “Viaja a Atlanta”, “Ofertas de trabajo en Atlanta”, “Hoteles baratos en Atlanta”, “Encuentra a John en Little Five Points haciéndose un

tatuaje en el culo”, “I’m yours Perli”. Orgullosa, siempre había sabido gestionar de manera digna los finales en mis relaciones, con cuidado, con respeto... ¿y ahora? ¿qué necesidad tenía yo de volverme un psicópata virtual?, ¿quién me obligaba a todo aquello? La vida me obligaba, mi orgullo, mi piel y la rebeldía contra cada milímetro de mi imaginación que había sido seducido a dormir plácidamente en el ojo del huracán. Y mientras tanto reíamos, disfrutábamos de nuestros encuentros a cada día, a cada rato, no existía una dispareja más dichosa en el mundo.

Pero lo que no pudo demostrar el cuaderno virtual de bitácora lo hizo la piel. Pasaban los días, Perla se fue a vivir a otra casa, como acordamos, quedamos en el Kinoki, como si fuésemos a conocernos de nuevo. Le solté la pregunta de siempre, insistente, fatigante:

—¿Entonces tenías o no una relación con John?

Ella se enfadó y me invitó a que dejase siempre de pensar en lo mismo. Al fin y al cabo, estaba allí y eso era lo más importante. Claro, y tenía razón, en parte. Pero la batalla era esto. Doblegar con la convivencia, “todo se resuelve en el día a día hijita, si no hay amor ya surgirá”, “incluso el miedo se transforma en cariño, aunque vivas con un asesino serial... hijita”. Como cuando caminas por la calle detrás de un desconocido y te sientes perseguido por procuración. Lo que yo alcanzaba a ver de mi temor, no era solo que no pudiese tener el coraje de decirme la verdad, lo que yo temía era que John la hubiese dejado de lado, una vez que Andrés, el contrincante, se batió en retirada. Y así fue, ella misma me lo contó. John supo que yo terminé la relación y él hizo lo mismo. Pero lo que no pude aguantar es que encima me relató lo traumático que fue perder a los dos queriendo controlar solo a uno. Se me caían las lágrimas, pobre, qué desgracia. En aquellos momentos, con John, lloré e invocó mi nombre y ausencia. Pero antes la habían visto unos amigos en una fiesta radiante con él. Como decía Sara, “así son los encuentros indeseados en la segunda ciudad más grande del mundo”. Aunque la Ciudad de México tiene veinticuatro millones de habitantes “los que comemos somos unos pocos”. Y entonces ella, en un lugar más privado, le preguntó si quería tener una relación y él dijo que no, no era el momento. Si él se sintió como segundo plato yo no quería ser menos. Adiós, encantando de conocerte... o en lenguaje local... ¡a la chingada! ¿Quién decía que las mujeres no pensaban con la entrepierna?, ¿el primitivismo apolíneo era solo de los hombres?, ¿las mujeres apreciaban otras dimensiones del alma humana

y no se dejaban llevar por las esbeltas protuberancias?, ¿y qué tenía yo que vender en el macabro teatro del consumo de cuerpos? Estábamos atrapados para siempre, hechos el uno para destruir al otro, desde que nos conocimos, y la mortecina nube del comienzo era ya una imparable tempestad. ¡Jessica!, ¿dónde estás?

Un día de aquellas semanas vi en las noticias que hubo otro asesinato masivo en Chihuahua, esta vez en la Sierra Tarahumara. Habían asesinado a quince personas de la etnia rarámuri y ocho estaban desaparecidas. Los demás huyeron y dejaron vacía la comunidad en la que llevaban viviendo generaciones. Hablaban de cultivos de droga cercanos con pistas de aterrizaje de avionetas, ajustes de cuentas y todo quedó ahí. A la semana siguiente tuvo lugar otro asesinato masivo en una fiesta de cumpleaños de una familia pudiente de la ciudad y allí apareció la foto de un viejo conocido. Era el tipo que me invitó a conversar en el restaurante, el que me introdujo a Alejandro, el de la metralleta al costado. Hubo un tiroteo con el ejército y murió. La policía descubrió que tenía un arsenal escondido en las profundidades de la montaña, varios cientos de kilos de cocaína y metralletas de alto calibre. Oculto en una vieja mina, había un laberinto de cuevas iluminadas que llevaba a una gran caverna con un altar con cráneos, palos de monte consagrados, crucifijos y fetiches vudú. En la foto del cadáver, tirado en el suelo, se veían unas marcas en la mano izquierda, parecidas a las que tenía Gerardo.

—Estás sentenciado carnal. Te van a dar un susto. —Me dijo Ester. Había ido a leer un libro y tomar un café a la crepería. El libro era del género llamado ucronía, el lugar a esa hora era tranquilo, no había nadie. Ester entró en la crepería y se sentó a mi lado. La saludé, no sin sorpresa. Me preguntó cómo estaba. Le dije que bien, gracias, ¿y ella? Bien.

—No me quiero meter en asuntos que no me incumben, pero como eres amigo de Gerardo y Gerardo es el hijo de uno de los mejores amigos de don Alejandro, no puedo dejar de prevenirte. — Me quedé a cuadros, con mi novela ucrónica apuntando hacia un futuro inesperado —. Además, me caes bien. Mira, echarse a un gringo como tú ha sido siempre un poco más complicado que a un local, por los rollos de la embajada y todo eso. Pero ahora, no hay casi ninguna diferencia. Te resististe a un asalto, miraste a la chica que no debías, un mal paso al bajar unas escaleras... quién sabe, la

situación del país está complicada. Estos no tienen órdenes de darte cuello, pero cuando dan sustos, a veces se les pasa la mano.

—Pero... —balbuceé— ¿y quién quiere darme un susto?, ¿por qué?

—No lo sé —observó a la gente que pasaba por la calle—. No conozco las razones, ni me importan. Tú sabrás que haces y con quién te metes. Yo solo te aviso...

—Y, ¿qué puedo hacer?

—Bueno, nosotros no podemos hacer nada. No porque no podamos... pero sería muy complicado de explicar sin que te compliques más la vida.

¿Sería aquello una broma? Desde hacía unos días había visto al tipo bajito que iba con el Gordo en distintos lugares. Cuando iba a la tienda, a la salida del trabajo, en un concierto tributo a Bob Marley. ¿Tendría que ver con el zapatismo?, ¿o sería acaso un asunto del Gordo y sus amigos? En México no había cultivado otra relación más tierna que la que tenía con él. Pensé en don Alejandro, en sus posibles contactos y redes. Pero si él no podía hacer nada.... ¿quién entonces? Ester no tenía pinta de bromista, comencé a preocuparme.

—Pero, ¿por qué? —repetí como quien entona un mantra.

—Voy a ser clara. Nosotros no te podemos ayudar, casi nadie te puede ayudar. Es más, si te regresas a tu país sin resolver esto, no vas a dormir tranquilo. Y lo mejor en esta vida es dormir tranquilo.

—¿Entonces?, ¿me compro un arma?

Ester comenzó a reír sin parar. Era una carcajada tras otra.

—¿Te crees James Bond? Si tu consigues un arma aquí... ahí sí que no duras ni tres segundos mijo. Mejor sigue haciéndola de gringo despistado —continuó riendo—. Mira, solo hay una forma de resolver esto —se quedó callada.

—¿Cómo?

Miró hacia los camareros, estaban del otro lado de la crepería, charlando y riendo animados.

—¿Tú conoces a una señora de una tienda de abarrotes en la esquina de la calle en la que vives?, doblando hacia la iglesia de Santa Lucía.

—Pues sí, claro. Le compro cosas de vez en cuando. Se llama Mary. Es una mujer grande, de unos setenta años...

—Eso es. Bueno, pues ve a su tienda, tú solo, el próximo sábado a las doce. Como sabes, no es una mujer muy habladora. Saludas, y le pides una bolsa

grande de Sabritas, un paquete de tortillas tía Rosa, de doce, y una botella fresca de limón... pequeña, no se te olvide.

—Vale... pero... ¿y qué hago con eso?

—A eso voy, paciencia. Cuando le pidas eso y pagues debes esperar unos segundos. Ella u otra persona van a prender el radio, y entonces escucharás una música. Después verás que sale su nieta de detrás del mostrador y te preguntará si tienes hora. Le dirás que no, y te vas...

—Y luego ¿qué pasa?

—Luego no pasa nada. Ya está. Pero tienes que hacer las cosas como te dije. No la cajetees.

—Pero... ¿y eso lo resuelve?

—¿Tengo pinta de decir pendejadas? —dijo con una mirada seria y penetrante.

—No, no... para nada. Muchas gracias por la advertencia...y la ayuda. —Dije no muy convencido.

—De acuerdo. Entonces... ahí lo ves. Sábado doce de la mañana. Por mi parte, nada más. Que esto quede entre tú y yo. Ve con cuidado —se levantó, y salió de la crepería saludando a los camareros y dándoles las gracias. Me quedé sentado, con mi libro ucrónico en una mano y el delicioso café pasmado como un témpano, observando a la gente que paseaba por la calle con una mezcla de prisa y curiosidad. ¿Qué era todo esto?

Perla descubrió mis cada vez más habituales encuentros con Jessica. La intensidad era lo nuestro, pero por alguna razón algo pareció cambiar. Yo le hablaba, sin hablar, de Jessica y ella no me hablaba sin hablar de John. Ella había conocido nuevos amigos en su nuevo trabajo y yo nuevas amigas en mi imaginaria vida de *latin lover* a tiempo parcial. Pero éramos la virtud personificada en nuestras palabras, y el sexo opuesto exótico, como amigos que se cortejan evitando levantar tormentas en un desierto de infundios. Y seguíamos siendo felices cada vez que nos veíamos, a pesar de que nadie puede rebobinar la película, por mucho que lo intente. Pero esos amigos con derecho a roce, invisibles pretendientes que al merodear invitan a correr a pedir la mano al padre de la cortejada, no eran más que una farsa. Para Perla nuestra amistad no era otra cosa que mi orgullo pasajero que en algún momento sería doblegado, y para mí la moneda con la que se compra un poco de tiempo para encontrar el agujero en la red. O al menos eso pensaba, lo que sentía era muy distinto: el temible poder del caniche enamorado del jaguar,

la elogiosa determinación de la hormiga tratando de cerrar el portón, y ella haría todo lo posible por rencontrar la paz, aunque eso implicara plegarse a mis deseos más oscuros. Estábamos perdidos en un laberinto cuyo mapa fue destruido, siglos atrás, por un decrépito ser que observa la vida como quien electrocuta a un ratón. ¿No había otra forma de hacer las cosas? Tal vez sí, pero no en un campo de batalla. En el campo de batalla uno solo pelea y nunca puede imaginarse otro.

El banco para el que trabajaba Gerardo tenía cada vez más problemas, pero él ya había terminado su trabajo. Estados Unidos había decidido aleccionar, ya que unos periodistas estaban sacando los trapos sucios de uno de sus bancos más importantes, y tomó la determinación de ponerle una multa. En realidad, fue como una Pax Augusta entre los bancos europeos y gringos que lavaban dinero en México. La mayor preocupación subyacente era el control de los activos destinados a la financiación del terrorismo. Y el narcotráfico no era terrorismo, al menos para el Norte Global. Si se estimaba en decenas de miles de millones de dólares los beneficios financieros anuales del narcotráfico que obtenían estos bancos, pagaron con calderilla la multa y contrataron a más expertos como Gerardo. Pero Gerardo y el equipo del que formaba parte tuvieron que darse prisa y preparar los resultados que nadie podía tener para El Grupo de Acción Financiera sobre el Blanqueo de Capitales del FMI. Los bancos vendían la lucha contra el lavado de dinero con diferentes medidas, entre otras contratando a empresas como la de Gerardo, y estos hacían informes y recomendaciones, algunas de las cuales se incorporaban a las capacitaciones que el banco ofrecía a sus empleados y publicaba con orgullo. Todo esto lo indagué después, pero todavía no sabía por qué me había llamado Gerardo aquella tarde.

—¿Sabes tío? en México no se están realizando esfuerzos para luchar contra el blanqueo de capitales, es uno de los pocos países de la región que no sigue los activos financieros ni incauta los bienes en los casos de delitos como el narcotráfico. Hay mucha corrupción, y en una narcodemocracia es muy difícil hacer algo para acabar con ello. Además, “nosotros”, —recalcó la palabra—, desde España no podemos controlar todo lo que ocurre en las filiales transoceánicas. Aquí todo es, como dicen, un desmadre.

—Ya, y mientras tanto, en el desmadre de México las ganancias para los bancos españoles son inconmensurables..., —afirmé ofendido.

—Sí, pero, ¿y quién puede decir que no se está ayudando al desarrollo del país? Además, ¿quién daría sino los millones de préstamos otorgados a los mexicanos?, las tasas de interés mucho más altas que en España, sí es cierto, pero es el precio a pagar por el riesgo de una economía emergente y por la volatilidad del peso. Y para muchas cosas el banco en el que trabajo es como otro banco diferente al español, aunque tengan un mismo logo. Es cuestión de tiempo que este país se desarrolle, como pasó en España.

—El desarrollo, si te dejan los llamados desarrollados, siempre es a costa de alguien. No gracias a...

Hubo unos segundos de silencio, Gerardo cambió de tema. —Andrés, me regreso a España en una semana. Por ahora, se acabó mi trabajo aquí.

—Bueno, se pasa el tiempo volando. —Iba a despedirme cuando recordé que tenía un tema pendiente— Gerardo, ayer vi a Ester, nuestra heroína. Estuvimos hablando un rato. —Esperé su respuesta.

—¿Ester? ¿qué Ester?... ¡ah! ¿te refieres a...? —se quedó callado unos segundos— ¿cómo fue que la viste?

—Pues nada íntimo. Entró a una cafetería en la que yo estaba y se puso a hablar.

—¿Y qué te contó? —atisbé un tono de desconfianza en su voz.

—No mucho. Lo típico, ¿cómo te va? parece que va a llover... alguien quiere darte una paliza... y cosas así.

—¿Eso te dijo?, ¿que te quieren dar una paliza?

—Así es.

—Pero ¿quién? Y, ¿por qué? —dijo con actuada afectación.

—Eso mismo le pregunté. En ese orden. Y no me contestó.

—¿Y va a ayudarte?

—Pues parece que no me puede ayudar. Pero me dijo que hiciese algo, bastante extraño, para que se resolviese este asunto.

—Y, ¿qué tienes que hacer? Me tienes intrigado —en ese momento recordé la advertencia de Ester.

—Ni me acuerdo... una tontería —dije.

Unos segundos de silencio. —Y, ¿te has metido en algún lío?

—Que yo sepa no. Pero nunca se sabe quién te tiene cariño en este mundo...

—No, nunca se sabe—. No dijo nada más.

—Bueno Gerardo. Dale un abrazo a Laura de mi parte si la ves. Buen viaje de regreso.

—Se lo daré. Es probable que regresé a México pronto, Andrés. He decidido emprender un pequeño negocio aquí. Queremos tener un programa de banca ética, que fomente proyectos sustentables. México lo merece. Es una tierra tan compleja como fértil. Nos vemos en otra ocasión. Ve con cuidado. Chao.

Me sentía estúpido por haberle contado aquello. Definitivamente, le importaba un pepino. Y, ¿qué me hizo pensar lo contrario? ¿Laura? ¿La bandera de nuestro pasaporte? Tomaría el avión, poniendo un océano de distancia a la bañera de preocupaciones que se seca, como un charco, con el sol de Madrid. El dinero es dinero, no importa de donde venga, y una vez la reproducible violencia se convierte en dinero puede comprar la memoria e intercambiarla por esperanza. Disfrazar su naturaleza es solo cuestión de tiempo, algo de voluntad y un ápice de distancia. Y en México, todo quedaba demasiado cerca de sí mismo.

Llegó el sábado. El día era lluvioso y frío, la calle estaba mojada y las piedras de las banquetas amenazaban a los ausentes viandantes con una aparatosa caída. Cinco minutos antes de mediodía me dirigí hacia la tienda de la señora Mary, solo. Caminaba no muy rápido, temiendo llegar antes de la hora y no muy lento, temiendo encontrarme a algún conocido que quisiese conversar. Llegué a la tienda. Estaba vacía, como siempre. Saludé y, algo habitual, me respondió preguntándome qué quería con una fugaz mirada. Le pedí todo lo que me indicó Ester, en el mismo orden. Pagué, esperé unos segundos y no pasó nada. Mary tenía un pequeño televisor sin volumen en una esquina de la tienda y siguió observando su telenovela. De repente, de una casa aledaña comenzó a sonar la ópera de *Carmen* de Bizet. Al principio la confundí con mi imaginación o con el sonido de la lluvia al caer, pero allí estaba, no había duda. Al poco tiempo, salió detrás del mostrador una niña pequeña, que no había visto antes, y me preguntó si tenía hora mientras abría una nevera con refrescos. Le dije que no, con una familiar sensación, y me fui. Al salir a la calle caminé hasta llegar a mi casa, me detuve y observé a mi alrededor bajo el techo del portón. No hubo fuegos artificiales ni redoblaron las campanas. La calle vacía y mojada, el cielo lluvioso, la puerta de mi casa, todo seguía como siempre. Entré, me quité los zapatos, me puse las zapatillas y, tras sentarme en el sillón, abrí la bolsa de patatas. Hurgué instintivamente en su interior esperando encontrar un mensaje, una epifanía, una respuesta. Mi mano se topó con algo: papas, aceite vegetal, sal yodada, dextrosa, ácido cítrico, saborizante y algunas trazas de gluten, leche y soya.

Me encontré al Gordo en dos ocasiones en una semana. La primera, él estaba sentado en la terraza de una pastelería francesa con una chica, en el andador Guadalupano y yo caminaba con Perla. La segunda vez yo iba solo y él caminaba con el tipo grande de pelo rapado y cara de pocos amigos que ya había visto antes. Había cambiado por completo su actitud. De la noche a la mañana pasó de mostrarse amablemente amenazante, con sus palabras o miradas, a ignorar mi presencia con aire de fastidio. Cuando nos cruzamos no solo él ignoraba mi presencia sino también sus acompañantes. Ni siquiera saludaba a Perla. Ahora miraba hacia otro lado y eso es todo. ¿Tendría algo que ver la señora de la tienda de abarrotes? Nunca lo supe. Yo seguí haciendo las compras en su tienda y ella me atendía con su entrañable indiferencia de siempre. Al principio tuve algo de temor al comprar de nuevo con ella, como si fuese a pulsar un inadecuado acorde musical en el cuerpo invisible de la ciudad que me proporcionaba oxígeno cada día. Después pensé que perder un cliente podría ser tal vez más nocivo para ese equilibrio restituido. Y al final dejé de darle tanta importancia e incluso me atreví a tratar de entablar conversación, como en épocas pasadas cuando llegué al barrio, lo cual fue infructuoso. ¿Y si le llevaba un pequeño regalo? Mejor no enredar las cosas. No sabía cómo agradecerle aquello que, tal vez, nunca hizo por mí.

Yo no tardé mucho en regresar a España. Allí tenía una nueva misión, y mi familia y amigos de Madrid se pusieron muy contentos al saber que regresaba y lo hacía sano y salvo. Dejaría atrás las cabezas cortadas, las fosas comunes, los cuerpos torturados colgando de los puentes, las desapariciones que llegan con el lejano eco de la tinta de papel que no logra arruinar ni las vacaciones en Cancún. Volvería con ellos, como cuando eres niño y cierras los ojos para detener el mundo, con una pesada mochila de aventuras que contar. Con Perla, puse un amargo océano de distancia. No fui muy valiente, corté la relación o la amistad o lo que fuera, a nueve mil setenta y cinco kilómetros de distancia, por Skype. Jessica dejó de hablarme cuando le dije que me mudaba a España. En algún momento no entendí algo, creía que podía contar con ella y, sin embargo, puso un enigmático océano de distancia. Concretamente, ocho mil setecientos cincuenta y siete kilómetros de Chiapas a Madrid. Alguien le hizo un agujero a un barco con dos salvavidas, y le llamó amor.

Mientras tanto, nuestro pequeño mundo pretendía ser una masa gloriosa de tierra surcando la galaxia. Pero el “virus” y su devastadora humanización

aguardaban pacientes, casi amables en un, todavía, inexistente lugar conocido por todos. La metáfora del aleteó de una mariposa transformado en huracán nunca pudo ser más real. Pero así son las certezas. Como cuando se tiene la sensación de hacer lo correcto, de que conoces a quien debes conocer, y que al fin y al cabo tu historia no pudo ser otra. Y sin embargo intuyes que alguien tiene la fórmula, que otros conocen el secreto, que se puede cambiar el rumbo, y para ti esto comienza a ser una amenaza. Desde el espesor de una jungla sin árboles, en la superficie de un mar evaporado, cuando eres un depredador y ya no quedan presas, entonces la presa eres tú.

CAPÍTULO 3

OTRO FIN DEL MUNDO ES POSIBLE

El “virus” lo precipitó todo. Las ausencias se fueron dibujando y las presencias se volvían cada vez más difusas.

Había regresado a Madrid, mi madre se enfermó y cuidé de ella hasta que pudo recuperarse. Mi padre y ella no se veían mucho desde que me había ido a México, pero aunque él trató de estar a su lado no era suficiente. Sin hermanos ni otros familiares yo era la única solución. Cuando todo pasó, y mi madre pudo rehacer su vida, me mudé a Lavapiés. Había encontrado trabajo a medio tiempo en una ONG, con chicos migrantes que trataban de terminar la secundaria, y en las tardes hacía encuestas telefónicas en un Call Center. Después de Chiapas, y con treinta y pico años, ese era el lugar para vivir. Un día recibí una extraña propaganda en mi buzón:

En este mundo ya no hay subterráneos, no hay pasadizos ocultos en tu antigua escuela ni sectas, en las mazmorras de un castillo, que deciden el destino de la humanidad. Ahora todo ocurre a la luz del día, con la brisa apacible del otoño. Y aun así, si quieres seguir creyendo en catacumbas y niños fantasma... visítanos.

En letras pequeñas:

Ofrecemos una diversión global con la calidad de tus recuerdos.

Y aparecía el sello de una feria de atracciones nueva en la ciudad:

Parque retro de atracciones

Lucía el mismo logo de la cadena de tiendas de disfraces La escopeta feliz, pero modificado con la bandera de España y el añadido “ibérica”.

Al principio pensé que era una broma, pero me puse a buscar en Internet y se trataba de una feria para adultos, como un país de nunca jamás, que prometía una inmersión total en la memoria nostálgica. Aparecían algunas fotos de las atracciones que ofrecían: el pasaje del terror, el tren fantasma, el barco La Reina de África, el laberinto de los espejos, la casa magnética, una sala gigante con maquinitas de videojuegos y *pinballs* de los ochenta, y otras atracciones olvidadas o desconocidas.

Desde mi regreso a Madrid había retomado el contacto con Laura. Ella llevaba unos años en la ciudad. Terminó su doctorado, en antropología, en Bruselas y se fue un año a trabajar a una famosa universidad de San Diego, en California. Quería estar lejos de su familia, viendo a los leones marinos de la Jolla Village al atardecer, hasta que una crisis sentimental y una oferta de trabajo en una universidad de Madrid, facilitada, según ella, por un rector amigo de su padre y por un ya interesante currículum, le hicieron replantearse el futuro transatlántico. Como era una mujer muy ocupada, y yo seguía siendo parco en iniciativa, nos habíamos visto solo un par de veces en una irremediable dirección, de la palabra al silencio. La primera vez, fuimos a un restaurante mexicano en el barrio de Chueca, fue un frugal intento, y la segunda a los cines Alphaville, en Martín de los Heros. Hacía muchos años que no nos veíamos y aquellos adultos eran casi unos desconocidos. El mundo en el que imaginábamos que viviríamos ahora cuando nos conocimos, también era distinto. Los dos acabábamos de salir de una intrincada relación, dolorosa, con un desenlace similar, el cual nos unía en un resentimiento común hacia la vida y nuestros ideales. Su mirada, no obstante, no dejaba de esperar sorpresas, pero ahora tenía un *ictus* de un destino conocido, melancólico, como si algo inaprensible se le fuese a escapar siempre. Laura seguía siendo aquella mujer sagaz e imaginativa y nuestros cuerpos ya tenían la experiencia del deseo reconocido, pero siempre relativo y efímero, y

mientras hablábamos, lejos de ser una liviana invitación, cada vez nos tomábamos más en serio. Ella, profesora, se empeñaba en convencerme de la importancia de la antropología en este mundo como si se tratase de una vieja religión en busca de conversos, y yo aludía a mi experiencia en Chiapas como un heroico refugio de ultramar. Si alguien logró cambiar el mundo, no fuimos nosotros. Pocas risas y frías despedidas.

Laura tuvo la iniciativa. Tras unas semanas de tentativas nos pusimos de acuerdo para ir al parque retro de atracciones. Era nuestra última oportunidad, después de esto no habría nada. Llevaba poco tiempo abierto y, según contaban, había sido un éxito rotundo. Los sábados y domingos había filas enormes para entrar y los viernes la gente dejaba de ir al trabajo, alegando enfermedad. Algunos mayores iban porque recordaban acompañar a los pequeños, nosotros. Algunos niños lo visitaban porque sus padres éramos nosotros, y el parque les parecía un mundo extraño, obsoleto, que alentaba a experimentar una nostalgia de aquello que nunca se vivió. Y para nosotros era nuestro hábitat, las ruinas del lugar en el que crecimos, la memoria de nuestro cuerpo evocando tiempos o sensaciones mejores. Laura y yo tratábamos de reencontrar algo que nunca tuvimos y al mismo tiempo diluir, en un pasado común, aquellas barreras que nos separaban. El parque, en las profundidades de un bosque de pinos y encinas, era para nosotros un último guiño al adulto que, por momentos, podía no tomarse en serio así mismo y cambiar el cine alternativo, con una sesuda película sobre los problemas del mundo, por una atracción que se nutría del líquido amniótico del olvido, del implacable reino de la nostalgia. Al fin y al cabo, en ese parque retro, mirando hacia el pasado, mañana podríamos ser otros.

Llegamos un viernes festivo. Nos tocó esperar una fila de cuarenta minutos para entrar. Como intuimos, a pesar de las excepciones generacionales, la media de edad era la nuestra. Como si se tratase de una inducida regresión colectiva a la infancia, las sonrisas eran esplendorosas, las miradas recuperaban el brillo perdido, todos eran quienes pensaban ser. La gente se turnaba en la cola mientras jugaban al escondite en el parque aledaño, otros sacaron un Twister en el que enredaban pies y manos, algunos pintaron con una tiza en el suelo una rayuela o jugaban a las chapas en un recorrido de obstáculos con mochilas, piñas secas o agujeros rellenos de las agujas de los pinos. Era tan nostálgico todo que hasta daba miedo.

La primera atracción fue La Reina de África, o a la que también llamábamos Barco del Misisipi. Era igual al de nuestra temprana juventud. Se encontraba anclado a un río de verde y escasa agua. Su casco era negro y tenía una cubierta blanca con una primera y segunda planta en las que se podían ver a la gente caminar de un oscuro camarote a otro. En su cubierta de estribor destacaban dos baúles, un tonel y un cocodrilo de plástico verde. Las trampas eran las mismas, el suelo se dividía en dos plataformas, una subía y la otra bajaba, y en ellas había que coordinar el paso para no golpearse contra la pared, después cambiaba a otros obstáculos y finalizaba con un gran cilindro en movimiento que era preciso atravesar, en el cual no faltaba la ocasión para que alguien tratase de comprobar si era capaz de aguantar el giro completo haciendo presión con sus brazos y piernas extendidas. Al salir, el prolongado piar de unas golondrinas cruzó el cielo azulado hacia el horizonte. Nos sonreímos tímidamente.

La segunda atracción fue el Tren fantasma. Su fachada era inconfundible, di un perceptible salto de emoción al verlo. En uno de sus laterales estaba la torre de un tétrico molino con sus aspas en movimiento. Le seguían dos duendes que ondulaban sus cuerpos rojos mientras tocaban una flauta. Debajo de ellos había un pirata de sonrisa maléfica que estaba sentado entre dos barriles y levantaba con parsimonia sus tapas de forma alterna, mostrando, cada dos o tres tantos, una cabeza pegada de un monstruo con unas gafas de sol. Del otro lado un fantasma y una muerte emergían y se escondían en una pequeña torre redonda. No pude evitar decirle que estaba nervioso, que siempre me había dado mucho miedo esa atracción y Laura me miró con ternura, cuando salió nuestro vagón, con su temible demonio pintado, tenía su mano agarrada a mi brazo.

Antes de entrar a otra atracción pasamos por los siete picos, aquella montaña rusa que evocaba a las cumbres de la Sierra de Madrid, y nos dirigimos a la nave con las máquinas recreativas y *pinballs*. Laura había sido tan amante como yo de los videojuegos. Las corazas se reblandecieron cuando pasamos frente al Golden Axe y al Shinobi. Nos detuvimos a echar una partida, había cientos de antiguas máquinas recreativas distribuidas en aquel espacio. Yo jugué al Shinobi y cuando terminé, fue rápido, decidí dar una vuelta mientras ella jugaba al Golden. En ese momento encontré a Ulises. Estaba rodeado de diez personas observando cómo finalizaba el Ghosts and Goblins, por segunda vez, probablemente uno de los juegos más difíciles de la historia.

Ulises había sido el pionero de la piratería y del futuro “top manta” en Móstoles. La primera vez que le compré un juego tendría nueve o diez años. Al principio iba con mi padre, junto al antiguo Simago. La mesa plegable, las cajas de cartón repletas de cintas, la mirada esquiva de uno a otro lado nos invitaba a un viaje sin retorno a Ítaca. Las novedades estaban a la vista, algunas tenían una carátula recortada y fotocopiada de la revista *Micromania*. Sobre Ulises se escuchaban muchas historias. Varios niños decían que tenía ahorrado un millón de pesetas en el banco, que era rico, otros que era un experto jugador que trabajaba para las compañías probando sus juegos y aprovechaba los descuidos para grabar algunas copias y venderlas. Ulises era un prestidigitador de sueños de doble pletina, un aventurero del kilobyte, moviendo las cintas con sus ágiles manos, preguntaba siempre que le devolvían un casete que no funcionaba: “¿has movido los cabezales?”, y la respuesta debía ser “sí, claro, con un destornillador pequeño que tengo”, aunque casi nadie lo hacía para no joder su ordenador. Estaba rememorando aquello cuando Ulises consiguió finalizar el Ghost and goblins. Vítore, festejos, era un héroe, y la mirada de Laura, observando mi infantil regocijo, otra. Fuimos a la casa magnética.

La casa magnética era una pequeña construcción en un prado con una puerta de entrada y otra de salida conectadas por unas escaleras. Entrabas a una habitación con luz ultravioleta, una mesa en el centro y una chimenea simulada en la pared. El mecanismo no podía ser más sencillo y a la vez enigmático. La inclinación del suelo disimulada por la luz creaba la impresión de ser atraído hacia la pared inferior. Sin embargo, había algo extraño en ello. Por muy pronunciada que fuese la inclinación, que no lo era tanto, no se explicaba la intensa atracción que provocaba. Quizá los cimientos del lado inferior eran enormes y su masa provocaba una inversión gravitatoria. A la salida, en un pequeño rellano semioscuro, Laura y yo nos dimos la mano unos segundos.

La cuarta y última atracción, El pasaje del terror. Le conté a Laura que en la adolescencia siempre dejaba esta para el final por dos razones. La primera es porque me gustaba mucho, tanto que incluso había soñado con trabajar allí. Y la segunda es que me daba miedo, mucho miedo. Ella me dijo que siempre nos dedicamos a aquello que tememos. La atracción consistía en un viejo caserón de varias plantas al que había que entrar por unas escaleras. A diferencia del ingenuo “tren fantasma” aquí debíamos ir caminando y escapar

de distintos monstruos que residían en sus habitaciones. Nos esperaba desde Freddy Krueger hasta el doctor Jekyll, la niña del *El exorcista* o *Drácula*. Mientras esperábamos en la fila para entrar, observando un lúgubre cementerio de cartón-piedra, nos agarramos nuevamente de la mano. Cuando se abrió esta atracción contaban que estaba llena de pasadizos por los que uno podía perderse, e incluso a alguna persona le había dado un infarto. Éramos un grupo de ocho. Todos de treinta y pico parecían ser españoles, con la excepción de una chica y un chico, un poco más jóvenes, de origen chino. Nos tocó a nosotros encabezar el grupo. Llamamos tres veces a la puerta y nos abrió un monje. El recorrido era muy similar al que conocíamos, sustos, algún grito y risas. Sin embargo, al llegar al laboratorio del doctor Jekyll algo extraño pasó. Había una camilla con un cadáver, como era habitual, varios frascos de laboratorio con cerebros y cabezas y todos permanecíamos pegados a la pared para evitar que se levantara y se nos echara encima. Cuando apareció el doctor Jekyll con una inmensa jeringuilla, por una trampilla de la pared a nuestra espalda, echamos a correr. Llegamos a unas siniestras escaleras que debíamos descender para continuar el recorrido y de repente escuchamos gritos a nuestra espalda. No eran gritos de terror, sino lamentos: “¡Noo! ¿Por qué? ¡Qué desgracia...!”. Nos detuvimos y con la mitad del grupo regresamos al laboratorio del doctor Jekyll. Allí estaba la chica y el chico asiáticos con cara compungida mientras el Jekyll, de rodillas en el suelo y con los brazos en alto, les recriminaba haber roto durante nuestra estampida uno de los frascos con un líquido verde y un cerebro, quiero pensar, de plástico. Los chicos decían, en un precario pero efectivo castellano, que no habían tocado nada y, al mismo tiempo, ante aquel drama se disculpaban apenados. El doctor permanecía en el suelo, desarmado, junto al montón de cristales y el charco, con el cerebro, impregnando su bata blanca salpicada de manchas rojas. Señaló con el brazo hacia las escaleras, cabizbajo, y nos fuimos. Al salir del pasaje del terror Laura y yo nos agarramos de la cintura.

Cuando íbamos a salir del parque retro de atracciones vimos un pequeño anexo, con una carpa de circo. La tarde era formidable, una suave brisa nos acercaba el olor de los pinos arrullado por el regocijo de risas que provocaba aquel lugar familiar, en medio del bosque. Nos acercamos a la carpa y observamos un gran cartel que decía “nostalgias otras”. Había una larga fila para entrar. Nos aproximamos a la puerta y se podía ver parte de su actividad

al interior tras unas grandes fotografías que colgaban del techo con personajes con y sin uniformes. Había un pueblo con callejuelas, bares, casas y una pequeña montaña de cartón con pasadizos. El pueblo parecía como los del lejano Oeste, observamos una reunión similar a una fiesta de disfraces en la que las personas bailaban y reían y enseguida sonaba una campaba y se metían en el papel del personaje que habían decidido interpretar. Unos llevaban armas y otros no. Los que portaban armas eran: el disfraz de guardia civil, franquista, con dos líneas rojas en los brazos, un fusil; el disfraz de legionario, un puñal; el disfraz de rey, una motosierra; el disfraz de la policía armada, una pistola Star; el disfraz de mafioso, un Ak-47, con variantes regionales, el mafioso ruso, y algunas transoceánicas, el mafioso mexicano; el disfraz de torero, una banderilla: el disfraz de anarquista, una bomba. Los que no llevaban armas: el disfraz de ama de casa; el disfraz de obrero; el disfraz de profesor; el disfraz de manifestante, y así varios más... Le preguntamos a un chico que hacía la fila para entrar y nos contó que se trataba de un juego de rol. Su funcionamiento era básico. Cuando la campana sonaba, los que tenían armas, menos el anarquista, debían matar a los que no las poseían. Y los que no tenían armas debían esconderse y proteger al anarquista. El anarquista debía ponerle una bomba al rey y si lo conseguía, el juego acababa y ganaban los desarmados. Si los que tenían armas asesinaban a los desarmados ganaban ellos. Los disfraces se decidían por sorteo y el torero y el mafioso eran figuras liminares que podían matar a unos u otros. Todos les temían o les veneraban y trataban de ganarse su lealtad. Las armas no eran de verdad, pero la adrenalina sí. Lo mejor de todo, nos explicó este chico, era el final. Después de la contienda los participantes se abrazaban, formaban un círculo, y reían y cantaban intercambiando el tricornio por la pancarta del manifestante. Nos fuimos de allí.

Aquella tarde, Laura me llevó a un bar en la plaza Tirso de Molina que acababan de abrir y que yo no conocía. Era un antiguo palacete en el que hubo un importante periódico a principios del siglo XX que albergó las voces de Miguel de Unamuno o Pío Baroja y el cual en los años treinta convirtieron en cine. En la década de los ochenta fue transformado en cine X y había sido la última sala porno de la ciudad. En aquel entonces, pocas veces vi entrar a alguien, su inquietante presencia impregnaba la acera y los soportales aledaños perturbando, por un instante, el paseo familiar de los domingos por los puestos del Rastro. Ahora conservaba su estructura X original, pero

estaba rehabilitada en forma de anfiteatro con grandes rótulos rojos, plantas trepadoras en sus paredes perdiéndose en un alto lucernario y una gran pantalla con películas en blanco y negro de los años treinta, frente a unas tumbonas y columpios atados a una viga. Turistas, cinéfilos, hipsters del barrio y aquellos que, desde la periferia sentimental, intentaban cautivar a su acompañante. Nos tomamos unas cervezas en los cojines-asientos del anfiteatro, había un aire moderno de antigua transgresión que nadie cometió. La invité a mi casa, unas calles abajo.

Llegamos por la calle Lavapiés, a la plaza y a Argumosa. Mi barrio era uno de los últimos bastiones del centro de Madrid que se resistía, con escasas fuerzas, a la nostalgia. Hasta las naves de los futuros viajes espaciales estaban siendo diseñadas por la NASA como las de Star Trek. La ciencia también era nostálgica. Y el urbanismo, y el mercado de valores, y la comunicación por mensajes, como el antiguo telégrafo y en poco tiempo volveríamos a inventar el teléfono, descubriendo las llamadas en un rincón de nuestro cuarto. Y en Madrid aquello no era otra cosa que la idílica combinación quijotesca de la supervivencia planetaria, disfrazada de nostalgia hasta convertirse en algo parecido al futuro. El alimento de la bestia crecía, como una mala hierba fumigada de esperanza, para que nadie viera su imperio de caos y destrucción. Pero el futuro, con su prehistórico mazazo a cámara lenta, llegó al día siguiente.

Afuera, los tejados y luces de la ciudad, una ambulancia que se perdía en el laberinto de calles. En el pequeño ático en el que vivía, arreglábamos el mundo y recordábamos jocosamente la extraña escena que presenciábamos en El pasaje del terror. ¿Sería parte del espectáculo? ¿Costaría mucho reponer ese frasco? ¿Te acuerdas de La Pedriza? La iluminación de aquel día se filtraba por un tragaluz en la inminente madrugada. Laura era todavía más atractiva que cuando nos conocimos. Su sonrisa y su mirada, aunque algo más duras, invitaban a un lugar compartido. Su sensual cuerpo estaba impregnado de mundo y del aroma de los pinos de aquella tarde y de los recuerdos de Móstoles. El parque retro de atracciones había reducido el sofá de mi salón a un minúsculo cuadrado, la luz de las escaleras de la corrala se encendió, se escucharon pasos sobre la madera, risas, una puerta y se volvió a apagar, dejando nuestra pequeña azotea a la deriva. Laura y yo velamos el sueño de los otros, Wilhem Reich estaría satisfecho de nosotros, de nuestra celebración a la materia base, de la entusiasta oda al orgón. Aquello hubiese

podido ser un bonito reencuentro, de no ser porque al día siguiente nuestras nostalgias tomaron un giro inesperado precipitándose al vacío. El “virus” llegó y nada volvería a ser igual, si es que acaso alguna vez lo fue.

Los primeros casos de “sarampión atípico” en Madrid fueron detectados en algunos trabajadores del parque retro de atracciones. Pronto se volvieron visibles otros focos en la ciudad, en el país y en el mundo, aunque no necesariamente en este orden. Llegados a este punto era difícil saber dónde fue el origen. El “sarampión atípico”, así lo denominaron, provocaba primero una extraña reacción en la piel, con unos salpullidos que podían afectar a la movilidad de los brazos y manos, y en una etapa avanzada a la inmovilidad del cuerpo dañando al sistema nervioso y posteriormente provocando una falla multiorgánica con el resultado de la muerte. El curso de la enfermedad era similar al del “sarampión típico”, pero con algunas diferencias: su virulencia, su altísima capacidad de contagio y la falta de inmunidad. En realidad, el nombre era una forma de ubicarlo en el mundo conocido, pero no se sabía muy bien de qué se trataba. Los primeros datos apuntaban a que era más virulento con los ancianos y con personas que padecían otras enfermedades previas.

La solución fue un toque de queda planetario. Lo que los dictadores más sanguinarios habían tardado años en conseguir, lo logró aquel “virus” en pocas semanas. El confinamiento, las restricciones, la vigilancia, la delación del vecino se habían convertido en un bien común. Lo verdaderamente revolucionario, para la supervivencia de la humanidad, era quedarse en casa de brazos cruzados. Este era el único punto de fuga posible, el lugar en el que ya vivíamos desde años atrás. La soledad del campo y el tumulto de la ciudad se fusionaron a través de un hilo virtual común. Y para ello, muchos de los trabajos ya se hacían desde casa, pero... ¿quién nos daba de comer?

Mi padre era uno de ellos. Le quedaba un año para jubilarse. Las reformas laborales y la renegociación de su convenio de trabajo habían atrasado las cosas, mientras los jóvenes precarizados se incorporaban a su fábrica subcontratados por empresas ajenas, algunos viejos como él no podían aún jubilarse. Él trabajaba en una fábrica que preparaba y empaquetaba alimentos. Era un sector clave que no debía cerrar, aunque la mitad de lo que producían se iba siempre a la basura al no encontrar comprador. Su vida no había sido fácil, siempre esperó que la jubilación le diese un respiro. Podría entonces viajar, vivir, reír, pero el “virus” se cruzó en su camino. De joven,

tuvo que dejar la escuela para dar de comer a su familia. Su padre, mi abuelo, cursó estudios de medicina durante la República y tras el triunfo de los golpistas huyó a Francia. Cuando regresó no pudo ejercer su profesión, por haber militado en el partido comunista, se dedicó al boxeo y agradeció seguir con vida. Pasaron hambre, mucha. Mi padre y sus hermanas se volvieron el sustento de la familia. Eso marcó su vida, como la de tantos otros, y sus frustraciones. Cada mañana iba a trabajar a las seis de la mañana, desde hacía más de treinta años. Al regresar a Móstoles compraba en el quiosco dos o tres periódicos y algún suplemento con un libro de colección. Su pequeña casa detrás de la estación de tren, a la que fue a vivir después del divorcio con mi madre, era un complejo laberinto. Como si Diógenes, transportado en el tiempo, hubiese rescatado la biblioteca de Alejandría en su barril, así era su nuevo hogar. Una hemeroteca con los periódicos más leídos de hace tres o cuatro años. Libros de parapsicología, derecho, historia de Madrid —mi padre siempre sintió que su ciudad natal lo expulsó a una esquina del mundo—, Marx, Sender, Ortega, Platón, Goethe, Calderón. Encuadernaciones sencillas, tapas viejas y desgastadas, canutillo, cosido, papel biblia, algún cómic antiguo y un sin fin de revistas. Así había vivido y así me encontré la casa cuando falleció. Fue un duro golpe. La vida no admite prórrogas. Pero no fue el único, otros también nos daban de comer.

Decían que era un “virus” democrático, como la transición, que afectaba a todos por igual. Ricos y pobres, trabajadores y ociosos, pero esto solo podía ocurrir en una sociedad sin desigualdades. Las viejas diferencias se volvieron nuevas formas de opresión y las viejas desigualdades nuevas diferencias disfrazadas. Su funeral fue virtual. Mi padre no había tocado una computadora en su vida y el confinamiento hizo del solitario tanatorio en el que yacía su cuerpo, una multitudinaria congregación en el teléfono móvil del sepulturero. Desde nuestras casas, pequeñas celdas iluminadas en el gran rectángulo de la noche, fue velado, los corrillos de conocidos se reencontraron en la pantalla de silencio, las plañideras escribían emoticonos tristes en el *chat* y el móvil del sepulturero nos llevó amablemente hasta su nicho, colocando unas inodoras flores de color.

Los vivos se iban y los muertos aparecían. Tres meses después del funeral de mi padre y todavía encerrados, Paula, mi vieja amiga de la infancia, me llamó por teléfono. Mi madre ya sabía de su reaparición, y prefirió que fuese ella la que me lo contara. “Mañana te llamará alguien que es muy importante

para ti”. El nombre que le dieron a Paula fue Adela. Vivió en una familia de altos funcionarios españoles que residía en Berlín. Para ella, desde unos años atrás su vida era una sospecha y el “virus” desencadenó algunos errores. Cajones con llave que se desfondan, llamadas a destiempo y ajustes de cuentas con mensajes anónimos, cuando todo parecía desmoronarse. Paula se sumó a un pequeño movimiento de denuncia de otros niños, ya adultos, que habían sido raptados y entregados a familias de clase alta durante el franquismo y en la llamada transición.

Con un inicial carácter eugenésico, el rapto de los hijos de los republicanos en el franquismo, pasó a ser un negocio con la democracia, y una de las tácitas formas de aterrorizar a aquellos que no acataban los tres principios de la nueva España: la monarquía, la impunidad de los franquistas y el sistema capitalista. Al menos esa era la interpretación de Paula. Su caso no fue atípico ni extemporáneo, lo atípico fue el “virus” y darse cuenta. Por lo general eran bebés o niños pequeños durante la posguerra y la dictadura, pero si se sabe muy poco de los casos durante el franquismo menos aún de aquellos en la democracia. Según me contó Paula, comenzó años atrás con una noticia sobre Argentina, después vio un documental en la televisión catalana, aparecieron algunas noticias y testimonios sobre la posibilidad de que existiese también esta práctica en España y la solidaridad internacional, con la querella argentina contra los crímenes del franquismo, fue apuntalando la historia. Era muy difícil recabar pruebas, pero lo lograron. La genética y el poco tiempo pasado fueron de ayuda. Los padres impostados no sufrieron proceso alguno ya que alegaron que fue una adopción, su hija Adela lo sabía y tenían los papeles en regla. Del rapto pasó al extravío y del extravío a la adopción, amparados por un limbo burocrático. Ella regresó con sus padres, el proceso judicial nunca llegó a su fin y el político... ¿qué era eso en España? Si fue un delito era difícil de comprobar al fin y al cabo. Pero la naturaleza, con su insólito paso reparador, iba poniendo algunas cosas en su lugar. Hablar con ella me causó una profunda impresión, como cuando un íntimo de tu familia admite ser forastero y te das cuenta que el forastero no es él, sino tu familia. Su voz era dulce y firme, pronunciaba el español como si fuese su segunda lengua. Estaba viviendo en un pueblo cerca de Móstoles, con sus padres y con su hermano Javier. Cuando pasase el confinamiento nos veríamos todos. Sentía la muerte de mi padre, todavía recordaba cuando llegaron a la azotea a buscarnos y él nos preguntó: “¿pero vosotros sois gilipollas?” tratando de

encontrar la respuesta en el infinito nudo de antenas. Reímos, mientras yo buscaba ocultar mi desazón. Sus padres impostores siempre le dijeron que esos recuerdos eran de unas vacaciones con unos tíos lejanos. Es probable que ni siquiera estuviesen al tanto, pensaba ella, de su rapto. La primera vez que regresó a España fue a un pueblo de Extremadura, del que era su padre impostado, siendo ya una adolescente de dieciséis años. Acaba de comenzar a escribir un libro sobre su historia.

Con el confinamiento Laura se había ido alejando poco a poco hasta desaparecer. No contestaba a los correos ni a las llamadas. En la última conversación que tuvimos, tras la muerte de mi padre, me dijo que regresó una temporada a vivir a la casa familiar de Villaviciosa. Eran tiempos difíciles, no insistí. El encierro profiláctico no solo se daba en las casas, también en los barrios y en las ciudades. Si eras de un barrio o ciudad no debías salir. La policía vigilaba las calles y carreteras, y los vecinos lo demás. El “virus” era altamente contagioso, los hospitales estaban saturados, se debía prestar atención a los signos y síntomas y permanecer en casa hasta sanar o morir. Desde hacía años el crimen organizado, en el parlamento, había desmantelado las estructuras hospitalarias públicas y los centros del primer nivel de atención. Ahora todos trataban de buscar un culpable cercano, como en las historias de los guetos. Pero si estás encerrado y no puedes culpar a los que tienen el poder, porque ya te hicieron cómplice con tu voto, entonces culpa a tu vecino. Ante la desesperación de los hospitales saturados y la falta de material especializado para atender la enfermedad, algunos lo llevaron un poco más lejos, utilizando la racionalidad instrumental para optimizar los escasos recursos financieros, con varias propuestas. Valorar la deseabilidad y funcionalidad social de las personas. Por ejemplo, si había que elegir entre un carpintero y un médico, se debía salvar al médico ya que era fundamental para luchar contra el “sarampión atípico”, aunque fuese simbólicamente porque estuviese desempleado. Si había que elegir entre un empresario y un obrero se debía salvar al primero, ya que era capaz de generar empleos. Y así hasta que se organizó el frente común contra los ancianos.

Era el mundo al revés, o eso parecía, los de izquierdas pedían más distopía y los de derechas apelaban a los derechos del individuo y a la libertad. Aunque en aquel entonces la distopía no era patrimonio de nadie, no hubo más que ver lo primero que escaseó en las tiendas y supermercados por el pánico colectivo al colapso de nuestra civilización: el papel higiénico. Una

reivindicación de la condición humana en su apocalíptica fase anal. Mientras tanto, se organizaron cuadrillas de vigilantes nocturnos que permanecían en sus terrazas con escopetas de perdigones, tirachinas y huevos. Si salía alguien a la calle y no iba a comprar comida, a pasear al perro o a trabajar en el sector llamado esencial, todos se conocían, era amenazado y se llamaba a la policía. La policía puso decenas de miles de multas, y cuantas más eran mayor era la voluntad de la picaresca. Como los niños no podían salir, pero los perros sí, creció el amor por estas mascotas. Algunas comunidades de vecinos se turnaban al can de un vecino y lo sacaban a pasear quince veces al día. Los tres primeros paseos, el leal cuadrúpedo era feliz, pero a la cuarta o quinta vuelta ya no quería salir del portal. Preferían en este caso a los perros pequeños para poder llevarlos en brazos. Además, servían de escudo protector en el caso de un ataque perpetrado por los, así llamados, “balconazis”. Algún ingenioso trató de pasear a un perro de peluche hasta que fue descubierto.

La basura era otro lugar de disputa y resistencia. Como se podía sacar la basura, algunos despistados perdían el rumbo de los cubos de basura de la puerta de su portal y acababan en otro barrio, ufanos con bata y pantuflas, disfrutando de la brisa de la noche. Se organizaban cuadrillas para esconder los contenedores. El primero, que ya había paseado la noche anterior, tiraba sus desechos y comprobaba las ruedas del cubo, algo que se había quedado encajado, la tapa mal ajustada, y poco a poco, como el que no quiere la cosa, lo empujaba hasta colocarlo detrás del seto de su parque, justo del lado de la fachada sin balcones. Los vecinos daban vueltas frente a la grada inquisitorial, maldiciendo a la juventud sin conciencia, agravando a la inacción del gobierno frente a la delincuencia que vandalizaba sus cubos, y así pasaban las noches. Otros, y a veces los mismos, comprobaban los cubos de la basura para saber si algún vecino se había ido o llegó. Si una casa estaba vacía, así debía seguir, y si estaba llena también. Estas eran las recomendaciones sanitarias que se habían convertido en una máxima ciudadana. Una bolsa de la basura de más o de menos, era corroborada con el contador de la luz, y este con el tiempo que nos quedaba a todos de cuarentena, y de silencio. Porque lo más inquietante de todo no era estar encerrado, sino el ensordecedor silencio.

El confinamiento se hizo tan silencioso que hubo que inventar sonidos para no sentirnos tan solos. El ruido del refrigerador, con su helada pulsión

metálica, un extemporáneo coche a lo lejos estirando la ciudad por sus pliegues de mudo asfalto. Los pasos del vecino, reivindicando que hay vida más allá del tabique. Un pitido cercano, la madriguera de los electrodomésticos, el eco del silencio en un tímpano desacostumbrando. Cada sonido era una estridencia y el silencio se volvía una pesadilla, enroscada en una caracola, la esperanza del coral incrustado al fondo de las escaleras del portal. Para evitar esa perturbadora paz, se reivindicaban sonidos conocidos, cacerolazos de denuncia o de aplauso, un vecino ponía una canción a todo volumen, siempre a la misma hora. Si el silencio existía, era solo en la forma que adoptan todos los sonidos a la vez, colapsando su individualidad al producir un vacío atronador.

Y mientras tanto, los días pasaban con la singularidad de que cada día era un viernes y un lunes a la vez. Cerca del fin de algo, lejos de un nuevo comienzo.

En Móstoles se recuperó la vida de barrio perdida años atrás. Mis vecinos y mi madre salían al balcón del pequeño patio en el que tendían la ropa y charlaban desde sus ventanas, organizaban fiestas de cumpleaños para los niños pequeños u homenajes con pancartas a los auxiliares de salud o enfermeros que vivían en la vecindad. En pocas semanas, habían intercambiado más palabras que en los últimos veinticinco años. Nadie hablaba del tiempo en el ascensor, o bajaba la cabeza tras un parco “hola” al coincidir en el portal con el espejo como punto de fuga. ¿Y quién iba a ser el loco que usase ahora el ascensor acompañado de un vecino? En su extraña soledad, las escaleras nunca estuvieron tan concurridas. Primero para hacer deporte, y luego, tras la prohibición, para hacer las compras o bajar la basura. Pero el lugar de sociabilidad era el patio de la terraza de la cocina, el gran arpa rectangular de cuerdas de tender. Con cestas colgadas de otras cuerdas, los vecinos se intercambiaban la sal o el azúcar, mientras entablaban una amena conversación. Si era el vecino de abajo o el de arriba, se le extendía la cesta para que subiese o bajase el material. Si era el de al lado, se aprovechaban las cuerdas de tender y las pinzas y simplemente se corrían las cuerdas hasta que llegase al alcance del vecino. No todos decidieron participar de aquel espacio común, abierto hacia el atardecer, pero escuchaban, se sentaban, estaban de una manera u otra.

Regresé a la casa materna, disfrazado de médico con una bata que un vecino de Lavapiés me prestó y una tarjeta de residente de traumatología falsificada.

Los policías apostados en las calles y estaciones de autobús no me preguntaron nada. Asintieron con aprobación al observar mi bata, sin reparar en la gran mochila colgada a mi espalda. Decidí pasar el confinamiento con mi madre en Móstoles, tras una preventiva cuarentena de quince días encerrado en mi antigua habitación. Congelada en el tiempo, conservaba casi la misma decoración que cuando tenía diecinueve años, a pesar de que viví en ella hasta los veintiocho. Como cuando se habla otro idioma y el materno se dejó de practicar tiempo atrás, el espacio conservaba un lenguaje vinculado a la edad en la que se habitó. Te dejaba expresar aquello para lo que él había sido creado, accedías a un tipo de memoria muy concreta, representabas las expectativas del mundo que lo practicó. Al igual que el políglota, el habitante de espacios se presentaba ante los demás y ante sí mismo en función del espacio que adoptase. Si le preguntabas a una misma persona qué le parecía la vida o su futuro en un bosque o en el garaje de la casa de sus abuelos, la respuesta era muy distinta. De igual forma que si se lo cuestionabas en su lengua materna o en la aprendida después. Toñi, mi madre, no quería que pasase una cuarentena tan espartana. “Con lo que me costó sacarte de tu habitación y que fueses a recorrer mundo, para que ahora vuelvas a encerrarte” me decía con voz jocosa y algo amarga. Pero los objetos en mi antigua alcoba tenían un alma poderosa. Como un monstruo que recibe la comida por la trampilla de la puerta, bromeaba sacando el brazo y murmurando... “déjame salir, suelta las cadenas”. Toñi se reía, me depositaba la comida en una bandeja sobre una silla instalada en el pasillo y, cuando la había retirado, se sentaba en ella. Solíamos tener largas conversaciones a través de la puerta entornada, sin poder vernos por la rendija mínima que se había convertido en un nuevo horizonte por el que pasaban las palabras. Un día, cuando ya quedaba poco tiempo para cumplir la cuarentena interna, estuvimos hablando de la difícil situación en la que estaba el mundo paralizado, las muertes, el desempleo, el miedo, la forma en la que todo esto iba a cambiar nuestra vida y justo en ese momento en el que yo expresaba mi resignación ella dijo “es ahora o nunca”.

—¿Ahora o nunca? —pregunté.

—Sí, o se hunde este sistema ahora o no lo hará nunca.

—Pero... ha pasado por crisis peores de las que salió fortalecido. ¿Cómo se va a hundir?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que lo hará, y de que nosotros tendremos poco que ver en ello.

—¿Como una venganza de la naturaleza contra el capitalismo?, ¿o algo así?

—No sé si llamarle venganza. No creo que la naturaleza tenga un esquema de valores como el nuestro. Será otra cosa.

—Me dejas intrigado.

—Además, el capitalismo no existe.

—Mamá... ¿te fumaste algo?

—Qué bobo eres hijo. —Y comenzó a reír. Era extraño conversar con ella observando la superficie de madera pulida de la puerta, pero ya nos estábamos acostumbrando.

—¿Y cómo se va a hundir algo que no existe? —pregunté con una afectada seriedad.

—Yo no dije que se iba a hundir el capitalismo. Dije que se va a hundir este sistema. El capitalismo en letras mayúsculas no existe, nunca ha existido, no es invisible para ejercer el poder y todas esas tonterías que se dicen. Existen los capitalistas y los Estados... compuestos por personas que legitiman las formas de acumulación de capital... pero el capitalismo como sistema universal, sin personas, no. Y el neoliberalismo.... ¡todavía menos! Menuda invención.

—Me quedo a cuadros.

—¿Qué está pasando ahora Andrés?

—¿Ahora? Acabo de terminar el bocata de chorizo y nuestra vecina ha movido las cuerdas de tender...

—No seas ganso. La pregunta va en serio. ¿Cuáles son las últimas medidas económicas que has visto anunciadas en la televisión?

—¿La petición de un rescate financiero gigantesco para los Estados y para las empresas de la Unión Europea?

—Eso es. Y a nivel político.

—Siguen en el poder los de siempre, con otro nombre más chulo ahora.

—Justamente. ¿Y el Estado?, ¿qué está haciendo?

—Decretó estado de excepción. Impuso toque de queda. Prohibió el derecho a manifestarse, al menos en nuestros barrios, en el barrio Salamanca no.

—De eso se trata hijo. Vivimos en el socialismo para los ricos y en el despojo organizado para los pobres. Los Estados aparentan ser demasiado pequeños para las grandes cosas y demasiado grandes para las pequeñas...

pero siguen teniendo un gran poder centralizador. Por otro lado, existe un partido único al que votamos con dos o tres nombres cada cuatro años, un poder burocrático que nadie vota.... Hemos decidido llamarle capitalismo a esto, como le podríamos haber llamado de otra forma, sin embargo, siempre se nos olvida que detrás de esto hay personas, y también estamos nosotros. Para muchos anticapitalistas el Estado es la solución, para mí es una parte central del problema. Sin los Estados los capitalistas tendrán sus días contados.

—Qué fuerte.... —dije yo— pero el Estado todavía parece que defiende un bien común. La salud y la educación pública..., los apoyos sociales para los pobres. ¿No?

—Claro, son formas de incentivar el consumo y el voto y de evitar las revueltas. La pobreza es un gran negocio. Pero de poco va a servir todo esto ahora.

Las conversaciones con mi madre siempre habían tenido un tinte político, pero desde que llegó el “virus”, sus palabras habían adquirido un tono cada vez más enigmático.

—Me voy un rato a pintar al cuarto Andrés. Descansa, o mejor sal a darte una vuelta.

—Pero ¿cómo voy a salir si todavía no han pasado quince días...? —. Mi pregunta se quedó colgada en el picaporte de la puerta. Fui hacia la ventana. Mi vecina estaba tendiendo unas sábanas. La saludé, pegué mi silla al armario y observé el atardecer que con sus últimos rayos de luz acariciaba los lomos de las furgonetas y coches aparcados en la carretera. En las terrazas de los edificios, los rayos de sol intensificaban el aluminio de las paredes de algunos salones ampliados que se perdían en un arqueológico río de plata calle abajo. Las antenas parabólicas navegaban su cauce como flotadores a la deriva. Divisé, con sorpresa, que en las terrazas de algunos vecinos había tiestos con tomates y otros vegetales. Me acerqué de nuevo a la puerta de mi habitación y la entreabrí un poco más observando por la rendija, mientras sentía en la espalda la mirada de mi vecina de enfrente. Mi madre había instalado el caballete y el lienzo junto a la ventana y llevaba puesto su camisón de pintora. Con gran concentración delineaba el heno sobre el que estaban tumbados los campesinos. Quedaban solo algunos retoques, *La siesta* de Van Gogh, estaba casi lista.

A medida que bajaban los casos de “sarampión atípico” se fue relajando el encierro. Primero dieron unas horas de salida por edades. De sesenta para arriba a una hora y de sesenta para abajo a otra. Las edades no se conformaron con permanecer inmóviles, sumisas. Aquellos ancianos que querían juntarse con la juventud decían que tenían cincuenta y nueve y los jóvenes que estaban en un periodo de introspección, se colocaban una peluca cana, un bastón y unas lentes oscuras. También había los que querían estar todo el día en la calle y llevaban en la mochila el disfraz y la sonrisa ingenua. Y a pesar de ello, muy lejos no se podía ir, las autoridades habían decretado un máximo de un kilómetro de distancia y una hora de paseo al día, haciendo especial énfasis en las zonas obreras del Sur, donde la gente “tiene una forma de vida desordenada”. Además, no era tan sencillo traspasar los límites de Móstoles. Cuando alguien paseaba distraídamente por el descampado que apuntaba hacia Alcorcón, entre el ocaso de la urbanización y la bienvenida a la naturaleza, atravesando el puente de la ahora silenciosa autopista por su tunel raso bordeado de pintadas, aparecían dos policías como cancerberos de un territorio reinventado. Pero si la edad podía ser renegociada, ¿por qué las fronteras de Móstoles no?

—¿De dónde sois?, ¿puedo ver vuestros DNIS?

—De aquí, de Móstoles

—¿Y a dónde vais? Sabéis que no se puede salir de Móstoles... — preguntaban con aburrimiento.

—No queremos salir de Móstoles. Este puente no es la frontera de Móstoles. O, ¿sí?

—Pues... sí, aquí empieza Alcorcón —contestaba el policía, disfrazado de agrimensor.

—¿Alcorcón? Pero yo creí que Alcorcón empezaba donde están los edificios esos —replicaban señalando a lo lejos.

—Alcorcón llega hasta aquí y no podéis continuar si sois de Móstoles. — Tras sus palabras auspiciadas por la sombra que proporciona el puente, la promesa de libertad se expandía por el descampado iluminado por la luz del sol, a su espalda, difícil de custodiar.

Al regresar al territorio conocido, una pintada en lo alto del puente despedía, con un renovado vigor, la tentativa transfronteriza: “Otro fin del mundo es posible”.

En México el “sarampión atípico” tardó algo más en llegar. Las prohibiciones del Estado no fueron tan estrictas, pero en algunos lugares fue la propia población la que cerró fronteras. Sara me escribió un correo actualizándome:

Querido hermano. ¿Cómo va todo?, ¿cómo te trata tu tierra natal? Espero que bien y que no esté siendo muy dura esta pandemia y la cuarentena. Yo sigo con mi vida cotidiana, con menos viajes, y dando clases por Internet, todo un mundo “apasionante”.

En México nos va a llevar la chingada Andrés. Aquí al gobierno le importa más hacer política que salud pública y la gente hace lo que se le hincha la gana. Imagínate que están apareciendo coyotes que ahora, en lugar de transportar a los migrantes a Gringolandia, llevan turistas a las playas en las que la gente ha cerrado el acceso para evitar contagios. Le pagas a uno de estos cuates, te mete en el maletero de su coche, pasa el retén de sus vecinos, ellos son de allí, y te deja en la playa... surrealismo mexicano. Lo mejor del “sarampión atípico” es que va a acabar con el narco. El bloqueo del comercio de mercancías en los puertos de China y la cuarentena han colapsado el mercado negro de productos en la Ciudad de México y para algunos cárteles esta era una fuente importante de ingresos. Si a eso le sumas que el trabajo sexual cooptado por ellos, el consumo de drogas local, que se diversificó después de la llamada “guerra contra las drogas” y estaba en su momento cumbre, y otras actividades ligadas a ellos como el tráfico de migrantes están casi paralizadas... quizá el “virus” logre lo que el ejército, los políticos y la policía nunca quisieron hacer, detener esta pesadilla.

Cambiando de tema. ¿Cómo van los amores?, ¿resurgiste de las cenizas después de tus desventuras con la tal Perla? Ojalá que sí y que ahora seas feliz con tu nueva vida. Bueno querido, espero que cuando pase esto te pueda visitar. Me despido esperando tus noticias. Se te extraña.

Abrazos.

Sara.

Sara hacía real la máxima que siempre me repetía mi madre, “uno no nace con la familia, siempre la encuentra. Ser padre, madre, hermano no es un título de nacimiento, se gana en la vida”. Me dijo que vendría a Madrid a visitarme, pero el “sarampión atípico” cerró las fronteras y canceló los

vuelos. Me daba tristeza no poder verla. Las videoconferencias estaban tan lejos como pulsar un botón y tan cerca como una cena navideña en medio del Atlántico. A veces nos recordaban lo fácil que era imaginar a los otros sin cuerpo, y traicionar el tiempo compartido asumiendo la idea de que aquello sería el último reducto de humanidad. Y nunca como en aquellos tiempos se utilizó tanto la videoconferencia. Los cumpleaños, las fiestas, incluso las comidas vecinales, dejadas en el rellano de tu casa, eran vividas de manera remota. Y sin embargo, o por ello, para algunas personas reacias a las nuevas tecnologías, como Sara y yo, hablar por videoconferencia era casi un acto de traición. Entretanto, recibí algunos mensajes por teléfono de Perla, todavía mantenía mi móvil mexicano encendido, cargando su batería de vez en cuando, sin WhatsApp y con temor a que un mundo se esfumase en sus diminutas entrañas de plástico. “Te quiero”, “te extraño”, eran mensajes que al leerlos me hacían pensar, ingenuamente, que el “virus” podría borrar también los errores del pasado.

El “virus” tenía cada día un rostro más humano. Todo comenzó como una pequeña broma en Internet de un grupo de jóvenes que vivían en distintos lugares del mundo. “Tenemos derecho a ser jóvenes. Nosotros nacimos en este mundo, no lo hicimos”. Los mensajes colgados en las redes electrónicas no habrían pasado de eso de no ser por el “sarampión atípico”, o más bien, por el mundo que le dió vida y del cual copiaba sus cualidades. “Este mundo es el que heredamos, nosotros no llevamos a este extremo a la naturaleza, ni al precarizado sistema de salud”, “al fin y al cabo ¿por qué padecer algo que ya nos vino dado por los viejos?”, “¿es ley de vida, cambio generacional?”. Cada vez que había un desconfinamiento, aparecían nuevos brotes, los hospitales se colapsaban de nuevo y se imponía un nuevo estado marcial. Todos empezábamos a estar cansados, los ancianos veían lo que les quedaba de vida entre cuatro paredes, aprendiendo nuevas tecnologías para simular que abrazaban a sus nietos, y los jóvenes tenían un resentimiento cada día mayor. Los manifiestos de algunos jóvenes pasaron a acciones más directas, apelando a la desobediencia sanitaria: “los días impares no llevamos mascarilla, aunque nos multen”, “saldremos a los bares todos. No nos importa el aforo, llenaremos de nuevo las terrazas”. El grupo pionero decidió llamarse Los chicos del COVID. Por sus hermanos mayores, habían leído la novela de Stephen King, *Los chicos del maíz*, y no se perdieron *Apocalipsis COVID*, una película que había vaticinado cinco años atrás una situación

parecida, a partir de un coronavirus que provocaba neumonías atípicas de gran letalidad. Si las restricciones se habían convertido en la lucha por el bien común, y estas eran al fin y al cabo el privilegio de unos pocos, la libertad fundacional de aquello que originó el “virus”, la ley del más fuerte, debía poner orden en un momento dado.

El objetivo de este grupo, en un principio, era desafiar el orden establecido por los ancianos, aprovechando su relativa inmunidad al “virus”, y abolir el implacable sistema que ellos habían heredado de sus guardianes. Para muchos no existían clases sociales, los jóvenes ricos, si bien objetivamente tenían, al menos para algunos trabajadores, muchos más privilegios y heredarían las riendas del sistema, también comenzaron a sentir la opresión que ejercían sus padres y abuelos contra ellos. Depresiones, adicciones, intentos de suicidio, ricos, aspirantes a rico, yupis de polo Lacoste y gominas baratas en el pelo, todos comenzaban a unirse en un frente común con los jóvenes de los barrios obreros, olvidaron sus diferencias, superaron sus aflicciones. Y fue esta situación la que evidenció la existencia del Consejo de ancianos, una entidad secreta en la que participaban los fundadores de La escopeta feliz, algunos miembros destacados del cártel literario y otros actores del orden mundial gerontocrático. Las redes sociales, y el encubrimiento auspiciado por sus jóvenes fundadores en sus garajes de California y ahora en Wall Street, ayudaron a desentramar la existencia de esta organización a partir de ejercicios de reconstrucción genealógica virtual. Algunos le llamaron “mapas gerontocríticos”, y se hicieron en las empresas, en las universidades, en las familias y hasta en los hospitales, a escondidas de aquellos que tenían más de sesenta años, por lo general los jefes. Y aunque ser considerado joven o anciano variaba mucho en cada lugar del mundo, llegaron a un consenso unos años arriba o abajo y, como quien inaugura una casa, publicaron una revista digital llamada *Ser joven es guay*, con múltiples adaptaciones lingüísticas y culturales locales ‘being young is cool’, ‘etre jeune c’est cool’, ‘Nianqing hen ku’, etcétera. Y es que cada análisis llevaba a una misma conclusión: “la culpa de la situación actual la tienen los viejos”, “ellos nos han tejido una tela de araña y le llamaron futuro”, “somos jóvenes avejentados que pensamos que nuestro mejor destino es ser como ellos”.

En estas conclusiones hubo, por supuesto, algunas divergencias. Por ejemplo, ciertos jóvenes les achaban ser enviados a sus guerras, mientras otros veían sus inacciones como una metáfora de la opresión generacional,

sin embargo, encontraban una sencilla conciliación a sus puntos de vista cada vez que había un nuevo rebrote del “virus” y su libertad se veía comprometida. Con este frente común de dialéctica generacional, algunas fronteras entre el Sur y el Norte Global iban a ser abolidas al igual que las desigualdades entre géneros. Se iba a observar claramente, escribían Los chicos del COVID en *Ser joven es guay*, las injusticias en el mundo desaparecerían, los batallones y los grupos paramilitares, carne joven de cañón, podrían desertar. Pero para ello tenían que pasar a la acción.

Ante esta circunstancia, algunos viejos del denominado, por Los chicos del COVID, Consejo de ancianos decidieron crear una revista electrónica titulada *Arrugas y civilización*. En ella proclamaban su estrategia de hacerse visibles para su propia supervivencia y para el bien de la humanidad. En esta publicación hacían un “análisis gerontográfico” en el cual daban a conocer las virtudes de tener sociedades gobernadas por personas de más de sesenta años, unos años más o menos. Tuvieron tal éxito sus colaboraciones en *Arrugas y civilización* que se repetían como suplementos semanales de los grandes periódicos del planeta y en los telediaros siempre les dedicaban un espacio especial, antes “del tiempo”.

Los chicos del COVID asumieron la derrota en el terreno pantanoso de la opinión pública. Competir en lo económico o en el plano político de la democracia liberal era una batalla perdida. Los viejos burgueses, y su séquito de jóvenes conversos, porque también los había, eran los propietarios de los medios de producción económicos y de la política. Las agencias de noticias, el poder financiero, los partidos políticos, los Estados, las universidades, las editoriales y los ejércitos eran sus fieles servidores. Y además, la clase social devenía un concepto añejo y poco adecuado al presente. La lucha de generaciones tenía que gestarse en una frontera desapercibida, accesible, barata, fácil de revelar a los otros... y, ¿qué mejor lugar para ello que el cuerpo entretejido a los espacios por la invisible aguja del “virus”?

Pero Los chicos del COVID sabían que no todos los ancianos tenían la misma responsabilidad en su infame presente. Y aún así, era muy difícil doblegar solo a los abuelos ricos, ¿acaso los ancianos pobres no imponían su voluntad allá donde podían? Además, los viejos ricos resultaban casi inaccesibles; unos se habían organizado en las azoteas de las ciudades custodiados por un ejército de mercenarios jubilados, otros se encerraron en fortalezas en las que eran cuidados por otros adultos mayores practicando la ayuda mutua; así que

decidieron ir primero a por los pobres de las residencias de ancianos. Los chicos del COVID se hacían pasar por un familiar, o visitaban a un familiar, y aprovechaban para esparcir el “virus”, o eso era al menos lo que se decía en *Arrugas y civilización*. Las autoridades, algunas de ellas jóvenes, habían decretado que solo los ancianos ricos fuesen al hospital en caso de necesidad, con lo que facilitaron la tarea. Los pobres, con enfermedades múltiples, debían esperar apaciblemente su muerte en las residencias. Los ricos tenían seguros, no ocupaban plazas en los hospitales públicos, destinados, por lo general, a la relativa juventud. Comparativamente, no representaban una amenaza. Y si algún viejo llegaba al hospital público, saturadas sus unidades de cuidados intensivos, entonces les esperaban los jóvenes médicos, militantes de Los chicos del COVID, en quienes había recaído el peso de la atención porque sus jefes ancianos alegaron ser población vulnerable retirándose a la comodidad de sus hogares hasta que pasase la pandemia. Era entonces cuando se cumplía aquello de “los políticos, los policías, los clanes podían ordenar lo que quisiesen, al fin y al cabo, cuando entras al hospital, los que decidimos somos nosotros, los médicos”.

Para Los chicos del COVID y sus simpatizantes, no llevar mascarilla se había convertido en una contracultura. ¿Qué importa si me miran mal? La mascarilla era de cobardes o de pusilánimes. La economía los necesitaba, ¿quién iba a revitalizar el sector turístico y de la hostelería sino ellos? Sabían muy bien quiénes eran los que tenían marcas en la nariz o mejillas provocadas por el uso constante de los cubrebocas, y los viejos también. Para el Consejo de ancianos el mundo había comenzado a dividirse entre los jóvenes que “andan por todos lados y no tienen cuidado”, sin un trazo en su lozana cara del paso del cubrebocas; aquellos que “se protegen y protegen a los demás”, con las consabidas repercusiones faciales; y los que, además de eso, homenajean a la patria con su bandera de España cosida en la mejilla de tela. “Porque la bandera” decía el Consejo en su revista, “siempre proporciona una protección adicional”. Algunos, hijos y nietos solidarios, se preocuparon más por no asustar a sus allegados y habían inventando camisetas con sus fotos y nombres, para evitar sorpresas. Y si llevaban barba en la realidad, y esta no era muy apreciada por su familia, en la foto aparecía su barbilla imberbe y reluciente, al fin y al cabo bajo el cubrebocas nadie la iba a ver.

Pero no todo era tan sencillo, porque al igual que había jóvenes conversos, que se aliaban con los ancianos, también había ancianos conversos que se aliaban con los jóvenes y hacían una labor de espionaje, proporcionando información para los “mapas gerontocríticos”. Ante aquella situación el Consejo de ancianos no se quedó de brazos cruzados, decidieron vengarse. ¿Eran ellos los culpables de todo aquello? Jamás. Si los jóvenes querían cambiar las cosas a expensas de ellos, de tantos años de compromiso para el bien común, lo llevaban claro. Y si querían guerra la iban a tener, al fin y al cabo ellos ya no tenían mucho más que perder. Se habían ganado así mismos, el derecho a ser historia, y con el “virus” su esperanza, ahora más que nunca, estaba definida por un horizonte biológico.

Una de las primeras medidas que llevó a cabo el gobierno, el brazo ejecutor del Consejo de ancianos, según Los chicos del COVID, fue colocar en cargos periféricos a sus políticos de menos de sesenta años, y rediseñar las estadísticas epidemiológicas para provocar miedo en los grupos que no habían sido considerados como vulnerables; esto es, “los jóvenes”. En las noticias enfatizaban la enorme cantidad subregistrada de jóvenes sin comorbilidades que también sufrían cuadros graves de “sarampión atípico”. Poco efecto tuvieron estas noticias para Los chicos del COVID, al contrario, intensificaron su malestar provocando mayores adhesiones al movimiento a lo largo y ancho del globo. Y no fue esta su única respuesta, los jóvenes científicos simpatizantes del movimiento decidieron generar estadísticas epidemiológicas propias con evidencias que minimizaban el impacto de la epidemia en los jóvenes, las cuales, si bien no podían ser publicadas en las revistas científicas, controladas por los miembros de *Arrugas y civilización*, sí podían difundirlas en *Ser joven es guay*. Ante aquella reacción inesperada el gobierno trató de prohibir la difusión de esta publicación, sin embargo, si antes estas estrategias funcionaban, en España no era infrecuente llevar a la policía a cada quiosco y clausurar la editorial con una multa millonaria, ahora la situación era distinta ya que cambiaban constantemente de servidores en la red y era imposible cerrarlos todos. Su equipo editorial, formado por Gandalf, Aragon y Bilbo, estaba un día en el Reino de Bután y otro en la Tierra Media. El Consejo de ancianos, a partir de un especial en *Arrugas y civilización*, invitó al gobierno a que considerase el contagio del “sarampión atípico” como una falta administrativa, primero, y posteriormente como un

delito. No había sido la primera experiencia de este tipo, existían otras como el SIDA.

La gran dificultad para comprobar si se había dado o no una transmisión de forma intencionada no fue óbice para que hubiese detenciones y encarcelamientos. Por ejemplo, si un joven tosía en presencia de una autoridad, como un policía o un alcalde, era considerado un atentado o una tentativa de terrorismo, según la distancia. Si además esta autoridad era mayor de sesenta años, el joven tosedor era catalogado como gerontocida. Para ello, se acuñó una nueva definición que permitiese acabar con la insurgencia reestaurando la gerontocracia: el terrorismo epidémico. Si el terrorismo biológico se servía de sustancias potencialmente destructivas para la vida humana (como el ántrax) para provocar atentados, con el terrorismo epidémico no había sustancias escondidas en un paquete, ni bombas bajo el coche, ni coches que atropellaban multitudes, la sustancia eramos todos. Cada fluido, cada órgano, cada olor corporal constituía una amenazante aproximación pública al ecosistema humano. Y este último no era otra cosa que una devastada naturaleza interior, hermana leal, camarada del “virus”. Un pedo a destiempo, un escupitajo en el parque, el pañuelo con el que te sonaste los mocos olvidado, como copo de nieve, entre las hojas caídas de un árbol eran equivalentes a un arma de fisión nuclear. Y si esto ocurría con los cuerpos, los espacios, como una prolongación de estos, no fueron menos. Las ventanas abiertas de las casas, las ventanillas bajadas de los coches, los soportales en los que la incauta vida humana podía acechar en la penumbra, y nosotros recorriendo la calle como una serpenteante culebra, evitando cualquier cuerpo propagador del “virus”, aguantando la respiración cuando la humanidad quedaba a menos de un metro. El “virus” estaba redefiniendo incluso la forma de habitar las ciudades.

Si en el siglo XIX la arquitectura modernista había sido influida por la lucha contra la tuberculosis, con las casas orientadas hacia el sol, de grandes ventanales y superficies elevadas que impedían el contacto con el polvo de la calle, el “sarampión atípico” apelaba a las amplias calles peatonales, a los bares con grandes terrazas, o más bien a las terrazas con diminutos bares, a las mesas y sillas impares, y a otro sinfín de invenciones. Pero ese mundo no iba a ser tan sencillo e idílico para los jóvenes, con la anuencia de los ancianos. Voluntaria o involuntariamente los estaban matando, los estaban aterrorizando y las medidas del gobierno no eran suficientes para atajar la

desfachatez con la que los jóvenes disfrutaban de la vida en los espacios públicos, anunciaba *Arrugas y civilización*.

Mucho se habló, en ese entonces, de que los ancianos habían creado un grupo de “operaciones especiales de la tercera edad” para entrar en aquellos laboratorios donde no tenían aliados “jóvenes conversos” y modificar las pruebas de laboratorio para detectar el “sarampión atípico”. Porque si a los jóvenes que no lo habían padecido les importaba un bledo la vida de los ancianos, todavía más a aquellos que ya lo pasaron y encima contaban con una prueba reactiva al “sarampión atípico”. Una vez inmunizado “pelillos a la mar”. De esta forma, cada vez era mayor el número de pruebas que arrojaban falsos positivos o falsos negativos, con lo cual, si no había una fiabilidad de estas pruebas ¿quién se iba a atrever a decir que sí había pasado realmente la enfermedad y ya era inmune?, ¿no quedaría acaso un resquicio de duda?, ¿y si lo que me dio fue otra cosa? Fuere como fuere, esto tampoco funcionó. Para los hombres jóvenes, influidos por los idearios de Los chicos del COVID, ir sin mascarilla era un signo de virilidad y salud y para las jóvenes mujeres también. ¿Qué mejor emblema a la vida que ir sin mascarilla desafiando a los pusilánimes y a la muerte incierta? Si trataban de estigmatizarlos, por sus comportamientos transgresores, harían más fiestas del amor, del deseo, donde los cuerpos en multitud se rocen, se inhalen, se extingan como una entidad individual. El Consejo de ancianos esta vez amenazó con la excomunión, con las diez plagas, con el apocalipsis y cuanto más insistían en ello, las cenas entre amigos se transformaban en fiestas bailables y las fiestas bailables, un pasito para atrás y otro para adelante, en opíparas orgias. Para los miembros de *Arrugas y civilización* el mensaje era muy claro, debían llevar a cabo otras acciones más contundentes.

En esos momentos convulsos yo, y muchos otros, asistíamos atónitos a la batalla campal entre los Los chicos del COVID y el Consejo de ancianos. Había una guerra encarnizada, ajena a la mayoría, en la que nadie dejaba de ser un rehén. En aquellos tiempos, durante varias noches, tuve un sueño recurrente en el que estaba sentado junto a una multitud, sin mascarilla, en una sala de congresos y Laura, desde el púlpito del conferencista, nos avisaba que nuestra sociedad era simultáneamente “juvenocéntrica y gerontocrática, y esto era una bomba de tiempo”. Me levantaba, salía corriendo el anciano que habitaba en mí aterrorizado por el joven que permanecía allí sentado y llegaba a la tienda de la señora y la niña de mi infancia, ahora mi antigua

vecina de México, en la cual había un gran cartel en la puerta: “prohibido entrar sin mascarilla”. Me despertaba agitado.

El “sarampión atípico”, y el confinamiento, habían causado estragos en la economía, con una alta tasa de desempleo y un gran descontento que se manifestó en algunos focos de revuelta en el sur de Europa. El desconfinamiento había ayudado a recuperar algunos empleos y se estaba negociando un préstamo de la Unión Europea que iría dirigido, además de una pequeña parte a las ayudas sociales, al rescate de las empresas, por lo general las de aviación y otras vinculadas al sector servicios o automovilístico, así como a los bancos que se habían declarado en quiebra. Uno de los grandes descubrimientos de la época fue que el sistema necesitaba de los trabajadores, cuando todo parecían flujos abstractos de capitales. Algo extraño que comenzó a suceder, por si no había extrañeza ya, es que muchas de las empresas que no se habían declarado en quiebra comenzaron a sufrir misteriosos incidentes. Algunas se incendiaban, otras se apagaban súbitamente diciendo adiós al mundo de la luz. Y fue en ese momento cuando apareció mi amigo Santi.

A mi madre y a mí nos gustaba comer con la televisión encendida y en la sobremesa ver el programa *Saber y ganar* y un documental de animales en La 2, como un preludio a la siesta en la sombra de una acacia del Serengueti, cerca de Extremadura. Santi, en la tele, había cambiado desde la última vez que lo vi, tenía mucha más barba, el pelo rapado al cero y una extraña expresión feroz en la mirada que yo desconocía. Parecía un talibán o un miembro del DAESH. Si no es por mi madre, “¿no es ese tu amigo Santi?”, no lo hubiese reconocido. Su foto estaba acompañada de otras fotos de tipos con expresión sombría y aspecto similar. Fui corriendo al televisor y subí el volumen. Un grupo de jóvenes antisistema, convertidos al orientalismo, estaban sabotando las fábricas en España, en Europa y en otras latitudes del mundo, informaba la reportera, aprovechando el caos ocasionado por la pandemia. Algunos grupos, como este, actuaban de manera coordinada contra intereses españoles en territorio nacional y en el extranjero, concretamente en Asia. ¿No sería acaso un ataque coordinado para acabar con el capitalismo? Me pregunté.

—¿Qué sabes de Santi? —me preguntó mi madre mientras ojeaba en un libro de pintura una de las recreaciones del retrato del Papa Inocencio X, de Velázquez, realizada por Francis Bacon —supongo que no mucho.

—Así es Toñi —cuando la conversación se ponía seria la llamaba por su nombre— no mucho. Le llamé un par de veces, antes de que empezase todo esto del sarampión, y contestó otra persona diciéndome que me había equivocado de número. A las pocas semanas, me encontré con Sonia en Lavapiés, una de las amigas de la okupa, y le pregunté por Santi. Me dijo que se había ido de viaje a la India, a un áshram a meditar y a aprender a tocar el sitar. Me dio su correo electrónico, no sabía que tenía... él siempre ha sido muy reacio a estas cosas, y le escribí un mensaje que nunca contestó.

Mi madre cerró el libro de pintura, me miró fijamente y dijo —siempre fue un chico muy espiritual. ¿Y tú que piensas de este tipo de prácticas orientales?

—¿Del sitar?

—Sí, y de la meditación.

—No tengo una opinión muy formada. Creo que son interesantes, pero requieren de muchos años de dedicación. Y una vez que te metes en eso, ya es difícil salir. Además, uno puede pensar que practica solo pero nunca sabe quién es el director de la orquesta... o del áshram.

Mi madre asintió y volvió a abrir el libro de pintura —¿Qué te parece este para el próximo cuadro? —me mostró a Inocencio X— lo que más me gusta de Bacon, es que pensaba que si se estudia la morfología de los animales no humanos, se puede retratar a las personas. Este papa parece un rinoceronte...

La siguiente noticia del telediario hablaba de un rescate de la Unión Europea a los países más afectados por la crisis. Se había ampliado varios ceros la cifra original debido a las pérdidas generalizadas de las empresas por la pandemia y los sabotajes. Desafortunadamente, al ser una cantidad tan grande, decía la reportera con un gesto de “en estas circunstancias hay que ser sincera”, el préstamo y su tasa de interés implicarían algunos ajustes estructurales a futuro en la inversión pública del Estado, pero era la única manera de crear empleo y reactivar la economía. Las empresas y los bancos declarados en quiebra iban a ser nacionalizados.

—En resumen, nos van a recortar nuevamente el sistema público de salud, la educación, la vivienda, las ayudas sociales.... Y yo me pregunto, ¿por qué no les piden a los accionistas que regresen las ganancias antes de ser rescatadas sus empresas y bancos con dinero público?, ¿y por qué nunca devuelven el dinero público prestado? Si estas nacionalizaciones ocurriesen

en América Latina, Estados Unidos y Europa darían un golpe de Estado... por comunistas —dije colérico.

—Nunca se sabe. Para que sigan privatizándose las ganancias y socializándose las pérdidas todo tiene que seguir igual, y en la situación actual yo no daría nada por sentado—. Nos quedamos callados. Mi madre continuó —esta mañana llamó Pilar, la madre de Paula. Estuvimos un rato charlando. ¿Has hablado con Paula?

Habían pasado tres meses desde que hablé con ella por teléfono reapareciendo el uno para el otro. Nos escribimos un par de mensajes por el móvil desde entonces y poco más. Aprovechando que estaba en Móstoles, y que ya no había restricciones para moverse, fui a visitarla a casa de sus padres. No era la situación ideal, debido al “sarampión atípico”, y no sabía muy bien de qué íbamos a hablar, pero la invitación de mi madre, que seguramente tenía información reservada, y el temor a que el tiempo no fuese un buen aliado para reecontrarnos me llevó a tomar esta decisión. Cuando llegué, saludé a sus padres a distancia y les agradecí la propuesta de pasar a la casa pero la decliné, tal y como le había comunicado previamente a Paula. Decidimos dar un paseo por un bosque de encinas y alcornoques cercanos a su urbanización, la cual formaba parte de un conjunto de urbanizaciones que habían crecido a veinte o treinta kilómetros de las últimas ciudades dormitorio de Madrid. Para los padres de Paula, fue una versión proletaria y de extrarradio del llamado “vuelo de los blancos”; el vuelo desde el “más allá” de Madrid al “más allá” de Móstoles que consistía en unos suburbios contruidos, como Móstoles, a partir de pequeños pueblos. Los padres de Paula vendieron su piso a un buen precio durante la burbuja inmobiliaria y se compraron un *chalet* adosado en Cáceres la nueva. Para otros, los altos alquileres actuales en las ciudades dormitorio de Madrid no les permitían vivir en Móstoles o en Parla y tenían que acercarse a Toledo o, como en este caso, a Extremadura. Madrid era un monstruoso calamar, varado tierra adentro, que se nutría voraz de la especulación inmobiliaria y cuyos tentáculos deseaban crecer y crecer hasta llegar al mar. En los edificios de aquellas urbanizaciones, rodeadas de campos de olivos, hay muchas personas jóvenes que trabajan en Madrid, según me explicaba Paula. Y en Cáceres la nueva, existía una zona de *chalets* y en algunos de ellos vivían empresarios chinos que tenían sus negocios por aquella zona. Para estos jóvenes, era un lugar tranquilo pero estaba lejos de todo y si no cuentas con un coche

resultaba muy difícil moverte. Como volver al pueblo cuando no se tiene uno y lo que siempre quisiste fue acercarte a la ciudad.

Javier, no duró mucho tiempo en la casa de sus padres. Como tantos otros jóvenes que no encontraban opciones laborales en España, se fue a vivir a Dublín, tras estudiar una ingeniería en la universidad. —Estuvo viviendo allí cuatro años, se echó una novia irlandesa que tocaba el violín en un grupo de música celta que ahora toca música *new age* y son bastante conocidos, solían tocar con Dead Can Dance—. Me explicaba Paula. —Al principio le costó cogerle el truco al acento inglés de allí, me contó que las primeras veces que salió con su novia y sus amigos pensaba que hablaban en gaélico, el celta moderno. Y es que también lo hablan, las nuevas generaciones progres lo están recuperando como algo de su identidad, y acabó aprendiendo un poco. Dice que fueron unos años muy bonitos de su vida. Te cuento todo esto, pero en realidad me acabo de enterar— Paula esbozó una risa nerviosa. Paseamos por un parque con unos columpios en los que había unos niños jugando y me enseñó la biblioteca pública que acaban de construir. Fuimos hacia el bosque de encinas, quedaban un par de horas de sol aún. Experimentaba una extraña sensación mientras hablaba con Paula, éramos dos personas que no se conocían en absoluto tratando de rememorar un pasado común que ninguno de los osaba mencionar. Hablábamos de Javier, de sus padres, de mis padres, del “sarampión atípico”, de todo menos de nosotros. Yo le conté vagamente que había vivido en México y ella me dijo que era un país que siempre quiso visitar pero que de momento, asomó Paula, no le habían recomendado viajar mucho ya que tenía un problema de salud. Mencionó que de todas formas tampoco se podía ir a muchos sitios ahora; si el mundo estaba en guerra contra el “sarampión atípico”, su cuerpo también era un lugar de batalla.

—Cuando vives algo como lo que pasé, lo mejor que puedes hacer es permanecer en silencio. Y si no lo cumples, tienes que atenerte a las consecuencias.

—¿Por qué? ¿Has tenido problemas desde que regresaste con tus padres? —Pregunté. Sabía de su activismo en este tema, algo me insinuó cuando hablamos por teléfono y mi madre, y algunas búsquedas por Internet, complementaron lo que conocía.

—Bueno, al hacer público algo así uno se enfrenta con demonios que ya no le pertenecen, se vuelven propiedad de la opinión pública y esta nunca es libre —. Paula se quedó unos segundos observando un nido de pájaros en lo

alto de un árbol. Tenía el mismo olor que cuando era pequeña, aunque ya no llevaba el pelo largo atado en una trenza, ni la cinta de colores con letras japonesas. Su pelo corto, y de un color más oscuro, resaltaba unas facciones detenidas en el tiempo, ensimismadas. Su mirada, sin embargo, era huidiza.

—Entonces, te han molestado con esto...

—Hay gente que no tiene otra cosa que hacer. Se creen que quieres protagonismo o hacer política con tus desgracias. Yo quiero justicia para los que se encuentran en la misma situación y no lo saben, nada más. No pido dinero y me da igual que las personas voten por un partido político u otro. En las redes sociales, algunos me dicen que lo mejor que puedo hacer es estar calladita, que saben dónde vivo, esas gilipolleces.

—Tienen miedo. Para ellos eres una amenaza...

—Sí, lo supongo. Pero no entiendo ¿qué es lo que temen?

—¿Qué se revele nuestra historia? La de todos.

—Es posible. Al final, cuando ocurren estas cosas afectan a aquello que nos une a los otros, aunque no queramos reconocerlo.

Se quedó callada. Seguimos caminando por unos senderos trazados en el bosque hasta que llegamos a una zona con un terreno arado para el cultivo. En medio, un destartado espantapájaros se movía ligeramente con la brisa del atardecer. Permanecimos unos segundos observándolo. Regresamos al parque y mientras caminábamos sobre la tierra rojiza pregunté:

—¿Y sigues practicando kárate? —Me sentía incómodo preguntándole sobre su vida. Como si fuese un inspector que tratase de validar la impostura de alguien que lucha por ser real. Pero más incómodo era el silencio.

—Sí, soy cinta negra, tercer dan. —Esbozó una amplia sonrisa.

—Qué fuerte. Me alegra.

—Cuando vivía en Berlin, no dejé de practicar. Incluso en el confinamiento he tomado clases virtuales con un profesor.

—¿Y no podrías dar clases?, ¿ser tú la profesora?

—Lo he pensado. Quizás en un futuro y combinarlo con mis clases de alemán. Tú ¿en qué estás trabajando?

—En una ONG, con chicos migrantes, y también hago encuestas telefónicas en las tardes.

—Qué interesante, ¿y te gusta?

—El trabajo en la ONG sí, las encuestas no tanto. Pero no me puedo quejar, en los dos lugares aprendo, y me dan de comer.

Paula me acompañó a la parada del único autobús que, cada hora, llegaba hasta allí. Nos despedimos a la distancia recomendada con una promesa de volvernos a ver. Cuando llegué a la parada junto a la estación de tren de Móstoles me bajé allí y tomé un tren hasta Atocha. Decidí quedarme a dormir aquella noche en mi casa de Lavapiés. Quería aprovechar la recuperada libertad para movernos y necesitaba poner en orden algunas ideas y sensaciones. Además, en algún momento debía emanciparme de nuevo del hogar materno. Al llegar a Las Águilas recordé la discoteca *light* a la que mis amigos y yo solíamos ir cuando tenía trece años y cómo debíamos inventar que éramos de otro lugar distinto a Móstoles para que no nos diese una paliza un grupo de chicos mayores a la salida de la estación. Existían antiguas rencillas entre una pandilla local y otra de Móstoles. Estaba pensando en ello, cuando vi a una pareja de ancianos que entró al tren y se sentó frente a mí. El tren estaba casi vacío, y no había ningún anciano, era raro verlos en el transporte público desde que llegó el “virus”. Llevaban un cubrebocas, como todos, él una boina y ella un fino pañuelo rojo atado al cuello y unas gafas de sol. Él vestía de manera sencilla, como un hombre de campo visitando la ciudad, y ella portaba un elegante vestido negro largo. Ambos se ayudaban de un bastón para caminar, sus arrugadas facciones y manos eran las de dos octogenarios. No hablaban, observaban por la ventana hacia un lugar solo conocido por ellos, a la espera, en paz con aquello que les rodeaba. Al poco tiempo, la mujer sacó de su bolso un estuche y de él un lapicero de color y comenzó a afilar su punta sobre el estuche. Cuando el lapicero estuvo afilado lo alzó frente a su cara, como si midiese algo, y asintió. El hombre la observaba, asintiendo de manera continua y casi imperceptible. Al llegar a la estación de Aluche se subieron cuatro personas más al vagón y antes de que el tren se pusiese en marcha ella se levantó. Agarrándose al soporte metálico del cabecero de los asientos, la mujer se acercó a un letrero publicitario que había junto a la puerta y comenzó a dibujar. Al cabo de unos minutos llegamos a la estación de Embajadores y dio unos pasos atrás, nadie entró, observó aquello que dibujaba ante la mirada atónita de los otros pasajeros. Hizo un par de retoques más y regresó al asiento. Llegamos a Atocha, nadie dijo nada, salieron todos, me quedé en el vagón contemplando el ultrajado letrero de publicidad junto a la puerta. Una gran A de Anarquía pintada en negro, y rodeada por un círculo, lo atravesaba de uno a otro lado. En el andén, los ancianos caminaban agarrados de la mano. Subieron a las escaleras

mecánicas, con el paso quedo de sus bastones, y desaparecieron en la mortecina noche de la estación.

LA ALERGIA

—¿Todavía no os habéis dormido? Ya es de noche y llegamos al tramo final de mi historia. ¿Queréis que haga una pausa o continuamos? Nadie os impide comer... o ir a otro lugar más ameno. La noche en la calle parece muy agradable, me sorprende que todavía seáis tantos.

Los jóvenes sonrieron, conocían el estilo socarrón de Andrés. Nikolai se levantó de su silla y estiró sus brazos y su espalda.

Un joven intervino —Me gustaría preguntar algo. ¿Cómo eran esas A de anarquía? —observó a sus compañeros y estos alzaron los hombros y arquearon las cejas.

—¿Alguién tiene una tiza? —preguntó Andrés.

Nikolai fue detrás de la barra del bar, se agachó y regresó con una tiza. —Aquí tienes.

—Dejadme un hueco por aquí en el suelo... no, este suelo no es bueno para dibujar.

Se dirigió a la puerta del bar y se sentó lentamente en el suelo de la acera iluminada por una farola. Los jóvenes asomaban detrás suya y por la ventana. Con esmero, dibujó la A de anarquía y la rodeó de un círculo. Se levantó y dijo:

—Aquí la tenéis.

El joven preguntó de nuevo — ¿y de dónde viene ese símbolo? Nunca lo había visto.

—Bueno, hace tiempo que en Axarquía abandonamos los símbolos políticos de antaño, ya no son necesarios. Pero este tiene una historia, o más bien tiene algunas historias. Cuentan que existían grabados alquímicos del siglo XVII en los que ya aparecía este símbolo. Se dice que sus primeras apariciones, con la forma que os dibujé, se dieron en los cascos de algunos milicianos anarquistas durante la Guerra civil española... pero no está muy claro. Para algunos anarquistas el círculo simbolizaba la unidad, el orden que no necesita de autoridad... solo los no anarquistas pudieron vincularlo al caos y al

desorden, no entendían nada o les daba miedo entender. La letra A es la primera del alfabeto y con la que comienza la palabra anarquía en muchos idiomas, sencilla de reconocer internacionalmente. Bueno, esta es mi explicación. ¿Cómo lo ves tú Nikolai?

—Lo que veo es que si no sigues con tu historia yo sí me voy a quedar dormido y mis ronquidos no os van a dejar escuchar nada —los jóvenes comenzaron a reír a carcajadas.

—Tú siempre tan iconoclasta. Está bien... continuaré.

Nadie sabe con certeza cuál fue la causa de aquello que nos llevó a Axarquía. Algunos culpan a los inesperados efectos secundarios de las vacunas distribuidas masivamente para combatir al “sarampión atípico”, e inaugurar la denominada como “nueva normalidad”. Otros dicen que fueron científicos anarquistas infiltrados en las empresas farmacéuticas o en los centros médicos de distribución de las vacunas, los que inocularon una sustancia que provocó “la alergia”. También los hubo que atribuyeron esto al “sarampión atípico” y no tanto a las vacunas, ya que solo el sesenta por ciento de la población mundial las había recibido y casi todos, con la excepción de un pequeño grupo que ahora vive en la isla de Barbaria o, como le llaman ellos, en el país Demos, desarrolló la alergia. Nunca sabremos cuál fue la causa, pero sí la consecuencia y sus síntomas. En poco menos de un año, desde que fue controlado el “virus”, casi todos los seres humanos a lo largo y ancho del planeta que vivían en un sistema capitalista y eran ciudadanos de un Estado acabaron con ambos para poder sobrevivir.

En Móstoles, antes de la alergia, la vida seguía igual al periodo previo a la pandemia. Quedaron algunas prácticas de la época del “virus”, pero casi todas, con el tiempo, se fueron desvaneciendo. Al principio era difícil, menos para algunos asiduos, ir al bar a tomar una caña sin miedo. Observábamos los vasos, las manos del camarero, los platos de las tapas con incertidumbre. Pero los apretones de manos, las palmaditas en la espalda, los puñetazos amistosos en el brazo regresaron al ecosistema del bar. A mí me costó un tiempo comer o tomar algo fuera de casa, incluso cuando ya no había más casos de “sarampión atípico” y se convirtió en una enfermedad endémica, o sea una enfermedad con brotes esporádicos en los países y regiones más pobres que no habían recibido la vacuna o esta no era de buena calidad.

Yo iba y venía de Móstoles a Lavapiés algunos fines de semana para ver a mi madre y a los pocos amigos que me quedaban en el barrio. A Toñi, mi

madre, le gustaba ir a visitarme a Madrid e ir a un museo, al cine o a comer algo por la gran ciudad. Le acaban de obligar a prejubilarse antes de la edad establecida para ello, y aunque no estaba muy de acuerdo con la obligatoriedad de la decisión no quedaban muchas alternativas y además llevaba treinta y cinco años en una cadena de montaje de teléfonos y quería descansar. Sus manos estaban doloridas y su vista no era la de antes. Toñi me decía que treinta años atrás no se hubiesen atrevido a obligarles a algo así, los directivos se escondían bajo la mesa cuando iban a hablar con ellos, pero ahora hacían lo que querían, el obrero, si todavía alguien se atrevía a serlo, no tenía ninguna capacidad de negociación. Bromeaba con una frase que describía esta situación: “contra Franco vivíamos mejor”. Lo positivo, según ella, es que ahora tenía más tiempo para disfrutar de las cosas que le gustaba hacer, como ir a los museos y pintar.

Mi situación laboral, como la de muchas otras personas de mi edad, no había mejorado. Seguía a medio tiempo en la ONG, aunque en la práctica era casi un voluntario, y con las encuestas telefónicas que me daban de comer y me permitían pagar el alquiler. Uno de aquellos días tuve una discusión con la jefa del Call Center, quería despedir a una compañera de trabajo que se ausentó por un problema de salud y acabamos siendo despedidos los dos. Según explicaba mi compañera, lo que le ocurrió fue aterrador, nunca le había sucedido algo así. Le pasó cuando volvió a casa después de hacer unas compras en el supermercado. Vivía sola y se acababa de comprar el piso, en el ascensor se encontró con una vecina, conversaron y cuando fue a sacar las llaves de su bolso sintió un extraño calambre en la mano que la obligó a tirarlas al suelo. Su vecina le preguntó si estaba bien y ella asintió algo perpleja. Recogió las llaves del suelo y nuevamente experimentó aquel calambre que ahora identificó como ardor. Las dejó caer de nuevo y se lo contó a la vecina. Observaron con detenimiento las llaves y sus manos, aparentemente no había nada inusual, su vecina titubeando las recogió del suelo e hizo ademán de entregárselas, pero cuando estas rozaron sus dedos de nuevo se repitió el fenómeno. Con angustia, le pidió a su vecina si le podía abrir la puerta de su casa y acompañarla, lo cual hizo. Al cruzar el umbral, comenzó a sentir mucho calor y una presión en el pecho que la ahogaba. Su vecina la observaba estupefacta, titubeando con las llaves en su mano. La tomó del brazo, salieron de la casa y la llevó al hospital más cercano. Allí le diagnosticaron un trastorno de ansiedad con un cuadro agudo de

claustrofobia. Todavía no había podido regresar a su casa, se estaba quedando en el piso de sus padres. Este fue el primer caso que alguien me relató directamente, pero había escuchado otros y en pocos días ocurrirían muchos más.

Mi compañera de trabajo no me agradeció el noble gesto de salir en su defensa, es más ni si quiera me dirigió la palabra pensando probablemente que yo era el culpable de su despido. Si antes del “virus” tener trabajo era algo que se debía agradecer, desde la pandemia aquellos que lo conservábamos, por muy precario que fuese, debíamos mostrar una absoluta sumisión y pleitesía a nuestros empleadores. Así funcionaba el sistema; opulencias a costa de otros que uno nunca ve, crisis y deudas, agradecimientos por poder sobrevivir, y culpabilidades por querer habitar el mundo con un mínimo de dignidad. Ahora yo debía encontrar otro trabajo o acabaría igual que ella, expulsado de mi casa pero por no poder pagar el alquiler. Aquella noche, cuando encendí mi ordenador para revisar los mensajes, mi teléfono móvil seguía siendo del pleistoceno, vi uno de Laura. Me saludaba de manera bastante formal, me preguntaba qué tal me iba y me hacía una propuesta laboral:

... No es nada del otro mundo. Estoy dirigiendo un proyecto sobre “percepciones del ‘sarampión atípico’” y necesitamos buenos entrevistadores. Sé que tienes mucha experiencia en esto, y además siempre has tenido una muy buena capacidad de analizar el comportamiento humano... (era la primera noticia que yo tenía de ello, pensé) te pregunto si te gustaría colaborar en el proyecto. Se trataría, básicamente, de hacer entrevistas a personas que han sufrido el “sarampión atípico” y algún repentino episodio de claustrofobia. Nosotros, desde la universidad, te proporcionaríamos los contactos y tú solo tendrías que hacerles las entrevistas. Si te parece bien, nos tomamos un café uno de estos días y te cuento con más calma. ¿Cómo lo ves? Espero tu respuesta.

Un beso.

Laura

Pasaron varias ideas por mi cabeza al leer el mensaje de Laura, y no todas eran buenas. ¿Se trataría de un pretexto para reanudar el contacto? ¿No tendría a otro y me lo propuso a mí? Sea como fuere, el estudio parecía interesante y yo necesitaba el trabajo. Le contesté agradeciéndole la

propuesta y aceptando su invitación para tomar un café. Respondió un mensaje muy breve pero inmediato, con una hora y un día de la semana siguiente “o sino en tres semanas”. Acepté la fecha más cercana.

Santi reapareció un día inesperado de esa semana. Llamó a casa de mi madre y dejó un número de teléfono móvil para que lo contactara. Hablamos poco por teléfono y le insistí en que nos viésemos. Él, en principio, desistió ya que decía que prefería evitar meter en problemas a los amigos. Yo le dije que no sabía de qué me estaba hablando ya que no veía la tele. Quedamos en el Achuri de Lavapiés, una cooperativa que era el corazón de los bares alternativos en la cada vez más gentrificada calle Argumosa.

—¿Dónde te habías metido tío? —le dije nada más verle mientras le daba un abrazo.

—Hola Andrés. Acabo de llegar hace poco de India. Estaba en un áshram aprendiendo a meditar y con clases de sitar, en Bombay —me dijo con su habitual expresión calmada y asertiva.

—Pero Santi, si apareciste en los telediarios como “se busca”, hasta estaba escrito tu nombre —dije yo en voz baja mirando nerviosamente hacia los lados.

Comenzó a reír, con su risa pausada y algo contenida. —Se debieron confundir de persona. Son unos cachondos.

—¿Y cuándo llegaste? ¿No has tenido problemas por esto?

—Estuve allí casi un año y medio. Llegué la semana pasada, y, por cierto, vi tu correo y supe que estabas en Madrid. Tuve bloqueada la cuenta un tiempo, hasta hace poco. Mis padres me habían contado lo de mi foto en la televisión y decidí regresar a España. Traté de ir a un consulado o a la embajada de España en India, pero nunca lo logré porque estaban cerrados. En el aeropuerto fue todo muy extraño. Cuando pasamos por la aduana en Bombay y en Madrid no había nadie, nos dejaban pasar a todos sin preguntar. En India había un letrero colgado, pero no entendí nada de lo que decía. En Madrid nadie nos dijo nada, ni siquiera había policías en el aeropuerto... y se supone que vigilan las listas de pasajeros, quizá ni saben que estoy en España.

—Qué fuerte —dije— y tú tomándote unas cañas tranquilamente —los dos empezamos a reír.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿que me ponga a gritar? —seguimos riendo— lo mejor es dejarlo pasar, como si no me hubiese enterado...

—No es mala idea. Y ahora que lo dices, hace unos días que no veo maderos en la calle. ¿Se habrán esfumado?

—Parece que no hay muchos. Estarán de vacaciones. Cambiando de tema, te traje algo —Santi sacó una pequeña bolsa de cuero y de esta un diminuto elefante labrado en hueso en cuyo interior había otro elefante.

—Gracias tío. Es muy bonito, está muy elaborado...

—Lo compré en Goa.

—¿Y cómo es la India? Cuéntame... —Mientras hablábamos yo esperaba que en cualquier momento apareciese un grupo de geos con pasamontañas y nos llevasen esposados a comisaria. Pero nada de eso ocurrió. La tarde fue apacible, dimos un paseo por mi calle, le enseñé dónde vivía y después pasamos por la filmoteca a echar un vistazo al programa. Santi fue quien me introdujo a Lavapiés años atrás, y paseando por el barrio con él tenía una extraña sensación, como quien le enseña a alguien aquello que él te enseñó desde un nuevo ángulo que ambos aceptan como novedoso. Santi y yo éramos de Móstoles, o más bien de Madrid pero criados en Móstoles, y también ahora de Lavapiés a pesar de las preguntas de las que nadie podía escapar..., ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí?, ¿y antes dónde vivías? El lugar en el que creciste digería al lugar de nacimiento y el de nacimiento se unía con aquel en el que crecías cuando confluían en una trayectoria común. Ser de Móstoles era ser “del más allá”, de un lugar “al que nunca he ido”, “del barrio de los coches tuneados”, tener no solo un origen plebeyo, sino también de extrarradio. Y sin embargo, en Lavapiés estos orígenes e intentos de conversión no eran infrecuentes. Si para algunos coterráneos aquellas preguntas georreferenciadas requerían de ciertos malabarismos desde la nueva identidad cosmopolita, para Santi y para mí la respuesta era la inversa. Defendíamos con orgullo de clase nuestra identidad periférica, sin saber que muy pronto el centro imaginario al que se aferraban aquellas preguntas nadie lo volvería a habitar.

Aquella tarde acompañé a Santi hasta la parada del metro y allí presenciamos una extraña situación. Una furgoneta de la policía nacional, que observamos con desconfianza, estaba aparcada en la plaza de Antón Martín, en la acera del Teatro Monumental. No muy lejos, unos chicos repartían panfletos de un colectivo antifascista denominado Frente Popular; cogimos dos, que llamaban a una movilización por los presos políticos en el país encarcelados gracias a la ley mordaza, una ley que reprimía la libertad

de expresión: “concentración en sol el sábado 19 de mayo en solidaridad con los presos políticos en España” y abajo una cita de Karl Marx:

El capital experimenta horror por la ausencia de ganancia o por una ganancia muy pequeña, como la naturaleza siente horror por el vacío. Si la ganancia es adecuada, el capital se vuelve audaz. Un 10 % seguro, y se lo podrá emplear dondequiera; 20 %, y se pondrá impulsivo; 50 %, y llegará a la temeridad; por 100 %, pisoteará todas las leyes humanas; 300 % y no hay crimen que lo arredre, aunque corra el riesgo de que lo ahorquen. Cuando la turbulencia y la refriega producen ganancias, el capital alentará una y otra. Lo prueban el contrabando y la trata de esclavos. (“El Capital” Capítulo XXIV)

En ese momento se abrieron las puertas del furgón policial y, de un brinco, salieron cinco policías que empezaron a girar sobre sí mismos, como en la coreomanía, y a pisotear el suelo. Trataban de reprimir sus alaridos de dolor con una expresión que entrecruzaba la seriedad con la desesperación. Uno de ellos comenzó a quitarse la camisa del uniforme y los demás lo siguieron. Poco después los pantalones y se quedaron en calzoncillos y en camiseta de tirantes. Trataron de correr al interior de la furgoneta y no tardaron ni dos segundos en regresar a la calle con expresión de pavor. La gente que caminaba por la calle, incluido nosotros, hicimos un coro no muy cercano alrededor. Uno de ellos empezó a gritar “¡qué cojones miran! Circulen, circulen”. A los cinco o diez minutos llegaron varias ambulancias y coches de policía y se los llevaron de allí.

“Desde que finalizó la cuarentena por el ‘virus’ que afectó a gran parte de la población mundial”, me explicaba Laura, “eran comunes los cuadros de fobia o del denominado como estrés postraumático. En un principio se pensó que estas manifestaciones, cada vez más frecuentes, estaban relacionadas con ello. Muchas personas, cuando ya se disponía de la vacuna, decidieron no regresar a la “nueva normalidad” y se quedaron una temporada encerradas en sus casas. Pero a medida que pasaba el tiempo se tenían más preguntas que respuestas. Las personas que lo sufrieron al comienzo no respondieron a los tratamientos prescritos para las fobias, y tras múltiples intentos de hallarle un nombre y un sentido, se tuvo que admitir que nos encontrábamos frente a un nuevo fenómeno. Lo que no se sabía era mucho, pero se comenzaban a delinear algunos patrones de comportamiento: no se trataba del “sarampión

atípico”, eso era un hecho. A veces está relacionado con espacios cerrados, como casas o coches, y con espacios y uniformes oficiales, afectando especialmente a los policías, a los militares y a los políticos. Se empieza a observar el mismo fenómeno en los bancos y en los cajeros automáticos”, concluyó Laura. Estábamos en la parte de arriba de una cafetería de Ópera, un lugar tranquilo y con un prodigioso pastel de chocolate. Laura me mostraba en su teléfono videos de otros países, algunos de los cuales circulaban por las redes sociales, en los que la gente huía despavorida de las sucursales bancarias o abandonaban las sesiones del congreso de los diputados brincando unos sobre otros y emitiendo alaridos.

—Esto es muy extraño Laura. ¿Qué relación tienen las casas, los bancos, los uniformes de los policías y el congreso de los diputados?

—Yo tengo una hipótesis. Bueno, no se me ha ocurrido a mí, en realidad es algo de lo que se comienza a hablar y que yo, y otros, estamos tratando de explorar. Puede haber un rechazo corporal generalizado a los espacios cerrados, lo cual incluye las ropas ceñidas como los uniformes, teniendo en cuenta las condiciones de encierro que vivimos el año pasado y el miedo inconsciente a que regrese.

—Muy interesante. Pero, ¿y por qué no le pasa a la gente que lleva uniforme pero no trabaja para el Estado? Por ejemplo, no sé ¿a los alpinistas?, ¿o a las guardias de seguridad privada?

—Todavía no lo sabemos Andrés. Por eso es importante esta investigación. Para descubrir los posibles patrones que subyacen a este fenómeno, que tal vez sea un síndrome cultural.

—Vale, ¿y qué se supone que tendría que hacer?

—Todo va muy rápido. Tenemos una pequeña base de datos epidemiológica y, por ahora, parece que no afecta a un sector concreto de la población en función de su género, de su edad o de su estatus económico. Pero no sabemos si hay otras características que se nos escapan. A partir de esto, y por contactos, hicimos una lista de posibles personas a entrevistar incluyendo a algunos que han vivido este tipo de experiencias, así como manifestaciones del “virus” antes de que se declarase la pandemia mundial.

—¿Por ejemplo?, ¿qué tipo de personas son?

—¿Te acuerdas, en la época en la que nos conocimos, de aquel episodio de cuarentena en un pueblo de Extremadura?

—Claro, ¿cómo no me voy a acordar? Las Minas de no se qué... se llamaba, ¿no? —Me hice el despistado.

—Eso es. Pues algunos participantes son de allí, otros forman parte del famoso, y quizás mítico, Consejo de ancianos, y otros son personas normales y corrientes... como nosotros o como mi hermano.

—Qué fuerte... ¿también tengo que entrevistar a tu hermano?

—Nada es obligatorio, pero él es un buen candidato y además os conocéis.

—¿Por lo de su alergia en la piel?, ¿es eso?

—Sí. Es la primera persona que yo conozco con estas manifestaciones antes de la pandemia... aunque claro, es lógico, se trata de mi hermano.

—¿Y de los ya extintos chicos del COVID no hay nadie? —dije con una sonrisa sarcástica.

—Tal vez... pregúntale a él. —Me quedé pensativo. ¿Por qué a él?

—¿Y cuántas entrevistas tendría que hacer?

—No muchas, cada entrevista dura una hora aproximadamente, serían unas treinta o cuarenta, todas en Madrid, y te pagaríamos bien.

—Gracias. Una última pregunta. ¿Quién financia este estudio?

Laura se quedó callada unos segundos, tomó un sorbo de su café, comió un trozo de pastel y contestó. —Son fondos de la Unión Europea. De repente hay mucho interés por financiar investigaciones en ciencias sociales relacionadas con esto. Mi departamento de Antropología ha recibido más dinero en los últimos meses que en los veinte años de su existencia.

—Vaya, qué interesante. Pues pongámonos manos a la obra.

Las entrevistas empezaban en tres semanas, pero algunos acontecimientos inesperados obligaron a redefinir quienes serían los entrevistados y su inicio se prolongó. Afortunadamente pude hacer un dinero extra con trabajos puntuales en las tardes y pagar el alquiler. El propietario de mi apartamento me dijo que no me iba a perdonar un día de retraso, tenía doce propiedades, pero en dos de ellas sus inquilinos huyeron despavoridos, y sin avisar, y no quería perder un solo euro más. En cuestión de pocas semanas, a los fenómenos mencionados que experimentaban algunas personas se sumó, de forma masiva y a lo largo y ancho del globo, la “alergia al dinero”. Nadie se atrevía a llamarlo alergia, pasaron todavía muchos meses para que lo denominasen como tal y se empezase a hablar de “alergia al dinero”; y para que algunos atrevidos que trataban de vincular esto con la claustrofobia en los bancos y en las casas lo señalasen como “la alergia a la propiedad

privada”. La primera vez que lo experimenté fue con varias monedas de euro y algunos céntimos que tenía en el bolsillo. Estaba contando cuánto dinero tenía mientras hacía la fila para comprar el pan, iba a llegar muy justo para la comida aquel mes, cuando comencé a sentir que las monedas se calentaban, como si las hubiesen metido en un horno, y acabé lanzándolas contra el suelo. El tendero y los demás clientes me miraron sorprendidos, mientras yo observaba las monedas, mi mano y el horno del pan que estaba en una esquina y emitía algo de calor. No pasaron ni cinco segundos para que otro cliente tirase su monedero y varios billetes al suelo. Estas reacciones comenzaron a ser comunes, hasta tal punto que se empezaron a usar trapos y pinzas de plástico para manipularlos ya que nadie podía tocar un billete o una moneda sin que le saliesen ampollas, pero de poco sirvió. Lo mismo sucedía con las tarjetas de crédito o de débito. Como si la naturaleza de la alergia se modificase a medida que se tomaban vías de prevención para contralarla, su sola proximidad provocaba la reacción de ardor, un calor desmesurado e incluso en algunos casos de asfixia, como contaban aquellos que salían corriendo del banco o de sus casas. Se decidió desinfectar todas las monedas del mundo, sin resultado. Después comenzaron a utilizar trajes inífungos, caretas de soldador, nada funcionaba. Incluso si llevabas dinero o una tarjeta en la cartera, metida en el bolsillo del pantalón, podías sentir su cálida y amenazante presencia sobre tu muslo. Se trató de crear un sistema global de transferencias eliminando los pagos en metálico y con tarjeta, pero cuando alguien trataba de hacer la transferencia la reacción era similar, el botón de la máquina abrasaba. Pero no todos lo experimentaban. Algunas de las personas inmunes a la alergia pensaron en crear grupos solidarios de ayuda al capitalismo haciendo acopio del dinero que los otros no podían utilizar, pero de poco servía si no lo podían vender, prestar o regalar a otros. Las criptomonedas y los metales preciosos perdieron su valor de mercado. Mientras tanto, las fuerzas del Estado cada vez eran menos, sin uniformes, sin pistolas, sin placas, ni nada que los pudiera identificar... ¿qué sentido tenían en el mundo? Las unidades de quemados estaban llenas de policías que no desistieron de su profesión y de patriotas que pidieron prestados los trajes de policía, o inventaron otros, para hacer su trabajo. La alergia iba más allá del símbolo, incluso las armas se volvían inmanejables. Los soldados del ejército sufrieron una suerte similar, desertaron. Los políticos hacían sus plenarias en el césped de los parques. Tenían guardaespaldas, pero vieron

que, en un espacio público, era muy difícil apartar a los vecinos que también querían participar. Además, sin los faustos del Congreso o del Senado, iban perdiendo credibilidad. Pero ¿y por qué estas instituciones también provocaban alergia? Nadie podía responder a ello. La estrategia que adoptaron fue incorporar a los viandantes a sus discusiones, lo cual alargaba las reuniones y exigía desarrollar estrategias a las que no estaban habituados. Por ejemplo, un vecino preguntaba si el dinero destinado al nuevo rescate de las empresas y de los bancos iba a tener que pagarlo él con sus impuestos, y los políticos, como incautos colegiales haciendo un botellón, debían responder a ello. Y pese a que en un principio se prohibió el uso de móviles, nadie hizo caso y las sesiones eran grabadas por cientos de personas que las subían a las redes a tiempo real.

El propietario de mi apartamento no tuvo que hacer ningún esfuerzo para expulsarme de la casa por mis últimos retrasos en el pago del alquiler. Fui expulsado de mi casa por mi propia casa. Estaba leyendo *Opus pistorum*, con su portada rosa de la “sonrisa vertical”, cuando de repente, como si se tratase de un incendio invisible, comencé a sentir un extremo calor que no me dejaba respirar. Pensé que me estaba excitando demasiado y que lo mejor era cambiar a una lectura más pudorosa, la dejé en el sofá, busqué una Biblia inexistente en mi librero y aquello no cambiaba, estaba siendo consumido por la bocanada de un dragón. No tuve casi tiempo ni de ponerme las playeras. Sudando y caminando en zigzag, salí de la casa rumbo a Móstoles. Santi me ayudó a hacer la maleta al día siguiente, mientras yo le daba indicaciones desde el umbral.

En la época del “virus”, los comportamientos transgresores eran relativamente sencillos de explicar o controlar desde un punto de vista psicológico, judicial o cultural, y a fin de cuentas podían ser tratados con unas pastillas, con una terapia cognitivo-conductual o con medidas de control poblacional. Aunque dichas medidas no siempre cumpliesen, a simple vista, con su propósito, la explicación finalmente recaía en la desviada conducta o percepción de cada individuo, o se le atribuía a un grupo de riesgo al cual uno podía o no pertenecer, o a sus erróneas creencias y prácticas culturales. Pero cuando lo que provocaba la reacción era el dinero o la propiedad privada, darle un sentido que volviese intocable al capitalismo, era más complicado. El vínculo entre la causa y el efecto se hicieron demasiado estrechos. Los telediarios, la prensa, los blogueros a sueldo ya no sabían qué

decir. Al principio cumplieron con las líneas editoriales y transmitieron los mensajes de furibundos escritores, banqueros, políticos, futbolistas... culpando a los países comunistas, a los populismos de izquierdas latinoamericanos, a Irán, a China e incluso a los zapatistas... mientras amenazaban con estrambóticas invasiones. Unas semanas después, cuando ya nadie recibía dinero por su trabajo, se ataron la manta a la cabeza y llegaban tarde al plató, el hombre del tiempo y la reportera del telediario se tomaban unos vinos, haciéndose arrumacos, mientras alguien gritaba furibundo detrás de las cámaras. Con el tiempo, los periódicos dejaron de editarse, las *fake news* desaparecieron, por muy patriota que uno fuese nadie quería dedicar su existencia a servir a otro sin una compensación económica, un enchufe o una recomendación. Pero... ¿para qué te iban a recomendar? ¿Y dónde te iban a enchufar? ¿Recibir dinero? ¡Ni de lejos! El cuarto poder se convirtió en un cuarto trastero lleno de telarañas.

La tundra siberiana estaba más concurrida que el IBEX 35, Wall Street o la City de Londres. Muchas personas decidieron refugiarse en la religión, y algunos padres y pastores exorcizaron billetes de diez euros uniendo sus fuerzas en una estéril cruzada intercredo. Pero las iglesias, a falta de incentivo espiritual, terminaron cerrando al igual que las fábricas y los centros comerciales. Y todo apuntaba a que esta vez no se trataba de un cierre provisional, como en la época del “virus”. Si algunos pensamos que el fin del capitalismo y de los Estados sería un apocalipsis zombi, a la sombra de una nube con forma de hongo, no podíamos estar más equivocados. Ambos pasaron a mejor vida de manera no solo apacible sino incluso irrisoria.

La gente decidió intercambiar, era la única forma de sobrevivir. El valor de cambio se acababa de extinguir, tan solo quedaba el valor de uso, el trueque y la ayuda mutua. En los barrios obreros funcionó ya que estaban más acostumbrados a compartir las penurias, especialmente durante el periodo del “virus” y la ola de despidos y cierre de fábricas. Algunos vecinos en Móstoles habían realizado pequeños experimentos hortícolas en sus terrazas y comenzaron a intercambiar sus frutos, lo cual sirvió de entrenamiento para pasar a hacer huertas en las azoteas de los edificios y en los parques y aparcamientos de tierra. Como consecuencia de la expulsión de nuestras casas que vivimos todos y cada uno de los que teníamos una, comprada o en alquiler, era difícil residir en ella solo y que hubiese alguna casa vacía. En un principio todos queríamos vivir provisionalmente en otra casa y que la

nuestra estuviese vacía esperando plácidamente nuestro regreso. Pero como la alergia no mermó, y nadie podía permanecer en “su casa” lo más factible fue intercambiarlas, así como los huertos en las terrazas, azoteas y aparcamientos. Un fenómeno peculiar que nos permitió aclarar la naturaleza de esta alergia es que podíamos vivir en casas ajenas, pero era imposible que estas se volvieran nuestras. No faltó el oportuno que pasó del humilde agradecimiento por la hospitalidad, en aquellos momentos adversos, a aprovechar que el dueño de la casa de acogida no estaba y adueñarse de ella. El efecto era el mismo, una intensa bocanada de dragón borraba su presencia de aquella casa en menos de un minuto. Algo similar comenzó a ocurrir con los propietarios de la tierra, y, en consecuencia, cuando un grupo pretendía hacerse dueño de un terreno o territorio abandonado por otros corrían la misma suerte. Podían estar allí, construir una comunidad, recibir a otros, pero en el momento en el que alguien ponía la primera piedra del muro, una fastuosa llamarada de calor surgía del corazón de la tierra y les obligaba a saltar del otro lado de aquella piedra solitaria, abocándolos al exilio del no propietario, que a fin de cuentas se había convertido en la más común de las condiciones humanas.

Las rencillas entre vecinos, los intereses y resentimientos mezquinos, el sentido de la ganancia a pesar del mundo, fueron desapareciendo aplacados por un horizonte común en el que nadie podía prescindir del otro para sobrevivir. Si algunas de estas diferencias estaban justificadas en el nacionalismo, o en el regionalismo o en el vecinalismo, la imposibilidad de la propiedad volvía difusas las fronteras, al menos aquellas inspiradas por el Estado nación.

En una tarde de verano de aquel periodo, de colores parecidos a la que nos llevó a la azotea muchos años atrás, quedé con Paula en nuestro antiguo barrio de Móstoles. Queríamos recordar viejos tiempos, y acaso reinventar algo nuevo. En la casa de mi madre vivían unas amigas suyas y mi madre estaba en la casa de ellas, compartiéndola a su vez, con unas chicas mexicanas entusiasmadas por el nuevo rumbo que estaba tomando el mundo. Yo vivía en la casa de Santi, que ya no era de Santi; Santi en la de Laura, que ya no era de Laura; y Laura en la de un chico con el que salía desde unos meses atrás, el cual vivía en la de otro amigo. A partir de aquella tarde Paula y yo nos vimos con más frecuencia. Mis sentimientos al estar con ella habían pasado de la añoranza, acompañada de una escurridiza culpabilidad, a la

atracción física y sentimental. Si aquello que nos unía era un impreciso pasado, nuestra mirada no podía recorrerlo de otra forma que hacia el futuro.

A cada semana que transcurría, el barrio era otro. Ahora muchas terrazas estaban llenas de banderas, algo común a partir de la época del “virus”, pero pocas eran como las que yo conocía. Había banderas que se parecían a las de España, pero en realidad eran estéticamente más cercanas a las de los independentistas de Castilla, y otras eran las de Móstoles, pero tenían dibujado el parque de su antiguo barrio que ahora era un huerto. Aquella tarde con Paula, escuchamos risas y gritos de festejo en la azotea de nuestro antiguo bloque. De una esquina cayeron varios confetis, revoloteando como copos de nieve suspendidos en el aire, y fueron empujados por el viento hasta nuestros pies. Se trataba de una boda. Durante un tiempo, fueron frecuentes las nuevas parejas, y muchos matrimonios eran oficiados en las azoteas de los edificios por las comunidades de vecinos y en presencia de un rústico espantapájaros que protegía la huerta. Las personas nos aferrábamos a aquello que nos resultaba familiar sin saber que era precisamente esto lo que nos llevaba rumbo a lo desconocido.

Las experiencias masivas de la educación en los hogares durante la pandemia, que muchos padres recibieron con poco agrado, se convirtieron en un buen ejercicio para el músculo de la educación comunitaria. Con la alergia, las escuelas y las universidades públicas y privadas habían cerrado. Los cambios de residencia frecuentes ocasionados por el aprendizaje del desapego a la propiedad y al territorio, impulsaron una forma de interacción comunitaria itinerante de algunos niños a partir de grupos que se desplazaban con varias familias, al estilo de los denominados *travelers*. Se construía sobre aquello que se conocía, y se conocía mientras se construía. Esta y otras experiencias en la mayor parte de la población no tenían un carácter ideológico, sino más bien pragmático. No había otra forma de aprender que a través de la práctica y esta para muchos se asentaba en la extraordinaria necesidad de apertura hacia lo diferente, cuando lo extraordinario se había convertido en algo parecido a la rutina. En dichas circunstancias la mejor manera de sobrevivir era convirtiendo a lo conocido en extraño y a lo extraño en conocido. Los espacios, las relaciones e incluso el propio concepto de familia también estaba cambiando. Las nuevas necesidades materiales y la ausencia de un marco moral y de derecho que legitimase un modelo de familia frente a otro estaba reinventando aquello que se llamaba familia. De

manera similar a lo que pude observar cuando viví en Chiapas, las familias empezaban a estar compuestas de varias madres, los tíos y los primos comenzaban a ser significativos y uno podía tener primos hasta en tercer o cuarto grado con los que debía mantener el contacto, e incluso saber quienes son. En un mundo como en España donde la gente casi no hablaba ni con sus hermanos, estos cambios, para algunos, implicaron indagaciones profundas sobre su genealogía. Otros simplemente reinventaron su parentesco a partir de fabulosas historias que los unían con un vínculo consanguíneo a imagen y semejanza de sus necesidades. Mi madre estaba muy feliz practicando su máxima de que todos éramos sus hijos e hijas y teníamos a la vez numerosas madres, ya que esto abolía incluso el vínculo clásico de poder entre madre e hijo. Con el tiempo, y casi sin que nos diésemos cuenta, cualquier tentativa de acumular poder, por ejemplo, de emular a una figura de autoridad, comenzaba a ser mal vista y era sabotada por el miedo a la alergia hermanado con el impulso de la imaginación. Los simpatizantes del anarquismo, como mi madre y yo, asistíamos impávidos al viraje que el mundo estaba tomando, no necesitamos panfletos, ni mítines, no había que convencer a nadie, la historia de la humanidad transcurría por su benigno cauce natural.

Para contaros cómo llegamos a Axarquía, es necesario que me detenga en explicar cómo surgieron Libertats y Barbaria. No se pueden entender de forma aislada, el mundo y los mundos nunca han dejado de ser interdependientes.

Mientras que en la ahora Axarquía la alergia boicoteaba cualquier tentativa de propiedad privada y de concentración del poder, hubo un grupo de personas que nunca la experimentaron, mientras otros se inmunizaron con el paso del tiempo. Muchos de los primeros, no todos, frustrados por la censura de un sentido común que consideraban primitivo e incivilizado, decidieron autoexiliarse a una isla en la que pudiesen conformar una sociedad capitalista, denominada por ellos como Demos, o Barbaria para nosotros. Pero a medida que vivían en Barbaria, comenzaron a desarrollar la alergia fuera de su territorio, sus planes colonizadores, que consideraban a su país como una plataforma para invadir Axarquía, se vieron frustrados. Los segundos, habitaban en su mayoría una extensa confederación de países que tenían características económicas y políticas similares al comunismo, aunque en las últimas décadas se comportaban más como una forma de capitalismo

de Estado. Aquellos que no experimentaban inmunidad alguna a la alergia, y otros inmunes que prefirieron nuestra forma de vida, se exiliaron a Axarquía. Los que quedaron dieron un nuevo viraje hacia el comunismo, en gran parte por miedo a que desapareciese su organización estatal y los privilegios que para no pocos esta implicaba. Lo cual les permitió inmunizarse ante el Estado y evitar la alergia a la propiedad privada y al dinero. Decidieron llamarse Libertats. Las relaciones con Barbaria, como bien sabéis, no son fáciles, pero tampoco lo fueron entonces. Nos declararon sus enemigos perpetuos. Y como ellos no podían invadirnos, depositaron las esperanzas en las generaciones venideras, pero fue en vano. Sus descendientes, al igual que los de Libertats, solo heredaban la inmunidad al “virus” en la medida en la que permanecían en Barbaria, por lo que decidieron colonizar el espacio extraterrestre mientras esperaban una solución que les permitiese arrasarnos. Libertats, con mucha más población, mostró una actitud hostil en un principio, declarándonos incluso una, denominada por ellos, guerra revolucionaria, y a medida que pasó el tiempo y por razones prácticas fue cambiando por otra actitud más conveniente de colaboración. Ahora incluso, pero esto lo explicaréis mañana, tienen interés por conocernos y están motivados, según ellos, por la intención de dar un paso político hacia Axarquía (Andrés me hizo un sutil guiño de ojo).

Pero regresemos a Móstoles, cuando todo esto comenzaba a ocurrir. Una semana antes de ser expulsado de mi casa por mi propia casa, Laura me llamó y me dijo que, debido a la incierta situación actual, les habían cancelado los fondos para la investigación y ya no se podrían hacer las entrevistas. Como si hubiese estado esperando aquel momento desde tiempo atrás, le contesté que era una pena pero que así era la vida. Ella se disculpó, me preguntó apresuradamente que cómo me iba y no hablamos mucho más. Al cabo de unos días decidí que era hora de comenzar algo que siempre había querido hacer y que pocas veces me había atrevido a expresar, escribir un libro. ¿Y qué mejor material para ello que unas entrevistas a algunos de sus futuros personajes? En realidad, entrevistar era una de las pocas cosas que sabía hacer, y por algo hay que empezar. Fueron cuatro entrevistas, yo busqué a tres de los entrevistados y un cuarto me buscó a mí. Compré una grabadora digital de segunda mano confiando en que sus antiguos habitantes me darían fuerza en mi nuevo empeño. Lo que mis entrevistados me compartieron fue lo siguiente:

GERARDO

Estamos Gerardo y yo sentados frente a frente en la planta de arriba de la cafetería de Ópera, no hay nadie, es el ocaso de un largo día soleado. Fue una entrevista corta. Cruzamos algunas palabras de cortesía y le recordé el objetivo de la entrevista, pulsé el botón de mi grabadora. Su sonido, entre las tazas de oscuro café, incendió el atardecer y como si fuese una feroz viruta de madera lo incrustó en el recuerdo.

Me alegra verte de nuevo Andrés. Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos. No han sido tiempos fáciles para nadie, y ahora menos con estos acontecimientos tan raros que estamos viviendo. Parece que la naturaleza no nos deja ni respirar.

Ya sé que es anónima la entrevista, pero nada hay que temer. Espero que te sirva para tu libro. No podría decirte cuándo comenzó lo de mi alergia y los salpullidos, la recuerdo desde que era pequeño. Al principio pensaron que era una alergia al polen o a algún árbol, ya sabes que hay muchos en Villaviciosa. En algunos periodos ha sido más intensa, y acabé en el hospital, y en otros menos. Los momentos en los que mi alergia fue más severa se dieron en la adolescencia, principalmente, y cuando no hacía deporte. Hubo dos periodos en mi vida en los que la alergia remitió casi por completo, al menos que yo recuerde. El primero fue cuando me enganché con los videojuegos, creo que algo te conté cuando nos vimos en Chiapas. En aquella época no necesitaba las cremas que siempre acostumbro a utilizar en mis manos y brazos. La segunda fue cuando me uní a Los chicos del COVID (le echó un rápido vistazo a la grabadora). Bueno, unirme... no es la palabra, yo fui más bien un simpatizante, nunca me atreví a planear un atentado contra un vie... estee, un anciano... u otras personas. Aquello tuvo un final amargo, especialmente en las zonas obreras como Móstoles, Alcorcón... que era donde estaban la mayoría de los simpatizantes, o al menos los más visibles, los héroes del movimiento (miró nuevamente a la grabadora). Ya sabes... persecuciones, detenciones masivas, algún muerto y todo eso que ya vivimos. Pero te voy a decir una cosa, aunque me da vergüenza admitirlo, la violencia no es la solución, yo no la defiende, nadie la defendía, aunque los medios de comunicación dijese lo contrario, y sin embargo en aquella batalla generacional hubo momentos exultantes de felicidad. ¿Recuerdas la revista *Ser joven es guay*? muchos la atribuían a nuestra autoría, decían que era una plataforma para nuestra insurrección y como respuesta a ella surgió *Arrugas y civilización*. Te puedo asegurar que nadie conocía a los editores Gandalf, Bilbo y

Áragon (echó un rápido vistazo a la grabadora). ¿Sabes? Te lo juro, no conozco una sola persona que escribiese un artículo en esta revista, aunque, es verdad, muchos comenzaron a sentirse identificados con sus contenidos y especialmente con sus... ¿cómo se llamaban? “análisis... gerontocríticos”. Estos análisis nos llevaban al corazón de nuestras sociedades y familias, algo tan evidente que nadie era capaz de expresar. Y no solo eso, lo más excepcional era que se hubiese abierto una ventana, devastadora sí... pero una ventana, al fin y al cabo, para derribar un muro hasta entonces intocable. Teníamos un propósito, habíamos descubierto el origen de nuestro infortunio, por una vez podíamos cambiar el mundo. Te puedo asegurar que en ningún momento de ese periodo, y fueron muchos meses, tuve picores o salpullidos en mis brazos o manos.

A diferencia de Laura, que era una rebelde, yo siempre seguí el camino que me dictó mi familia. Fui obediente, estudioso, me eché una novia y me casé, queremos tener hijos, voy a la iglesia los domingos, trabajo en los negocios de mi padre mientras él se vanagloria de impulsar mi independencia... y, desde que me uní a la lucha lo supe, las dos únicas veces que verdaderamente rompí con los designios familiares fue cuando esta alergia remitió. Este problema de salud ha sido, quizá de una manera inconsciente, una brújula incrustada en mi piel.

(Unos segundos de pausa, el sonido de la taza de café.)

Mi padre, cuando finalizó el revuelo de Los chicos del COVID, decidió hacerme copropietario de su principal empresa de oro, es un hombre ya mayor. No sabía probablemente lo que vendría después, ¿o tal vez sí? Ahora el verdadero problema está en esta otra extraña alergia generalizada al dinero, a las casas y a no sé qué más... que nos tiene atemorizados. No sé si te ha contado Laura, está siendo un momento muy difícil para mi familia. La casa de Villaviciosa fue comprada con el sudor de la familia, con su esfuerzo, con grandes sacrificios que todos, de una manera u otra, tuvimos que hacer. Abandonarla es muy duro, mis padres ahora están viviendo conmigo en el piso de Goya que nos regalaron a Laura y a mí, ellos que siempre renegaron de la ciudad por una vida más bucólica y ahora tienen que estar entre cuatro paredes encerrados. Y para mí que llevo viviendo solo tantos años, no es fácil tampoco. Ya sé que hay mucha gente así en Madrid, pero cuando no estás acostumbrado es mucho más oneroso. Pocos dolores se comparan a la pérdida de una propiedad en la que se condensa la memoria familiar. Es como cuando alguien trata de que pierdas la fe. Dan ganas de encontrar culpables, de colocarlos en el patíbulo, de declararles la guerra. Pero esperemos que esto tenga una solución pacífica y no haya que presenciar todavía más dolor.

(Gerardo me pidió que los diez minutos restantes de la entrevista los borrara. Habló de cuando vivió en Sudáfrica y ayudó a su padre en el negocio del oro y de lo difícil que está siendo para ellos pensar que en cualquier momento tendrán que abandonar su casa de Goya.)

EL TOSTAO

Estamos en una cafetería del jardín botánico de la estación de Atocha. Es mediodía y no hay nadie sentado en la terraza, solo el Tostao y yo. El Tostao es calvo, tiene la cara rojiza, una tupida barba desaliñada, ronda los sesenta años, es de estatura baja y de aspecto fornido. Está sentado en una silla de espaldas a la pared, luce una extraña sonrisa, como si se mordiera los labios y me mira escarbando dos metros detrás de donde estoy. Parece tranquilo. No me deja grabar, pero sí que tome notas y reconstruya la entrevista.

A ver campeón. Que quede claro, si te busqué para hacer esta entrevista es porque el mundo se va a la mierda y porque te conozco, a ti y a tu amigo Pedro. Me la suda si es para una investigación o para un libro, es más... prefiero que sea para un libro. ¿Tú eres de Móstoles no? No queda muy lejos de Extremadura. Gente trabajadora la de Móstoles, y muchos migrantes extremeños y de otros lugares de España. Yo soy extremeño y a mucha honra y además vivo, por ahora, en Alcorcón. Lo que sí me sorprendió fue los huevos que tuvisteis, tú y tus amiguitos, para ir a Los compañeros a husmear. ¡Si hasta queríais venir al pueblo! (ríe) Y es que en este mundo ya no hay vida privada. Si hubiese pasado ahora, habríais recibido mis aplausos, ¡bravo! pero entonces eran otros tiempos.

Alguien me habló de este estudio y de las entrevistas. ¿También queríais meteros al pueblo a entrevistar a los vecinos? (ríe sin parar) Qué fenómenos. Lo tuyo campeón es meterte donde no te llaman. Pero ya que estamos, no te voy a hacer de guía turístico diciéndote que es mentira lo del sarampión este que ya tuvimos en el pueblo hace años... o haciendo que te acojones y te dediques a otra cosa.

(Silencio, se escucha el golpe de una taza contra la mesa.)

Siempre ha sido así. Yo tan leal, tan profesional, hasta he escoltado a ministros. Pues están equivocados, además ya ni siquiera pueden ponerse el uniforme o coger sus pistolas, y los políticos... unas niñas asustadas de no sé qué fantasma. Son unos mierdas. Es hora de que alguien los ponga en su lugar. ¿Sabes? yo también fui policía, y tuve un alto cargo. Ahora tengo un negocio de fontanería que arregla los

agujeros del subsuelo de este puto país y de otros donde me manden. Pero ya no hay agujeros, esto es un queso *gruyère*.

(Medio minuto de silencio, se escucha una tos.)

Siempre hubo algo podrido en nuestro pueblo, ¿es verdad! y me jode decirlo, no te imaginas cuánto. Bueno, no siempre, desde que murió el caudillo. Cuando él vivía aquello era un paraíso, podías dejar la puerta de tu casa abierta, nadie se iba a atrever a meterse a robar, eran cosas que no pasaban. Es cierto que algunos, allá arriba, como tenían poder y nadie les chistaba choriceaban bien a gusto, pero el caudillo no tenía la culpa, estos cabrones aprovechaban su buena fe. A él lo mantenían al margen. Luego murió y los otros, y sus hijos y nietos, se quedaron.

Nuestro pueblo está lleno de cadáveres. Cuando fue lo del “virus”, pensé que era algún bicho que salió de la putrefacción acumulada en las minas. Las minas antes estaban llenas de rojos, ahora también hay drogatas que se quedaron sin amigos ni familia que pague las deudas, algún que otro viejo rebelde del pueblo y, bueno, los aficionados a escritor que no colaboran. Sí, no te asustes campeón, los escritorzueros aferrados a sus historias que participan en el concurso y no saben que en este país solo hay una historia, escrita con heroísmo y fuego. Pero yo ya me cansé de los señoritos y sus fiestas. He visto muchas cosas desagradables en mi vida, y te aseguro que esta gente está verdaderamente loca, vienen de todas partes.... Y llevan décadas en una orgía imparable. Nuestro pueblo parece el puto basurero del país. Y no es el único. ¿Has oído hablar de la “red rural de pueblos entrañables”? Si nunca has escuchado de ellos, mejor.

(Silencio, se escucha un carraspeo de garganta.)

La mitad de nuestro pueblo siempre ha tenido aterrorizada a la otra mitad. Los que no se han ido a Móstoles o a Alcorcón y venden sus tierras a un precio de mierda, se quedan encerrados en sus casas. Solo salen durante el día para hacer las compras. La mayoría son viejos rojillos que no tienen donde caerse muertos. Esto siempre fue así, pero los años pasan y yo quería otro pueblo, acorde a los tiempos. Por eso fui uno de los promotores del certamen de literatura. Traería gente joven, con nuevas ideas... y además es que siempre he tenido a un escritor en mi interior. Pero uno no puede esperar que de frutos una huerta pintada encima de un basurero.

Nadie sabe quién da las órdenes, ni lo que en realidad se hace hasta que no te toca. Un buen día te metes en un lío y acabas debiendo más de los que puedes pagar. Es entonces cuando el curro que hacían los otros para ti, y tú para otros, lo acabas

haciendo en persona. Querían que fuese un certamen especializado en disto... no sé qué ostias. Sí, ¡distopías! Libros que se cagasen en el mundo actual y en nuestro glorioso pasado. En aquel entonces, yo no entendí que el propósito de esto no era promover el antipatriotismo, sino que los escritores nos diesen un manual de instrucciones para controlar a los revoltosos. En la primera edición del certamen discutí con uno de los organizadores, peleamos y su hijo vino a buscarme en la noche con una Star... y vaya... aquí estoy.

Para ellos yo soy el arreglador. Al principio me llamaban soldado, decían que era fundamental para la patria y todo ese rollo... pero con el tiempo a los nuevos jefes que entraron les daba igual la patria, o si les importaba era una falsa patria vendida a los maricones y a los moros. La patria comenzó en mi pueblo y se fue extendiendo hasta lugares que no te puedes imaginar. Un día era el País Vasco, un aprendiz de etarra, otra Francia, un negro alborotador de la periferia de París, y otra México, como observador internacional. En México aprendí grandes lecciones. ¿Qué hacía yo defendiendo los chanchullos de un banco que se dice español pero factura en paraísos fiscales?, ¿era ese mi sentido de la patria?, ¿y qué recibía yo con todo esto? Dinero y nada más. En España nadie es tu amigo, nadie sale en tu defensa si hay problemas, solo les importan ellos y los suyos. En México, hasta el crimen organizado es más hospitalario que en tu puto país. Es cierto que en España los arregladores convivimos con los calabreses, los rusos, los colombianos... pero es una falsa convivencia para que los de siempre hagan guita y la laven a tu costa...y cuando te das la vuelta, una puñalada. Y además, campeón, en estos viajes, aunque no soy una ONG, ayudo también a los mexicanos... que son hermanos católicos, ¡joder! Porque te voy a contar una cosa, si hay observadores internacionales en la ONU también los hay en el mundo de los arregladores, que al fin y al cabo no somos más que la base de los negocios legales. Todo esto es muy bonito, muy aleccionador, pero cuando uno se quiere retirar... me cago en su puta madre, no existe jubilación en mi trabajo. ¿Sabes lo que me han dicho después de tantos años de servicio? Tengo más de quince DNI y pasaportes distintos en mi casa y ahora me vienen con que si me salgo yo seré el próximo que acabe en la mina. Son unos mierdas.

Campeón, ya voy a terminar, no tengo más tiempo para esto. Te voy a recordar las dos condiciones que aceptaste para esta entrevista. La primera es que no vas a publicar nada de esto hasta que pasen un par de años, si este mundo sigue en pie. La segunda es que cuando tengas tu puto libro, con mi entrevista incluida, lo pongas en Internet y envíes dos copias, una dirigida al bar Los compañeros y la otra al Certamen literario de Las minas del carnero. Se van a alegrar mucho, tanto como si les dieras una patada en los cojones.

Estamos en el parque del antiguo cuartel militar de Móstoles, sentados en el césped. El sonido del chorro de la fuente del estanque acompaña la entrevista. El sol se esconde en las azoteas de los edificios de enfrente. Se escucha el claxon de un gran camión, que cruza la última ciudad dormitorio de Madrid, golpeando los focos incandescentes de las farolas por el tapete del atardecer. Por un instante me sentí transportado al pasado, a cada paso del sol la memoria convertía las gotas de oscuridad en una pepita de oro sumergida en el estanque. Puse en marcha la grabadora y la coloqué sobre mi mochila.

¿Y a mí por qué me entrevistas? (risas) En fin... todo sea por el bien de la literatura. Es verdad que soy un espécimen raro en la tierra. Nunca he tenido un episodio de esta alergia... o como la quieran llamar. Aunque sí me pegó fuerte el “sarampión atípico”, como a muchos otros. Pero de la alergia nada de momento. Nunca he sentido ese ardor al tocar el dinero, y todavía sigo viviendo en mi casa... aunque estoy pensando seriamente en irme a vivir a casa de otros para estar a la moda (risas). No es broma, lo digo en serio, veremos qué pasa. ¿Y por qué pienso yo que no he tenido nunca la alergia? Quizá tuvo que ver mi pasión por el sitar y por la meditación (rio). De verdad, los vínculos entre la espiritualidad y el sistema inmunitario son misteriosos. Como esto es una entrevista para ti y para tu novela te voy a ser sincero con lo de mi foto en el telediario y todo ese rollo. Yo pertenecía a un comando de aprendices de música tradicional india. Sí, como te lo digo, un comando. El sitar es un instrumento que pertenece a la familia de los laúdes. Es muy común en la música del norte de la India, aunque fue introducido desde Persia por músicos musulmanes en el siglo XIII. El sitar tiene de dieciocho a veintiséis cuerdas de acero y su caja de resonancia es similar a las calabazas, de hecho, las imita. Mi escuela de sitar estaba al lado de un áshram en el que practicaba meditación. La meditación... en fin, ya conoces un poco de su historia. El áshram tenía alojamiento y decidí quedarme allí unas semanas aprovechando los ahorros que había hecho durante varios años. Para mí el sitar y la meditación eran formas complementarias de un viaje interior, esa revolución inacabada de la que tantas veces hablamos porque estaba volcada en el exterior, en lo material. Yo sabía que no era muy original en mi pensamiento y cuando pasé aquella temporada en el áshram me di cuenta de que no lo era en absoluto. Pero yo no trataba de ser original, eso era lo de menos. El áshram estaba enfocado en una comunidad de extranjeros y de locales, era un áshram tradicional adecuado a este público. Los tradicionales son únicamente

templos y la gente no se queda a dormir. Aquí tampoco dormíamos en el áshram, pero sí alrededor de él. Conviví con personajes muy peculiares, todos, o casi todos, eran parte de los potentados del mundo: Un bróker de Wall Street que sufrió el racismo y la discriminación por ser migrante pobre dominicano en Nueva York y se vengó estudiando economía; un millonario comerciante de diamantes de Amberes que, con resignación, sabía que sus diamantes eran traficados desde el Congo pero tenían el sello de un país certificado por el “proceso Kimberley”; el dueño de una empresa minera mexicana apasionado por el mundo de los disfraces... ¿que cómo se llamaba? Alejandro Figueroa no sé qué...; una empresaria de Hong Kong, hija menor de una gran familia humilde, que con cuarenta años había vendido su empresa de informática de miles de empleados y decidió recorrer mundo; el fundador de uno de los grupos editoriales más grandes de España que en su pasado franquista asaltaba, con la policía, imprentas para conseguir papel y ahora se dedica a promover concursos de literatura, con temática distópica, en pueblos remotos... y yo, un *hippie* de Móstoles. También había otros viajeros, por ejemplo un profesor sueco de universidad que buscaba en la meditación la cura para algunas enfermedades, pero eran pocos. Todos tan distintos y a la vez tan similares, unidos por una visión común, la unidad espiritual por un mundo más justo. Bueno, también estaban los que buscaban follar, pero una cosa no quita a la otra. Entre la meditación y el sitar los días pasaban de forma apacible, éramos una comunidad que nos igualaba a todos, nuestra ropa era similar, nuestros pies descalzos pisaban una tierra en la que había cabida para todos, de manera pacífica y con compasión por el otro. En las noches había sesiones de teatro, yo tocaba el sitar, otros pintaban o se hacían tatuajes de henna. Todo comenzó cuando llegó Greta al áshram. El primer día que la vi fue en uno de los conciertos que yo daba en las noches con mi maestro de sitar. Estos conciertos me servían para aprender practicando y además en el áshram me hacían una reducción del precio de mi estancia por participar en las labores comunitarias. Greta habla un poco de español e inglés, es suiza y estaba haciendo con sus padres un viaje reconciliatorio, de una vida de abandono, por India. Después del concierto se acercó a hablar conmigo. Una cosa llevó a la otra y empezamos a hablar de las casas okupa de Berna, del barrio de Lavapiés, del movimiento insumiso en España y de lo opresivo que podía ser Suiza comparado con el sur del mundo. Su padre, un banquero yogui, se pasaba el día meditando y su madre, hija de un conocido relojero, pintando mandalas... y Greta y yo nos enrollamos. Sus padres no le dieron demasiada importancia, con veinte años ya era mayorcita para saber lo que hacía, pero uno de los líderes espirituales del áshram, Tomás un gringo cuarentón de cabellera rubia y que se decía indio, se lo tomó a pecho. Ya le había echado el ojo a Greta desde que llegó y quería que fuese una más de sus concubinas embelesadas por sus clases de mandalas. En esos días, aunque nos encontrábamos

relativamente aislados del mundo, algunos viajeros nos llevaban las primeras noticias de las confrontaciones entre Los chicos del COVID y Arrugas y civilización. En España, siempre pioneros en estas cosas, ya se estaba comenzando a aplicar el antiterrorismo epidémico y muchos jóvenes de los barrios obreros acababan en las cárceles. Pues bien, Greta y yo pasábamos cada vez más tiempo juntos, su padre seguía meditando y su madre pintando mandalas. Un día mi maestro de sitar me dijo que tuviese cuidado en algunos barrios de Bombay ya que las cosas estaban un poco tensas. Los chicos del COVID indios estaban alentando a las huelgas y el Consejo de ancianos, con su revista *Castas y civilización*, instigaba a la represión del Estado. En ese contexto, conversando con un amigo indio aprendiz de sitar, supe de una manifestación contra las condiciones de esclavitud en la que trabajan niños y niñas indios en las maquilas de las empresas instaladas en la zona industrial, algunas de ellas españolas. Se lo dije a Greta y fuimos a la manifestación. Rumoreaban que fue un grupo de infiltrados de Los chicos del COVID, otros que eran paramilitares del Consejo de ancianos, como sea, se desató una batalla campal e incendiaron varias maquilas de aquella zona industrial. Nosotros regresamos al áshram y en la tarde estuvimos juntos y no hablamos con nadie de esto. A las nueve de la noche di un concierto de sitar con mi maestro ante la embelesada mirada de Greta que hacía aflorar acordes insospechados de mis dedos. Al finalizar el concierto, decidí dedicar, a los numerosos compañeros de la comunidad que asistieron, unas palabras en mi humilde inglés. Si allí estaban los potentados del planeta comprometidos con el cambio espiritual, esta era la oportunidad:

Muchas gracias por estar... aquí, compartiendo energía espiritual del sitar. Esta energía está dedicada a paz en el mundo. Vivimos situación difícil y el trabajo que aquí realizamos, dirigiendo nuestras plegarias y cósmica energía a la humanidad, es muy importante para ellos y para nuestra transformación en una naturaleza más compasiva. Por esto, les quiero decir que hoy hubo una manifestación para mejorar condiciones inhumanas en cual trabajan niños y niñas en empresas occidentales en el país.

Los compañeros me observaban con los ojos abiertos de par en par. En ese momento caí en la cuenta de que no era muy habitual hablar de política en el áshram, aunque sí se utilizaban términos como la pachamama, el karma y todo esto. Yo esperaba que alguien interviniese, pero nadie lo hizo, en realidad estaban en el áshram para profundizar en su viaje interior y yo era una mosca cojonera que enviaba señales desde el planeta tierra. La mirada de Greta combatía mi desánimo con un rayo de luz. Intervino con su fluido inglés:

Compañeros, es un momento muy importante para que desde nuestro día a día, en nuestros trabajos, en nuestros barrios, en nuestras familias podamos luchar por un mundo mejor. Conocemos a los dueños de estas empresas, jugamos al *squash* con ellos. Tenemos la posibilidad de hacerlo, el cambio está en nuestras manos.

Algunos comenzaron a asentir, observando con nerviosismo a sus vecinos, y otros esbozaron un tímido aplauso. Tomás, desde la puerta de entrada al áshram, me observaba con una mirada de profundo rencor. Al día siguiente fui a la escuela a mis clases de sitar. No habían pasado ni veinte minutos cuando Greta apareció por la ventana y me hizo un gesto con urgencia para que hablásemos, me disculpé ante mi maestro y salí a reunirme con ella. Greta me dijo que la policía había ido a buscarme al áshram y que probablemente estarían muy pronto en la escuela. Tenía que huir de allí, me trajo mi mochila y algo de comida. Yo le contesté que no había de qué preocuparse, podía regresar y aclarar todo. “¿Qué habíamos hecho nosotros?”. Ella me contestó que aquella noche, después del concierto, hubo una clase de mandalas dirigida por Tomás. Nunca, desde el tiempo que ella llevaba allí, había visto a tanta gente participar en esas clases, hasta su padre dejó la meditación y se unió a su madre en aquella forma de arte. “Lo que me aterrizó es que cuando acabó la clase el mandala dibujado por Tomás y por los asistentes tenía tu nombre en el centro ‘Santi’, y más que un mandala parecían decenas de puntos de mira, con varios círculos atravesados por una cruz en medio”. Mi maestro de sitar salió de la escuela y se unió a nosotros, me preguntó si estaba bien. Le conté lo que había pasado y me aconsejó salir de allí cuanto antes. Si la policía llegaba, él se encargaría de entretenerlos. Yo me resistía, no quería separarme de Greta. Sabía que si me iba sería muy difícil que nos volviéramos a ver. Greta me dijo que me buscaría, que estaba enamorada de mí y yo comencé a llorar amargamente. Me fui.

(Se suena la nariz en un pañuelo. Detuve la grabación.)

Toñi

Móstoles, mi madre está sentada a un lado de la mesa del salón de su casa. Entre la mesa y la pared hay un par de maletas cerradas y un caballete de pintura plegado. Es de noche, las ventanas y la puerta de la terraza están abiertas. La luz ambarina de las farolas es recortada por el paso de un murciélago. Una ventana del edificio de enfrente desborda una pintura amarillenta que dibuja la silueta de un armario, una lámpara de mesa y las pequeñas escaleras de una litera. En la esquina del edificio, abajo, se escucha el bullicio en el bar, el cogote aureolado del camarero se adivina en la intensa

luminosidad de su interior opacado por el cristal. Las cervezas, al chocar contra la barra son amortiguadas por las conversaciones, por el partido de fútbol en la televisión, por la máquina tragaperras y por el serrín que tapiza las esquinas del suelo. El sonido de un camión aparcando en la calle, que rodea el parque, rebota en los edificios colándose por las ventanas abiertas. Me acerco a la mesa, me siento y enciendo la grabadora.

Se ve que no tenías a nadie más interesante para hacerle la entrevista. ¿Qué te puedo decir yo sobre la alergia o el “virus”? ¿me ves cara de epidemióloga? Ya sabes que el “virus” no lo pasé y la alergia al dinero la estoy empezando a sentir, cuando tengo algo porque en realidad mucho no hay (risas). No me quiero imaginar lo mal que lo deben estar pasando los millonarios... ya conoces el dicho “érase una vez un hombre tan pobre, tan pobre, tan pobre... que solo tenía dinero”. En cuanto a la casa, me va a dar algo de pena dejarla, al final somos animales de costumbres, pero tengo las maletas y el caballete de pintura listo para salir en cualquier momento, rumbo a la aventura.

Sobre la alergia no sé muy bien qué decirte, bueno sí, que estamos ante un acontecimiento histórico e irreversible. Siempre se pensó que cualquier cosa que pasase en la naturaleza iba a caminar del lado de la propiedad y del Estado. Esa es la imagen que nos habíamos forjado de ellos, como un hecho indiscutiblemente natural que al mismo tiempo nos civilizaba. La evolución desde el mundo primitivo de las tribus al actual, como un obligatorio camino en una sola dirección, de lo igualitario a la irremediable desigualdad. No sé cómo explicarlo, pero es como si la naturaleza fuese interpretada a nuestra imagen y semejanza. La ley del más fuerte, la competitividad, todo eso son cualidades ineludiblemente humanas de las que no podemos escapar. Pero la cámara del National Geographic, cuando va a la selva a filmar leones, no graba aquello que no quiere grabar, por ejemplo, la colaboración entre especies. ¿Quién va a ver un documental a la hora de la sobremesa sobre un hipopótamo que salva a una gacela de un cocodrilo?, ¿o de un león que no quiere cazar? Nadie, te duermes del aburrimiento. Lo mismo nos pasa a nosotros, no vemos lo que no buscamos. La alergia para mí es algo así. Transforma un mundo para el que todavía no se tienen gafas. Al igual que pasó con la vacuna contra el sarampión, pudimos salir de la cuarentena, ahora tendremos que fabricarnos unas gafas para poder movernos en este nuevo mundo y sobrevivir. Yo no tengo estudios y no sé explicar algunas cosas. Sí, soy autodidacta, pero el autodidactismo, al igual que la educación formal, tiene sus limitaciones. La práctica es la mejor maestra. ¿Y quién define esa práctica? Ni los ideólogos ni los grandes hombres de la patria... la gente, nadie más.

(Unos segundos de silencio, se escucha el sonido de una silla contra el suelo.)

Hasta ahora la vida ha sido una lucha constante, en el sistema capitalista los trabajadores no pueden vivir de otra forma. Luchar para sobrevivir y sobrevivir sin poder hacer otra cosa. Móstoles, por ejemplo, no se puede entender sin las luchas y las opresiones que hemos sufrido los trabajadores en este país. El hospital de Móstoles, sin ir más lejos, fue construido como un hospital privado. Cuando tú eras pequeño y te ponías malo te teníamos que llevar a un puesto de la Cruz Roja, frente a Simago, que era casi una tienda de campaña, como las de los campamentos de refugiados. Fue a partir de la muerte de un niño que se desangró en un accidente que logramos hacer público el hospital. Cortamos la nacional V y hubo muchos heridos por la policía, pero ante el temor a una revuelta generalizada en los barrios de la periferia decidieron que el hospital fuese público. No ha sido la única vez, han tratado de privatizar el hospital en muchas ocasiones y hemos tenido que salir a la calle. Incluso durante la pandemia, fue una dura lucha poniendo en peligro nuestras vidas. En este sistema todo es negocio, a costa de los más desfavorecidos. Nada de lo público, ni las escuelas, ni los hospitales, ni las carreteras nos las ha regalado el Estado. Incluso este bloque en el que siempre vivimos fue parte de la especulación inmobiliaria de los años setenta y no estuvo legalmente registrado hasta que cortamos la calle. Nos decían que no existía, y no podía ser habitado... compramos nuestros pisos, hipotecando nuestras vidas... ¡y no existíamos! Imagínate. La misma suerte tuvo el bloque abandonado este de al lado, que tantos sustos nos dio, y que al final tuvieron que tirar para construir otro. Cuando tú acababas de nacer, el constructor del bloque hizo un cargo a nuestras cuentas bancarias vaciándolas y desapareció. Era el dinero que teníamos para comer. Muchos pusieron una denuncia y trataron de hablar con los del banco pero de nada sirvió. Pablo, el del tercero, que por aquel entonces trabajaba para una farmacéutica, dijo que él iba a hablar con uno de los directivos del banco que conocía para ver si lo arreglaba y no logró nada. ¿Sabes cómo conseguimos que nos regresaran el dinero que el banco y el constructor nos habían robado? Un buen día, tu padre y Martín, el padre de Paula, fueron a hablar con el director de la sucursal. Los empleados les dijeron que estaba ocupado y ellos contestaron que no había problema que le esperaban en la puerta de su despacho. Pasaron las horas y por aburrimiento finalmente los recibió. Entraron tranquilamente a la oficina, con un aplomo que debió sorprender a este señor, cerraron la puerta y se sentaron. Le explicaron el caso y él dijo que lo sentía mucho pero que estaba más allá de sus manos, el banco no era responsable. Ellos insistieron, con tranquilidad, señalando que nadie había autorizado esa transferencia, era ilegal y el constructor huyó, que ya habían pagado sus pisos con

sus hipotecas y que fue la culpa del banco por autorizar un pago extra. Además, les dejaron sin dinero para dar de comer a sus familias. El director insistía que el banco no podía hacer nada, que el pago ya estaba hecho, y en eso Martín dijo:

Agotada la vía diplomática, ahora nos vamos a dejar de gilipollices. Esto es muy sencillo, o nos ingresas a todos los vecinos la cantidad que nos habéis robado, o mañana vengo con un bidón de gasolina y quemo el banco, contigo dentro y todo. ¿Me explico?

Hubo medio minuto de silencio, el director miraba hacia el suelo con cara de susto, no se movieron hasta que afirmó brevemente con la cabeza y entonces se levantaron y se fueron. Al día siguiente todos los vecinos tenían el dinero en sus cuentas. No es sencillo ser pacífico en este mundo y llegar a fin de mes.

Te voy a contar algo de lo que nunca te he hablado. Unos años antes de que tu nacieras tu padre y yo quisimos ir a vivir a una comuna anarquista en el norte del país. Acababa de morir Franco y en el teatro de la transición estas experiencias recobraban fuerza. Nunca nos atrevimos a dar el paso, estuvimos allí unos días, vimos a nuestros amigos, y nos regresamos. Al fin y al cabo, éramos obreros y la utopía, o en otras palabras bajarse del tren, tenía un precio que no queríamos pagar. Y además pensábamos que, si se podría vivir en una comuna en el bosque, ¿por qué no llevarla a cabo en la ciudad? Pero en la ciudad eres un asalariado que depende del dinero para poder comer y eso organiza gran parte de nuestra vida y nuestros ideales. Puedes cambiar algunas pequeñas cosas, mirar hacia otro lado, pero al final tus actos, aunque sean para sobrevivir, te vuelven cómplice. Al menos por ahora...

(Unos segundos de silencio, suena a lo lejos la música de un vecino.)

Es muy importante no olvidar de dónde viene uno Andrés y para eso no solo hay que tener memoria, también imaginación. La historia sin imaginación nos vuelve seres desencantados, la imaginación sin historia nos lleva a la desesperación. Hijo, yo creo que ahora estamos en otro momento, es una oportunidad única, no hay que darle muchas vueltas, solo hacer. Debemos confiar en que hay algo más grande que una naturaleza humana egoísta y destructora, y una vida a la que llegamos endeudados... la alergia nos lo está demostrando. Sin autoridades, sin propiedad privada y sin fronteras, lo que estamos viviendo ahora es una epidemia de dignidad. En este momento Andrés, caminamos en un nuevo mundo, y lo más fascinante de todo es que lo mejor está por llegar.

JORNADA II

LOS JÓVENES CUENTAN CÓMO ES AXARQUÍA

La noche anterior se había prolongado hasta la madrugada. Andrés, Nikolai y los jóvenes me preguntaron si me parecía bien que comenzáramos la segunda jornada un poco más tarde, a las once de la mañana. Era verano y a esa hora empieza a hacer calor. Yo estoy acostumbrado a ese tipo de clima, la región de Libertats en la que vivo también es muy calurosa en esta época, no tuve inconveniente en comenzar el recorrido a esa hora. Son muchas mis preguntas y estoy ávido de conocer y registrar en mi diario de campo. Para los axarquistas, un antropólogo de tiempo completo es un personaje exótico, pero no del todo desconocido. En esta tierra parece que la antropología, como profesión, dejó de existir hace años. Hay antropólogos, trabajan como antropólogos, pero también se ocupan de otras cosas. Al menos eso es lo que he podido leer de algunos cronistas de Barbaria que vivieron un tiempo en esta indómita tierra. Desde hace años, y ya estoy en mis cuarenta, he tratado de salir a realizar mi trabajo en Axarquía, pero no lo tenemos permitido. Libertats se ha caracterizado por cerrar su frontera consigo misma, controlando los movimientos de sus ciudadanos y sus antropólogos. Y no solo los movimientos, también aquello que escribimos y publicamos. El Estado es el que se ocupa del ámbito social, del económico y del cultural. Nosotros, los antropólogos, hemos gozado de un campo de estudio muy limitado hasta hace relativamente poco. Yo soy estudioso del folclore de los pueblos ituf del sudeste de Libertats, pero después de escribir varios libros y

decenas de artículos no estoy muy seguro de si se trata del folclore de los ituf o el del Estado de Libertats en su versión ituf, o el de los ituf frente a Huang.

Desde hace cinco años aproximadamente las cosas han comenzado a cambiar. El partido está cada vez más interesado en conocer la organización social, cultural y política de Axarquía y aprovechando esta coyuntura, tras muchas maniobras, logré que me dejarán salir doce días. Cinco de estos los pasaría en Móxtoles y los demás en Mesoamérica. El acuerdo era claro y rotundo. Si iba a Axarquía como antropólogo, curioso acuerdo cuando no puedes ir de otra forma, registraría minuciosamente todo lo posible en mi diario de campo y no publicaría nada de aquello que había visto o me habían contado. En un principio no estuve conforme. Una de las actividades principales de mi trabajo era publicar aquello que había investigado. Pero el partido no dio su brazo a torcer. “Si sales como antropólogo, no publicas ni divulgas nada”. Sabían de mis simpatías por Axarquía, mis estudios sobre el folclore de los ituf eran una forma encubierta de reivindicar su autodeterminación política, y me expresaron la necesidad de un cambio hacia la disolución del Estado, que yo, según ellos, ya podía vislumbrar en la sociedad de Libertats y para el cual mi labor se tornaba fundamental. “Sin embargo”, me alertaron, “todavía hacen falta algunas transiciones en nuestra sociedad y deben darse de forma progresiva, por eso necesitamos discreción”. Y ese fue mi compromiso, tomé mi mochila con mi diario de campo, mi pasaporte con sellos de las autoridades regionales de Libertats, era para lo único que lo utilizábamos, una pequeña maleta con ropa, y viajé a Axarquía.

Ya llegué al bar El pescador, me adelanté un poco, solo hay una joven esperando en el rellano de la puerta.

—Hola, ¿qué tal? —Le pregunto.

—Hola Huang. Todavía no han llegado los compañeros. Pero no tardarán mucho.

—¿Cómo te llamas?

—En este periodo me llamo Adela, pero pienso cambiar a Lian el próximo mes.

Me quedé unos segundos en silencio reflexionando. —Lian es un nombre muy bonito. En Libertats lo suelen utilizar las mujeres que dirigen, que tienen un corazón de lideresas —dije de manera ingenua. Ella mostró una expresión algo sombría en su rostro.

—Aquí no hay líderes o jefes. Todos somos nuestros propios jefes. Lian para mí es un nombre que tiene una naturaleza femenina y masculina a la vez.

—En Libertats también. Y... en Axarquía..., ¿se suelen cambiar los nombres?, ¿no nacen con ellos?

Adela todavía y dentro de poco Lian, comenzó a reír de forma desenfadada. —Sí, aquí es así. Nadie nace con un nombre, o se lo imponen, lo va encontrando en su vida y este cambia. ¿Tú solo te has llamado Huang? Esto... lo siento, quiero decir si naciste con ese nombre.

—Sí, no pasa nada. Nací siendo Huang y sigo siéndolo... todavía.

Comenzaron a llegar los otros jóvenes y un poco después Andrés y Nikolai. Nos saludamos con un abrazo, como es la costumbre, y me explicaron en qué iba a consistir el recorrido de esta jornada. Acordamos que habría solo tres jornadas, la que tuvimos ayer, la de hoy y la de mañana. El gobierno de Libertats, pese a su interés por Axarquía, no quería que pasase demasiado tiempo en estas tierras. Estos eran los últimos tres días que me quedaban en Axarquía. Los dos primeros los había dedicado a recuperarme del viaje, a convivir con la gente de la comunidad en la que me habían hospedado y a hacer algunas entrevistas la cuales, en Libertats estaban prohibidas las grabadoras, registraba en mi diario de campo. Me interesaban las formas de organización social, política, cultural y científica, eran muchas cosas para tan poco tiempo, pero trataría de aprender lo máximo posible y de demostrar en mi universidad que mi viaje no había sido en vano. Como contaba ayer Andrés refiriéndose a los zapatistas en el antiguo país de México, los axarquistas mostraron durante mucho tiempo recelo a ser investigados. No impedían que llegásemos los antropólogos a conocer sus formas de vida, pero tampoco eran muy colaborativos. Nuestro país, Libertats, les había declarado la guerra revolucionaria y Barbaria llevaba a cabo incursiones de, así le llamaban ellos, insurgencia para sabotear Axarquía. Si las relaciones con Libertats ahora eran cordiales, no pasaba lo mismo con Barbaria, convertida en una isla en la que se pertrecharon los últimos capitalistas del planeta. Ese fue el único lugar en el que, por razones que desconocemos, pudieron desarrollar su sociedad de mercado y un Estado nación. Los axarquistas no tuvieron que pelear, no hubo guerras y con la excepción de alguna que otra confrontación puntual, especialmente cuando los axarquistas decidieron destruir las armas, se fueron replegando sin presentar batalla. Algunos

terminaron con sus vidas, pero fueron muy pocos los que peleaban por sus propiedades o territorios, o por conseguir otros. El nacionalismo, en estas condiciones, dejó de tener sentido. ¿Y contra quién ibas a luchar si es la naturaleza la que te impide ser capitalista? A nosotros nos pasó algo igual, pero primero vivimos la alergia y después experimentamos la inmunidad. Esto era una diferencia importante respecto a Barbaria, y además nuestra sociedad nunca ha sido completamente de mercado y las casas y otros bienes tenían entonces una propiedad pública. Por razones todavía desconocidas, bastó con volver a un sistema comunista para tener la inmunidad y continuar con nuestra organización estatal. Pero lo que es más extraño es que solo pudimos hacerlo en Libertats, no funcionaba en Axarquía, como pudimos comprobar en nuestra anexión revolucionaria de la franja del sudeste. Tuvimos que regresar a nuestro territorio original y desde entonces vivimos aislados pero en paz con ellos. Si para nosotros Axarquía es como una forma de primitivismo comunitario, para los barbarianos es un estado deshumanizado que atenta contra la libertad de los individuos la cual reside, desde su mito fundacional, en prescindir de la sociedad. Y eso que en Axarquía el individuo, desde su génesis, es una de las bases fundamentales de su sociedad.

Cuando los capitalistas se autoconfinaron en la isla cuarenta años atrás, las noticias que recibíamos en Libertats señalaban que los barbarianos habían tratado por todos los medios de acabar con Axarquía. Como poblacionalmente eran mucho menos numerosos y todavía no disponían de un gran arsenal armamentístico, este fue hábilmente destruido por los axarquistas antes de que pudiesen organizarse y llevarlo a su isla, se infiltraron, según relataban los barbarianos, haciéndose pasar por axarquistas. Para ello adoptaron las vestimentas y costumbres de algunas de las comunidades nómadas que existen en Axarquía y llegaban a los poblados y ciudades para asentarse. Los antropólogos barbarianos jugaron un papel importante en ello, me contaba Adela, y a pesar de esto en Axarquía no parece que me tengan desconfianza, aunque todavía es pronto para saberlo. Una vez allí, los barbarianos trataban de no reproducirse y de convencer a los axarquistas para que desistieran con argumentos sobre la sobrepoblación, la sostenibilidad ambiental u otros de tipo religioso. No funcionó, la gente seguía reproduciéndose. El siguiente paso fue tratar de colonizar mediante el mestizaje uniéndose con hombres y mujeres de Axarquía, con el objetivo de

que su descendencia dejase de ser inmune a la riqueza. Tampoco funcionó. La genética humana, de manera natural, también se había aliado con la alergia para la descendencia y si tenían hijos fuera de Barbaria estos no eran inmunes al Estado y a la propiedad privada. Además, algunos de ellos no solo dejaban de ser inmunes fuera de la isla, como les sucedía a todos los que trataban de crear nuevos territorios o riquezas en Axarquía, sino que a fuerza de estar en contacto con Axarquía acabaron perdiendo su inmunidad también en la isla. Esta condición, señaló Adela, no era muy bien vista en Barbaria, los denominaban ácratas biológicos y su vida terminaba siendo una verdadera pesadilla, con lo que muchos decidieron regresar con los anarquistas.

La guerra de guerrillas no era factible ya que no encontraban resistencia de parte de los habitantes de Axarquía y en la medida en la que comenzaban a usar las armas para delimitar un territorio o defenderlo acababan soltándolas con un grito de dolor. La última de las estrategias a la que Barbaria renunció fue a los atentados terroristas, como en la época anterior a la alergia fueron denominados. El que clausuró aquel ciclo de terror tuvo lugar en un hospital de una ciudad del continente americano, en el antiguo país de México. Una bomba formada por compuestos químicos explotó en la puerta de las urgencias del hospital Kali causando decenas de heridos y de muertos. Dejaron una gran cantidad de octavillas con el símbolo del dólar, que ya no existía pero que se había convertido en un emblema para ellos, en las calles de alrededor. La reacción de los axarquistas fue de profunda tristeza, de desánimo, pero no provocó el caos ni impidió que la gente dejase de ir a los hospitales. Tampoco exacerbó el odio contra Barbaria alentando algún tipo de incursión bélica. Muy al contrario, los axarquistas de aquella región enviaron un comité marítimo a la frontera de Barbaria para comunicarles a sus habitantes y dirigentes su disposición a ayudarles si tenían problemas para asistir a su población enferma. “Sabemos que su sistema de salud se ocupa solo de las personas que pueden pagarlo y si alguno de los que no pueden, o incluso aquellos que sí pero que por alguna razón prefieran hacerlo en otro lugar, quieren venir a atenderse a Axarquía con gusto los recibiremos. Para nosotros no hay ciudadanos ya que todos los habitantes del planeta lo son, también vosotros o lo libertianos” les dijeron, según me contaba Adela. Algunos axarquistas de otras regiones pensaron que este acercamiento a Barbaria podría ser contraproducente ya que la naturaleza de los barbarianos

era el poder y la dominación, y tal vez incentivaría a la existencia de más atentados para conseguir recursos de Axarquía, y no se equivocaron. Barbaria propuso un principio de no agresión en la medida en la que Axarquía reconociese al capitalismo como un sistema legítimo, a su Estado como una nación soberana y a la democracia liberal representativa como la base de todo pueblo libre. Para ello deberían enseñar en las escuelas y en las universidades los principios del capitalismo y los de los Estados nación. Los juegos de los niños podrían ser bienes materiales, como casas y coches, no tenían por qué producirlos, ellos se los venderían. Y también podrían jugar a los presidentes y a las votaciones. Los axarquistas dijeron que todo eso estaba muy bien, que no había ningún problema y que sus compañeros y compañeras decidirían. Ninguna de estas propuestas funcionó. Los niños en Axarquía no querían jugar con sus juguetes, tenían cosas más interesantes que hacer. Las escuelas y las universidades no contaban con un currículo en el que imponer estos contenidos; y Axarquía no podía reconocer nada, más allá de lo que opinasen sus individuos y comunidades, porque no era un Estado, ni un organismo internacional ni otra cosa que se le pareciera. En vista del poco resultado obtenido con la denominada por Barbaria vía diplomática, los barbarianos se contentaron con obtener recursos minerales de Axarquía con los que seguir construyendo su carrera espacial. Axarquía tenía de sobra, para resolver los problemas de todos, y a fin de cuentas no eran muchos los habitantes de aquella isla, aunque sí sus necesidades. Hasta la fecha, y han pasado diez años, no ha habido más atentados, me explicó Adela.

—¿Te molesta que tome notas en mi diario de campo? —le pregunté.

—No, como tú prefieras —contestó.

Otra de las estrategias imperialistas a la que Barbaria nunca había renunciado pude presenciarla en aquel comienzo de la segunda jornada. La jornada de aquel día estaría dividida en una primera visita al Ateneo de saberes, que era el equivalente a nuestras universidades, después me llevarían a una fábrica y finalmente a un Centro de saludes, nuestros hospitales. Éramos un pequeño grupo de cuatro personas, Rolando, Faatir, Adela y yo. Nikolai y Andrés solo vinieron al bar a saludar y se quedaron tomando un café. Adela era la que coordinaba el recorrido y permanecía a mi lado atenta a mis posibles preguntas. Nos dirigíamos al Ateneo caminando por una calle arbolada, por la que se atravesó un jabalí procedente de un bosque aledaño, mientras conversaba con los jóvenes sobre sus relaciones con Barbaria,

cuando observé un pequeño grupo de personas en un corrillo. Nos acercamos y pude ver a un chico pintando en la pared “arriba los capitalistas de la tierra” y a un lado “el dólar vive, la lucha sigue”. Una de las personas en el corrillo le sugería que su letra se entendería mejor si no estuviese tan inclinada, y otro le invitó a utilizar un color más oscuro la próxima vez, ya que el azul no se veía casi. Mis compañeros me explicaron, en voz baja, que era un barbariano que hacía propaganda del capitalismo. Esta propaganda por lo general se realiza a través de libros, películas, sitios de Internet, grafitis en las paredes o simples panfletos repartidos en las calles de algunas ciudades o pueblos de Axarquía. Al principio, me contaban, repartían los panfletos o hacían las pintadas en las calles durante la noche y con pasamontañas cubriendo sus rostros. Como vieron que a los axarquistas les daba igual, decidieron hacerlos en el día, aunque no en lugares muy concurridos ya que la gente que observaba comenzaba a opinar sobre el color de la pintura o el estilo de la letra con intención de mejorarlo, lo cual acababa con la autoestima de cualquiera de estos activistas.

Al tercer comentario sobre sus mensajes, el grafitero se giró y comenzó a increpar al corrillo —¿Y no tenéis otras opiniones sobre mis pintadas? No sé, por ejemplo, no estamos de acuerdo con el capitalismo, o sí pero no podemos expresarlo... ¡o algo así joder! —. Dijo en un fluido castellano que probablemente era su lengua materna. Los que formaban parte del corrillo alzaban los hombros con una expresión de indiferencia y seguían su camino.

—¿Por qué la gente no reacciona de otra manera? —le pregunté a Adela.

—¿Y cómo deberían reaccionar Huang?

—Enfadándose u opinando sobre el contenido de los mensajes. En Libertats sería así, e incluso el Estado intervendría sancionándolo.

—A los axarquistas nos parece más interesante la dimensión estética del grafiti, y ayudar al que lo hace para que sea más fácil de leer.

—¿Y la parte política? ¿El propósito del grafiti?

—Ah, eso nos da igual. La política como la entienden en Barbaria o en Libertats es muy distinta aquí. Desde vuestro punto de vista nosotros no tendríamos política.

—Un filósofo, que consideran controvertido en Libertats, llamado George Sorel, dijo una vez: “La política es el arte de inspirar a los demás mediante grandes mitos”.

Uno de los chicos que me acompañaban, de nombre Faatir, intervino — nosotros tenemos mitos pero yo creo, y quizá algunos de mis compañeros también aunque sería mejor preguntarles, aquello que decía un antiguo escritor llamado Robert Graves: “La grandeza es una patología. Los grandes hombres son esencialmente destructores”. Igual pasa con los mitos. Si son grandes y solo unos pocos pueden crearlos o transformarlos, se vuelven aterradores.

Asentí y preferí no adentrarme en una discusión cuyas coordenadas desconocía. Quizá la política era precisamente esa actitud de ayuda frente a alguien que podría representar una amenaza. ¿Y si la alergia era un escudo protector que permitía esos arranques altruistas porque no existían las amenazas de cambio hacia el capitalismo? Por ahora todo eran preguntas.

Caminamos durante diez minutos y llegamos al Ateneo de saberes, el cual consiste en un grupo de recintos de una sola planta distribuidos en medio del claro de un espeso bosque. Algunos estudiantes hacían círculos en distintos lugares del amplio prado o iban en grupos paseando por el bosque. Mientras conversábamos, se unieron a nuestro grupo varios de estos jóvenes de manera espontánea.

—Aquí estudiamos nosotros —dijo Adela— pero hoy nos tomamos el día libre para estar contigo. También trabajamos... otros días.

—¿Y qué estudiáis?

—Muchas cosas. Casi todo —dijo Faatir y sonreí pensando en que se trataba de una broma.

—¿Y ahora están en el periodo de descanso? —pregunté señalando a los grupos sentados en el prado.

—No, están tomando clases. Algunas clases se dan en el exterior y otras en el interior de los edificios. Por lo general cuando hace frío, llueve o cuando se necesitan hacer experimentos en laboratorios cerrados —contestó Faatir.

—¿Y qué carreras tienen? —indagué.

—¿Carreras?, aquí nadie corre... ¡ah! Te refieres a si son antropólogos o esas cosas. Bueno... no hay carreras —contestó Adela.

—¿Y cursos? O algo así...

—Cursos, cursos... tampoco —dijo Adela.

—¿Y qué hacen entonces?

—Todos aprenden y enseñan. Hay algo parecido a lo que te refieres con cursos, que son núcleos de saberes, y los participantes, vosotros les llamáis

estudiantes, eligen varios en función de sus necesidades prácticas o intelectuales. En cada núcleo aprenden contenidos, pero también enseñan a sus compañeros.

—¿Y no hay profesores?, ¿especialistas en un tema que enseñan a los otros?

—Sí, claro, pero no tienen el papel de un profesor. Es decir... no tienen una autoridad o un saber autoritario. Además, casi todos los axarquistas acaban siendo profesores de algo en algún momento de su vida, así que no hay diferencias de poder a partir de que uno sabe y el otro no... y esas cosas que nos cuentan que pasaban antes. Y los núcleos son móviles, un día acudes a uno y otro a otro diferente —explicó Adela.

—¿Pero sí hay personas que saben más que otras y pueden ense... compartir su experiencia...?, ¿no? —pregunté algo perplejo. Había escuchado sobre esta forma de enseñanza de los axarquistas, pero era la primera vez que la veía.

—Así es —dijo Faatir— pero aquí uno no es antropólogo y siempre antropólogo.

—¡Ah, entonces es como los nombres! —exclamé dirigiéndole una sonrisa a Adela.

—Algo así. En Axarquía pocas cosas son sedentarias. Es una forma de evitar la concentración del poder, entendido como una profesión, una propiedad o un ego —dijo Adela. Paseamos alrededor de los grupos que estaban sentados en el bosque, alrededor de las construcciones. No se veía una diferencia en la posición que ocupaban, o en la ropa, en la edad o en la actitud que denotase la existencia de una autoridad. Todos formaban un círculo y tenían edades muy diversas. Jóvenes, algún adolescente, ancianos... así eran casi todos los grupos que pude presenciar. Había hombres y mujeres por igual, sin embargo, observé que en algunas personas me resultaba difícil identificar su género. Le pregunté discretamente a Adela y contestó uno de los, yo creía, chicos que se había unido al grupo y dijo llamarse Rojo.

—Yo soy chique. En Axarquía tenemos varios géneros, y no son binarios. No hemos inventado nada, solo dejamos seguir el curso de la creatividad humana en una historia sin imposiciones.

—Claro, como los muxhes o los berdaches en América o los hijra y los sadin en Asia... —expresé casi para mí mismo.

—Eso es —afirmó Rojo, —pero ellos han sufrido en el pasado muchas discriminaciones. ¿Quieres que entremos a los recintos?

—Sí, sería muy interesante, gracias —contesté.

Lo primero que me llamó la atención fue el tipo de construcción. Yo esperaba ver construcciones elaboradas con materiales mucho más precarios, como debería corresponder a una sociedad considerada en Libertats como tecnológicamente menos avanzada, pero no fue así. No solo los tabiques, las escaleras, las puertas o las ventanas son de materiales finos y estéticamente agradables, sino que los laboratorios y las aulas cuentan con material tecnológico de primera calidad. Las aulas son muy similares a los espacios exteriores. Tienen una forma redonda y no hay sillas o pupitres orientados en una dirección, todo está dispuesto de manera circular y lleno de una acogedora vegetación. En uno de los laboratorios al que nos asomamos por una ventana pude observar cómo hacían experimentos en pipetas y tubos de ensayo, pero al lado de estos había una mujer con un libro en sus manos leyendo y, de tanto en tanto, alzando la mirada para conversar con otra que manipulaba unos líquidos en unos envases. Frente a ellas había un gran mapa, de un lugar montañoso que no era capaz de identificar, en tres dimensiones proyectado.

Adelantándose a mi pregunta Adela me explicó —la mujer que tiene el libro es, según como creo que lo veríais en Libertats, química pero muy erudita en filosofía y la que manipula los líquidos es filósofa con grandes conocimientos en química. Además, ambas son muy buenas fontaneras. Están haciendo un experimento que requiere de conocimientos de química, botánica, filosofía, geografía, medicina, matemáticas y fontanería —. No supe qué contestar. Era la primera vez que veía algo parecido reunido en dos personas. Observé durante varios minutos y pregunté:

—¿Y qué es lo que investigan?

—Una cura para la alergia —contestó Rojo.

Los miré con los ojos abiertos de par en par. Mi cara debió ser tan elocuente que comenzaron a reír.

—¿Qué alergia? ¿Estáis bromeando?

—No —dijo Adela—. La alergia que todos conocemos. La que hizo posible que el mundo actual sea como es.

—Pero... ¿queréis ser de nuevo capitalistas? —pregunté algo exaltado. Libertats me había enviado a Axarquía para aprender de su sociedad

anarquista y, tal vez, hacer algo parecido... ¿y ahora resulta que querían ser de nuevo capitalistas?

—Bueno, el capitalismo no es la sociedad con la que soñamos, y eso tal vez lo verás mañana. Pero tenemos grandes preguntas y una de ellas es una pregunta originaria, a la que tarde o temprano tendremos que dar respuesta de alguna forma, aunque sea con otra pregunta —. Salimos del recinto y nos detuvimos en la sombra de un gran árbol.

—¿Y cuál es la pregunta? —dije imaginando la respuesta.

—Es muy sencilla. ¿Viviríamos así si pudiésemos ser acumuladores, propietarios, patriotas...? —Adela señaló al bosque y a las edificaciones mientras hablaba.

—¿Y tú que crees? —le pregunté a Adela.

—No lo sé. Por eso necesitamos la cura.

—¿Pero eso no sería muy peligroso? ¿Y si se enteran en Barbaria?

—Nada podemos hacer. Seguramente ellos ya investigan sobre esto, al igual que en Libertats —dijo Faatir, probablemente a modo de hipótesis, y tenía toda la razón. Libertats había tratado de encontrar una cura a la alergia desde décadas atrás... pero esto era casi un secreto de Estado que pocos conocían, aunque muchos sospechaban.

—Y... ¿no tenemos la experiencia de Barbaria?, ¿o la de Libertats?, ¿no querrán los axarquistas ser acaso como nosotros? O peor aún... ¿como Barbaria?

—No necesariamente —contestó Adela— recuerda que en Libertats cuando fue el periodo de regreso al comunismo y a la inmunización al Estado, muchos de sus... coterráneos, decidieron mudarse a Axarquía. Lo mismo ocurrió con las personas que nunca tuvieron la alergia, no todos fundaron Barbaria, los demás se quedaron en Axarquía.

—¡Pero sin duda eso nos permitiría expandirnos!, ¡tanto a Libertats como a Barbaria! — exclamé intranquilo—. A no ser que guardasen la fórmula en secreto...

—Nunca hemos guardado ninguna fórmula en secreto Huang —dijo Rojo— Cada vez que descubrimos una cura para una enfermedad o una aflicción la compartimos con Libertats y con Barbaria. Siempre ha sido así... no entiendo por qué debería cambiar esto.

—Quizá me meta en lo que no me llaman, pero la alergia no es un cáncer o una depresión... además su cura tendría repercusiones para la seguridad de Axarquía.

Un chico llamado Rolando intervino —Eso es cierto. Algunos siempre lo hemos criticado, sin embargo no parece que a los Comités de los Ateneos de saberes les importe mucho —Adela y Faatir le echaron una mirada de enojo. Nos quedamos en silencio. Aquel era un tema inesperado que me había dejado impactado, pero percibiendo la tensión que podía provocar preferí redirigir la conversión hacia los comités. Me explicaron que los comités están descentralizados y que se encargan de coordinar algunas de las actividades relacionadas con los saberes y conocimientos que se generan en los ateneos, especialmente para ciertas actividades prácticas relacionadas con la supervivencia. Algunas de estas son la construcción de viviendas, la agricultura, la ganadería o la industria dirigida a estas necesidades o a otras como el transporte, la construcción de presas, el conocimiento vulcanológico, sísmico y otras muchas de las que dependía el ser humano. No podía dejar de pensar en la cura para la alergia, pero por ahora prefería seguir indagando en otros temas. Los miembros de los comités son nombrados directamente por las comunidades a las que pertenecen y no existe un comité central como tal pero sí reuniones para dar seguimiento a las decisiones que ha tomado la comunidad, con una cierta protocolización de algunos procesos, algo parecido a una burocracia al fin y al cabo. Los miembros de estos comités no pueden permanecer más de dos años en el puesto y siempre deben rendir cuentas a toda la comunidad de las decisiones que toman. Esto requiere tiempo, como me explicaba Adela, pero en Axarquía existe un dicho “el tiempo no se tiene, se hace y se es”. Esto implica que las reuniones para tomar decisiones que ocurren en diferentes aspectos de la vida tienen la duración necesaria para tomar la decisión, ni más ni menos. Si por alguna razón, por ejemplo, por un motivo de salud o por disponer de menos energía que otros compañeros, alguien debía abandonar la asamblea en la que se tomaba la decisión, esta se posponía a otro día o se trataba de encontrar acuerdos de una manera más rápida. Esta modalidad, aceptada por todas y todos los axarquistas, presenta sus inconvenientes; algunas personas la utilizan como estrategia para adelantar decisiones que pueden ser contrarias a sus intereses cuando saben que el clima de la discusión les es favorable. Abusar de ello, también conlleva sus riesgos ya

que puede provocar un giro en la decisión en su contra. Esto fue lo que me explicaron los jóvenes después de presenciar una reunión de comunidades vecinales del barrio Flores Magón, aledaño al bosque del “núcleo de saberes” que acabábamos de visitar. Todos los vecinos y vecinas de aquel barrio, formado por diversas comunidades, estaban reunidos, desde los niños y niñas de corta edad hasta los y las ancianas de edad avanzada. Hay comités que se encargan de diferentes tareas de la vida del barrio. Algunas son de limpieza, otras de mantenimiento de infraestructuras, otras de huertos, otras de ríos y canalizaciones de agua y todas funcionan bajo el principio de elección directa, retroalimentación, como ellos la llaman pero es parecida a nuestra rendición de cuentas, circularidad de los miembros y participación voluntaria. Además de los comisionados, cualquier persona que quiera se puede unir también a alguno de estos comités o estar un tiempo con ellos y luego retirarse, nada ocurre a puerta cerrada. Al menos así es en Móxtoles.

—No todas las regiones de Axarquía son iguales. Existen algunas diferencias importantes entre unas y otras. —Dijo Adela.

—Por ejemplo... ¿cuáles? —pregunté con curiosidad.

—En cosas esenciales como las que hemos visto hasta ahora, creo que no hay casi diferencias. Pero las condiciones ambientales, las características culturales y las relaciones con el entorno son muy diversas. Por ejemplo, los compañeros que viven cerca de Barbaria tienen milicias y consideran que es importante entrenarse en técnicas de defensa personal y uso de algunos utensilios cotidianos que puedan ser transformados en armas. La amenaza permanente de agresión por parte de los barbarianos les impulsa a ello, aunque, a decir verdad, siempre ha sido una comunidad un poco especial. No participan en las conversaciones con Barbaria ni en el envío de materias primas, algunos les llaman los autónomos de los anarquistas. Pero esta es otra historia... —Adela observó a Rolando y continuó— los axarquistas que viven en zonas desérticas, como los del continente africano o del indoeuropeo, le prestan más atención en su investigación científica... aplicada, como le llamarías tú, y en su organización social comunitaria a la obtención de agua. Los axarquistas insulares desarrollan muchos más recursos relacionados con la navegación y muy pocas infraestructuras ferroviarias. Esto no quiere decir que solo se dediquen a ello. También realizan otras actividades no vinculadas exclusivamente con lo funcional.

Pero si hay algo que no nos falta en Axarquía es el tiempo. Nadie nace, como decían antes, hipotecado, nadie debe pagar un precio por poder vivir.

—Eso es muy interesante —dije yo—, pero si por ejemplo los que viven cerca del desierto, sufren un periodo de sequía y ellos no tienen los medios para conseguir agua, ¿qué ocurre?, ¿se mueren? En Libertats el Estado se encarga de distribuir estos recursos, de manera centralizada.

—Los tres principios fundamentales compartidos de Axarquía, y de las muchas axarquías dentro de ella, son la práctica, que algunos pueden llamar revolucionaria y otros de vida, la solidaridad y la ayuda mutua. No hay nadie que muera de hambre solo. Si hay carestía de alimentos, y esto es poco frecuente, es igual para todos. Desde hace tiempo las máquinas sirven a las personas y no las personas a las máquinas. En muchos procesos productivos no hay personas trabajando. Esto, según nos cuentan nuestros ancianos, se debe en parte a la maquinización ocurrida en el periodo del “virus”, para evitar que el capitalismo se derrumbase durante la cuarentena masiva. La diferencia es que aquella maquinización servía para la acumulación de riqueza de unos pocos, los productos se seguían tirando a la basura cuando no podían ser vendidos mientras la mayor parte de la población se moría de hambre; ahora las máquinas permiten que seamos tiempo y podamos dedicarlo a la vida. Tiempo para vivir, tiempo para la autogestión, tiempo para tener un poco menos de miedo por nuestra supervivencia y a la de los otros. Cuando pasa algo como lo que mencioné dedicamos este tiempo para llevar a nuestros compañeros agua, o materiales e instruir en habilidades para la construcción de presas.

—¿Y no hay un principio de reciprocidad o algo así? Por ejemplo, yo te ayudo si me ayudas...

—No, la ayuda siempre es altruista, nadie espera nada a cambio, si no te ayudan esto no será una condición para que tu puedas ayudarlos en el futuro.

Me parecía todo muy bonito, pero tenía por momentos la sensación de asistir a un discurso bien construido para el antropólogo visitante. Les pregunté si podíamos ir a una de estas factorías sin obreros. Como me mencionaron al comienzo de la jornada, tenían pensado llevarme ahora a una de alimentación en la que sí hay personas trabajando, pero también podrían llevarme a otra, cercana a esta y dedicada a los zapatos, que está únicamente operada por máquinas. Salimos del barrio Flores Magón y nos dirigimos a Venus. Algunos de nuestros acompañantes se despidieron y nos quedamos Adela,

Faatir, Rolando y yo. La mayor parte de las viviendas de Flores Magón son edificios entre los cuales todavía se encuentran, según me explicaron, algunos del periodo previo a la alergia y otros son construcciones posteriores pero que ya datan de dos o tres décadas atrás. Flores Magón había sido habitado en sus inicios, desde el periodo de la alergia, por una comunidad simpatizante del anarquismo originaria del país entonces llamado México. A diferencia de Flores Magón, Venus es un barrio con casas, en su mayor parte, de dos pisos agrupadas en torno a pequeños parques arbolados. Todas las edificaciones de ambos barrios, incluso aquellas previas a la alergia, tienen un diseño marcadamente funcional pero con un aire lúdico. Por ejemplo, las fachadas cuentan con flamantes grafitis dibujados por vecinos o por axarquistas de otros barrios y expresan las ideas y los sentimientos de sus habitantes. Adela me explicaba que no todos están siempre de acuerdo con las temáticas o los diseños, pero se turnan para elegirlos. De las azoteas y de las terrazas sobresalen grandes plantas y árboles y no hay una homogeneización en los colores de los toldos, ni en las formas de los alfeizares o las barandillas. En un mismo edificio algunos colocan veletas, otros la cabeza de una deidad maya construida de diversos materiales, otros tienen ventanas redondas y pequeñas o un gran ventanal. En la azotea de un edificio, con el dibujo de un mar y un gran acantilado sobre su fachada, hay un faro que comienza a emitir luz al atardecer. Los bancos, grandes, extensos, circulares o con formas inverosímiles, en el parque, tienen forma de barco y les han colocado algunas velas y cuerdas. Adela me contó que ese es el antiguo edificio en el que vivía Andrés antes de la alergia. Algunas zonas, como esta, se distinguen por una composición temática y otras son un caleidoscopio que refleja composiciones propias y ajenas en relación con lo que les rodea. Acostumbrado a la homogeneidad de las ciudades en Libertats, observar aquello me provoca cierto vértigo.

—¿Por qué le llaman Flores a Magón a este barrio?, ¿pueden tener nombres de revolucionarios?

—Los nombres de los barrios, y de las ciudades y pueblos, se eligieron en la década posterior a la alergia y a no ser que sean nuevos no se suelen cambiar. En aquel entonces, para algunos axarquistas fue importante nombrar sus barrios como los revolucionarios anarquistas, otros simplemente adoptaron otros nombres que no tenían esas connotaciones.

—Pensé que no estaban de acuerdo en honrar tributo a los grandes hombres —dije con un tono provocador al mismo tiempo que observaba a Faatir.

—En general no —dijo Rolando—. No hay un discurso heroico sobre el anarquismo, ni monumentos con anarquistas a los que se les rinda culto, ni nada que se le parezca. Lo que ocurre es que aquella época fue importante para la definición de las identidades de ciertos lugares, como los barrios, y según dicen hubo un resurgimiento de la reivindicación del anarquismo. Yo me pregunto si no sería una forma de darle un sentido al caos en el que la gente se encontraba inmersa, ¿algo que podía ser funcional para los derroteros que tomaba nuestro mundo? —observó a sus compañeros con aire desafiante. Rolando parece un anarquista del anarquismo, siempre planteando preguntas incómodas.

—¿Y ahora?, ¿los axarquistas reivindican el anarquismo?, ¿o solo viven en él?

—Hay de todo —contestó Faatir—, algunos compañeros se exacerban cuando sufrimos alguna amenaza por parte de Barbaria, o cuando encarcelan y no dejan salir a los anarquistas de su isla para que vengan a vivir a Axarquía. Este fue el caso de Santi, el amigo de Andrés del que habló ayer. Le puedes preguntar a él esta noche cuando lo veamos. También hay axarquistas que estudian las relaciones humanas, como los antropólogos, y hacen algunas teorías sobre nuestra organización política y sus posibilidades, creando espacios para discutir en los núcleos de saberes o en sus barrios. A muchos simplemente les da igual que se hable o no del anarquismo, lo practican, eso es todo. Y otros, tal vez, sueñan con que Axarquía pueda ser en algún momento como Barbaria o como Libertats, tener un Estado o propiedad privada... aunque yo no los conozco.

—Eso me estaba preguntando. Si todos compartían el mismo punto de vista sobre el anarquismo. Si no existen grandes mitos fundacionales, ni héroes patrios, ni hay una propaganda de los valores que se deben seguir... ¿por qué tantas personas coinciden en que Axarquía es lo ideal? O bien, si no coinciden... ¿por qué no muestran su inconformismo?

—Tal vez habría que preguntarles a ellos —contestó Adela.

—Sí, tienes razón, eso es lo que hacemos los antropólogos.

—Quizás el inconformismo desde el punto de vista de Libertats es un poco distinto. Lo político aquí tiene otras expresiones que no pretenden acabar con

el principio de la ayuda mutua o instaurar una democracia representativa — señaló Faatir.

—Además la ayuda mutua no es exclusiva de Axarquía —dijo Adela, yo permanecía atento. — Incluso algunos barbarianos, también creen en la ayuda mutua. El capitalismo ha utilizado la ayuda mutua, aunque su principio organizador sea el darwinismo social, como una forma de supervivencia.

—¿Y los axarquistas piensan siempre en la alergia cuando hacen las cosas? ¿Alguien ha intentado todavía crear Estados, delimitar un territorio o ser propietarios de una casa o una factoría?

—Huang, ni siquiera nosotros conocemos cómo es Axarquía en su totalidad —dijo Adela con una afectuosa sonrisa—. Yo puedo hablar de lo que conozco, esto —señaló con los brazos alrededor dando un pequeño giro— y un poco de otros lugares de los que he recibido más noticias o viajé en algún momento, pero de lo demás no.

—Claro —afirmé, sintiéndome un poco como un niño al que introducen en un nuevo mundo.

Ella continuó —hubo un tiempo, antes de que nosotros nacióramos, en el que los axarquistas se preocupaban por la alergia y se la encontraban a cada rato. Con el paso de los años la gente olvidó la alergia y comenzaron a vivir de esta forma entendiéndola como la más humana y justa para todos y todas. Yo no conozco a nadie que haya tratado de fundar una nación, un reino o que quisiese comprar la casa en la que vivía... con un puñado de zanahorias —el grupo de jóvenes comenzó a reír. Supuse que la práctica anarquista se había naturalizado de tal manera que este tipo de conductas son sancionadas por la sociedad en la que viven y existen formas, directas o indirectas, para desalentarlas. ¿Pero cuáles son? Seguía teniendo más preguntas que respuestas, anoté en mi diario de campo.

Llegamos a la fábrica de alimentación en un polígono industrial del barrio llamado Venus. Es una fábrica parecida a las que existen en Libertats, con un sector maquinizado supervisado por algunos operarios y otro, con una cadena de montaje, en la que trabajan una decena de personas. Envasan conservas con legumbres, carnes y otros tipos de alimentos. Estas empresas, me explica Adela, constituyen un sector muy importante para producir comida no perecedera y poderla enviar a las regiones de Axarquía en las que los frutos de la naturaleza son frugales. Todos los trabajadores de la fábrica laboraban cuatro horas diarias y cuando hay alguna emergencia y deben producir más,

por ejemplo un desastre natural que desabasteció a los habitantes de una ciudad o una región, otros los reemplazan. En algunos casos en los que el trabajador quiere participar en el trabajo pero tiene alguna condición de vida que no le permite estar las cuatro horas, se queda menos tiempo. Hay un espacio en la fábrica para jugar a juegos de mesa o descansar y no existe la figura del jefe, aunque sí la de los coordinadores de la producción. Este puesto, me explicó Adela, tiene un reconocimiento parejo al de los trabajadores de la cadena de montaje e implica la gestión de la fábrica. Para ello se reúnen con los demás trabajadores y llevan a cabo medidas que mejoren la producción o las condiciones en las que laboran. Me presentaron a Fátima una de las coordinadoras, que se encontraba reparando una de las máquinas con otras dos mujeres.

—Mucho gusto Huang. Me alegra que nos hayas visitado. Siento no poder acompañarte en el recorrido a la fábrica. Hemos tenido un problema técnico y estamos tratando de repararlo. —Se quitó una máscara de soldar que llevaba puesta y sus guantes y los dejó en el suelo.

—El gusto es mío Fátima. Gracias por la hospitalidad. Estoy aprendiendo muchas cosas.

—No tienes por qué dárme las. En realidad, la fábrica está abierta a todos. Puedes regresar cuando quieras. —En ese momento me percaté de los grandes ojos negros de Fátima que me miraban como podría hacerlo un bello y enigmático lago en la noche. Su sonrisa era el sendero para llegar y yo un perplejo arbusto en las orillas de aquel paraje.

—Ah, claro... me encantaría verte... quiero decir ver de nuevo la fábrica —Adela y mis otros acompañantes apagaron una sonrisa al observar mi cara sonrojada por la traición de mi inconsciente.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Axarquía? —preguntó Fatima, por su acento parecía que el castellano no era su lengua materna.

—Mañana por la tarde me voy. El tiempo ha pasado rápido.

—Buen viaje Huang y ojalá nos visites de nuevo pronto —Fátima miró a sus acompañantes, los presentó, nos saludamos y dijo —debo continuar—, acto seguido se acercó a darme un abrazo. No supe dónde poner los brazos, ni las piernas, ni la cabeza, en Libertats los desconocidos se saludan a la distancia y en algunas ocasiones dándose la mano. Había recibido más abrazos aquí en unos días que en toda mi vida adulta. Además, el de Fátima era especialmente intranquilizante. Adela, Faatir y los otros no paraban de

apagar pequeñas sonrisas ante mis extraños aspavientos. El diario de campo se resbaló de mi mano y cayó al suelo, Fátima se agachó a recogerlo y me lo dió. Le agradecí. Seguimos el recorrido y, saliendo por una puerta lateral, me llevaron a la fábrica aldeaña a la nave que acabábamos de visitar, formada por robots. En ella se construyen zapatos y zapatillas de deporte. Me explicaron que hay personas que trabajan en pequeños talleres reparándolos y algunos también los hacen, pero que por lo general la fabricación está automatizada y es a gran escala con el objetivo de tener una cantidad suficiente para toda la población. Con el material de los zapatos, también se hacen algunos juegos de mesa como el ajedrez, las damas y otros que nunca había escuchado hasta entonces. Como ya me explicaron, son pocas las fábricas que tienen aún a personas trabajando en cadenas de montaje y si no se han maquinizado todas es por dos razones. La primera, debido a la labor de supervisión humana que no había podido sustituir la máquina, y la segunda, porque prefirieron que así fuera por la relación humana con el material creado, por ejemplo, en las fábricas de comida.

Regresamos a la fábrica de latas de conserva. Me llevaron a una guardería, que ellos llamaban ludoteca, en la que había niñas y niños pequeños jugando y dos hombres los cuales, me contó Adela, en ocasiones también trabajan en la fábrica. Los juegos de los niños me parecieron algo extraños al observarlos con más detalle. Era como si los adultos jugasen a ser niños y ellos se encargasen de cuidarlos. Los dos señores daban volteretas, saltaban, tiraban algunos juguetes de goma contra la pared y los niños les aconsejaban que no hiciesen cosas con las que se pudiesen lastimar o lesionar a otros. Un niño de unos cinco años le enseñaba a mezclar los colores sobre una hoja al señor de mayor edad, que tendría más de cincuenta años y estaba empeñado en pintar en la pared.

Ante mi perplejidad Rolando me preguntó si estaba bien. Le contesté que sí pero que no entendía lo que estaba pasando en la ludoteca.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Pues... no entiendo nada. ¿Son sus padres? ¿A qué juegan?, ¿es un juego de roles o algo así?

—No, no son sus padres, o no en el sentido biológico que existe en Libertats. En realidad, la guardería es para los adultos. Los niños se quedan cuidando a aquellos revoltosos o muy juguetones.

—Pero... ¿están bien estos señores? Quiero decir, ¿no tienen algún problema... de... no sé... mental? —Pregunté.

—¿Problema mental?, ¿te refieres a dolor de cabeza?, ¿migraña? —dijo Adela sin entender mi pregunta.

—No, me refiero a si están locos —contesté algo nervioso.

—Creo que no hay personas locas en Axarquía, si entiendo a qué te refieres. Los ancianos nos contaron cómo era eso antes —contestó Faatir.

—Pero... por ejemplo, si yo me pongo a gritar ahora y salgo corriendo... ¿no sería un comportamiento extraño? —inquirí.

—Sí, claro... y nos asustaríamos pensando que algo te pasa. Pero yo no diría que estás loco. —Dijo Faatir. A medida que avanzaba el día me daba cuenta de que algunos axarquistas, aunque podían hacer afirmaciones con un carácter general sobre ciertos comportamientos o normas en su sociedad, preferían hablar de su punto de vista personal en lugar de afirmar “nosotros pensamos”, “nosotros opinamos”. Faatir era especialmente puntilloso en eso —lo que ocurre aquí es que en la ludoteca hay dos turnos, uno en el que los adultos juegan con los niños y cuidan a los que todavía son muy pequeños y pueden hacerse daño. Y también en ese turno los adultos llevan a los niños de mayor edad a aprender los oficios que se realizan en las fábricas, por ejemplo desde la cadena de montaje hasta ciertos principios básicos de ingeniería industrial. En el segundo turno, este, los niños cuidan a los adultos y a los niños más pequeños que ellos.

—Lo que suponía. Los adultos actúan entonces para que los niños aprendan a cuidar.

—No, no actúan... son así. Yo soy así a ratos —Faatir miró a Adela y a Rolando y ellos afirmaron también tener ese comportamiento y no en las guarderías, de repente en los parques, en el bosque o en sus casas. Yo no entendía muy bien si esto afecta o no a la reputación o credibilidad del adulto, pero pensé que no iba a obtener la respuesta preguntando. Preferí continuar con el tema de la locura.

—Y entonces... ¿las personas de Axarquía nunca pierden el control de sus actos y ponen en peligro su vida o la de las demás?

—Bueno, digamos que hay lugares en los que se espera una serie de comportamientos y en otros no, pero cuando no se producen los que se esperan de forma reiterada solemos preguntarnos si tal vez el lugar es el que

debería cambiar. El comportamiento esperado y el no esperado están siempre en relación con lo que les rodea. —Explicó Faatir.

—Y la guardería sería un lugar esperado para que un adulto se comporte como un niño... ¿no es así? —pregunté.

—No del todo... pero creo que se acerca un poco —contestó Faatir con expresión dubitativa.

—¿Y no hay lugares para personas que pierdan el control de sus actos y puedan hacerse daño o hacer daño a los otros?

—Sí, muchos. Sus familias, sus vecindades, sus comunidades e incluso sus compañeros de trabajo que adecuan sus actividades a sus necesidades. Si se trata de hacer daño a los demás, lo cual no ocurre con frecuencia aquí, la gente lo contiene sin violencia, con cariño, hasta que se calma. El cuidado común es algo muy importante en Axarquía. Si se trata de hacerse daño así mismo, se le escucha, se le aconseja, pero si el compañero ha decidido, por ejemplo, terminar con su vida nadie más que él o ella puede intervenir en esto. No hay, como les llaman en Barbaria, juicios morales para él o para sus allegados —contestó Adela.

—¿Entonces el suicidio no es un acto vergonzoso en Axarquía? —pregunté.

—Aquí, en Móxtoles al menos no... —dijo Adela.

—¿Cuántos suicidios hubo en los últimos años en Móxtoles?

—... en los últimos dos años, creo que cuatro, que yo sepa —contestó Faatir.

—Vaya... —me quedé pensativo, en Libertats eran muy comunes— y ¿quiénes eran? No me refiero a sus nombres... sino ¿eran jóvenes o ancianos...?

—Eran un joven y tres ancianos, los que yo conozco. Sus cuerpos ya no podían seguir más que por un camino para ellos muy doloroso y aquellos que, por su movilidad, no eran capaces de poner fin a su vida pidieron ser ayudados.

—Ah, claro... nosotros le llamamos eutanasia —nos dirigimos a la puerta de la entrada y no pude evitar hacerles otra pregunta sobre este tema—. ¿Y si alguien mata a otra persona... lo castigan?, ¿va a la cárcel?

—No —dijo Rolando— no hay un castigo visible, pero sí hay una sanción social.

—¿De qué tipo?

—Matar, agredir, dañar a otros son actos reprobables. Pocas personas, que yo conozca al menos, lo ven bien en Axarquía. Cuando esto ocurre se hace un rito de reparación con los allegados del que sufrió la agresión y se invita a la persona que agredió y a sus compañeros y familiares más cercanos. Eso es todo. Aunque en realidad a mí me parece más una forma de escarnio público que no solo termina en su ritualización, continúa en otros aspectos de la vida. —Dijo Rolando con su tono crítico al cual ya me iba acostumbrando.

—¿Por ejemplo?, ¿cómo continúa? —pregunté ante la atenta, y algo penetrante, mirada de Faatir y Adela.

—De muchas formas. Los principios de voluntariedad, libre asociación y ayuda mutua son los que rigen a nuestra sociedad, aparentemente nadie obliga a nadie a hacer algo que no quiera, pero tampoco a no hacer lo que quiera hacer. Si matas o hieres a una persona vas a ser considerado un agresor, aquí no hay figuras que lo justifiquen legal o moralmente por el bien común o por la patria, y esto tendrá repercusiones en tu vida, por ejemplo, para encontrar un trabajo que te guste. —Explicó Rolando.

—¿Pero esto no era una decisión libre de cada uno? —pregunté.

—Sí, pero nuestras instituciones... los comités, los núcleos de saberes, etcétera, están formados por personas y, por ejemplo, cuando se vota por alguien para un comité, o se intercambia un trabajo en los “intercambiadores de tareas” no se puede prescindir de la reputación de las personas. Y aunque vivamos en una gran ciudad, al final son un conjunto de barrios en los que existe una fértil sociabilidad. Para bien...y para mal. —Dijo Rolando.

De esto se trataba entonces. Si no existen instituciones que sancionen los comportamientos considerados como desviados de los individuos de Axarquía, tiene que haber una forma de regularlos, y esta parece ser la opinión pública y su expresión en el sentido común. Esto confirmaba la información que había leído de algunos cronistas.

Iba a preguntar por los intercambiadores de tareas cuando apareció Fátima, con sus compañeras de trabajo y me extendió un trozo de papel —si te apetece tomar algo esta noche, aquí está mi teléfono —, dijo en voz alta, sin asomo de rubor, y continuó su camino.

No soy un hombre apocado ni timorato en mi relación con las mujeres, pero tampoco un *sex symbol*. No es extraño que las mujeres en Libertats tengan la iniciativa con los hombres, el movimiento revolucionario fue gestado por

muchas de ellas y las había colocado en una relación de aparente equidad. Tienen cargos políticos, de administración, son jefas de sindicatos, también de vecindarios y de familias, o catedráticas en las universidades, pero había algo en Fátima, y en la mirada y actitudes de algunas mujeres de Axarquía, que me provocaba inquietud. No era su determinación, ni la ruptura con un rol tradicional de feminidad, que también había existido en Libertats, se trataba de otra cosa que no podía explicar. En Libertats las mujeres con poder quieren ser como los hombres, o quizá es el poder el que quiere ser como ellos. Pero en Axarquía parece como si las mujeres no tuvieran miedo, o por lo menos no a los hombres.

No dije mucho, permanecí callado con una supina emoción en mi rostro, por volver a verla, mezclada con el temor a parecer poco profesional. Nos dirigimos al hospital, o como le llamaban ellos Centro de saludes, en el barrio de Icaria.

—¿Qué son los “intercambiadores de tareas”? —pregunté.

—Ahora te vamos a mostrar uno —dijo Faatir—, está a dos minutos de camino.

Llegamos a una amplia caseta con varias habitaciones y una sala central en la que había dos mujeres y un hombre sentados en unas mesas que nos saludaron amistosamente al entrar. Adela hizo las presentaciones y explicó el propósito de nuestra visita. Kiran, un hombre alto, de tez oscura y cabello largo recogido en una coleta, me contó qué era aquello. El intercambiador tiene varias habitaciones distribuidas por actividades generales y en los laterales de cada habitación hay computadoras. En ellas se accede a una base de datos con tareas y bienes divididos temáticamente. Por lo general, las grandes actividades relacionadas con la supervivencia están gestionadas por los comités de agua, electricidad, comida, cuidados de personas dependientes... en cada barrio, atendiendo tanto a las necesidades de una comunidad de vecinos como de los habitantes de una casa concreta. Los intercambiadores de tareas se centran más en otro tipo de actividades que no están necesariamente vinculadas con las de base mencionadas. Por ejemplo, si alguien quiere ofrecer un servicio a la comunidad o a una persona en concreto que lo requiera ese es el lugar para hacerlo. Estos intercambiadores, me explica Kiran, tienen su inspiración en una antigua práctica libertaria, que se remontaba al siglo XIX, denominada “bancos de tiempo”, basada en la utilidad y la temporalidad del bien o el servicio que se intercambia,

prescindiendo del dinero. “La diferencia de los intercambiadores con los bancos de tiempo es que no se recibe algo a cambio de dar otra cosa, de igual forma que no se da esperando recibir. No existe una unidad de medida, como las horas, ni se registra o acumula en cheques u otro tipo de formatos. Saber dar y recibir son valores regidos por la solidaridad”, decía Kiran, “como no hay tiempo que acumular o que perder, las actividades y bienes que aquí se intercambian están mediadas por el valor de uso y por el altruismo”. Ante esto, y acostumbrado a que en Libertats fuese el Estado quien defina estos intercambios como parte de una economía formal, no pude evitar preguntar:

—¿Y cómo saber que no hay alguien que se aprovecha y solo recibe cosas sin dar nada a cambio?

—No se puede saber. Nadie vigila la entrada ni la salida a este lugar y el acceso a las computadoras es libre. Yo no sé si dejaron o no una propuesta cuando entraron en las computadoras o si le enviaron un mensaje a la persona que ofrece una actividad para recibirla. Lo que sí sabemos, por la base de datos, es que casi siempre suele haber más propuestas que demandas —, contestó Kiran.

Entré en una de las salas y, en la computadora, había de todo tipo de tareas y bienes ofertados. Desde clases de idiomas poco conocidos, masajes no terapéuticos, instrumentos de música, juegos de mesa, paseos para observar galaxias en la noche o cursos de telepatía.

—¿Hay cursos de telepatía? —sonreí.

—Sí, claro. Y de radiestesia, telekinesis y clarividencia —contestó Kiran con seriedad.

—Pero..., ¿vosotros creéis? Eeh, quiero decir... ¿hay personas que practican la telepatía o la telekinesis? —pregunté.

Kiran se encogió de hombros y estiró los brazos hacia delante en un gesto que no supe interpretar y Adela contestó —mañana te contarán los niños más sobre esto.

—Está bien —dije no muy convencido, metí la mano en mi bolsillo y comprobé que el papel con el número de teléfono de Fátima continuaba allí. Nos despedimos de Kiran y seguimos nuestro camino.

Caminamos unos veinte minutos por una avenida con algunos coches y muchas bicicletas y patines. Los coches, según me explican, funcionan con energía solar capturada a través de placas solares en su techo, también tienen baterías eléctricas que pueden ser cargadas en los enchufes que existen en

diferentes lugares de la ciudad. Por lo general, la gente se desplaza en bicicleta o en patinetes. Algunas bicis tienen un tándem en el que van niños muy pequeños o personas que no pueden desplazarse en ellas. En este caso, disponen de un pequeño motor alimentado por una placa solar. Axarquía ha logrado crear placas solares con un material muy poco contaminante y abundante. Las placas, al igual que otras muchas cosas, se reciclan para no generar basura y tener un mínimo impacto negativo en la naturaleza. Para las distancias más largas están los trenes eléctricos y solares y cuando se trata de viajes de mayor envergadura se toma el avión o el barco, impulsados por baterías de energía solar y por electricidad. Atravesamos la vía de un tren por un túnel en cuyo techo hay un grafiti de amplias dimensiones con un dibujo de la vía láctea y llegamos a Icaria.

Icaria es un barrio con grandes casonas construidas alrededor de un terreno común que sirve por lo general de huerto, de apariencia similar a los antiguos cortijos del sur de España. Estas casonas tienen varias plantas y en ellas viven muchas familias, aunque el actual concepto de familia en Axarquía todavía no me quedaba muy claro, más allá del relato de las crónicas varias décadas atrás. En cada conjunto de casas, ubicadas de forma casi contigua, una de ellas está destinada a los niños de cada comunidad. Allí pernoctan y pueden permanecer parte del día cuando sus padres trabajan.

—En muchas de estas casas —me explica Faatir— son las personas ancianas las que cuidan de estos niños y, de manera similar a lo que viste en la ludoteca, los niños cuidan a su vez de los ancianos. Los ancianos son para ellos su historia, igual que Andrés para nosotros, y los niños son y cuentan nuestro futuro, como mañana podrás observar.

—Y... ¿cómo son las familias aquí?, ehh... ¿tienen un padre y una madre biológicos? —pregunté.

—¿Biológicos?, ¿te refieres de carne y hueso? —dijo Faatir con un semblante serio.

—No... —contesté con una ligera sonrisa algo turbada— me refiero a que la madre es la que lo trajo al mundo, con el parto, y el padre al fecundar los óvulos de la madre con el esperma —. Me sentí el profesor de una clase de biología para marcianos. Parece que los jóvenes axarquistas conocen aspectos importantes de nuestra cultura en Libertats, pero muchas palabras que utilizo no tienen la misma correspondencia con su vida.

—¡Ah! Eso.... no. ¿Y cómo puedes saber quién es el padre biológico?, ¿hay forma de saberlo? —preguntó Fatir con curiosidad.

—Bueno... en Libertats se pueden hacer *test* genéticos para saberlo... y creo que en Barbaria también —contesté.

—¿Y cuál sería el objetivo de una prueba de este tipo? —preguntó Faatir.

—Pues... saber quién es el padre... ¿no? para muchas personas es importante, y además tiene responsabilidades en el cuidado del niño.

—Claro, claro —dijo Faatir con expresión de “no me estoy enterando de nada de lo que dices”.

Adela intervino —aquí no hay una figura paterna o materna. Incluso con frecuencia no se sabe quiénes son los padres o las madres biológicas en el sentido que mencionas Huang. La responsabilidad del cuidado y el acompañamiento la tenemos todos. Además, el objetivo en la vida de las mujeres no es tener un hijo, es algo que aquí en Móxtoles pocas deciden tener, aunque esto cambia según las regiones de Axarquía. Cuando una mujer decide tener un hijo sabe que no será “su” hijo, en este sentido biológico al que te refieres.

—¿Entonces tienen formas de control de la natalidad?, ¿para evitar la procreación?

—En Móxtoles casi todos los hombres se hacen la vasectomía desde que son jóvenes. Es algo normal. Afortunadamente logramos erradicar la mayoría de las enfermedades que se transmiten sexualmente, al menos las más peligrosas y son muy pocos los casos. Aun así, también usamos los antiguamente denominados condones —dijo Adela.

—No siempre —replicó Rolando, que llevaba un rato taciturno— esa es la recomendación que nos hacemos, pero a veces se nos olvida —Faatir y Adela asintieron con expresión de indiferencia.

—¿Y entonces?, ¿cómo son las familias?, ¿hay familias? —insistí acongojado.

—La familia somos todos, aunque nos organizamos de muchas maneras —dijo Adela y ante mi cara de perplejidad se detuvo a explicarme —por ejemplo, si tú naces en Icaria te cuidan en la casa comunitaria cuando eres bebé y cuando eres pequeño, aunque tendrás una cantidad enorme de hermanos mayores y pequeños a los que pedirás que te cuiden o tú mismo cuidarás. En realidad, como te comenté antes, no hay un modelo de familia ni de organización social homogéneo en todo Axarquía. Solo en Móxtoles

existen un montón de particularidades distintas por barrio y por vecindades en cada barrio. Por ejemplo, en algunos barrios como en Icaria, han adoptado esta forma de cuidado de los bebés en cada vecindad, pero estas no son iguales en todos los barrios. Algunas de ellas están definidas por la pertenencia a un bloque de viviendas y otras a un grupo de bloques alrededor de un parque. Casi siempre tienen un patrón geográfico de residencia. En otros barrios centralizan el cuidado de los niños y bebés en un solo espacio compartido por varias vecindades, y existen figuras paternas y maternas que son por lo general varias y pueden ser solo mujeres o una mujer y varios hombres o solo hombres. En otros, la familia es un padre y una madre y los niños viven con estas personas en la misma casa, aunque puedan ser cuidados por toda la vecindad.

—Cada quién puede organizarse como quiera mientras no pretenda imponer a los demás su visión del mundo, o de la familia o de la sociedad —añadió Faatir.

No podía dejar de pensar que sus maneras de respetar las ideas o prácticas de los otros eran muy inspiradoras, pero siempre están constreñidas por el marco que impone la alergia. Esto es, la imposibilidad de desarrollar formas de propiedad privada y de Estado.

—¿Y las casas en las que vivís...?, no son propiedad de nadie... me imagino. Pero, ¿podéis cambiar de casa?, ¿o siempre os quedáis a vivir en la misma? —Pregunté.

—También depende mucho del lugar. En los barrios de Móxtoles hay diferentes formas. Lo más común es que las personas se queden el tiempo que quieran a vivir en una casa, la cual suele ser comunitaria aunque cuenten con espacios individuales, y cuando deciden mudarse lo solicitan al comité del hábitat. Existen uno o dos consejos de este tipo en cada ciudad y pueblo, con competencias en ciertos barrios, y sus miembros, como en otros comités, son elegidos y se turnan. Si hay una vivienda disponible en el lugar para el que se realiza la petición no hay ningún problema. Cuando coinciden varias peticiones para una sola vivienda se echa a sorteo. También existe una forma de intercambio de vivienda por mutuo acuerdo. Por ejemplo, si quiero vivir unos meses en otra ciudad y conozco a alguien allí que quiere vivir en la vivienda en la que yo estoy, entonces nos ponemos de acuerdo y hacemos este intercambio. Hay regiones de Axarquía que tienen una cultura más nómada y sus habitantes han decidido que cada cierto tiempo deben mudarse

de vivienda, entonces esta es la norma social para ellos. En otros lugares, como aquí en Icaria, los vecinos deben aprobar por voto mayoritario si aceptan o no al nuevo miembro en su vecindad. Pero así es, cada quien se organiza a su modo... —Me explicó Faatir.

Rolando frunció el ceño y añadió —sí, pero esta norma social no la compartimos muchos en Axarquía y a veces nos trae conflictos con los icarianos. Ellos y los que piensan así han creado un sistema de distinción en el cual se rompe el principio de libre residencia y movilidad de Axarquía. Este sistema está inspirado en la práctica de Etienne Cabet, al igual que algunas de las extrañas prohibiciones, que ellos llaman recomendaciones comunitarias, que tienen en Icaria, como el no fumar... En realidad cada barrio, cada comunidad o vecindad tiene normas más o menos explícitas que son conocidas y también se van recreando con la convivencia, y a veces condicionan que alguien decida ir a vivir allí... pero para los icarianos es casi un dogma.

—¿Y qué tipo de personas vienen a este barrio? —pregunté con interés.

—Es una buena pregunta. No viene cualquiera. Principalmente las que aceptan las normas de Icaria, como lo de no fumar en las casas y calles. Pero en realidad yo creo que son un pretexto para aceptar solo a gente de cierta reputación, por ejemplo, a los que trabajan en el Centro de saludes, —sentenció Rolando. Adela y Faatir, unos pasos adelante, hablaban con expresión hosca en un idioma que no entendía.

—¿Es axarquiano? —le pregunté en voz baja a Rolando.

—Sí, no les gusta que hable así de Icaria contigo —contestó.

—¿Y es cierto que casi todos habláis axarquiano?, ¿cómo es esto?

—Sí, la mayoría. Aunque hay tantos dialectos del axarquiano que a veces preferimos hablar en idiomas previos a la alergia que tienen una gramática.

—¿El axarquiano no tiene gramática? —pregunté.

—No, esto fue algo que se discutió mucho después de la alergia, y que todavía algunos siguen discutiendo. Era importante crear un idioma que permitiese la comunicación entre todos los habitantes de Axarquía pero que al mismo tiempo no eliminase las particularidades lingüísticas, los idiomas previos y sus dialectos. En los libros hablan de un experimento parecido, que duró un tiempo, con un idioma llamado esperanto o, como le denominaban, el latín de los obreros. Stalin decía que era de espías, Hitler de judíos conspiradores y el imperio de Estados Unidos que era de comunistas. El

axarquiano, afortunadamente, no ha sufrido los embates de los nacionalismos y del ansia de poder... pero tiene otros problemas.

—¿Cuáles? —Faatir y Adela se detuvieron a saludar a un señor.

—Por ejemplo, la gramática, la cual sería la forma unificadora que nos permitiría que todos siguiésemos ciertas reglas gramaticales y con ello entendernos. Al comienzo se creó una, pero finalmente las personas decidieron no seguirla por considerar que esta gramática no era flexible ni correspondía con sus formas de expresar el mundo, como en su idioma materno. A medida que era más y más practicado empezaba a tener significados propios y las personas se socializaban en esta lengua construyendo identidades, memorias, expectativas... expresadas lingüísticamente.

—Sí, esto es muy interesante —interrumpí excitado—, hay experimentos con las personas bilingües donde les preguntan lo mismo en una y otra lengua y las respuestas son muy diferentes. Andrés contaba algo parecido sobre los espacios ayer. Disculpa, te interrumpí, sigue por favor...

—No hay problema... lo que ocurrió es que a medida que el axarquiano tenía vidas y mundos múltiples los cuales, para muchas personas, no cabían en esa gramática se propuso crear otras gramáticas que correspondiesen con la expresión de estos mundos. Pero el problema es que la gramática acaba siendo un sistema que choca con la práctica de la oralidad en Axarquía, al menos con el axarquiano. Mucha gente cree que los idiomas se construyen con la práctica y no debe haber gramáticas. Además, las gramáticas, aunque algunas han sido antiguamente reivindicadas para ciertos derechos de grupos minoritarios o para la no extinción de la lengua... lo cual ha pasado también con el nacionalismo, al final se convierten en un instrumento de poder sobre las reglas de definición del mundo.

—¿Entonces no escribe nadie en axarquiano? —proseguimos el camino con Faatir y Adela.

—Sí, muchas personas. Es la forma de comunicación que utilizamos, por ejemplo, en los mensajes por Internet, hay libros en axarquiano y otras muchas cosas. Pero con una sola gramática a la que encima nadie le hace caso... a veces se vuelve bastante complicada la comunicación. Por eso desde pequeños aprendemos también otras lenguas, surgidas antes de la alergia, que tienen ya reglas más establecidas y literatura para poder seguirlas, como el castellano...

—Ya llegamos al Centro de salud. —Interrumpió Faatir acercándose a nosotros. El centro está formado por cinco edificios bajos, separados por grandes jardines y con amplios ventanales.

Si en el mundo capitalista anterior a la alergia el poder de la medicina había estado vinculado a la centralidad del Estado y a la consolidación de la burguesía, una vez que no existía ninguno de los dos la medicina debería haberse convertido en algo diferente. En Libertats seguía vinculada a clases, no económicas pero sí definidas por el estatus otorgado por el Estado al considerar a la ciencia como un proyecto suyo. Y en el mundo capitalista, antes de la llamada Revolución francesa y de la revolución pasteuriana, los médicos eran considerados casi como brujos, con excepción de los cirujanos de guerra. Eso es lo que decían los libros de historia. ¿Acaso serían los médicos axarquistas un tipo de brujos que habían renegado de la ciencia? Pensaba en todo ello cuando Adela me propuso entrar a uno de los edificios del Centro de salud. A simple vista parecía un lugar aséptico, de paredes blancas, personal con batas y guantes y olor a desinfectante. Todo muy semejante a los hospitales que conocía. Me presentaron a Daniela, una médica cirujana de unos treinta años, especialista en traumatología. Nos invitó a hacer un recorrido por el hospital. El Centro de salud tiene tres secciones. Un grupo de edificios rectangulares, en uno de los cuales nos encontrábamos, separados entre sí donde son atendidos los usuarios, en quirófanos y en salas de reposo individuales o colectivas, muy similares a aquellas de los hospitales en Libertats. Daniela me explicaba cómo funcionan las diferentes áreas en las que está dividido. El paciente ya no lo era más, considerado ahora un actor que opina, cuya historia y puntos de vista son escuchados por el personal de salud y que tiene capacidad para negociar y ser experto en aquello que le pasaba. Para ello existen traductores e intérpretes en distintas lenguas, dialectos y expresiones que además conocen los contextos culturales y sociales de vida de los usuarios que allí acuden y pueden mediar con los profesionales de la salud que tienen otras trayectorias. “Si el higienismo había sido en el pasado”, —explicó Daniela—, “el instrumento con el que las clases privilegiadas moralizaban la vida de los sectores populares convirtiéndose en una forma de salvación, una nueva liturgia médica que salvaba vidas, ahora es únicamente un instrumento para hacer más efectiva la práctica médica y evitar la propagación de ciertas enfermedades desprovisto de otra ideología que la solidaridad y la lucha

contra las condiciones sociales dañinas de los más desfavorecidos”. Le pregunté si existen personas más desfavorecidas en Axarquía y me contestó que hay lugares con condiciones de vida más duras que otros, sufren por ejemplo sequías o huracanes, a pesar de la bonanza de la tierra en la que viven y de la solidaridad entre las personas. “La ciencia médica, en este sentido, no juega un papel ideológico que pretenda transformar a estas personas para el interés de una nación o grupo de poder, como había pasado antes de la alergia con el capitalismo y la colonización. Por ejemplo, inculcando los valores de los sectores dominantes europeos a los países colonizados a partir de la medicina o del deporte, como fue el caso del cricket en la antigua India”, — afirmó Daniela—. Me parecía muy interesante lo que me relataba, pero tenía muchas preguntas sobre cómo la ciencia, este tipo de ciencia, podría estar totalmente desprovista de ideología y de formas de instrumentar el poder, entendido como la imposición de una voluntad frente a otros. Quizá no ocurre en una manera orquestada por el Estado y por corporaciones farmacéuticas o de seguros, como en el antiguo capitalismo, pero la salvación es la salvación, al fin y al cabo. Preferí seguir escuchando. Daniela continuó el recorrido y sus explicaciones.

“La autonomía del usuario es fundamental para que la ciencia y la práctica médica no sean un ejercicio de poder. Por ejemplo, se enseña a los usuarios a utilizar los medicamentos y no se considera a la enfermedad como una entidad oculta en un cuerpo sin sujeto atrapado en una biología solo descifrable por la visión experta del médico. La experiencia del usuario, su punto de vista, sus interpretaciones, las de sus acompañantes, son consideradas importantes en el diagnóstico, en el tratamiento y en el seguimiento. Para algunas de las conversaciones sobre esto, con los usuarios que por su condición de salud pueden caminar y no están en reposo, existen los otros dos edificios que conforman el Centro de saludes”. Allí fuimos.

El segundo edificio es ovalado y alberga un gran jardín botánico, con partes techadas y otras abiertas, por el que pasean algunas de las personas que trabajan en el lugar, varios usuarios con batas de colores y sus acompañantes. La sección del jardín desprovista de techo está formada por árboles y plantas autóctonas, que Daniela denomina como “antiguas en la región”, entre las que pude identificar encinas, olmos, madroños, tejos, entre otros. En la sección techada hay una gran variedad, algunas de ellas son comunes en ciertas regiones de Libertats como el bambú, la aralia, la palmera excelsa o

una especie de jacaranda. Al fondo de la sección techada hay una biblioteca, una sala de cine abierta y, a unos quince metros en un lateral un bar. Daniela, que es una gran conocedora de historia y de botánica, me habló sobre la vida nómada de algunas de estas plantas que atravesaron medio mundo para llegar hasta aquí. Hizo una analogía con el *Stenocereus eruca*, un cactus errante que existe en el desierto de la antiguamente llamada Baja California de México, el cual camina por el desierto y se desplaza a lo largo de su vida. “Dicen que las plantas tienen raíces y las personas pies... pero en este caso no parece tan evidente” sonreía mientras lo explicaba, “aquí hay espacio para todas, mientras quieran estar. Lo mismo pasa con los usuarios”. Le pregunté a Daniela si ella por trabajar como médica recibe algún tipo de compensación extra diferente a la de otras personas que tienen oficios de menor cualificación. “Trabajo como médica pero también soy jardinera, aquí y en otros espacios vegetales, y me dedico a la botánica. Encuentro en el mundo vegetal grandes aprendizajes para conocer la anatomía humana y viceversa. Curando a las personas que han sufrido traumas en su aparato locomotor entiendo mejor el mundo de la botánica. Hasta donde yo sé nadie recibe en Axarquía un extra por desempeñar un tipo de trabajo u otro. Nadie vive en una mejor casa por eso, o come más o viaja más...”. Asentí sin decir nada y me quedé observando a Rolando el cual esbozó una expresión incrédula.

A veinte metros del jardín botánico, un tercer edificio triangular, el más grande de todos, contiene un Núcleo de saberes. De manera análoga al Núcleo de saberes que conocí, este era bastante peculiar. En la primera planta, hay un “laboratorio de saludes” en donde algunos literatos y antropólogos discutían con las médicas y químicas sobre sus investigaciones y estas a su vez sobre la literatura y las ciencias sociales. Desde las ventanas ovaladas del pasillo podía escuchar un poco de aquello que hablaban una mujer y un hombre, de mediana edad, no sin cierto sentimiento de culpabilidad por el intrusismo.

—Esto es muy interesante. ¿Entonces el mito de Frankenstein escrito por Mary Shelley ha inspirado parte de los hallazgos científicos en la historia? —preguntaba el hombre vestido con una bata de médico.

—Se han nutrido mutuamente los hallazgos científicos, la literatura y los mitos. La literatura, las películas... el llamado arte... ha proporcionado una guía para la ciencia y sus descubrimientos. Tanto la ciencia como la literatura han caminado siempre de la mano inspirándose de manera mutua —. Decía

la mujer que vestía de manera sencilla, como es habitual en Móxtoles, con una camisa de manga corta y un pantalón vaquero.

En la segunda sala un grupo de mujeres, con batas blancas algunas y otras vestidas de civiles, tenían otra conversación.

—Así era antes. El sistema inmunitario estaba copiado de la idea del Estado en guerra contra un enemigo exterior y del estado policial que controlaba la identidad de las células en su interior a partir de tener una ciudadanía, un arreglo de proteínas en su exterior y hablar un lenguaje común al Estado nación del cuerpo... Los leucocitos son capaces de recordar durante décadas este lenguaje y si hay una célula que no lo habla, un alien, la destruyen, como decía la antropóloga Emily Martin retomando los discursos científicos inmunitarios-nacionalistas... —explicaba una médica.

—Claro, además eso tiene que ver con la idea del *self*, amigable y el no *self*, el mundo exterior del Estado nación, osea del cuerpo, como hostil. Recordaba esta antropóloga cómo los rusos de finales del siglo XIX y principios del XX habían refutado las metáforas de Charles Darwin sobre la lucha individual para la supervivencia vinculada concretamente con la sobrepoblación malthusiana. Decían que esta idea de Darwin era como si uno de los teóricos fundadores del capitalismo, Adam Smith, se hubiese puesto a escribir un libro de zoología. En lugar de una lucha a muerte con guerra en los bordes y terrorismo al interior lo que hay en los procesos biológicos, por ejemplo en los macrófagos alimentándose de los microorganismos, es una cadena alimentaria con mutuas dependencias. Los organismos son dependientes los unos de los otros para obtener comida en procesos de simbiosis que se dan en un cuerpo que es su entorno... esta era la explicación de los rusos y es algo parecida a la que tenemos ahora. No solo respecto al cuerpo sino también a nuestra sociedad. —Replicaba otra mujer con bata y un estetoscopio colgado al cuello.

En la segunda planta de este edificio hay un laboratorio de química y fitoterapia, llamado El bosque. El bosque consiste en una amplia sala dividida en un laboratorio, en el que se experimenta para crear medicamentos como pastillas, jarabes o vacunas y en la segunda parte hay una gran cantidad de plantas y árboles con propiedades medicinales. Daniela me contaba que el trabajo que realizan allí no consiste únicamente en sintetizar en medicamentos aquellos remedios que proceden de las plantas. También se recuperan remedios de las plantas y estos son envasados y enviados a

dispensarios de Axarquía y Centros de saludes de barrio, que son algo así como el primer nivel de atención en Libertats. En “los bosques”, me explica, hacen desde remedios, procedentes de las plantas, hasta analgésicos, antibióticos naturales o protectores solares. En aquellos situados en otras latitudes de Axarquía pueden elaborar remedios para picaduras de serpiente o incluso repelentes de mosquito naturales. También crean pastillas para distintos tipos de padecimientos como las hepatitis, las migrañas o anticoagulantes. “Si descubrimos algo que no se conozca en otro lugar, inmediatamente compartimos la fórmula y los materiales para que pueda ser producido en cualquier parte del mundo”, explicaba Daniela. “En Libertats tenemos varios medicamentos cuyas fórmulas fueron producidas en Axarquía y nos las regalaron... por ejemplo algunos contra el cáncer o el SIDA”, —afirmé. Daniela añadió: “Así es, pero no regalamos nada. No se puede regalar algo que no se posee. El conocimiento no puede ser propiedad de nadie”. Este principio, y otros de Axarquía como el de la remuneración a los profesionales, es similar a lo que ocurre en Libertats, sin embargo, el papel del Estado y su aparato burocrático parece marcar algunas diferencias. En Libertats los médicos no ganan mucho más que otros profesionales, pero tienen un gran prestigio ya que son servidores del Estado y, desde el punto de vista de los axarquistas y también del mío, el Estado los utiliza como una fuerza que permite imponer su voluntad. Igual pasa con los medicamentos, se socializan nacional o internacionalmente pero siempre con el afán de ejemplificar, de convertir a los otros a su doctrina, es una de las sutiles formas del poder de la acción nacionalista-revolucionaria amparada bajo el prisma de la solidaridad. Aunque las cosas parecían que estaban cambiando, y para ser parte de ese cambio estoy yo aquí... o eso es que lo mi gobierno me manifestó. Si logro un reporte convincente de la organización social de Axarquía, ¿Libertats podría dar un paso hacia la disolución del Estado?

La tercera planta del Núcleo de saberes es denominada como “el encuentro”, aunque todavía no está en funcionamiento. “Esta planta forma parte de un proyecto gestado por la visión de los niños, son ellos los que, con su madurez, explican cómo será el futuro y con base en algunos de sus análisis visionarios de nuestro posible devenir llevamos a cabo con ellos algunos proyectos. Por ejemplo, este es uno. Los pequeños han nacido en un mundo en el que la ciencia no lucha contra la religión, ni la religión contra la magia. En Axarquía no existen los dogmas de este tipo, porque no hay

Estados ni organizaciones sociales, similares a un Estado, que concentran el poder y lo redistribuyen. Como decía un antropólogo que seguramente conocerás, Marcel Mauss, cuando una civilización dominante se encuentra con otra a la que quiere dominar los médicos de la dominada se convierten en curanderos y sus sacerdotes en magos. Aquí no tenemos esta necesidad, sin embargo, los niños advierten de los peligros de una visión que culturalmente está todavía muy centrada en la antigua Europa, al menos en esta región, y cómo la ciencia occidental sigue siendo dominante en diversos aspectos de nuestra vida”, —dijo Daniela. “Algunas de estas cosas las verás mañana”, añadió Adela. Daniela nos acompañó a la salida del Centro de saludes y le agradecí el recorrido.

La segunda jornada estaba llegando a su ocaso, y yo no podía dejar de pensar en tres cosas. Una es que los axarquistas estén investigando la fórmula para acabar con la alergia. Lo cual resulta perturbador si pensamos en lo que supone para Libertats y Barbaria esta búsqueda. La segunda es que el tiempo se termina y todavía tengo muchas preguntas sobre Axarquía, pero también sobre la naturaleza de mi trabajo y el uso de mi reporte. ¿Y si Libertats me estaba utilizando para obtener información de Axarquía bajo el pretexto de considerar a su sociedad un posible referente?, ¿no sería acaso yo, el antropólogo rebelde, el peón del juego sucio de mi país? La tercera idea recurrente no es una idea, es una persona con nombre de seis letras y mirada cautivadora: Fátima.

Caminábamos de regreso al bar para encontrar a Andrés y a Nikolai, mientras Adela me explica que los centros de saludes existen en cada pueblo y en las ciudades hay varios en función del número de residentes. En los Centros de saludes de barrio los médicos, enfermeros y otros miembros del personal de salud no se quedan en su interior. Conocen los barrios, los recorren, acuden a las casas de las personas para atenderlas o para el control de sus padecimientos. Cuando es algo urgente o requiere de una atención de mayor envergadura los usuarios van al Centro de saludes. Esta estrategia sirve también para el control de epidemias. El personal de salud hace campañas, por ejemplo para la prevención de enfermedades infecciosas, y en ellas están involucrados los vecinos de los barrios, algo parecido a lo que nosotros llamamos medicina comunitaria. Pero en Axarquía, como muchos médicos son también jardineros, albañiles o fontaneros y muchos jardineros, albañiles y fontaneros son también médicos no resultan ajenos a la vida del

barrio. Un día te cosen una herida y otro te ayudan a reparar el manguito de la tubería de la lavadora de la casa en la que vives. Puedes conversar con ellos y ellas sobre el aluminio inyectado para los radiadores y de la relación del ácido acetil salicílico con las cardiopatías y el sangrado estomacal. Mientras tanto yo palpaba cada vez con más ansiedad el papel en mi bolsillo, si no veía aquella noche a Fátima probablemente no la vería nunca más.

—¿Sabéis desde dónde puedo hacer una llamada telefónica? —pregunté.

—Sí, si quieres desde El pescador. Allí hay un teléfono. Como probablemente has visto, en Axarquía no hay teléfonos móviles y otras muchas cosas que tienen en Barbaria como las televisiones y demás. Para ello tenemos cines o casetas telefónicas en cada barrio. Los teléfonos móviles son un lujo innecesario y un daño irreparable al planeta. ¿Existen en Libertats? —preguntó Faatir.

— No... pero creo que por razones distintas. Cuando Libertats era un capitalismo de Estado había muchos y éramos la fábrica del mundo. En aquel entonces se pensaba en el desarrollo, o sea en el consumismo, como la única vía posible para el futuro. El ecologismo era un lujo que no nos podíamos permitir... ese era el discurso nacional, señalando cómo los países occidentales habían devastado el planeta con su opulencia. ¿No teníamos acaso nosotros también derecho a ello? Después de la alergia, tuvimos que acabar con la propiedad privada y el sistema consumista para salvar al Estado, no había mercado interno y el externo se reducía solo a Barbaria... con lo que se decidió parar la producción.

—Si quieres llamar antes de llegar al bar, hay unas casetas telefónicas a dos calles de aquí —dijo Rolando— ¡vamos! no están lejos —. Faatir y Adela permanecieron callados, acabábamos de entrar a Venus.

—Muy bien, si no os importa que nos desviemos un momento. Mi llamada será breve—. Fuimos a una pequeña calle iluminada a media luz por las farolas y por los últimos rayos del atardecer. La llegada de la noche, congrega a grupos de jóvenes, ancianos y personas de mediana edad que conversan en los soportales de sus viviendas o en los parques. Antes de llegar a las casetas telefónicas vi un extraño edificio parecido a una iglesia. De su interior se escuchaban cánticos y una música parecida a la de los coros góspel que yo había visto en algunos videos grabados antes de la alergia.

—¿Eso es una iglesia? —pregunté.

—Sí, lo es —dijo Rolando.

—Pero... sin querer ser ofensivo... ¿no era Kropotkin el que decía que “la iglesia que más ilumina es la que arde”? —dije, arrepintiéndome de ello al momento. Era una pregunta capciosa que reflejaba mis dudas, y estaba fuera de lugar.

Faatir y Adela permanecían callados, Rolando sonrió y contestó —eso parece que decía, pero se refería a las iglesias que provocaban temor e ignorancia. Este es otro mundo muy diferente al de Pedro, ninguna creencia religiosa es utilizada como un proyecto de opresión... al menos por ahora. Pero mejor no dar ideas.

—¿Entonces hay religiones en Axarquía? —pregunté y añadí, para no parecer tan inquisitivo—. En Libertats predomina un ateísmo de estado y solo se permiten cinco religiones, pero siempre y cuando no sean utilizadas con fines imperialistas por parte de Barbaria o le disputen el poder al Estado.

—Aquí hay muchas. Tantas que ni llevamos la cuenta. La mayoría no son religiones como tales, la gente se junta, organizan una serie de ritos y a la semana siguiente los cambian por otros. Más que creyentes aferrados a un sistema, son nómadas de lo sagrado. —Dijo Faatir.

—¿Podemos visitarla? Un vistazo rápido... —pregunté.

Me llevaron a la iglesia. Si desde el exterior la apariencia del edificio era ordinario, el interior tenía poco que ver con aquello que yo conocía. En su pared principal hay un mural pintado con planetas y lunas de alguna remota galaxia, y en uno de sus laterales un *nautilus*, con sus luces submarinas, navega las profundidades de un océano. En la otra pared se observa un grupo de personas formando un círculo dadas de la mano, de manera similar a lo que hacen los correligionarios congregados allí. El techo es negro y en el centro se puede leer una frase escrita en axarquiano que Adela me tradujo “Las certezas más sensatas siempre pueden ser puestas del revés, invirtiendo su gravedad y haciendo que se disipen en el infinito”. Las personas que allí se congregan son muy variopintas. Desde mujeres con ropas similares a las monjas católicas, hasta hombres vestidos de blanco que parecen santeros, y un barbudo carpintero, con varias gubias y un formón sobresaliendo de su bolsillo, cuyo sombrero adornado con runas celtas le da aspecto de druida. No hay un párroco, un pastor u otra figura que dirija la ceremonia. Cantan agarrados de la mano una canción en axarquiano y al fondo un grupo de música, con dos guitarristas, un baterista y un tecladista da lo mejor de sí. Nos quedamos cinco minutos y fuimos rumbo a las casetas telefónicas.

—Hola, buenas noches. ¿Podría hablar con Fátima?

—Hola. Un momento. ¡Fátima! —unos segundos de espera— parece que ha salido, ¿quieres que le deje algún recado? —dijo una voz de hombre.

—Estee, pueess, claro, por favor. Le puedes decir que me llame al bar... un momento, disculpa —. Busqué a Adela y le pregunté si el bar El pescador tenía un número. Me lo proporcionó— ¿... le podrías decir que estaré en El pescador?, este es el número de teléfono: 274 88 651.

—Claro, yo se lo digo en cuanto regrese. ¿Quién la llama?

—Soy Huang, nos.... este, Huang, estuve hoy en la fábrica en la que trabaja y —por un momento pensé que podía ser su marido y por muy axarquista que fuera, un marido es un marido— le quería preguntar algunas cosas... de su trabajo. Para un proyecto que estoy haciendo —dije titubeante.

—Claro, claro. Yo se lo digo Huang. Descuida.

—Gracias. Adiós.

—Adiós, adiós. Que pases buena noche.

Cuando llegué al pescador vi a Nikolai y Andrés en la barra bebiendo un vino.

—¡Querido Huang! —gritó Andrés al verme entrar por la puerta— ¿cómo te ha ido?

—Hola Andrés, hola Nikolai. Todo bien, gracias. He tenido una muy buena compañía —señalé a la ventana y a Faatir, Adela y Rolando que se habían quedado en la calle saludando a alguien—. He visto muchas cosas, aunque también me he quedado con ganas de conocer más... pero fue productiva la jornada —. El pescador no estaba muy concurrido, pero la costumbre en Móxtoles era hablar alto, con lo que bastaban un par de personas más para que hubiese un gran bullicio. En ese momento apareció un señor, que yo había visto el día anterior y parecía ejercer a ratos el papel de camarero y dijo en voz alta: —¿Huang?, ¿quién es Huang?—, mientras me miraba. —Soy yo— contesté con expresión circunspecta. —Tienes una llamada—. El teléfono era verde, con teclado rojo, y estaba colgado en un pasillo naranja junto al baño.

—¿Sí? —pregunté con un hilo de voz que rozaba el ridículo. Como si existiese la posibilidad de que yo pudiera recibir un aluvión de llamadas y no pretendiese importunar a la capacidad de provocar sorpresa de aquel que llamaba.

—¿Huang? Hola, soy Fátima.

—Ah, Fátima. Me alegra recibir tu llamada —expresé con tono de “qué coincidencia que llames aquí”— ¿Cómo estás?, ¿qué tal fue tu día?

—Bien, ¿y el tuyo? ¿cómo te fue en el paseo? —preguntó con una voz insondable y melodiosa.

—Lo pasé muy bien. Me llevaron a muchos lugares. Hasta me duelen los pies de tanto caminar —afirmé con tono jocoso pero me arrepentí del comentario que quizá cancelaba una posible propuesta para vernos— pero, con energía todavía —añadí precariamente.

—Muy bien. ¿Hacemos algo entonces?, ¿una excursión nocturna no antropológica?

—Sí, me gustaría mucho... estoy en tus manos, tú decides. —Ella comenzó a reír de manera desenfadada.

—Todos estamos en las manos de todos. ¿Qué te parece si nos vemos en media hora en « el pescador » ? ¿te voy a buscar? No vivo muy lejos de Flores Magón....

—Me parece muy bien. Aquí te espero entonces. Gracias Fátima.

—No hay nada que agradecer. Hasta entonces. Abrazos Huang.

—Hasta luego Fátima —dije y ella cortó la llamada, me quedé unos segundos impávido junto al teléfono tratando de rebobinar la conversación para añadir “un abrazo Fátima”, o “muchos abrazos”, y regresé al universo masculino de Andrés y Nikolai.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Nikolai.

—Un zumo de algo —dije. Nikolai asintió, atravesó la barra por un lateral, se agachó y dijo: —hoy hicieron de manzana, ¿te gusta?

—Sí, sí, perfecto... gracias —Nikolai regresó con un vaso lleno de zumo de manzana y propuso un brindis.

—Por tu visita Huang. Es la primera, pero ojalá no sea la última —brindamos. Algo que me llamó la atención de este brindis es que en Libertats un hombre no hubiese podido brindar con una bebida no alcohólica en un bar, sin ser objeto de mofa. Entraron los jóvenes, se acercaron a nosotros y se despidieron. Les agradecí sus atenciones y les invité a visitar Libertats pero me di cuenta de que era muy difícil para un axarquista pisar el suelo patriótico de Libertats sin temer una posible reacción alérgica. Aun así dijeron que algún día lo harían y nos abrazamos.

—¿Y en qué habéis trabajado? —pregunté a Andrés y a Nikolai, todavía no habíamos tenido tiempo de ponernos al tanto de nuestras vidas— ... o más

bien ¿en qué no habéis trabajado? Porque he visto que las profesiones aquí son muy polifacéticas.

—Todavía nos dedicamos. Aquí nadie se jubila, si no quiere. Yo me dedico a escribir y a contar —dijo Andrés sonriendo— y también soy veterinario, y pintor... de brocha gorda... aunque por mi edad y mi condición física le decido pocas horas a la semana a estas actividades.

—Yo he fabricado aviones toda mi vida, y algunas piezas de tren y de barco, además de ser enterrador en el cementerio de la ciudad y también pintor de brocha gorda... con Andrés —ambos sonrieron.

—Ah, qué interesante. ¿Y cómo es eso de enterrador? —pregunté.

—Como ya conoces los axarquistas sabemos hacer un poco de todo. Gran parte de nuestras actividades son colectivas, aunque existe un cierto grado de profesionalización. Por ejemplo, yo soy enterrador en el cementerio, sin embargo, muchas personas entierran ellos mismos a sus allegados fallecidos. No obstante, para ciertas ceremonias es importante tener conocimientos técnicos muy precisos que no todo el mundo ha adquirido; algunos casos son la cremación o el proceso para embalsamar al difunto... —explicó Nikolai.

—Vaya, ya veo. Pero... ¿y te gusta ese trabajo? No debe de ser fácil...

—Sí, es un trabajo digno e interesante como cualquier otro. En mis tiempos jóvenes parecía un trabajo lúgubre, desagradable, que nadie quería hacer. Ahora esto ha cambiado bastante. La muerte no está tan alejada de nuestras vidas, tan escondida, y la putrefacción de los cuerpos es un fenómeno familiar.

—Sí, sí... esto es muy interesante. ¿Y cuántas formas de enterrar a alguien hay aquí?

—Depende mucho de la región, del barrio, de la comunidad de vecinos, de la persona. Hay ciertas normas sociales que se han acordado para evitar la propagación de enfermedades, como no tener a los muertos en las casas o no enterrarlos en lugares distintos al cementerio que estén habitados o vayan a ser habitados próximamente. Aunque hay gente que prefiere enterrar a sus difuntos en el bosque, esparcir sus cenizas, colocar altares con piedras, plantar un árbol y otras cosas. En el cementerio registramos unos cincuenta rituales distintos. Qué pena que no te quedes más tiempo en Axarquía, podríamos ir al cementerio. Para la próxima ocasión... —dijo con algo de pesar.

—Sí, me encantaría ir en otra ocasión. Es una pena que sean tan estrictos en Libertats con mis tiempos de salida... —Andrés pensativo observaba su vaso de vino— Andrés, ayer escuchaba fascinado tu historia... sobre cómo habíais llegado a Axarquía. Me estaba preguntando hoy qué fue de tus amigos de los que nos hablaste y de Toñi, tu madre —inquirí de forma indirecta.

—Me da gusto que preguntes por ellos —, suspiró con una expresión de tristeza. — Los recuerdos no siempre son fáciles de cultivar como se debe. Empezaré por Sara. Sara trabajó mucho tiempo como médica y como científica social en un hospital del norte de Mesoamérica llamado Kali. Cuando llegó la alergia el gobierno mexicano decidió atacar a los zapatistas. Pensaban que era un *complot* urdido por ellos, pero su ataque afortunadamente duró poco. Los zapatistas y otros pueblos y grupos autogestionados como Cheran fueron fundamentales para la supervivencia en aquellos momentos de caos e incertidumbre. Las experiencias relacionadas con la salud, con la educación, con la organización territorial y política permitieron que los pasos fuesen más sencillos y sentaron algunas de las bases que inspiraron a otros pueblos y regiones de la naciente Axarquía. Seguramente, Huang, encontraras diferencias interesantes con Móxtoles cuando viajes a Mesoamérica. Ella fue una de las trasmisoras de esas experiencias aprendidas con el movimiento zapatista. Desafortunadamente Mesoamérica, por su cercanía con Barbaria, fue una tierra que sufrió muchos de los ataques terroristas perpetrados por los capitalistas contra Axarquía. Sara murió en el último atentado contra este hospital en el que trabajaba — permaneció unos segundos en silencio.

—Cuanto lo siento Andrés. Debió ser un golpe muy duro —dije.

—Lo fue, y lo sigue siendo. Pero no sirve de nada guardarle rencor a Barbaria, están llenos de miedo... —tomó un trago de vino. — En cuanto a Santi, se volvió un maestro de yoga y de sitar y cuando comenzaron los atentados contra Axarquía, decidió infiltrarse en Barbaria para hacer la revolución a través de charlas sobre la no violencia y clases de sitar. Lo encarcelaron y dijeron que se había suicidado en una celda.

—Qué horror... lo siento —dije. Andrés continuó.

—Pero en realidad se escapó... Nos llegaron noticias de que pusieron precio a su cabeza, una vez suicidado, y después vino a visitarnos a Móxtoles, hace unos años. Se fue a vivir a la región indostana, la antigua India, y parece que está contento con su vida allí, mira... —De entre las hojas de una pequeña

libreta sacó una fotografía que guardaba de un señor que era Santi, según me indicó, tocando el sitar frente al mar.

—Perla, por lo que pude saber, nunca tuvo la alergia, y es ahora una de las científicas que trabaja en la carrera espacial de Barbaria para colonizar otros planetas. Es extraño pero a pesar de los años, y que no nos volvimos a ver, todavía pienso en ella. Así es el amor... o las obsesiones. Los padres de Laura trataron de participar en una colonia de barbarianos en Axarquía y Laura, para mí sorpresa, se fue con ellos. Después de esa experiencia, no muy satisfactoria, decidió vivir en África centro-este, con los pueblos tigray, y desde entonces, hace muchos años, no sé nada de ella. Le escribí algunos correos y cartas, pero nunca recibí respuesta. En aquella región no usan demasiado Internet y tampoco hablan mucho axarquiano y yo no hablo ni escribo tigrina... o quizá no quiere saber nada de mí, no lo sé. Toñi, mi madre, vivió muchos años aquí, en Flores Magón, y fue muy feliz. Tuvo una intensa actividad como promotora de algunas de las escuelas comunitarias del barrio. Hay un grafiti pintado en un edificio con la imagen de ella y de unas amigas suyas, mañana tenemos que pasar por allí, te lo puedo enseñar. Paula vive por aquí cerca. Estuvimos saliendo juntos un tiempo, pero ella quería tener hijos... este... biológicos... como les llamaban, y yo no. Nos separamos y desde entonces tiene una familia como siempre quiso, con un compañero y muchos hijos y nietos. Es profesora de idiomas y partera y ha sido una de las promotoras del axarquiano en Móxtoles.

—Gracias por la actualización, después de la jornada de ayer ya los considero un poco parte de mi vida —dijo sonriendo.

—De eso se tratan estas charlas, de conocer quién es uno a partir de quiénes son los otros —. En ese momento llegó Fátima. A primera vista no la reconocí sin el uniforme de trabajo. Llevaba unos pantalones cortos ceñidos, de color blanco, y una camisa verde con bordados que parecían letras árabes. Su largo cabello negro como la noche estaba suelto. Sus grandes ojos ovalados y su piel morena contrastaban con el color tenue de su ropa en un conjunto sensacional. Sus movimientos ligeros y firmes le daban una presencia radiante. Casi tiro el vino de Andrés al hacer un aspaviento para saludarla.

Después de las presentaciones no tardamos mucho en salir del bar. Andrés y Nikolai estaban cansados y se irían pronto a dormir. Yo me estaba quedando en la casa en la que vivía Andrés, en un cuarto libre. Nos deseó

que nos divirtiéramos, como un hermano mayor, y yo, olvidando que las puertas de las casas en Axarquía no tienen llave, le pregunté por ella, y me disculpé con un ademán de olvido. “La calle, el portal, la casa, el cuarto en el que duermes, son todos uno. ¡Hace muchas décadas que nadie ve una llave en Axarquía... ni siquiera los coches tienen!” —exclamó con una sonrisa.

—¿Has cenado? —me preguntó Fátima.

—Todavía no. Piqué algunas aceitunas en el bar.

—¿Quieres que vayamos a un restaurante que flota? Suele haber cola para entrar, pero hoy es un buen día, además no está lejos de aquí.

—¿Un restaurante que flota? —pregunté atónito.

—Así es, creo que te gustará.

—Está bien, me dejo llevar.

Fátima tenía un tándem eléctrico aparcado junto a la pared del bar. Era la primera vez que me subía a uno, casi no sabía ni montar en bicicleta pero para ir en el segundo asiento no hacía mucha falta, o eso había escuchado. Este era un tándem algo peculiar. En lugar de ser dos bicicletas acopladas en una modificada, como las que había visto circular aquel día, era una bicicleta aerodinámica, como las antiguas motos Harley Davidson, pero en bicicleta. Al ser semieléctrica contaba con un pequeño motor, con lo que había que pedalear mucho menos.

—¿La hiciste tú?

—¡Sí! —dijo Fátima sorprendida— ¿cómo lo has sabido?

—Intuición masculina.

En el camino le hablé de lo que hacía en Axarquía y de las jornadas que tenía programadas mientras trataba de seguir su ritmo pedaleando. Llegamos en menos de media hora al parque que albergaba el restaurante flotante. Fátima me contó que antiguamente ese parque se llamó El Soto. Con el paso del tiempo su lago casi se convirtió en un océano, y uno de sus laterales albergaba el restaurante flotante llamado Las chinampas. Rodeado de la sombra de varios sauces y álamos observé unas luces, como un pequeño pueblo surgiendo de una masa de agua todavía invisible, y el incierto crepitar de varios farolillos que se movían en su interior. No había mucha gente haciendo fila para entrar. El restaurante no tiene mesas, al menos no en el lugar en el que yo pensé que estarían. Sus mesas son barcas flotantes con farolillos que se mueven a pedales. Al lado de la cocina y de la barra donde sirven la comida, hay cuatro bicicletas unidas a un dínamo que genera

electricidad para el restaurante. Pides la comida, y mientras esperas te sientas en las bicicletas y pedaleas. Del otro lado, un chico joven tocaba la guitarra y cantaba mirando hacia el lago.

—Nadie está obligado a pedalear en las bici-luces —me explicó Fátima— pero es una cortesía que se espera que los visitantes hagan, al igual que limpiar la barca y los platos y cubiertos, que están hechos de corteza de árbol y se reutilizan.

—Muy bien, yo estoy por la labor. ¿Y esto es así en todos los restaurantes?

—No, cada restaurante tiene su lógica. Algunos están gestionados por el comité lúdico local en el que colaboran profesionales de este sector y representantes de vecindades y otros son organizados por cooperativas, como es este caso. Aquí trabajan casi siempre las mismas personas, y llegan algunos aprendices de cocina.

Esperamos una pequeña fila de tres personas para pedir y a medida que se acercaban a la barra y llegaban los pedidos, se ocupaban y desocupaban las bici-luces.

—Algo que me llama la atención es el grado de elaboración de este restaurante. ¿Cómo es posible esto en una sociedad en la que no existe una ganancia personal, empresarial o estatal y tampoco hay turistas?

—Si te refieres a una ganancia material, es cierto, no existe, o al menos no está relacionada con la acumulación de bienes. Hay otras ganancias, por ejemplo, dar placer a tus semejantes. El grado de elaboración o de sofisticación estética de un lugar como este, que ofrece algo a los demás, no está ligado a la ganancia de un estado, una empresa o una persona. Se hace algo bonito para compartir, para darse gusto mutuamente, no hay muchas más razones. El espíritu también necesita sobrevivir. En cuanto a los turistas... todos visitamos todo en cualquier momento, el turista, como la persona que deja su lugar para visitar otros en los cuales no trabaja, dejó de existir con la alergia.

Nos tocó el turno de pedir y tres jóvenes, de unos veinte años, se divertían dando pedaladas. Su comida no había salido todavía y nos dijeron que ellos se quedarían un rato allí y comerían sus bocadillos en las bici-luces, habían venido por eso.

—¿Entonces no tenemos que pedalear? —le pregunté en voz baja a Fátima intrigado.

—Parece que no.

—¿Y cuando se vayan? Si no hay nadie más... ¿se apagan las luces? — pregunté.

—Algunas sí, otras no, como la nevera o las de la cocina, ya que dependen de la energía acumulada en las baterías a lo largo del día... los compañeros están en contra de los paneles solares, dicen que todavía contaminan, y tienen razón.

Recogimos nuestros platos, unas croquetas de brócoli y unos calabacines con queso y tomate, sobre una masa parecida a la de la *pizza*, y fuimos a nuestra barca.

—Seguro que llevas todo el día haciendo preguntas y escuchando, pero has hablado poco de ti... ¿no es así? —Preguntó Fátima y afirmé con media sonrisa—. ¿Cuéntame de Huang?, ¿quién es?, ¿por qué habla castellano?, ¿por qué viene a Móxtoles a visitarnos?

—Desde que vi el nombre del restaurante me acordé de una historia que me contaron mis padres. Ellos nacieron en Mesoamérica, en el antiguo país llamado México. Sus padres fueron migrantes y vivieron allí casi toda su vida. Conocieron las chinampas cuando todavía existían en la llamada Ciudad de México. Me hablaban de aquel antiguo sistema de cultivo sobre el agua utilizado por los aztecas y cuyo origen se remonta probablemente a los toltecas, mil años atrás —pedaleábamos suavemente separándonos de la orilla hacia el interior del lago. La orilla parecía una tierra ampliada, bajo el peso de la noche, que ondulaba suavemente con las pequeñas olas provocadas por nuestra barca al navegar. — Me contaban que aquellas islas de tierra en el agua eran atadas con unos tipos de sauces los cuales, plantados sobre ellas, echaban sus raíces hasta llegar a la orilla, quedando así unidas de manera horizontal y vertical al mismo tiempo. Cuanto más cerca del cielo, más cerca de la orilla. Yo crecí en un contexto familiar en el que se hablaba en castellano, además de chino. Como sabes, Libertats es una confederación de naciones y en ellas se hablan varias lenguas con cientos de dialectos. Cuando ocurrió la alergia y se fue adquiriendo la inmunidad en Libertats, hubo un pequeño éxodo de personas de Axarquía que confiaban en que esto sería así también para ellos, antes de que Libertats decidiese cerrar las fronteras. Para algunos fue así y otros tuvieron que regresar a Axarquía. De entre aquellos que se quedaron estaban mis padres, que llegaron de México, y allí nació yo. El castellano realmente era más su lengua que el chino, así que siempre crecí en este idioma y me juntaba con mis vecinos que también habían llegado a

Libertats después de la alergia, pero del antiguo Móstoles. Esta es una de las razones principales por las que decidí venir aquí. Los próximos días los pasaré viajando, hasta llegar a Mesoamérica, allí me quedará una semana y regreso a Libertats, —observé su semblante atento, generoso. — ¿Y Fátima?... cuéntame de ella.

—Yo vengo también de una familia que vivió una diáspora. Mis padres probaron suerte en Barbaria y allí pudieron vivir a su modo ya que no tuvieron la alergia. Sin embargo, añoraban su tierra natal, en el antiguo Líbano, y decidieron regresar. Allí nací, y lo que nunca pudieron imaginar es que yo sí iba a tener la alergia. Entonces la lucha por fundar una comunidad barbariana en Axarquía no fue solo por ellos, también era por mí. Yo no podía regresar a Barbaria, en esa época ya se empezaba a comprobar que los descendientes de los barbarianos en Axarquía desarrollan la alergia no solo fuera de Barbaria sino también cuando regresan. De este modo, estábamos atrapados. En un mundo del que procedíamos pero que ya no era el nuestro, sin poder encontrar nuestros orígenes ni regresar a nuestro hogar. La supervivencia de la comunidad barbariana era para nosotros la necesidad de pertenecer a un mundo. Y como mi familia y los otros barbarianos sufrieron la alergia cuando salieron de Barbaria, trataron de encontrar formas de burlarla en la comunidad capitalista. Por citar un caso, nos inspirábamos en modos de organización precapitalistas para fundar el capitalismo y el Estado a partir de versiones previas a él... como en los sistemas feudales, o inventando un imaginario rey, propietario real de esa tierra, y al que le rendíamos un tributo no monetario. Pero la alergia, sabía distinguir también entre la propiedad comunitaria como un proyecto de propiedad privada y el territorio como semilla de un Estado nación. Al fin y al cabo, eso eran, aunque los llamásemos de otra forma. De igual modo tratamos de utilizar el dinero inventado, que no correspondía a ningún sistema de cambio o valor de conversión, pero no funcionaba. Probamos con nuestros pasaportes e incluso elaboramos otros que no se relacionaban con ninguna nación real y tenían una gran A de anarquía en su portada. Los “pasaportes anarquistas” funcionaron un tiempo, al igual que habían funcionado las banderas reinventadas en plena eclosión de la alergia, pero finalmente desembocaron en un destino común; el mismo que compartían todas las personas que estaban en Axarquía, provocaban un ardor insoportable con solo tocarlos. En Axarquía la alergia no solo atacaba al símbolo sino a la correspondencia, real

o impostada, con lo simbolizado. No había nada que hacer, era un mundo radicalizado. El fracaso de nuestros experimentos sociales nos llevó a las disputas y a la fragmentación del movimiento comunitario. Algunos compañeros se adaptaban y comenzaron a pensar que podían vivir sin pertenecer a un estado o sin ser propietarios y otros no estaban dispuestos a dar su brazo a torcer, mis padres, por ejemplo. Para ellos, y para aquellos que pensaban igual, la utopía axarquiana era una lacerante distopía. Un mundo controlado por la mayoría en la que el derecho a la individualidad, a la privacidad, o al consumo tenía siempre el límite del bien común de la humanidad y la naturaleza. Como no podían criticar a una élite, como en el caso de Libertats y su sistema comunista, entonces cuestionaban el freno que, por ejemplo, la naturaleza imponía al desarrollo humano, el cual comprendía una carrera espacial, la conquista de otros territorios, la expansión de la humanidad. Este era el motor de la vida, al fin y al cabo, la posibilidad de imponer nuestros ilimitados deseos como raza hasta el infinito. También pensaban que no todos los seres humanos merecían ser tratados como iguales y que un sistema basado en la ayuda mutua crea parásitos.

—Algunas de estas cosas también las piensan los barbarianos de Libertats. Con el añadido del papel totalitario del Estado y todo eso...

—Sí, pero lo de Libertats todavía se parece un poco más a Barbaria. Axarquía era para ellos una distopía que nunca hubieran podido imaginar. Ahora pienso que la utopía de la humanidad es la distopía de los que anhelan el poder y lo entienden como su forma más acabada de comunicación, pero por aquel entonces fue muy duro para mi familia el fracaso de nuestra comunidad utópica capitalista. Y aquí estamos ahora, otro mundo, otra Fátima...

—¿Y tú te quedaste aquí?

—No, regresamos todos a Barbaria. Pero la vida era muy difícil para mí. Los otros niños tenían dinero, jugaban con el dinero, aprendían a ser dinero y yo permanecía apartada, como si fuera un monstruo. Nos mudábamos de casa en casa cuando mi hogar comenzaba a ser amenazante para mí. Evitaba las fiestas patrióticas del colegio ondeadas por banderas y otros símbolos barbarianos. Los niños me llamaban “Fátima la salvaje”. Esto duró unos años hasta que se cansaron y me enviaron a vivir con unos tíos axarquistas a Móxtoles. Y así llegué aquí.

Me quedé unos segundos sin saber qué decir. Estuve a punto de enfatizar “qué bien porque así te pude conocer” pero me arrepentí a tiempo. Cambié de tema —¿Y este lago? Me contabas que antes era más pequeño, ¿por qué?

—Sí, antes era mucho más pequeño. Va a llevar mucho tiempo para que podamos reparar el daño tan terrible que se le hizo a la tierra en los últimos doscientos años. En Axarquía la visión ecologista del mundo no fue automática, nos llevó tiempo aprender. Y este hermoso y gigante lago atiborrado de vida no es otra cosa que el resultado del profundo daño ecológico causado a la tierra desde la industrialización. Nosotros no renegamos de la industrialización, esta es importante para la supervivencia de la humanidad. Pero seguíamos los mismos pasos que los capitalistas mientras la tierra se encontraba inmersa en una profunda y antigua crisis, la del Antropoceno. Esta, que había sido una tierra acostumbrada a las sequías, se inundó. En otros lugares los pantanos y lagos se secaron. En poco tiempo, los bosques serían áridos desiertos y los océanos charcos nauseabundos. Tuvimos que dar un giro a nuestra forma de habitar el mundo sin renunciar a la industrialización, que era al fin y al cabo la que nos podía asegurar la supervivencia y el tiempo libre para vivir sin ser acechados por las hambrunas. Las chinampas son parte del resultado de ello. Uno de los ecosistemas más sustentables del planeta. ¿Quieres que veamos un lugar fascinante?, ¿una excursión dentro de la excursión? —preguntó sonriendo, su hermoso rostro ovalado, sus pómulos pronunciados se acentuaban con la luminosidad del farol. Aunque no sonriese, su expresión era la de una eterna sonrisa.

—Claro, ¡vayamos! ¿Dónde es?, ¿aquí en el lago? —dije bromeando.

—Sí, está en el interior del lago. Es una isla con un mausoleo —. Pedaleamos un rato hasta llegar a una pequeña isla iluminada por una miríada de velas y farolillos que contorneaban su relieve rodeado de una vacilante oscuridad. De tanto en tanto se escuchaba el chapoteo de algunos peces que saltaban a la superficie, lo demás era silencio, profundo, sagrado, confundándose con las estrellas que rebotaban contra el lago y el cielo, una y otra vez, simulando que la barca surcaba Orión y la isla descendía como una ofrenda.

—En realidad, la isla no alberga un mausoleo, el lago entero es un mausoleo. Pero en él no se recuerda a la muerte, al contrario, se ensalza la vida. Este lago, sus chinampas y sus peces alimentan a miles de personas y

nosotros cuando morimos alimentamos a los peces —hizo una pausa, por un momento pensé que tiraban los cadáveres al lago y me recorrió un escalofrío— en un sentido espiritual. En esta isla, la gente hace ofrendas a la naturaleza como una forma de recordar el daño que provocó a nuestra especie y al planeta nuestra forma de vida anterior.

Dimos una vuelta con la barca a la isla, la cual tenía un pequeño embarcadero y algunos árboles en su interior. Junto a algunas de las velas y farolillos se podían ver fotografías y dibujos enmarcados en pequeños cuadros.

—¿Qué son esas fotografías y esos dibujos?

—Son ofrendas, en ellas hay animales, bosques, montañas, ríos, pueblos que fueron devastados por la voracidad humana y nunca se pudieron recuperar. Allí por ejemplo, junto aquella gran piedra, está el dibujo de una anciana que pintó a diferentes grupos étnicos de América que desaparecieron durante la colonización del continente. Esta es la isla de los que se fueron, pero hay otra isla del otro lado del lago, cerca de la comunidad de los niños llamada Phyceno, con los que vendrán.

—Me tiene intrigado la jornada de mañana. No es la primera sociedad con adivinos y oráculos para conocer el futuro... pero que ¿de esto se encarguen los niños? me parece enigmático.

—¿Qué es lo que te parece enigmático?

—Bueno, en mi mundo los niños no tienen mucho que decir. Son niños... imaginan cosas, sí, pero es pura fantasía. Dicen cosas, pero nadie les pregunta qué opinan. Sus puntos de vista todavía no son maduros.

—Entiendo, aquí es un poco distinto. Incluso la categoría social de niño no está relacionada con la biología. Hace tiempo que en Axarquía tratamos de liberarnos de los designios de la biología, que no eran otros que los del ojo humano proyectado como piedra. Un niño varía mucho de una cultura a otra, de una sociedad a otra, tú eres antropólogo, seguro sabes mucho más de eso. Aquí en Móxtoles un niño tiene en ocasiones una edad, pero no siempre. Los niños participan en las asambleas, deciden sobre el presente y el futuro de Axarquía, hacen ciencia y arte, juegan y trabajan. Un niño es aquel que se define por ser niño. Antes de la alergia era una categoría inamovible con derechos y obligaciones, la de actuar como niño, pero esto ha cambiado. Algunos adultos dicen ser niños y algunos niños adultos...

—Algo de eso vi en la fábrica en la que trabajas... la guardería con niños que cuidan adultos.

—Eso es.

—Fátima, me quedé pensando en algo cuando visité la fábrica en Icaria. ¿Por qué se sigue trabajando? O, dicho de otro modo, ¿por qué no hay máquinas en todas las fábricas? Si así fuese, podríais disfrutar todavía más del tiempo libre. En Libertats es una pregunta que nos hemos hecho siempre, y al principio respondía a que no se contaba con los recursos tecnológicos y ahora tiene que ver con una identidad nacional proletaria que le sirve al Estado. Esto generaría desempleo, además, y el derecho al trabajo es la base de nuestro sistema social —dije en un monólogo enardecido por la falta de tiempo y opacado por las estrellas asomándose sobre la punta de las llamas de los farolillos.

—Esto es muy interesante. En Axarquía, o al menos en las regiones que conozco, que no son todas aunque sí algunas, el derecho al trabajo se ha transformado en derecho a la vida. Lo lúdico, lo placentero dejaron de ser reprimidos para alimentar a una máquina que benefició a unos pocos y mantuvo un estado de guerra sin fin contra el mundo. El trabajo no es la base de la identidad de los axarquistas. Yo soy Fátima, y también soy ingeniera, pero no por mi capacidad de producir plusvalía, de ser productiva, sino por cómo puedo aportar al bien común y a la felicidad de los otros, en un esquema mediado por el ser humano y no por la máquina. Esta es una de las razones por las que no todo se ha maquinizado. Otra la tienes frente a ti —. Dijo la mujer que siempre sonrío, señalando a la isla-mausoleo, mientras los farolillos iluminaban su perfil. — No todo se puede maquinizar y, además, el bien del ser humano no debe estar por encima del derecho a la vida de otras especies. La máquina necesita alimento, al igual que los humanos.

Regresamos al embarcadero de las chinampas. En ese momento de la noche empecé a preguntarme qué vio una mujer tan bella e interesante en un enclenque como yo. Como era habitual en mí comenzaron a surgir dudas anticlímax si es que acaso había un clímax mutuo o este era solo unidireccional. ¿Querría ser amable y mostrarme un poco más de lo que no pude ver durante el día?, ¿tendría una curiosidad exótica por un libertiano?, ¿sería una espía enviada por Axarquía para sacar información sobre mis propósitos?, ¿y si acabamos en la cama?, ¿es eso ético en mi labor como antropólogo?, ¿no debería presentarme como un ser asexuado para evitar

posibles problemas? Aunque esto podría implicar la creencia en una especie de superioridad moral, como si yo fuese un ser superior y los axarquistas pobres víctimas expuestas al abuso del antropólogo. Por otro lado, creer que uno es asexuado, y presentarlo en el diario de campo y en un nuestro informe, no significa que realmente lo seas, ¿de qué otra forma se podría relacionar uno con el mundo sin el cuerpo? Pero, ¿y si esto era una excusa para satisfacer mis pasiones? Llegamos al embarcadero.

—Fátima, ¿tú crees que las personas son buenas por naturaleza y es la sociedad la que las corrompe?

—No. Creo que la sociedad define qué es ser bueno o malo, pero las personas somos fascinantes y reaccionamos de formas inesperadas y sorprendentes frente a los mismos acontecimientos. No somos marionetas, ni en Barbaria, ni en Libertats ni, por supuesto, en Axarquía. Una persona que ha vivido en un entorno amoroso puede desarrollar comportamientos sádicos y crueles, y al revés, aquel que ha vivido en entornos hostiles puede ser amoroso y empático. Sí es cierto que hay más posibilidades de reaccionar con hostilidad cuando siempre has vivido bajo la amenaza, pero el ser humano nunca deja de sorprender.

—¿Entonces en Axarquía existe el conflicto, la violencia, la locura? —. Fátima se quedó callada un rato, el tiempo en el que limpiamos la barca, recogimos nuestros platos y vasos, los lavamos en una fuente y los dejamos en la barra del restaurante.

—¿Te acuerdas de las comunidades de barbarianos, de las que te hablé, que intentaron vivir en Axarquía?

—Claro.

—Bien, pues eran llamados capitalópatas por los axarquistas. Esta era la única categoría psiquiátrica, definida como un síndrome, sobre la que hubo un consenso durante años. Para los axarquistas los capitalópatas eran, o más bien éramos, aquellas personas que pensábamos que todavía vivíamos en un mundo acumulativo, con delirios de nacionalismo y poder. Aunque nosotros no nos sentíamos así. El capitalópata era el único de los locos de Axarquía que podía requerir de un tratamiento, por la imposibilidad de leer el mundo a partir de ellos. Si clásicamente la psiquiatría dominante había servido al capitalismo para reducir sus contradicciones y el sufrimiento que provocaba su organización social a la respuesta de unas neuronas o de un individuo, en Axarquía se trata de leer el mundo a partir del sufrimiento de cada individuo.

Este mundo puede ser modificado para mejorar las condiciones de estas personas... pero en el caso de los capitalópatas no era posible. ¿Quién iba a reinstaurar la propiedad privada o el Estado sin sufrir la alergia? Nadie. De este modo los capitalópatas sufríamos y fuimos de los pocos que o bien tuvimos que regresar a Barbaria o nos adaptamos a Axarquía. Y para los que se quedaron y no podían vivir en paz con ellos mismos, se desarrollaron algunas terapias químicas específicas, como las hubo hace años para la llamada depresión o para el trastorno bipolar.

—Esto es sumamente interesante. ¿Y qué fue de ellos?, ¿se adaptaron? Bueno, si te veo a ti entiendo que sí... aunque en tu caso regresaste —indagué dubitativo.

—Hubo de todo, como en Axarquía no se puede deportar a nadie a Barbaria... algunos rechazaron el tratamiento y acabaron con su vida, otros imploraban regresar a Barbaria pero nunca pudieron por miedo a ser considerados allí como fracasados, o como ácratas biológicos si eran descendientes, y algunos tomamos el tratamiento y aquí estamos.

—¿Eso fue hace mucho tiempo?

—Sí, a comienzos de Axarquía, hará unos treinta años.

—¿Y cómo es esto de la cura para la alergia? Hoy me llevaron a un Ateneo de saberes y me contaron que unas científicas estaban buscando la cura.

Fátima me miró con sorpresa. Fue la primera vez que “la mujer que siempre sonríe” mudó su expresión a la duda o, quizá, desconfianza.

—¿Quieres que vayamos a tomar unos vinos a mi casa?

Si trataba de cambiar de tema lo consiguió. ¿Qué importaba la cura para la alergia ante una pregunta así?

—Me parece bien —. Dije tratando de mostrar un comedido interés. Había escuchado que las mujeres axarquianas tenían fama de ser fogosas. El primer día le pregunté esto a Andrés cuando tomamos un vino en la casa en la que vive y me dijo que así pensaban los franquistas. Por eso violaban a las mujeres republicanas antes de matarlas. La sexualidad desfogada de las mujeres siempre ha sido un imaginario para los hombres que defienden sus privilegios, dios y el Estado ayudan en ello. Pero, ¿y si era cierto? Al fin y al cabo, las décadas de relación con tu cuerpo en un mundo que no pone trabas a tu sexualidad, o eso decían, ¿produciría otra forma de besar, de abrazar... y de tener sexo? En Libertats la revolución sexual había sido supeditada a la económica y a la llamada cultural, que solo era revolucionaria para algunas

cosas. En cierto modo la sociedad se volvió más moralista con la economía de Estado que con la de mercado. Y Fátima, quizá me invitaba a jugar al ajedrez después del vino y yo estaba haciendo elucubraciones mentales. Pronto lo sabría.

Una de las primeras impresiones que tuve al subir a su casa, en la última planta de un viejo edificio situado en Flores Magón, es que los axarquistas no tienen mucho pudor con el sexo. En una de las moradas del primer piso tenían la puerta, que daba al descansillo, abierta y sus residentes parecían hacer el amor en la sala de estar, o eso me pareció en el fugaz vistazo mientras pasábamos, aunque en realidad podía ser otra cosa. De otra de las viviendas salían gemidos de placer, era de noche y la noche, como dicen, es joven, pero aquello tenía pinta de ser una bacanal, aunque en realidad eran más cercanos a la risa que al orgasmo. Creo que me estaba poniendo un poco nervioso y yo no era, pese a mis ocasionales desajustes culturales, una persona tímida. Siguiendo el antiguo sentido común mostoleño, cuanto más se habla de ello menos se practica y cuanto menos se habla más se hace, y aquí nadie habla de sexo. Debía prepararme para cualquier cosa.

Llegamos a su casa, en la cocina estaba un señor, que probablemente era el que me contestó el teléfono. Me sacaba dos cabezas, portaba una camisa de tirantes y tenía una perilla que le hacía parecer rudo. En la mano sujetaba un cuchillo y un plato ¿Serían celosos los axarquistas? Por mi bien, esperaba que no.

—Te presento a Carlos. Carlos, este es Huang.

—Hola Huang. ¿Cómo estás? Creo que hablamos por teléfono hace un rato.

—Sí, creo que sí. ¿Qué tal Carlos?

—Me estoy preparando algo de comer. ¿Queréis?

—No, gracias Carlos. Yo no. Dije tratando de evaluar sus reacciones.

—Yo tampoco, vamos a beber un vino.

—Ah, muy bien. Os dejo entonces. Disfrutad la noche.

—Que descanses Carlos —dijo Fátima. Tomó una botella de vino de un armario, dos copas hechas de madera y me invitó a ir a la terraza. La terraza era un pequeño rectángulo de piso rojo que daba hacia un parque con árboles. Aunque para mí eso era un parque, el concepto de parque, al igual que el de paisaje, había cambiado con la llegada de Axarquía. Fátima me explicaba que los paisajes fueron creados por jardineros-paisajistas que querían hacer un entorno acorde a los valores dominantes de la sociedad victoriana, en la

antigua Inglaterra de la Revolución industrial, y esto se expandió a otros lugares del mundo. El paisaje era una forma de modelar la mirada y los corazones. “Los parques ahora no son una entidad fija, cambian, se dejan penetrar por el mundo y por sus habitantes”, dijo y me quede pensativo observando el ruido de unos pájaros nocturnos en la copa de un frondoso pino.

—Oye Huang, ¿y es cierto que Libertats quiere acabar con el Estado y ser como Axarquía?

Me pilló desprevenido la pregunta. ¿Aquí teníamos a la posible agente Romeo?, ¿o pensaría que acaso lo era yo? No sería la primera vez que un país comunista los utiliza para obtener información. Con parsimonia, bebí de mi copa de vino.

—Pues parece que sí. Esta es la razón de que esté aquí. Pero la verdad —observé de reojo los bordados de su camisa y sus brazos morenos regresando de nuevo hacia mi copa— no puedo saberlo con certeza.

—¿Y por qué queríais un cambio así? No creo que sea para cumplir con los vaticinios de Karl Marx... ¿o sí? —dijo con una sonrisa irónica.

—Mucha gente está cansada del control del Estado en Libertats. Es algo de lo que no se puede hablar demasiado, y yo tengo prohibido hacerlo, pero es una realidad. La influencia de Axarquía en el pensamiento de las nuevas generaciones es fuerte.

—Vaya, qué fascinante. Y los miembros del partido y la cantidad de personas que tienen puestos y privilegios con ellos... por ejemplo el ejército, ¿van a permitir que esto pase? —dijo con una mirada incrédula.

—Poco se sabe, hay mucho secretismo. Lo que sí sé es que me dijeron que había que conocer mejor Axarquía para saber qué hacer en el caso de que nuestro sistema deje de funcionar... y sigamos padeciendo la alergia.

—Eso tiene más sentido. Se pretende estudiar a Axarquía, como antes los capitalistas estudiaban a los sistemas de cooperativas, para disponer de una alternativa en el que caso de que todo se vaya a pique.

—Algo así. Porque además parece que la alergia va para rato... ¿no? —contraataqué.

—Nadie lo sabe. Solo la madre tierra.

—Bueno... y la ciencia, ¿no es así? La nuestra parece que no avanza mucho con esto, ¿y la de aquí?

—Ya sabes que la ciencia avanza más por accidente que por propósito. Se han obtenido algunos hallazgos, pero te sorprendería saber que esta alergia se comporta casi más como una entidad inteligente que como una posible reacción fisiológica exagerada, y mecánica, del sistema inmunitario ante algo externo a él.

—¿Y cómo sería eso?, ¿por qué es inteligente?

—No sé tanto de biología ni de medicina, pero parece que cuando se trata de encontrar un antídoto o una cura, modifica sus patrones...o algo así. No creo que se consigan avances pronto. ¿Y en Libertats?

—Tampoco, lo que me sorprende es que los axarquistas, tan orgullosos del sistema libertario en el que viven, quieran encontrar una cura a aquello que les permite vivir sin dilemas ni mayores conflictos.

—El mundo es sorprendente, ¿no es así? —dijo sin dar mayores explicaciones. El ambiente se había tensado un poco, permanecimos unos segundos en silencio, escuché una persiana subirse a lo lejos. No era la única, hacía calor.

—¿Quieres otro vino Huang?

—Claro, gracias. —Observábamos la calle, un gato negro atravesó el silencio del parque. De repente, apareció un zorro y el felino huyó dando un brinco.

—¿Y compartes casa con más personas?, ¿además de Carlos? —pregunté para romper un poco el hielo.

—No, vivimos solo él y yo. A veces viene un amigo que vive en Arabia y se queda con nosotros un tiempo. La casa tiene tres habitaciones.

—Ah, y Carlos... ¿es tu pareja? —apareció la pregunta guardada cautelosamente en el fondillo del pantalón.

—Mi pareja... —pensó— en el sentido al que creo que te refieres no. Es una persona a la que quiero, eso sí.

—Ah, claro... pero, ¿sales con alguien? o... ¿tienes algún compromiso? —me puse cotilla, a la altura de la situación.

—Compromisos tengo muchos, pero si a lo que te refieres es si mi cuerpo o mi sexualidad tienen dueño, eso no. Están conmigo, soy yo. —Sentenció.

—Y pongamos el caso... te lo pregunto como antropólogo —saqué una versión de confesionario de pacotilla— si alguien con quien has tenido una relación sentimental o sexual, está delante de ti con otra persona.... ¿tú sentirías celos?

—¿Celos? No entiendo la pregunta. —La alergia había afectado a la propiedad privada respecto al dinero y a los bienes, pero no tenía por qué ser así necesariamente con las personas. Al menos en Libertats no fue así.

—Sí... este, un sentimiento de engaño o de dolor por ver a la persona que amas con otros —expliqué.

—Conozco ese sentimiento, sí.

—Ah, ¡qué interesante! —dije estúpidamente— eeh... quiero decir que no lo esperaba. ¿Entonces si hay un sentimiento de propiedad con la persona amada?

—Puede ser. Pero, ¿qué quieres decir por persona amada?, ¿mi abuelita? Relaciones sentimentales tenemos con todo lo que nos rodea...

—Pero... ¿y las sexuales?

—¿Qué es lo sexual para ti?, ¿esto te parece sexual? —señaló a nuestras copas de vino, al parque, a la noche extendiéndose por medio planeta. La conversación empezaba a ponerse peliaguda.

—No, es una situación romántica, al menos para mí, pero sexual no. Para que fuese sexual tendría que haber un contacto físico.

—¿De qué tipo? —preguntó y acercó su mano a la mía, que estaba sobre la mesa, rozándola.

—¿Así?

—Ehh, ejem... no. Esto puede ser sensual, pero para que sea sexual tendríamos que tener otro tipo de contacto físico. Como en la cama y eso.

—¿Dormir juntos?

—Sí, pero no solo dormir... —¿De verdad me lo estaba preguntando?, ¿o se estaba quedando conmigo? A pesar de ser antropólogo me parecía que no estaba hablando con una mujer miembro de una etnia en aislamiento voluntario de la Amazonía. ¿Acaso cuarenta años habían logrado cambiar tanto la concepción del sexo en Axarquía?

—¿Follar?

—Pues... sí, eso es.

—O sea la penetración. Pero si te chupo el dedo de un pie y no tenemos penetración ni nada que tenga que ver con lo genital... ¿esto es sexo para ti?

—Es una buena pregunta. Estaría en un lugar un poco impreciso, entre lo sexual y lo inquietante —. Los dos comenzamos a reír. La situación se había destensado.

—Lo que ocurrió en Axarquía, al menos en Móxtoles, es que de igual forma que el capitalismo y su relación con el cuerpo desapareció, pasó lo mismo con lo genital. La barrera entre lo sexual y lo no sexual se amplió, y no precisamente para generar control sobre los otros, simplemente fue así. Pero de esto hablamos muy poco, casi nada.

—Eso me pareció. ¿Pero por ejemplo los niños y niñas reciben educación sobre esto?

—Sí, desde que son pequeños. Se les habla de los anticonceptivos, de las infecciones de transmisión sexual, del placer, pero no está vinculado únicamente a lo genital. Tiene un sentido más amplio —. Me decía esto, pero yo miraba de tanto en tanto a la puerta de la terraza esperando la gloriosa entrada de Carlos con un cuchillo y un bocadillo en la mano, amenazando mi silueta. Pero esto no sucedió, y Fátima acercó su silla y se sentó a mi lado agarrándome la mano.

—¿Y tú?, ¿tienes familia, pareja o como quieras llamarlo?

—No, tuve una pareja muchos años, pero terminó.

—¿Y por qué acabó?

—¿Quieres que te cuente un cuento? Con él puedo dar respuesta a tu pregunta.

—Adelante —dijo Fátima con una sonrisa de júbilo. Esta era una estrategia que a veces me funcionaba para explicar mis penas y hacerme además el interesante con las mujeres. No sabía cuál sería la reacción de ella en este contexto. Comencé:

— Es una antigua fábula. Nadie sabe muy bien su origen. Érase una vez un parlamento en el que se reunían todos los malos sentimientos que existían en el mundo. Estaban todos y el objetivo de su reunión aquella vez era uno y muy claro. Querían matar al amor —. Al llegar a este punto de la historia, todavía precoz, tuve la intuición de que esta no había sido la estrategia adecuada, ni para ligar ni para hacerme el interesante. Pero ya era demasiado tarde, continué tratando de mantener el tempo *allegro ma non troppo*.

El odio, se alzó entre los presentes y dijo con voz solemne —yo soy el odio, todos me conocéis, soy muy poderoso y como es mi naturaleza quiero matar a alguien y a quien más deseo matar desde siempre... es al amor—. Todos comenzaron a lanzar vítores de regocijo. Continuó— si venís dentro de una semana a esta misma hora, veréis mi gloriosa obra a vuestros pies—. Se fueron todos, pasaron los días, las noches y al cabo de una semana regresaron.

Al abrir la puerta de la sala vieron que en el escaño del odio no había nadie. Se preguntaron qué había pasado y en ese momento entró el odio cabizbajo, arrastrando los pies. No pasó un segundo y empezaron a cuestionarle:

—¿Pero y dónde está el amor muerto?, ¿no habías prometido que acabarías con él?, —Sí—contestó—lo prometí y traté por todos los medios de terminar con él, ya sabéis que soy muy poderoso, pero no lo logré.

—buuu, —lo abuchearon. De la multitud surgió una voz más suave pero igual o más intimidante.

—Yo soy los celos, todos me conocéis. Os prometo que en cuatro días termino con el amor, —todos comenzaron a cantar de júbilo y al igual que con el odio regresaron en el tiempo estipulado y ¿qué es lo que encontraron? A los celos sentado en su escaño con la cabeza apoyada en la mesa y los puños golpeando de impotencia a ambos lados.

—¿Qué pasó?, ¿dónde está el amor? —preguntaron.

—No hubo forma —contestó— lo he intentado por todos los medios, con todas mis argucias, que ya sabéis son muchas, y no ha dado resultado.

—Buuuu, la misma historia.

Enviaron a la envidia y a otros malos sentimientos y el resultado fue el mismo. Estaban desesperados, ya no sabían qué hacer. Fue en ese momento en el que una figura, de la que nadie se había percatado de su presencia y estaba agazapada en una esquina, alzó su voz. Tenía una capucha sobre su rostro y únicamente se podían percibir sus ojos como dos puntitos rojos.

—Si mañana venís a esta hora podréis ver como he asesinado al amor—dijo con voz queda pero penetrante.

Todos guardaron silencio, se miraban unos a otros desconcertados y aquel personaje se dio media vuelta y salió. Al día siguiente llegaron puntuales y lo encontraron. Se preguntaban si había sido una broma de mal gusto y en ese momento se abrió la puerta y entró llevando a rastras al amor. Lo dejó en el suelo, muerto, y dijo:

—Aquí está, como podéis ver cumplo mis promesas.

—Pero, ¿cómo lo hiciste? —preguntaron.

—Pues es muy sencillo, sucumbió a mi poder.

—¿Y tú quién eres? —esta era la pregunta anhelada.

—Vaya, ¿no me conocéis? —preguntó, negaron todos con la cabeza.

—Es muy sencillo, soy la rutina.

Terminé el cuento y Fátima me miraba con ojos llenos de brillo e interés.

—Es un cuento bonito, pero me parece muy moralista —dijo. El termómetro del buen clímax se quebró por la mitad. Era verdad, el cuento era una patraña moralista, y aunque me lo contaron muchos años atrás no lo había percibido hasta ahora, delante de ella.

—Es cierto —dije— pero fue la rutina la que destruyó mi relación.

—Lo siento, debió de ser duro, el corazón es un complejo ecosistema, pero no sabía que la rutina podía hacer cosas por sí misma —dijo con una expresión seria— tampoco que hay sentimientos buenos y malos.

—Hay sentimientos que causan dolor y destrucción y otros construyen... —dije algo turbado.

—¿Los sentimientos pueden hacer algo por sí mismos?

—Supongo que sí, hasta se apoderan de uno —contesté obcecado.

—Entonces... ¿no ha matado acaso la gente por amor?, ¿no hay formas de odio que construyen mundos?, ¿qué cuidan?, ¿qué sanan?, ¿acaso aquello a lo que llamas celos no es la condensación de otras cosas que rodean a nuestras relaciones?

—Sí, es verdad. —dije sin mucho entusiasmo y permanecí unos segundos en silencio—. ¿Sabes qué hora es?

—Voy a ver... —Se levantó, salió de la terraza y regresó al poco tiempo. — Son las doce.

—¡Uf!, creo que es un poco tarde. Mañana me espera una larga jornada en el Phyceno, y en la tarde tomo el vuelo hacia Mesoamérica.

—Claro, se pasó el tiempo muy rápido —dijo tratando de ocultar una expresión ensimismada. Nos levantamos de la mesa y llevamos las copas y la botella de vino a la cocina. Me acompañó a la puerta de entrada del edificio.

—¿Sabes cómo regresar a la casa?

—Sí, no te preocupes, daré un paseo.

—Vale. Fue un gusto Huang. Ojalá nos crucemos de nuevo.

—El gusto fue mío. ¡Gracias! Espero que así sea y podamos vernos en otra ocasión. — Nos dimos un abrazo y eso fue todo.

¿Por qué había salido corriendo?, ¿me sentía desarmado en un lugar en el que no había una guerra? Pensaba mientras caminaba de regreso a casa que era lo mejor para la ética de la investigación antropológica, que al fin y al cabo yo era un tipo íntegro, y todo esto, pero no estaba nada convencido. ¿Estaba aburriendo a Fátima y quizá me quiso expresar que ya era muy tarde

sin podérmelo decir?, ¿o simplemente me destanteó su opinión directa y sin tapujos?, las mujeres en Libertats miran embelesadas al hombre que trata de impresionarlas, aunque no sea más que un indulgente performance ¿Esperaba yo algo más de nuestro encuentro? Al fin y al cabo, es lo mejor que pudo pasar. Una noche y si aquello hubiese llegado más lejos podría haber sido doloroso no verla de nuevo.

Caminaba por las calles, iluminadas por las farolas, en las que todavía algunas personas formaban pequeños corrillos conversando, jugaban en mesas plegables al ajedrez o a las damas, o en los parques a la petanca. Otros se despedían. Y yo no podía dejar de pensar en Fátima. Aquella despedida había sido un desastre. En aquel instante no podía describir lo que sentía por aquella mujer. La fascinación por la diferencia, por lo desconocido y por alguien a la vez tan familiar, se había transformado en desamparo. Pero como dicen los sabios de mi país, hay tres cosas en la vida que no tienen vuelta “los disparos, las palabras y las oportunidades”. Pero en Axarquía no hay sabios, sabiduría sí, ¿nos veríamos de nuevo? Nadie lo sabía, escribí, al llegar a mi habitación, en el diario de campo el cual se había convertido en un extraño confidente.

JORNADA III

LOS NIÑOS CUENTAN CÓMO SERÁ AXARQUÍA

La región Buenaventura Durruti. Un antiguo letrero, de la época de la alergia, se conserva en un puente:

Organícense de manera que no haya jefes ni parásitos entre ustedes.

Si no realizan esto, es inútil que continuemos hacia adelante.

*Tenemos que crear un mundo nuevo, diferente al que
estamos destruyendo.*

Este puente lleva a un pequeño pueblo, en una zona montañosa.

No había pasado buena noche. Sentía una mezcla entre la tristeza por mi pronta partida, y la emoción por conocer lo que me depararía la tercera jornada. Me dirigía en un coche hacia el Phyoceno, con Andrés, Nikolai y Adela. Hablaba con ellos de los conflictos y su forma de resolución, observando, mientras tanto, sus manos delicadas pero vigorosas, fuertes y minuciosas, que pertenecían a cuerpos imaginativos acostumbrados a hacer. Andrés me contaba que sí había conflictos entre vecinos, vecindades e incluso en alguna ocasión entre las regiones de Axarquía. La mayor parte de los conflictos en la historia de la humanidad son “la comida, el sexo y la muerte”, pero en Axarquía casi siempre se trataba del primero y del último.

Les preguntaba si ciertamente el sexo, y el amor, habían dejado de ser problemáticos y sus respuestas fueron similares a las de Fátima.

—El sexo, entendido en su versión propietaria, ya no es una forma de sobrevivir, ni de ascender socialmente, tampoco una manera de controlar a la población con su represión o incentivación... aquí se practica, como tantas otras cosas, sin mucho más misterio— dijo Adela.

—Y el amor, vinculado al sexo propietario, no tiene mucho sentido. Sin represión sexual y sin darwinismo social se disuelve la escala de los afectos vinculada al amor y a la familia propietaria. Esto, que durante mucho tiempo fue una teoría social, más o menos inspirada en las sociedades todavía no colonizadas por los Estados europeos ni por las grandes religiones, ahora es una práctica extendida en Axarquía —apuntó Andrés.

—¿Y la muerte? —inquirí.

—La muerte sigue siendo uno de los grandes enigmas de la humanidad. Hay muchas posiciones respecto a ella, te lo digo por experiencia como profesional —señaló Nikolai aludiendo a su trabajo como enterrador— y aunque es algo que ya no se esconde, a veces se vuelve conflictiva. Las personas tienen derecho a morir y pueden morir con dignidad, si así lo consideran necesario, pero algunos no quieren morir y, a pesar de las ciencias, les llega el día. En algunas comunidades de Axarquía lo ven como algo natural y parecen resolver mejor que otros el sufrimiento derivado de estas situaciones, pero en otras sigue siendo muy doloroso y este dolor no es fácil de manejar por todos.

—El tema de la muerte no es fácil en ningún lugar. En Libertats soñamos con ser cibernéticos, inmortales, doblar algún día a la muerte a pesar de la condición humana. Queremos dejar de ser lo que somos, para poder seguir siendo iguales —. Mencioné tratando de aportar un poco de información en mi actuar extractivista. — ¿Y en Axarquía llega a haber conflictos entre comunidades o regiones por ello?

—A veces sí. Cuando por ejemplo muere por accidente alguien de una comunidad y se atribuye su muerte a una negligencia de otros. Esto provoca conflictos. También cuando se tienen diferentes interpretaciones sobre la muerte o prácticas distintas para el funeral. Hay personas que se encargan de esto, son algo así como mediadores, y tratan de pacificar o prevenir posibles conflictos en ello.

—¿Y qué suele pasar en esos conflictos?, ¿llegan a las manos?

—No es frecuente, pero ha pasado. Se distancian, lo cual en ocasiones es peor ya que aquí todos dependemos de la buena voluntad de todos para sobrevivir. Cuando se trata de decisiones en las que hay que llegar a un acuerdo y este nunca ocurre se convoca al azar mediante un juego. El resultado lo decide por ejemplo la ruleta u otro tipo de juegos de azar.

—En Móxtoles, pero también en otros lugares de Axarquía, no está muy bien visto que la gente utilice la violencia física. Hay una sanción social fuerte. Algunas personas, por su temperamento o por otras razones, llegan a las manos. Para ello, acuden solos al bosque o a la cima de una montaña. Después de unos golpes y de observar la frondosidad del bosque o el inmenso vacío de la llanura dejan de luchar y llegan a un acuerdo. En alguna ocasión, la última vez fue hace diez años, uno de los dos acaba muriendo. Entonces el superviviente debe rendir honores a los amigos y allegados del difunto y trabajar para la comunidad a la que pertenece este durante un tiempo estipulado por ellos. Esto es lo que se espera, pero nada es obligatorio —añadió Andrés.

—Ayer me contó Rolando algo sobre esto. ¿Y por qué hay conflictos con la comida? —pregunté observando a Adela, que permanecía ausente de la conversación. Creo que no le motivaba demasiado cuestionar a Axarquía delante de mí.

—La comida siempre es una fuente de pasiones —dijo Adela sin mucho entusiasmo.

—Me imagino, en Libertats la gente discute por lo que come y por lo que no come. En algunas regiones está prohibido comer ciertos animales y cuando llega alguien de otro lugar y los come, tenemos un problema.

—Aquí pasa igual —dijo Andrés— nadie prohíbe comer nada, pero sí se desaconsejan algunos animales, por ejemplo por ser considerados demasiado cercanos al ser humano, como los gatos y perros. Aunque a nadie le falta el alimento en Axarquía es cierto, y además lógico, que no siempre se come lo que a uno le apetecería, pero esto en Móxtoles no es un problema... sí en otras regiones que están más expuestas a catástrofes naturales y a condiciones de lejanía social. La comida, al igual que las medicinas y otras cosas, circula local, regional y continentalmente para evitar la carestía, especialmente hacia aquellos lugares que tienen menos disponibilidad local. Pero a veces hay retrasos, o imprevistos que restringen la variedad de alimentos por un tiempo —llegamos al Phyceno. Un cartel en la entrada nos da la bienvenida—. Ya

estamos, a partir de aquí tenemos que ir a pie. Huang, ¿recuerdas cuando en la primera jornada hablé de La Pedriza? —me preguntó Andrés.

—Claro, me acuerdo.

—Pues este es el lugar. Ahora debemos caminar unos quince minutos y llegaremos al Phyceno. Huang, en Axarquía hemos logrado muchas cosas, gracias o a pesar de nosotros mismos. No tenemos guerras, nadie pasa hambre ni duerme en la calle por necesidad, cada quien se dedica a lo que quiere, no existen las deudas, si hay una cura para tu enfermedad y quieres ser curado nunca morirás desatendido, todos somos una gran familia... pero hay algo que todavía no hemos resuelto —dijo Andrés y permaneció en silencio.

—¿Qué es? —pregunté.

—La espiritualidad.

—Pero... si ayer vi que había una iglesia, ¿no?

—Sí, claro. Cada quien cree y se organiza como quiere, en la medida en la que no imponga nada a los demás... y todo eso. Pero no me refiero a lo que ocurre en las iglesias, tampoco a que carezcamos de una vida interior, el anarquismo siempre ha requerido de personas preparadas para ello. Sin embargo, en Axarquía nos hemos vuelto demasiado pragmáticos para muchas cosas y todavía estamos centrados en un tipo de cultura racionalista, realista... y androcéntrica al fin y al cabo.

—Ya, entiendo —dije.

—Ahora vas a entrar en otro mundo Huang. Si ves cosas que no logras comprender no te asustes, pero tampoco dejes de sorprenderte. Observarás a qué tipo de espiritualidad me refiero, algo que habita entre la magia y lo sagrado. Cada vez que vengo aquí es un verdadero viaje. Siempre fue un paraje espiritual, pero lo que hacen ahora los niños, y ciertas entidades para mí todavía incomprensibles, es extraordinario. La sabiduría de los niños está dando la bienvenida a un mundo nuevo en Axarquía. Verás pronto a qué me refiero —mencionó Andrés.

—Gracias Andrés. Ese es mi trabajo, vivir en la curiosidad y sucumbir ante la sorpresa —. Andrés sonrió con una expresión vehemente y un tanto escéptica, del tipo “esa es la actitud, pero en realidad no sabes lo que te espera”. ¿Qué podría tener de misteriosa una aldea de niños jugando?

El Phyceno es un campamento, parecido a los campamentos de verano que se organizan en Libertats, con casas de madera en la tierra y sobre algunos

riscos. El bosque es muy frondoso, tanto que le da un cierto color azulado a la atmósfera. A un lado de la comunidad transcurre un río de aguas transparentes que parece transportar con cadencia al olor del bosque y se detiene en algunas pozas creadas por la erosión del granito. Llegan dos niñas y un niño a darme la bienvenida: Sandra, Lilo y Morati.

—Aquí termina nuestra compañía por ahora. Te dejamos con ellas y con él. Regresamos... ¿en cuatro horas? —preguntó Andrés a los niños.

—Cuatro horas está bien para que conozca el Phyoceno y pueda llegar a tiempo al aeropuerto en la tarde —contestó con sorprendente aplomo Lilo, una niña alta y con un tatuaje en el dorso de su mano, de unos siete u ocho años.

—Perfecto, así haremos entonces. Nos vemos al rato Huang, disfruta la jornada —dijo Andrés y se despidieron. Regresaron por el sendero que nos había llevado hasta allí.

En el Phyoceno hay tres grandes áreas que se dividen por actividades. En la primera, me contó Lilo, se imaginan los futuros, en la segunda se cuentan y en la tercera se experimentan. Visitaríamos las tres en este orden. Mi primera percepción, de sorpresa, es que no había jolgorio ni juegos en la comunidad, al menos a simple vista. Los niños que vi caminaban observando la tierra, el cielo o la corteza de los árboles y discutían entre ellos. Las edades eran imprecisas, algunos parecían adultos disfrazados de niños y otros niños que acababan de aterrizar en el cuerpo de un adulto. Únicamente dos corrían detrás de un pequeño jabalí, y los tres se detuvieron de pronto con una sincronidad pasmosa. Los niños observaron sus relojes, parecían medir algo, y cada uno se fue por su lado tranquilamente, incluso el jabalí.

La primera área que visité estaba presidida por un recinto circular, como una gran yurta, en lo alto de una loma. Desde la puerta se podía escuchar el sonido de un suave cántico en una lengua que no pude reconocer, luego supe que era axarquiano. Entramos y había un suave olor a jara y a pino y una iluminación tenue. En el umbral, al contraluz entre el resplandeciente sol de la mañana y la oscuridad del interior, tuve la impresión de que el recinto estaba lleno de gente, pero en realidad solo había tres niñas y un niño. Dos de las niñas estaban dibujando sobre un gran lienzo desplegado en el suelo, y la otra niña y el niño permanecían sentados, observando el techo de la yurta que estaba decorado con una “maqueta” colgante de una galaxia. En ese momento experimenté la primera sorpresa que me adelantó Andrés. Sobre el

techo de la yurta comenzaron a caer gotas de agua, una, dos y finalmente aquello se convirtió en un chaparrón acompañado de viento, que cerró la puerta del lugar. En cuestión de cinco segundos observé el primer relámpago al que le siguió un ensordecedor trueno que hizo que los astros de la galaxia del techo se balancearan.

—Parece que hay tormenta... menos mal que entramos. —Les dije a mis acompañantes. Lilo comenzó a reír y preguntó:

—¿Tormenta?

—Ehh, sí, ¿no es así? —señalé confundido al techo.

—Compruébalo tú mismo —dijo Sandra apuntando con un gesto de su cabeza hacia la puerta. Las niñas y el niño que dibujaban y observaban el techo ni se inmutaron ante nuestra presencia. Fui hacia la puerta, la empujé con un brazo y un fulgurante rayo de sol golpeó mi cara. Salí de la yurta, observé el cielo y no había ni una sola nube, las paredes y el techo estaban totalmente secas, iluminadas por una radiante luz solar. Pensé que había sido alguna estratagema de los niños, algún tipo de juego para sorprender al visitante. Salieron Lilo, Sandra y Morati. Para seguirles el juego decidí, de momento, no preguntar nada sobre aquel fenómeno sin duda simulado.

—¿Y qué es lo que dibujan los niños allí adentro?

—Un futuro —dijo Morati, un niño rubio de pequeño tamaño, con expresión traviesa. Continuó —dibujan aquello que soñaron la noche anterior, pero no todo. Solo lo que soñaron que vendrá.

No entendí nada, pero decidí no enredarme con eso. Al fin y al cabo, eran niños. —¿Y los que observaban el techo?

—Esos observan —. Dijo Sandra, su piel era negra como el ébano, su mirada observadora y llevaba su cabello rizado amarrado en una coleta. Se le había caído un incisivo de leche y comenzaba a crecerle el nuevo.

—¿Y qué observan? —pregunté.

—Lo que ya ha llegado y no podemos ver —contestó.

—Y lo de los relámpagos y todo eso, ¿tenía algo que ver? —pregunte.

—Sin duda —contestó Sandra—. Fueron ellos los que lo desencadenaron.

—Ah, vaya, qué bien —contesté con escepticismo.

—Acompáñanos —dijo Lilo y comenzaron a caminar descendiendo la loma.

Nos dirigimos al fondo de un pequeño valle. Desde donde estábamos se podía divisar un descampado con una estructura semejante a la de un

laberinto construido a partir de altos matorrales y pinos de ancho tronco. A simple vista, parecía edificado por la mano del hombre, o del niño, pero Lilo me dijo que era una formación espontanea del bosque. El laberinto tiene una forma similar a una oreja y en su centro hay una casa con aspecto de caracol. Nos cruzamos con un niño que portaba unas vestimentas como las que llevan los *wixarikas*, o más conocidos como huicholes, de Mesoamérica. Le pregunté a Lilo y me contó que Hanaki, así se llama, “es *wixarika* y en Mesoamérica está siendo iniciado para ser *marakame*, ya tiene un gran conocimiento y nos lo comparte”. Descendimos por el sendero hasta una de las entradas del laberinto. Desde lo alto del cerro, pensé que sería un laberinto infantil, adaptado a la talla de los niños por unos matorrales no demasiado altos. Pero ahora que me lo encontraba de frente comprobé con asombro cómo aquellos matorrales y plantas, entre los árboles, eran de dos metros y medio aproximadamente. Su aleatoria densidad había creado muros que parecían, a simple vista y por su tacto, imposibles de penetrar.

—No podemos acompañarte más. Solo puedes llegar a la segunda casa como viniste al mundo y como te irás —. Dijo Sandra. Y yo me pregunté, ¿qué les pasa a estos niños?, ¿no pueden hablar como niños?, ¿desayunan con Confucio? Me empezaba a enfadar un poco este parque de atracciones infantiles en el que me había metido.

—¿Cómo? —pregunté—, ¿y por dónde llego a la casa?

—Por el bosque —dijo Lilo señalando al laberinto.

—¿Y si me pierdo? —pregunté con una sonrisa. Lilo miró al cielo y después a sus compañeros y contestó:

—Si te pierdes y sales en media hora, no hay problema. Si tardas más... no se sabe —los tres comenzaron a reír— te esperamos en la casa —, se dieron la vuelta y desaparecieron sendero arriba. Me quedé pasmado en frente de la entrada del laberinto. ¿Qué hacía?, ¿iba detrás de ellos para pedirles explicaciones?, ¿sacaba mi diario de campo de la mochila y me plantaba allí a escribir?, ¿o entraba en el laberinto? Desde la loma parecía grande pero no extremadamente complicado. A partir de esta entrada me encontraría aproximadamente en el lóbulo de la oreja. Algunos de los pasillos del laberinto parecían dibujar la forma de los cartílagos de la oreja, no tenía más que seguir una línea imaginaria hacia su centro. Entré con cierta resignación y comencé a caminar unos diez metros hasta la primera bifurcación. Había un letrero clavado al suelo con un símbolo que no logré comprender,

semejante a una estrella con una “i” y una “e” a cada lado. ¿Qué narices quería decir?, tomé el pasillo de la izquierda. Cuando caminé dos metros comenzó a oscurecer, como si una densa nube inexistente hubiese tapado el sol. Varias decenas de metros después había una nueva bifurcación y un nuevo letrero pintado de negro, decidí tomar el camino de la derecha memorizando el recorrido realizado para llegar hasta allí. Tras una curva pronunciada hacia la izquierda llegué a un callejón sin salida. Regresé y tomé el camino de la izquierda, fue en ese momento cuando escuché una risa a mi espalda. Me di la vuelta un poco asustado y no vi nada más que el camino de piedras y los muros vegetales. Seguí caminando y escuché de nuevo la risa un poco más adelante. Apresuré el paso sin resultado, llegué a una nueva bifurcación con tres caminos y una gran piedra plana. De uno de ellos llegaba una ligera brisa que golpeó mis piernas y pensé que podría desembocar hacia la salida. Enfilé en esa dirección y comencé a sentir que me observaban, con esa sensación que solo la nuca y la espalda saben contar a las piernas. Me giré y vi pasar a alguien corriendo al fondo del pasillo, por el cruce de caminos que acababa de cruzar. Bueno, no era el único en el laberinto o quizá me estaban gastando una broma. Continué y comencé a sentirme perdido. Varios cruces de camino, pasillos sin salida, el tiempo transcurría y yo empezaba a sentir cansancio. Decidí sentarme a reflexionar sobre la ruta en la piedra por la que ya había pasado junto a la bifurcación. ¿Y si me quedo en el laberinto un rato y les gasto una broma a los niños?, ¿vendrían a buscarme? Comenzaba a sentir una extraña mezcla entre claustrofobia y agorafobia. Estaba encerrado bajo un inmenso cielo azul que parecía destapar el techo del laberinto con un puntapié para amenazarme con un nuevo abismo. ¿Y si trepaba a uno de los árboles? Observé el que tenía cerca y parecía una labor bastante complicada por la maraña de jaras y arbustos que lo flanqueaban a ambos costados. Ya habían pasado más de treinta minutos y no lograba orientarme. En ese instante escuché unos pesados pasos que venían de uno de los pasillos, como una réplica de piedras y tierra cuarteada. Lo primero que vi fue una gran cornamenta que aparecía por un recodo, seguido de un singular bufido. Me quedé petrificado observando la cabeza, el gran cuello y un cuerpo colosal frente a mí. El toro negro se detuvo y resopló, me observaba fijamente. Estaba aterrorizado. No podía moverme. Había leído la leyenda del laberinto en el que encerraron al minotauro en Creta y no pude evitar pensar que, si esta era una versión ibérica, yo podía

ser uno de los sacrificios humanos que se le solían ofrecer para apaciguar su furia. Desafortunadamente no había sido aconsejado por Ariadna ni se me había ocurrido atar una madeja de hilo a ningún lado. ¿Y si gritaba? Tal vez sería peor y el toro me embestiría asustado por el estruendo. Mejor quedarme quieto, además mis piernas no daban para mucho más. Decidí dejar de mirar al toro directamente y observar el suelo, como si en él hubiese algo de sumo interés. Una hormiga, dos pequeñas piedras, un trozo de hierba y el toro se acercó hacia mi caminando lentamente. Comencé a recitar en voz baja una canción de cuna que me cantaba mi madre y cerré los ojos cuando el toro ya estaba a pocos metros de mí. Pude percibir su respiración junto a mi oreja, y su penetrante olor, sentí que mis testículos se retraían hacia un lugar recóndito. Al cabo de unos segundos, parecía que se alejaba. Abrí los ojos, y aquella bestia colosal se iba por el camino que había llegado. Esperé casi aguantando la respiración y el toro se detuvo... y volteó su cabeza observándome. Yo miré hacia un árbol, haciéndome el despistado y en ese instante el toro mugió. Seguí en mi conversación imaginaria con la corteza del árbol y el toro mugió por segunda vez, lo observé y dejó de mirarme para continuar su camino. Cuando desapareció, opté por levantarme lentamente y seguir su camino para cerciorarme de que se había ido. Al doblar un recodo lo vi de nuevo a lo lejos, se giró y yo me di media vuelta haciéndome el enconradizo, para regresar apaciblemente por mi camino. El toro volvió a mugir, me di la vuelta para mirarlo y continuó su camino. ¿Estaba acaso llamándome para que lo siguiera? Esa era una idea un poco absurda, pero pensar en dejar de verlo, y encontrarlo de frente al doblar una esquina, no resultaba más tranquilizador. Fui detrás del toro, a una distancia más que prudencial por si había que correr, y cada vez que giraba por un pasillo y lo veía a lo lejos estaba de nuevo parado de espaldas y mirando hacia mí, mugía al verme y reanudaba su marcha. Fue así, siguiendo al toro, como al cabo de diez minutos llegué a la salida del laberinto. Allí me esperaban Lilo, Sandra y Morati.

—¿Dónde está el toro? —les pregunté observando hacia ambos lados del amplio descampado rodeado por el laberinto.

—¿Qué toro? —preguntó Morati con su sonrisa traviesa.

—Pues uno enorme que me encontré. Acaba de salir, un poco antes que yo.

—No vimos nada —dijo Lilo—. Llevamos un rato esperándote, pensé que te habías perdido.

—¿Perdido yo? —dije con cierta altanería— para nada, estaba entretenido.
—Bien. ¿Vamos a la casa entonces? —preguntó Morati y asentí.

La casa con forma de caracol está construida con un material parecido al barro, con botellas de vidrio y otros materiales formando la pared, que ya había visto en otras casas de algunos pueblos que atravesamos aquella mañana. En el techo tiene una bocina, como la de los gramófonos. Rodeándola, hay varias veletas con figuras de animales que giraban a gran velocidad, a pesar del escaso viento. Sobre la entrada está dibujado un cartel con unas palabras en axarquiano que no entendí y Lilo me tradujo “El tímpano del *Phyoceno*”. El *phyoceno*, me explicó Lilo, es la nueva era que llegará pronto. No había mucha gente alrededor de la casa, dos niños salieron con unos papeles en las manos que parecían dibujos. Lilo, Sandra y Morati los saludaron y entramos. La casa tiene varias habitaciones flanqueando un largo pasillo. Lo primero que me llamó la atención fue que se escuchaba algo parecido a un ligero zumbido, como el de las chicharras o los grillos, acompañado del sonido de un instrumento parecido a una flauta. En ese preciso instante dejé de escuchar otra cosa que no fuese eso. Hablaba con los niños y podía escuchar la música de la flauta, con la forma de mis palabras, pero no mis palabras. Cuando los niños contestaban, sonaba de nuevo esa melodía. Traté, por medio de señas, de decirles que no podía oír y ellos me hicieron un gesto con la mano el cual, interpreté, llamaba a mi calma. Dimos un paseo por las habitaciones y en ellas había niños y niñas que intercambiaban dibujos, conversaban, observaban a otros bailar o tocar diferentes instrumentos. Seguía sin escuchar nada, más allá de sonidos de flauta que en ocasiones eran caóticos. En cada sala hay agujeros en las paredes que desembocan en unas tuberías que recorren el techo del pasillo hasta llegar a la última estancia. Esta es una sala parecida a una caldera llena de tubos y engranajes con aspecto de material vegetal. El centro está presidido por un gramófono gigantesco al que llegan todos los tubos y que, supuse por su brazo, se conecta con la gran bocina del tejado. En la caja del gramófono se observan decenas de pequeños rectángulos con tiradores. La gran manivela, en un lateral, se movía sola. Lilo dijo algo, en Si menor, y me invitó a esperar con un gesto de su mano. Eso hice. Al cabo de unos minutos llegaron cuatro niños, se acercaron a la caja y tirando de los rectángulos, abrieron cuatro cajones. De ellos sacaron tres pequeños discos y una tablilla que parecía tener algo grabado sobre su superficie. Salieron al pasillo y de

allí se dirigieron a la puerta de entrada a la casa. Yo abría la boca y metía un dedo en mis oídos, agitándolo, tratando de destaponarlos y de escuchar algo distinto a la ahora desafinada flauta. Morati me hizo un gesto con su cabeza y les seguí por el pasillo, salimos de la casa. Afuera recuperaré de nuevo la audición. Oía los sonidos del bosque, mis palabras, las palabras de los niños, respiré con alivio.

—¿Qué fue esto de los oídos?, ¿no podía escuchar nada?

—Así es en esta casa. Pero sí podías escuchar, lo que pasó es que no sabías —dijo Morati frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que no sabía escuchar?, ¿la flauta? —pregunté un poco irritado.

—¿Qué flauta? —indagó Morati.

—Algo como una flauta. Era lo único que podía oír —dije.

—Cuando los que entran “al tímpano” no están acostumbrados al lenguaje de lo que vendrá, pasa eso. Es normal —mencionó Lilo tratando de consolarme.

—Me quedo más tranquilo —dije sonriendo con ironía. — ¿Y qué era eso del gramófono?

—¿El qué? —preguntó Lilo.

—Ese aparato al que llegan los tubos, con cajones...

—¡Ah! eso... lo que hace es que recoge todas las conversaciones sobre los futuros, las transforma en discos y tablillas que contienen la información, y regresa aquello que no se pudo transformar por el tejado. —Explicó Lilo.

—¿Como una chimenea de música? —pregunté y los tres niños comenzaron a reír con una expresión de gran jovialidad.

—¡Sí!, ¡sí! —dijo Sandra— como una chimenea de música....

— De música que afuera no se oye.... —apuntó Morati sin parar de reír.

—¿Y qué pasa con esos discos y tablillas? —pregunté, con cierto entusiasmo por la buena recepción de mi analogía.

—En esos pequeños discos y tablillas están los futuros que hemos contado. Los llevamos a la tercera casa y de allí a un comité de los futuros en el que participamos nosotros y los adultos. En este comité les contamos qué hemos visto, qué hemos discutido y qué hemos experimentado. Entonces varios niños y adultos del comité se encargan de que esto lo conozcan todos los miembros de los pueblos y ciudades de Axarquía que quieran conocerlo —dijo Morati.

—¿Y cuántas comunidades como esta hay en Axarquía?

—No es la única que existe en Axarquía. Hay muchas y también nos reunimos con sus miembros o vivimos un tiempo allí, en otras. Cada una tiene formas distintas de imaginar y hacer el futuro. Pero cuando es para todos intentamos llegar a acuerdos —. Continuó Morati.

—¿Y hay cosas malas? Por ejemplo, en un futuro habrá una guerra, o algo así.

—Claro, hay muchas cosas de todo tipo. La decisión de lo que es bueno o malo se hace después. Por eso es importante que todos lo conozcan, para poder evitarlo o no. Es la única manera de que el futuro sea futuro. Si no se convierte en presente, muy rápido, antes de que podamos reaccionar.

—¿Y todo se puede controlar así?

—En realidad no se controla nada, es solo algo... como un mapa... pero nunca te asegura llegar al tesoro —contestó Lilo.

—¿Vamos a la tercera casa? —preguntó Sandra.

—Vamos... pero ¿no me dejaréis otra vez solo en el laberinto? —esbocé una hierática sonrisa.

—No, no te preocupes —contestó Sandra— hay un atajo, como una perforación en la oreja que te deja salir rápido.

Nos dirigimos hacia uno de los muros del laberinto y llegamos a un gran tejo, que tenía un nudo con una forma de búho en su corteza. Por su tamaño, el árbol debía ser muy antiguo. Los tres niños pasaron la mano por encima del nudo y me pidieron hacer lo mismo. En ese instante, no muy lejos, revolotearon unos pájaros en la copa de otro árbol, un alto enebro, frente al cual ya habíamos cruzado. Fuimos hacia allí y había una grieta vegetal en la pared del laberinto junto a él.

—Esto no estaba antes —dije dirigiéndome a Morati que caminaba junto a mí.

—No, pero ahora sí —contestó resolviendo mis dudas existenciales. — Después de ti —me invitó a pasar.

—Gracias, muy amable, pero mejor si vas tu primero —le contesté y por primera vez vi a Morati con expresión triste. Miró a Lilo y a Sandra y ellas se encogieron de hombros. Pasaron primero, de perfil, tratando de no rozar los bordes. Luego fui yo y por último Morati. El trayecto fue corto, un par de metros o tres, del otro lado había un gran berrocal compuesto por distintas formaciones geológicas. Para llegar hasta él atravesamos una dehesa,

salpicada de varios árboles, recorriendo un sendero que llevaba hasta su falda. A lo lejos algunas vacas retozaban a la sombra de los árboles. Escruté a ambos lados tratando de encontrar a mi viejo y colosal amigo, sin éxito. El sendero finalizaba abruptamente en la angosta entrada a una cueva que tenía un letrero con dos palabras en axarquiano. Lilo me tradujo: “el pluriverso”.

—¿Vamos a entrar allí? —traté de obtener algo de información sobre lo que me esperaba.

—Sí, pero antes tienes que hacer algo —dijo Lilo.

—¿Qué es?

—Te tienes que poner tu camiseta y tus calcetines del revés, para que no te pierdan.

—¿Del revés?

—Te los quitas, les das la vuelta y ya. A mí me pasa casi todas las mañanas y no me doy ni cuenta —dijo Lilo, y Sandra y Morati comenzaron a reír.

—Ya veo ya, pero ¿quién me va a perder?

—Pues... es que hay algunos traviesos allí adentro, y cuando no conocen al que entra, hacen sus bromas —dijo Morati.

—No, si ya me pierdo yo solito, no hace falta que nadie colabore —todos empezamos a reír —, ¿quiénes son los traviesos?

—Ah, ya los conocerás. Pues vamos cuando quieras... — Me invitó Lilo señalando a mi camiseta. Me la quité, le di la vuelta y me la puse de nuevo. Lo mismo hice con mis calcetines.

—¿Y la tercera casa está en la cueva? —pregunté.

—Es que la cueva no es una cueva. O no es como las otras cuevas... oscuras y esas cosas —dijo Sandra.

—Pues desde aquí parece eso, una cueva oscura y estrecha —afirmé con cierto nerviosismo. Si lo que había visto hasta ahora no era un pluriverso, no sabía muy bien qué me podía esperar allí adentro.

—Todo irá bien. Yo estaré a tu lado izquierdo, si tienes miedo coge mi mano. No te separes de nosotros —dijo Lilo con tal sobriedad que olvidé mis ganas de vindicar mi heroicidad mancillada. ¿Ir de la mano de una niña de ocho años para no tener miedo?, solo pensar en ello me daba bastante miedo. Entramos, me pidieron que fuese en medio, detrás de Lilo. Comenzamos a caminar por un pasillo sobre la luz del sol que se extinguía poco a poco a nuestros pies. Se escuchaba a lo lejos el sonido del agua al caer retumbando contra las paredes del pasillo de la cueva en un interminable eco. En cuestión

de segundos, dejé de ver prácticamente nada. El sonido del agua no me permitía escuchar los pasos de mis acompañantes, estiré el brazo y toqué la coleta de Lilo, o eso me pareció. De repente sentí que una mano tomaba la mía, pensé que era ella, caminé varios pasos y con mi mano libre decidí sacar un mechero que tenía en mi bolsillo. Lo encendí y pude ver que no había nadie a mi alrededor, estaba solo en una pequeña sala oscura y en mi otra mano tenía agarrada una piedra. La tiré asustado. En el suelo observé mis pisadas detrás de mí, no había otras, pero tenían una forma extraña, ¡estaban al revés! Con aprensión, regresé siguiendo mis pasos y me reencontré con el grupo. Al cabo de un minuto llegamos a una cascada iluminada por una luz de color verde amarillenta. En realidad, estábamos detrás de la cascada y el volumen del agua que caía era abundante.

—Este lugar es muy grande —dijo Lilo casi gritando—. Te vamos a enseñar una de sus salas ya que para verlo todo tendrías que quedarte una semana con nosotros. Después debemos regresar a encontrar a Andrés.

—Me parece bien—. Dije alzando la voz. Los niños me llevaron por unas escaleras de piedra que descendían en espiral por distintos niveles en los que permanecíamos detrás de la cascada. Llegamos a unas rocas que recibían a la cascada en una poza y el agua, desbordada, continuaba precipitándose hacia un lugar que no podía observar desde allí. Dejamos la cascada a un lado y arribamos a unas piedras que formaban un sendero descendente. La luminosidad allí era enorme. Entraba por varios tragaluces gigantes que había en el techo y en la parte superior de las paredes. Al fondo de aquella sala había un pequeño lago y una casa de piedra iluminada por los rayos del sol.

—Ya casi llegamos —dijo Lilo.

—¿Esa es la casa en la que se experimentan los futuros? —pregunté.

—Sí, es esta.

—¿Y cómo se experimentan?

—Entrando.

—Ah, muy bien, ¿y después?

—Después... pues, ya está, los futuros te buscan.

—¿Cómo los que imaginan en la primera casa?

—No, no, aquí ellos te imaginan a ti, y tú lo vives y ya —dijo Sandra.

—¿Y qué futuros?, ¿cualquiera? —pregunté.

—Depende con lo que entres. Algunos entran con los discos o las tablillas de la segunda casa o con los dibujos de la primera. Pero hay que tener cuidado con los futuros que puedes vivir ahora —contestó Sandra.

—¿Por qué? es peligroso.

—Depende. No todos quieren entrar en la casa. Algunos lo hicieron una vez y no vuelven a acercarse a este lugar, y otros sí. Asusta un poco.

—¿Y para qué sirve vivir el futuro si ya lo podéis imaginar?

—Es distinto, se vuelve presente para ti... y te cambia un poco. No es el futuro, es un futuro... pero puede estar en tu pasado o aquí, ahora. O a veces tu futuro depende del que tenga otro animal —. Hablábamos mientras descendíamos por el sendero de piedras sin apartarnos demasiado de la pared. Varias golondrinas revoloteaban en lo alto de la cueva, junto a su bóveda azul.

—¿Otro animal?

—Sí, en el Phyceno no hay una sola especie que domina o amenaza a las otras. Una persona está en otras especies y al revés —me explica Sandra.

—¿Cómo los nahuales? —pensé en voz alta.

—Sí, Hanaki nos habla de ellos. Aquí también existían hace mucho tiempo —dijo Morati a mi espalda.

Llegamos al lago y a la casa. Desde allí la cascada lucía majestuosa, veinte metros de agua mineral iluminada por una luz ambarina recortada por las pequeñas sombras de las aves. El lago parecía tener una salida subterránea a un río que se divisaba a lo lejos, perdiéndose en otra gruta. El aire que provocaba el agua recortando el vacío agitaba nuestros cabellos. La casa no era muy grande. Sus paredes y su techo estaban contruidos de piedra. Su puerta era de un material impreciso, entre lo mineral y vegetal. En un lateral de la entrada estaba esculpida la silueta de un duende, con un gorro, un sayo y un bastón en su mano, mirando hacia la cascada con expresión arisca.

—Mira, qué simpático —dije dirigiéndome a los niños.

—¿Simpático? —preguntó Lilo.

—Sí, es un duende... ¿no?

—Es Igor, él cuida la entrada de la casa cuando hay alguien dentro. Ahora está tranquilo —dijo Lilo.

—Sí, muy nervioso no se le ve —expresé con sorna y Lilo agitó la cabeza de un lado a otro con gesto de no entender la broma, preguntó:

—¿Quieres entrar?

—Claro, ¿por qué no?

—Está bien. Entraremos contigo. ¿Qué quieres llevar?

—Pues, no sé... así como voy, ¿no?

—¿Qué llevas en la mochila?

—Solo mi diario de campo, una botella de agua, un bolígrafo y el pasaporte... ehh, un documento con el que puedo entrar y salir de mi país.

—Bueno, no son muchas cosas. Deja el mechero y el agua afuera —me aconsejó Sandra, y eso hice, sacándolos del bolsillo de mi pantalón y de la mochila y depositándolos junto a la pared de la casa. Ellos se metieron las manos en los bolsillos y les dieron la vuelta, dejando el fondo a la vista, colgando de sus pantalones.

Entramos a la casa. La estancia era oscura y estaba iluminada por una claraboya por la que se colaba la luz del sol e iluminaba una gran mesa de piedra con símbolos tallados sobre su superficie. Junto a las paredes había una grada de piedra. Lilo, Morati y Sandra se sentaron allí y cuando yo iba a hacer lo mismo me dijeron que mi lugar estaba en la mesa. —¿Me siento en la mesa? —pregunté.

—No, te tienes que tumbar —dijo Morati — bocarriba, y pones tu mochila sobre tu pecho —.

Cuando me recosté sobre la mesa sentí que era mucho más confortable de lo que a simple vista parecía, como si de forma misteriosa se adaptase a mi cuerpo y cabeza.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Hay que esperar —contestó Sandra.

La luz que entraba por la claraboya iluminaba mi pecho. Podía apreciar cómo era brevemente interrumpida por el vuelo de los pájaros. Se veía una pequeña porción de azul celeste en un lateral, la temperatura era agradable, me sentía a gusto en aquel lugar. Al poco tiempo de haberme tumbado escuché que golpeaban la puerta con un objeto macizo. Llamaban cuatro veces y el sonido se detenía, así sucesivamente. Lilo preguntó: —¿Igor? — y a continuación pronunció una palabra que parecía axarquiano y no pude entender. Los golpes se detuvieron. Pasaron unos minutos y en ese instante sentí que algo o alguien me arrebató la mochila y escapaba, entre las sombras, por la claraboya. Me levanté de un salto buscando a los niños y no estaban. Vi una pequeña escalerilla de cuerda y madera que llegaba hasta la claraboya y trepé por ella. Logré encaramarme a sus bordes y de allí salir al

tejado, no había nadie. Grité el nombre de los niños, y solo contestó el eco y la cascada. Decidí sentarme en el tejado y esperar. Miré hacia la entrada vertical de la cueva y vi a alguien, que me pareció Lilo, corriendo por la pared. Cerré los ojos y los volví a abrir y ya no estaba. Lo que más me extrañó de todo eso es que me parecía natural. Traté de levantarme y me di cuenta de que estaba inmovilizado. Busqué mis piernas y brazos y no podía verlos. Comenzaba a entrar en pánico cuando apreté algo entre mi ombligo y mi esternón y sentí que me desplazaba... ¡por el aire! En pocos segundos llegué a donde estaba Lilo y ella, al verme, se escondió detrás de una estalactita. Traté de avanzar hacia la estalactita y en ese instante pasaron varias golondrinas junto a mí y desestabilizaron mi vuelo llevándome con ellas. En pocos segundos, movido por una corriente de aire, salí a la superficie y flotaba sobre la entrada de la gruta y el bosque alrededor. Lo que más me preocupaba en ese momento era encontrar mi pasaporte y mi diario de campo. Debía tratar de buscarlos y a eso me dediqué. Comencé acercándome discretamente a la entrada de la cueva. No se observaba nada en su interior, cuando de repente vi a Morati que corría con mi mochila por el bosque. Decidí seguirlo, sobrevolando las copas de los árboles. Llegamos a la dehesa y se le abrió la mochila y de ella salió despedido mi pasaporte. Un grupo de niños que estaban sentados a la sombra de un árbol le llamaron, lo recogieron del suelo y se lo dieron. Él lo abrió, comenzó a pasar sus hojas y fue hacia la primera en la que aparecía mi foto. Empezó a reír, ciertamente yo no era muy fotogénico, y se lo mostró a los otros niños los cuales se pasaron el pasaporte de uno a otro riendo. En ese instante aparecí yo, Huang, caminando hacia ellos. Nos saludamos y recobrando la seriedad me entregaron el pasaporte y la mochila. Me fui caminando con Morati y llegó Andrés, Nikolai y Adela. Yo saqué de mi mochila el diario de campo y apunté algunas notas mientras caminábamos. Les seguí, y me seguí, hasta el coche y decidí posarme sobre la rama de un pino. Cerré brevemente los ojos y cuando los abrí estaba en Libertats, en Thangai, ciudad en la que residía, observándome desde el alfeizar de una ventana. En una de las salas de juntas de un edificio gubernamental, le entregaba un informe al funcionario que autorizó mi viaje a Axarquía y él lo celebraba con elocuencia. Transportándolo en sus manos como quien lleva un tesoro, se dirigió a otra habitación, que podía ver desde allí, y depositó el informe en un armario. Cerré los ojos de nuevo y me despertaba en la noche, en el mismo lugar. Todo estaba oscuro al interior del

edificio, con la excepción de los indicadores luminosos de las salidas de emergencia. Vi una linterna avanzar por el pasillo, seguida de una sombra, y adentrarse en la habitación. Abría el cajón del armario y guardaba en un maletín el informe y otros documentos. Enfocó la linterna hacia la ventana en la que yo me encontraba y regresó por el pasillo. Cerré los ojos, los abrí y escuché un ruido ensordecedor de un cazabombardero surcando el aire, yo estaba sobre la cornisa de la azotea de un edificio. Un altavoz anunció en inglés el toque de queda y el estado de guerra contra Axarquía la cual, mediante tácticas terroristas, había tratado de desestabilizar su nación, su economía y su identidad. Estaba en Barbaria. De nuevo sonaron varios cazabombarderos que se dirigían al horizonte. Decidí cambiar de cornisa y por la calle posterior caminaban formadas decenas de militares, como en un batallón, con el uniforme del ejército barbariano. Sentí un fuerte viento que tiró de mi haciéndome planear sobre la calle y casi chocar contra los cables de la electricidad, cerré los ojos y cuando los abrí estaba de nuevo sobrevolando el bosque siguiendo a Morati. Todo sucedió igual que la primera vez, con una excepción, mientras caminaba con Adela, Nikolai y Andrés, tras recuperar mi pasaporte, dejé el diario de campo en mi mochila y no apunté nada. Después me posé en el mismo pino y cerré los ojos. Al abrirlos estaba en Libertats, en el parque junto a mi casa. Me había posado en una farola y me observaba, unos metros más abajo, sentado en un banco con Fátima. Ella me señalaba algo con regocijo, yo tenía un libro en mi regazo cuya portada decía *Antidistopía*. Giré la cabeza y pude ver una pequeña fogata en medio de la calle en torno a la cual varios niños jugaban alimentándola con pasaportes. Dos, tres, cien, la base de la hoguera eran tapas, plásticos con la bandera de Libertats, fotografías y números de identidad. Me veía sonreír junto a Fátima como no me ocurría desde que era niño. Cerré los ojos de nuevo y me desperté tumbado en la mesa de la casa de piedra. La luz de la claraboya me iluminaba los pies. Morati, Lilo y Sandra se levantaron y fueron hacia la mesa dándome la mano. Salimos de la casa y nos dirigimos a la cascada. Tenía las piernas un poco entumecidas, me detuve y las agité.

—¿Qué ha pasado? Parece que me dormí —pregunté.

—Acabas de llegar —dijo Morati.

—¿De dónde?

—Tú sabrás, te fuiste por la claraboya —dijo Lilo sonriendo.

—¿Y cuánto tiempo estuve fuera?

—No mucho, una hora... o así. ¿Viste cosas interesantes? —preguntó Sandra.

—Eeeh... sí, creo. —En realidad no lo recordaba bien. Entreabrí mi mochila y comprobé que tenía el diario de campo y el pasaporte.

—Lo recordarás mejor cuando duermas. Igor hizo un buen trabajo —dijo Sandra y, dejando al duende tallado en piedra atrás, reanudamos el camino, por el que llegamos, hacia la salida de la cueva.

De la dehesa nos dirigimos a la entrada de la comunidad por un sendero que bordeaba el río. Me pareció el camino más relajante del planeta Tierra, cobijado por la sombra de los pinos, arrullado por el discurrir del agua, nos cruzamos con un zorro y poco después vimos un águila surcar nuestras cabezas. Cruzamos por una explanada en la que había un grupo de niños cantando a una pequeña caja de madera. Era, dijo Lilo, el funeral de un animal del bosque que murió. “Aquí todos tenemos una canción al nacer, incluso aquellos que no conocemos”. En la entrada nos esperaban Andrés, Adela y Nikolai.

—¡Hola Huang! —saludó efusivamente Andrés.

—Hola Andrés —me dieron ganas de abrazarlo y eso hice.

— Te veo más cariñoso — dijo riendo. Saludé a Adela y a Nikolai.

—¿Cómo te fue? —preguntó Adela.

—Bien, bien, gracias. Me cuidaron bien Lilo, Morati y Sandra.

—Me alegra. No podía ser de otra forma.

—Nosotros nos tenemos que ir —dijo Lilo. — Un placer Huang. Nos veremos en otra ocasión —afirmó.

—Ojalá que sí —dije— gracias por enseñarme la comunidad. Ha sido un día muy... interesante —traté de encontrar la palabra correcta en mi todavía vapuleada percepción. Tenía la boca muy seca. Abrí la mochila para sacar mi botella de agua, que había olvidado con el mechero en la cueva, y mi pasaporte se me cayó al suelo sin percatarme. Los niños me dieron un abrazo, nos despedimos e iniciamos el camino hacia el coche. Cuando apenas habíamos caminado veinte metros escuché la voz de Morati que me llamaba:

—¡Huang!, ¡Huang! —nos detuvimos, me giré —se te olvidó esto —llevaba mi pasaporte en la mano y se lo dio a Adela, Adela se lo pasó a Andrés y Andrés, sacudiéndole un poco el polvo, a mí. Lo guardé en la mochila y les agradecí. Regresábamos en el coche camino al aeropuerto y tras una

cabezada me desperté súbitamente dándome cuenta de lo que había sucedido. Mi pasaporte circuló por las manos de tres generaciones de axarquistas: Morati, Adela y Andrés, que lo tocaron no solo sin miedo sino también sin repercusiones. ¿Cómo era esto posible?, ¿no deberían haberse quemado a su contacto? Los pasaportes y las banderas desaparecieron décadas atrás en Axarquía. Nadie podía reinstaurarlos, nadie podía utilizarlos de nuevo. O eso es lo que decían. ¿Acaso no era así?, ¿seguiría existiendo la alergia? Abrí mi mochila, saqué el diario de campo y cuando me dispuse a registrar este hallazgo, me detuve, observé a mis acompañantes, miré por la ventana y vi el reflejo del ocaso en el gran lago de las chinampas en cuya orilla opuesta nos encontrábamos. Un pájaro sobrevolaba el cielo acompañando el recorrido del coche. Cerré el diario y observé mis manos pequeñas y torpes, que solo sabían escribir.

¿Continuará?